

M. GAMBÍN

# PREMONICIÓN

Una novela de la serie *IRA DEI*



# PREMONICIÓN

M. Gambín



© El Autor.  
© Oristán y Gociano, S.L.  
Oristán ediciones.  
[www.marianogambin.com](http://www.marianogambin.com)  
Primera edición: noviembre de 2019

Cubierta: Enrique Negrín.  
[www.instagram.com/eraiser\\_art](http://www.instagram.com/eraiser_art).  
Foto del autor: Madi Ramos

ISBN: 978-84-948317-9-9 para la edición digital  
Depósito legal: TF 921-2018

Los personajes y situaciones de esta novela son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.  
Queda prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de la Editorial, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra

*A todos aquellos que con la magia de las palabras  
nos hacen viajar a lugares maravillosos*

## Personajes

Ariosto y sus amigos.

Luis Ariosto, filántropo tinerfeño.

Olegario, alias Sebastián, su chófer.

Antoinette de Montparnasse, médium profesional.

Adela Cambreleng, tía adoptiva de Ariosto.

## Rusos.

Maxim Rudin, presidente de la Federación rusa.

Aleksander Mendeleiev, primer ministro ruso.

Dimitri Tereskov, general del ejército ruso.

Igor Stepanov, secretario de Rudin, alias Pegaso.

Svetlana, hija de Rudin.

Vladimir Kriuchkov, escolta de Rudin.

Valentín Iliushkin, escolta.

Vasily Berezutski, escolta.

Grigori Pavlov, agente del FSB.

Anya Amasova, agente del FSB.

## Estadounidenses

Mike Booth, agente de la CIA en Brasil.

Charles Quarry, agente de la CIA en Brasil.

Peter Rubio, agente de la CIA en Brasil.

John Patrick Conrad, presidente de Estados Unidos.

Stephanie Denton, secretaria de Estado.

George Sanders, agente de NSA

Jack Coltrane, director de la CIA

George C. Hightower, subdirector de la CIA.

John Barrymore, ayudante de Hightower.

Jim Rand, agente de la CIA.

## **Kiev**

Iván Spassky, agente secreto, alias Baikal.

Pavel Gorki, chófer

Arseni Barna, técnico de la base de la OTAN.

## **Río de Janeiro**

Ademar da Costa, presidente de Brasil.

Rogério sem Dentes, propietario de un bar boteco.

Neusa, hermana de Rogério.

Màrcia Kovalevski, amiga de Antoinette.

João Antunes Pereira, comandante del ejército brasileño.

Mãe Santinha, asesora espiritual.

Leandro Vieira, carnavalesco de escuela de samba

## **París**

Pascal Dubarry, subsecretario ministerial francés.

Bernard Villiers, amigo de Antoinette.

Marie Blavatsky, mentora de Antoinette.

Vincensini, amigo de Olegario.

Jean Pierre, amigo de Olegario.

## **Venecia**

Giulio Ferri, agente de la CIA

Giulio Falcone, inspector de policía,

Donna Lucia, suegra de Jean Pierre.

Londres, 1987.

Grigori Pavlov salió de la sombra una vez estuvo seguro de que todas las luces del edificio estaban apagadas. Un frío húmedo se había instalado en sus huesos tras cuatro horas de espera en Gough Street, un estrecho callejón peatonal que se bifurcaba de modo sinuoso dentro de la amplia manzana existente entre Fleet Street y Holborn Circus, una más de las típicas del barrio londinense de Holborn. Se acercó con determinación a uno de los edificios, extrajo una llave del bolsillo de su largo abrigo negro y abrió la puerta del portal del número catorce en dos segundos. Entró y la cerró tras de sí. Se mantuvo inmóvil en la penumbra del recibidor unos instantes. No escuchó ningún sonido, como esperaba.

Ya había estado allí la tarde del día anterior, comprobando el buen funcionamiento de la copia de la llave de la puerta exterior y estudiando los pasillos y las escaleras adyacentes a la vivienda que era su objetivo. Una única cerradura de escasa seguridad no le iba a ofrecer demasiadas dificultades para introducirse en el piso donde vivía Mary Ribbons, la mujer que venía siguiendo desde más de dos meses atrás.

Pavlov subió las escaleras en silencio, evitando el uso del ascensor, demasiado ruidoso. Se trataba del tercero, puerta de la derecha. Dos viviendas por piso, cuatro alturas. Había comprobado con satisfacción que los vecinos del tercero izquierda decidieron en el momento más oportuno pasar el fin de semana fuera. Era algo que entraba dentro de lo posible, lo habían hecho dos veces en las últimas seis semanas. «Mejor así», se dijo.

En el piso de arriba, a la izquierda, vivía una pareja de ancianos que se acostaban muy temprano y apenas salían de

su vivienda. Enfrente estaba vacío. Y debajo, en el segundo, dos matrimonios sin hijos compartían rellano, saludos protocolarios y poco más, sin ningún tipo aparente de familiaridad entre ellos. «Mejor aún», pensó.

Pavlov ascendió los seis tramos de escaleras con precaución. Había comprobado el día anterior que sus zapatos no rechinaran sobre el pavimento del interior del edificio, de modo que sus pasos fueran imperceptibles para los vecinos.

Llegó al tercer piso sin mayor novedad que un ligero aumento en su cadencia respiratoria. «Tal vez he subido demasiado rápido», se dijo. Decidió esperar unos treinta segundos a que su respiración se normalizara.

Pavlov hizo un rápido repaso a la misión que le había llevado allí aquella noche. El ruso pertenecía a la sección del KGB especializada en contraespionaje, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética. Estaba adscrito a un proyecto especial estratégico de investigación sobre las posibilidades que podía ofrecer al campo de la información el estudio de la mente humana. Se trataba de detectar y estudiar a aquellas personas que poseían recursos mentales inexplicables que les permitían, con un margen de error aceptable, localizar sobre un mapa objetos o personas muy alejadas, e incluso llegar a anticipar sucesos en el tiempo con bastante exactitud. A pesar de que el tema pudiera parecer poco serio, no lo consideraban así en su sección, habituada ya a casos asombrosos de este tipo de habilidades. Todavía no eran comprensibles del todo, pero se hacían avances, o eso pensaban sus superiores.

Mary Ribbons, la mujer que vivía en aquel edificio, se había convertido en un peligro para los rusos. Seis submarinos soviéticos tipo Octubre y Noviembre habían sido detectados por las fuerzas navales estadounidenses cerca de sus costas en los últimos meses, para vergüenza y consternación de sus tripulaciones cuando se les interceptó y se les exigió volver a aguas internacionales. Y ello a pesar de la incorporación de

elementos de última tecnología en los submarinos, como los silenciosos motores Toshiba. Después de desplegar a todos los agentes existentes en Gran Bretaña y en Estados Unidos y de quemar a alguno de ellos en el camino, se llegó a la sorprendente conclusión para los mandos en Moscú de que los navíos soviéticos no eran localizados por medios convencionales o tecnológicos, sino porque una mujer señalaba puntos sobre un mapa desplegado del Atlántico encima de una mesa en un despacho del MI6, el organismo de inteligencia británico.

Cuando sus superiores fueron capaces de digerir la noticia, valoraron la peligrosidad de las artes de aquella mujer y decidieron actuar en consecuencia.

Por eso estaba él allí.

A Pavlov le parecía increíble que aquel tesoro de información llamado Mary Ribbons continuara con su modo de vida normal, viviendo sola en un piso sin protección. Los ingleses estaban locos. Tal vez pensarán que cualquier cambio atraería la atención, o que los rusos seguían en la ignorancia de lo que estaba pasando. Pero en este aspecto los subestimaban. Por supuesto que estaban al tanto de lo que ocurría.

Un estudio previo del objetivo y de sus circunstancias vitales desechó la posibilidad de tratar de tentarla para unirse a la causa soviética. No iba a funcionar, y pondría en alerta a los agentes de seguridad británicos. Solo quedaba una salida.

Pavlov extrajo su pistola semiautomática Pistolet Makarova de uno de los amplios bolsillos del abrigo, bajó la palanca del seguro del arma y comprobó la fijación del silenciador. Adoptó un gesto de aprobación, se acercó con sigilo a la puerta de la vivienda e introdujo la llave maestra adaptada a ese tipo de cerraduras. Tras unos leves movimientos de muñeca, la puerta se abrió. El ruso esperó para comprobar que no se disparara ninguna alarma. Todo permaneció en silencio. Entró en la vivienda despacio y cerró la puerta tras

de sí.

Ante sus ojos, ya habituados a la penumbra, se extendía un salón con un sofá y dos butacas orientadas hacia un televisor encastrado en una librería. Pavlov conocía la distribución del piso, sus colaboradores le habían proporcionado los planos varias semanas antes. Echó un vistazo rápido a la cocina al pasar para asegurarse de que no había nadie allí y se dirigió hacia el dormitorio principal.

El agente soviético tuvo un instante de duda. ¿Y si aquella mujer era capaz de adivinar el futuro y le estaba esperando? ¿Podría ser él el sorprendido? Borró en un instante tal pensamiento de su mente. No le habrían permitido llegar tan lejos.

Con determinación empujó la puerta semiabierta de la habitación y penetró en ella. Mary Ribbons dormía de lado ocupando la mitad izquierda de una cama de matrimonio.

Pavlov no notó nada fuera de lugar, por lo que dio tres pasos con el arma en ristre. Apuntó a la cabeza de la mujer y disparó dos veces. Dos siseos apenas audibles sonaron en el silencio del dormitorio. Mary Ribbons no emitió ningún sonido.

El ruso no necesitó más que un segundo para comprobar que su misión se había completado con éxito. No se detuvo a recoger los casquillos de la exclusiva munición de la Makarova del suelo, eran el mensaje que sus superiores querían dejar sobre el terreno. Dio media vuelta y salió de la vivienda en cinco segundos.

Una vez en la calle, comprobó que todo seguía igual de silencioso y oscuro. Nadie se había percatado de lo ocurrido. «Todo ha salido rodado», pensó Pavlov, «Lo que son las cosas, aquella mujer podría localizar submarinos, pero no era capaz de anticipar su futuro».

Moscú, en la actualidad.

La débil luz solar del atardecer apenas lograba colarse en el amplio despacho del presidente de la Federación de Rusia en el edificio 14, justo en el corazón de la zona administrativa del Kremlin. Desde la ventana, el cielo, las calles y los parques aparecían revestidos de escarcha sin derretir que, en combinación con la persistente niebla blanquecina, dibujaban un paisaje de invierno corroborado por la gélida temperatura en el exterior: unos veinte grados bajo cero. La calefacción central del edificio de la presidencia mantenía a raya la amenaza de congelación, pero era incapaz de mejorar el deprimente ambiente invernal.

El presidente, un hombre rubio y cargado de hombros, se encontraba sentado en una butaca de cuero negro de respaldo alto y ancho. A su espalda le flanqueaban la bandera nacional y el estandarte presidencial, cuyos vivos colores contrastaban con la monotonía cromática de la mesa, paredes y techo, todo de madera de cerezo. Al otro lado del escritorio, sentados enfrente, se hallaban el primer ministro, su mano derecha, con quien se alternaba cada dos legislaturas de seis años en la presidencia del país, y el embajador ruso en Ucrania, un tipo duro proveniente, al igual que el máximo mandatario, de los cuadros represivos del antiguo KGB.

–La situación es óptima, queridos amigos –dijo el presidente, cuyo rostro no traslucía el entusiasmo que trataban de mostrar sus palabras–. Ha llegado el momento.

El hieratismo exacerbado del presidente Maxim Rudin era imitado de modo un tanto forzado por Aleksander Mendeleiev, el número dos ruso, pero no compartido por

Dimitri Tereskov. El embajador estaba nervioso y aparentaba inquietud en todos sus gestos.

–Las consecuencias son imprevisibles, camarada presidente –comentó con voz entrecortada Tereskov–. No sabemos cómo van a reaccionar los americanos.

–Te recuerdo, camarada Tereskov, –indicó Mendeleiev– que la instalación de una base militar estadounidense en Ucrania, aunque sea con el disfraz de la OTAN, es inadmisibile para Rusia.

Rudin hizo un gesto con la mano a Mendeleiev, indicándole que él mismo llevaría el peso de la conversación.

–Querido Tereskov –dijo el presidente–: La decisión ya está tomada y los planes ultimados. Esa base tiene que desaparecer, y serán los propios ucranianos quienes echen a patadas a los americanos de su país.

–Sigo pensando que el riesgo es enorme –insistió el embajador–. Hace más de setenta años que no estalla una bomba nuclear en zona poblada, y menos a apenas treinta kilómetros de Kiev.

–Está todo pensado –replicó Rudin–. La misión ha sido planificada por nuestros mejores hombres. La bomba, táctica y de pequeña potencia, será americana y explotará por culpa de la proverbial torpeza de los yanquis. Cualquier investigación posterior llegará a esa conclusión.

–La opinión pública arrastrará a los políticos ucranianos a expulsar a los americanos –añadió Mendeleiev–. El partido pro ruso cobrará fuerza de nuevo, Ucrania necesitará ser protegida. Los ucranianos lo verán muy claro. Solo Rusia será un amigo fiel. En pocos meses será fruta madura para la entrada de nuestras tropas.

–Y esta vez en serio, no como esa pantomima de guerra local que se desarrolló en nuestras provincias ucranianas de Donetsk y Lugansk –sentenció Rudin.

Tereskov se revolvió en su asiento. Mendeleiev puso su mano en el brazo del embajador, tratando de tranquilizarlo.

–No temas por tu familia, estarán en Moscú cuando ocurra

–le dijo–. Y tú deberás hallarte lo más alejado posible. Pero no demasiado, te necesitamos para la inmediata declaración a la prensa.

–¿Estamos seguros de que es la mejor opción? –preguntó Tereskov, en un raptó de descaró. Solo la confianza que tenía con el presidente le permitía hablar de ese modo.

–Es lo mejor para Rusia –ratificó el presidente Rudin.

–Todo irá bien –convino Mendeleiev.

Tereskov pensó que a los vecinos ucranianos de la base americana no les iba a ir muy bien, precisamente. Y la nube radioactiva llegaría a Kiev, sin duda.

–¿Cuándo está previsto que se produzca el acontecimiento? –preguntó.

Rudin y Mendeleiev intercambiaron una rápida mirada. El presidente asintió.

–Esto es alto secreto, camarada –dijo Mendeleiev, dirigiéndose al embajador–, no hace falta que te lo diga.

Tereskov se envaró de tensión en su asiento. No se dio cuenta, pero aguantó la respiración.

–Si no hay cambios sustanciales en la política mundial

–prosiguió el número dos–, todo ocurrirá en una semana.

–¿Una semana a partir de hoy? –volvió a preguntar Tereskov.

–Una semana –respondió Rudin con firmeza–. Nadie más lo sabe. Contamos con tu discreción, camarada.

Tereskov sintió un sudor frío en su espalda. Una semana. Era demasiado poco tiempo.

–Va a producirse una crisis mundial, camarada presidente –dijo–. ¿Puedo preguntar dónde va a estar usted cuando eso ocurra?

Rudin sonrió levemente antes de contestar.

–En el mejor lugar posible para despejar dudas, camarada Tereskov, fuera del país, donde quedaré tristemente sorprendido del fatal acontecimiento.

Tereskov no quiso preguntar más. Estaba todo claro. Rusia se disponía a bailar sobre el filo de la navaja al borde de un

precipicio. Y él era uno de los actores de la tragedia. Si no hubiera sido ateo declarado, se hubiera persignado en aquel mismo momento, pero no podía hacerlo.

¿Qué podía hacer en realidad? No hizo falta pensar mucho en ello.

No podía hacer nada.

O casi nada, si lo pensaba mejor.

Río de Janeiro, dos días después.

Luis Ariosto no perdía detalle de la aproximación del Airbus A340 de Iberia al aeropuerto Antonio Carlos Jobim, más conocido por Galeão, de Río de Janeiro. Por desgracia, nada en el paisaje advertía de la presencia de la famosa ciudad. La mayor parte del viaje había transcurrido sobrevolando el océano y solo en el tramo final se divisó la costa de la bahía de Guanabara. El aeroplano realizó un giro que permitió vislumbrar pequeñas poblaciones ribereñas, rodeadas por montes y planicies verdes, pero nada de la propia urbe de Río de Janeiro.

El espléndido paisaje de la bahía dio paso a los alrededores del aeropuerto y el campo visual se redujo a la franja gris de la pista y los prados vallados circundantes. El avión tomó tierra con un ligero bote y Ariosto sintió una fuerte deceleración instantánea; un esfuerzo inútil dada la gran extensión de la pista. En veinte segundos el Airbus frenó lo suficiente como para tomar un desvío lateral y dirigirse, entre los aplausos de algunos pasajeros, hacia la terminal semicircular del aeropuerto.

Ariosto, un hombre de cincuenta y tantos años bien plantado, cuya edad solo se adivinaba por las sienes plateadas, terminó de desperezarse estirando los músculos de la espalda. Heredero de una fortuna familiar en Tenerife, la isla canaria donde vivía, había cambiado una prometedora carrera administrativa como Inspector de Hacienda por la administración de las empresas familiares, y dedicaba cada segundo de su tiempo libre a la organización y participación en eventos culturales. Era conocido por su afición a la música clásica y el arte en sus variadas expresiones. Un

humanista, en suma. En los últimos meses se había visto implicado en la resolución de varios crímenes misteriosos en su isla natal y ahora pretendía pasar unos días de descanso en Rio de Janeiro.

El viaje había sido largo. La tarde anterior, su chófer Sebastián –en realidad se llamaba Olegario, aunque el empleado insistía en que lo llamasen Sebastián, como lo había bautizado en su día la fallecida madre de Ariosto– y él habían tomado un vuelo Tenerife-Madrid con la idea de pasar la noche en la capital de España. Su amigo Carlos Brunetto había sido muy insistente en ese detalle. Nada de coger el vuelo de las siete de la mañana desde Tenerife. Aunque fuera el primero, existían muchas posibilidades de no llegar a tiempo para enlazar con el avión de Río. Él se había quedado en tierra un par de veces y sabía muy bien lo que decía. Con ese precedente, Ariosto y su chófer durmieron en un hotel de Barajas y se dirigieron al aeropuerto con la debida antelación. Los usuales trámites de vuelos internacionales les esperaban con todo tipo de controles y demoras hasta que se vieron a bordo. Otro consejo de Carlos era que, si podían viajar en primera clase, lo hicieran. La diferencia con el pasaje de turista era como de la noche al día y, a fin de cuentas, casi se trataba de pasar un día entero en el avión. Ariosto se lo podía permitir, con lo que adquirió dos pasajes en clase preferente. Deseaba llegar lo más descansado posible a Río.

Y es que las diez horas y cuarenta y cinco minutos de vuelo desde Madrid hasta la ciudad brasileña podían dejar agotado hasta al más veterano de los pasajeros intercontinentales. Agotado de no hacer nada más allá que estar sentado en un sillón, comiendo de vez en cuando y tratando de dormir algo, pero agotado al fin y al cabo.

Ariosto había contemplado asombrado a Olegario –un tipo rocoso, de su misma edad, con aspecto de ex boxeador que cargaba con un pasado oscuro en los lugares más insospechados del mundo y con dotes extraordinarias

adquiridas en los bajos fondos de los muelles de media Europa– que se tomó una misteriosa píldora amarilla en el momento del despegue y había permanecido dormido como un lirón las siguientes ocho horas, para su consternación, ya que él apenas pudo encadenar varias cabezadas de media hora cada una.

El avión cesó en su rodaje por la pista y se detuvo, al tiempo que los operarios lo acoplaban a uno de los fingers del aeropuerto. Como por efecto de resorte, decenas de pasajeros se desabrocharon los cinturones y se levantaron, tratando de estirar las piernas en el medio metro cuadrado que le permitía el viajero contiguo. Un rumor de mil conversaciones se extendió por la cabina al tiempo que se escuchaba el chasquido de la apertura de muchos compartimentos superiores. Había quien no podía esperar para sacar el equipaje de mano, como si así consiguiera salir más rápido.

En la clase preferente no sufrieron ese problema. Había espacio para todo y los pasajeros alojados en ella no tenían especial prisa por levantarse.

La puerta delantera del Airbus se abrió y el primer contacto con Brasil fue la aparición de un técnico mulato que se asomó, sonriente, al pasillo de salida del avión para comentar algo con la tripulación.

En un minuto fueron autorizados a desembarcar y comenzaron a salir los primeros pasajeros, que se despidieron de los atentos tripulantes de cabina que simulaban encontrarse más frescos que una rosa a pesar de la duración del vuelo.

Ariosto y Olegario notaron el ambiente húmedo y cálido del verano brasileño nada más salir del avión, a pesar de encontrarse dentro del pasillo del finger. Siguieron las instrucciones de los paneles amarillos elevados que les dirigieron al control de pasaportes.

Se incluyeron en una de las más de diez colas de personas que confluían en habitáculos transparentes donde los

agentes de la policía brasileña procedían a la inspección de los pasaportes y visados de entrada en el país.

Ariosto, en la espera, repasó mentalmente el motivo de su viaje a Río. Respondía de esa manera a la invitación que le hiciera su querida Antoinette el año anterior. «El Copa en Carnaval». El hotel Copacabana en el momento más festivo de la ciudad. Marie Antoinette de Montparnasse y d'Aurillac, la fascinante mujer francesa que había colaborado con él y con sus amigos laguneros en el desentrañamiento del misterio que rodeaba los asesinatos de la casa Lercaro, le había hecho la invitación meses atrás y ahora le esperaba en una ciudad que prometía ser tan deslumbrante como ella.

Ariosto, a pesar de haber viajado por muchos lugares, no había estado nunca en Brasil, lo que le producía una cierta sensación de culpabilidad. ¿Cómo era posible tamaña falta de sensibilidad? A todas luces era una carencia poco menos que imperdonable que iba a solventar en los próximos días.

Olegario pasó el control de pasaportes en primer lugar, por insistencia de Ariosto. El chófer le había solicitado acompañarlo a Río, no tanto para hacer de ayuda de cámara, cosa que también haría cuando fuera necesario, sino para aprovechar la ocasión para visitar a unas antiguas amistades que conservaba en la ciudad. Olegario estaría disponible en la llegada, colaborando con el equipaje y el traslado, y luego saludaría a sus conocidos brasileños. Estaría cerca, con el teléfono encendido, pero con libertad de movimientos. Ariosto lo prefería así. Tenía planeado pasar varios días de tranquilas vacaciones junto a Antoinette, y tampoco era cuestión de tener al chófer a su alrededor a todas horas.

El oficial de fronteras brasileño tampoco se demoró demasiado con Ariosto. La fotografía del pasaporte era reciente y no cabía duda de que su rostro era el mismo que figuraba en el documento. Una vez satisfecho de que todo estuviera en regla, le permitió la entrada al país.

Su equipaje ya estaba en la cinta transportadora cuando llegaron a ella. Lo recogieron y pasaron como una

exhalación por delante de los oficiales de la aduana, que no los retuvieron, y se dirigieron a la salida. Antes de llegar a la última puerta admiraron sonrientes la danza oscilante de una espectacular bailarina de samba que, con su grupo musical, les daba la bienvenida a Río. Ese detalle único se vio ampliado por la sorpresa de pasar por delante de una tienda Duty Free en la zona de llegadas. Era la última oportunidad para el comprador compulsivo antes de sufrir el rigor de los impuestos brasileños.

Por fin salieron a la sala de espera, donde cientos de personas esperaban a los pasajeros. Esquivaron a las escandalosas agentes de compañías de taxi que interpelaban a voces a los pasajeros cartel en mano y se dirigieron de inmediato a la parada de taxis. Ya habían reservado uno de antemano con pago por adelantado de la tarifa fija correspondiente, con lo que no tuvieron que hacer la cola.

Les tocó un automóvil con el maletero grande, detalle que facilitó el transporte de las dos maletas que portaban Olegario y Ariosto. Una vez montados en el automóvil, Ariosto se dirigió al taxista.

–Al hotel Copacabana Palace, por favor.

El conductor asintió y arrancó el coche.

–¿Todo bien, señor? –preguntó Olegario.

Ariosto miró a su chófer, que se había sentado a su derecha, en el asiento trasero.

–Todo perfecto, amigo mío –respondió–. Estoy seguro de que este va a ser un viaje inolvidable.

–Si usted lo dice, yo también lo creo, señor –convino Olegario.

El taxi tomó por el túnel de Rebouças en dirección al centro de Río y sus dos ocupantes se relajaron, sin saber hasta qué punto aquella afirmación se iba a convertir en realidad.

Río de Janeiro, el mismo día.

Antoinette miró su reloj mientras el taxi la conducía por la avenida Infante dom Henrique dejando a su derecha el parque do Flamengo, justo al lado de la playa y del barrio así conocidos. Al final del trayecto se encontraba el Museu de Arte Moderna, el MAM, en cuyo teatro iba a impartir la conferencia. La razón de su estancia en Río no era el carnaval, sino la celebración en los días previos de un congreso internacional de parapsicología, que se realizaba cada dos años en una ciudad distinta. Como últimamente Río había estado de moda con los Juegos Olímpicos, el comité organizador había elegido la ciudad carioca para el evento, aunque las malas lenguas comentaban que el verdadero motivo era la cercanía en el calendario de la fiesta brasileña más famosa. El hecho de que se hubiera escogido como lugar de celebración el MAM dejaba bien claro que los organizadores del congreso poseían mucha influencia sobre los gerentes del museo. No se hacía cualquier cosa allí.

Su ponencia versaba sobre una de las facetas que la habían hecho archiconocida en los ambientes ocultistas: su capacidad o don de contactar con entes, más que sobrenaturales, de otra naturaleza, como a ella le gustaba decir, imperceptibles para los sentidos del resto de los mortales. O casi, ya que existían otras personas con esas facultades.

El título de su intervención era “Interactuación sensorial y respuesta”, que podría resultar anodino para quien no supiera de qué trataba su contenido. Antoinette iba a compartir sus experiencias más relevantes en las múltiples sesiones de “contacto” que había celebrado en los últimos

años. Pensaba dedicarle un tiempo especial al tema de la casa Lercaro, una mansión centenaria de la ciudad de La Laguna, en la isla canaria de Tenerife, donde había entablado comunicación con una tal Catalina, una joven fallecida siglos atrás, gracias a cuya información pudo resolverse el misterio que rodeaba a un par de asesinatos y que además contribuyó a la aparición de un tesoro del siglo XVIII escondido en un lugar insospechado.

Antoinette recordaba muy bien aquellos días transcurridos en Tenerife. No solo por el hecho de cómo vio enriquecida su experiencia profesional, sino también porque conoció a una persona excepcional: Luis Ariosto, un caballero humanista de educación exquisita, que se brindó a ser su guía durante la estancia en la isla. A pesar de su escepticismo hacia todo lo paranormal, coincidieron en su debilidad por los cócteles sofisticados, en el buen gusto estético, y en otras muchas cosas. Tanto fue así que ambos acabaron seducidos por el otro. Hacía muchos años que Antoinette no sentía algo tan especial por un hombre, alguien que le acelerara tanto el pulso. En general, los miembros del sexo masculino evidenciaban hacia ella, debido a sus dotes paranormales, un respeto, por no decir miedo, que provocaba que las distancias se mantuvieran claras, un tanto lejanas. Sin embargo, Ariosto no tuvo el menor problema en adentrarse allí donde otros no se habían atrevido. Y eso hacía de él un hombre muy especial. Eso y que, además, era un ser adorable: atento, servicial, excelente tertuliano y con una arrebatadora fuerza en los momentos íntimos que la desarmó y conquistó por completo.

Y ese mismo día iban a reencontrarse. Lo habían organizado de modo que él llegase a tiempo de asistir a su conferencia. Por expreso deseo de ella, Ariosto no había volado a Brasil los días anteriores a fin de que pudiera preparar bien su intervención en el congreso. Una vez terminada su ponencia, tocaría relajarse. Y Río de Janeiro prometía mucho a la hora del entretenimiento y diversión,

sobre todo en la víspera del Carnaval.

Antoinette era una mujer alta, con una espectacular melena morena, que gustaba de los modistos franceses y de las uñas pintadas de color malva oscuro. Procedente de una familia de diplomáticos, se sentía a gusto en Sudamérica; su padre había sido agregado cultural y económico en varias embajadas francesas en el exterior. De hecho, en una de sus estancias en el extranjero, Uruguay, la francesa llegó al mundo. El perfecto dominio del español de su progenitor provocó que pasara sus primeros años en distintos países de habla hispana, lo que la convirtió en bilingüe. Buenos Aires, Bogotá, México y Madrid fueron el escenario de su infancia y de su adolescencia.

El ascenso de su padre a embajador en Perú coincidió con los años en que vivió en París para comenzar sus estudios universitarios de Psicología. Desde su juventud, Antoinette había sentido que experimentaba percepciones extrañas, no compartidas por quienes la rodeaban. Tras un período de experimentación de esas dotes, y dada la incompreensión de muchos, optó por ocultarlas. Y así las había mantenido hasta que se adentró en los últimos años de carrera, en que comprobó que muchas de las teorías del comportamiento humano podían ofrecer una visión diferente para alguien como ella. Los debates con sus profesores la llevaron a estudiar más a fondo la psique humana, la terrena, y la de aquellos otros seres con los que ella podía contactar y que eran algo inexplicable en un mundo dominado por la tangibilidad científica de los cinco sentidos.

Su don le permitió entrar en círculos intelectuales muy cerrados, donde fue bien recibida. Sus facultades la hicieron conocida en un primer momento, y ya famosa pocos años después. Ahora, a los cuarenta y pocos, era una celebridad en el mundo de la parapsicología. Todas las personas cercanas a esos fenómenos la reconocían y respetaban, y ella había terminado por aceptar el formar parte de ese ambiente donde no todo era blanco o negro, y donde sus actividades

seguían siendo miradas con recelo por parte de las autoridades académicas.

En Antoinette se daba la extraordinaria coincidencia de ser al mismo tiempo médium, vidente y sensitiva. Un médium es una persona que puede contactar con personas que han muerto y que por alguna razón quieren comunicarse con los vivos. Un vidente es alguien con la capacidad de predecir el futuro. Y el tercer grupo es el de los sensitivos, que tienen la facultad de sentir, de recordar, lo que ocurrió en un determinado lugar en algún momento del pasado.

Por todo ello, y además de por tener facilidad de comunicación, hablar cinco idiomas, y poseer una atractiva y abierta personalidad, era la preferida de los programas televisivos dedicados a los enigmas paranormales y el centro de atención de los congresos y reuniones internacionales con ese contenido.

Pero en aquel momento en que el taxi salió de la amplia avenida y se dirigió al museo, dejando la praça Pistóia a la derecha, no estaba pensando en ese bagaje profesional tan dilatado, sino en si Luis llegaría a tiempo para asistir a su conferencia. Para su asombro, ella, que nunca perdía los nervios, se sentía un tanto ansiosa. Anhelaba verlo, no podía negarlo, y la espera se le hacía larga, a pesar de que apenas faltaban un par de horas para el encuentro.

El vehículo llegó a su destino. Antoinette pagó al conductor y descendió, enfrentándose al calor y al edificio del museo, una mole de racionalismo arquitectónico, todo cristal y hormigón visto, inaugurado poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. Apenas había despedido al taxi cuando una sonriente azafata se dirigió hacia ella para recibirla. La francesa permitió que la guiasen y dejó de pensar en Ariosto. Era el momento de concentrarse en su conferencia.

Río de Janeiro.

–¿Estás contenta de visitar Brasil?

Maxim Rudin desvió por un momento la atención de los papeles que estudiaba en su asiento del Ilyushin Il-96-300PU, el avión presidencial ruso, para hablar con su hija, Svetlana, sentada a su lado.

–¡Sí! ¡Me encanta! –respondió la joven–. Sabes que me vuelve loca la música brasileña, y asistir a un concierto de Maria Rita es uno de mis sueños.

Rudin sabía que el interés de su hija no se centraba solo en las excelencias vocales de la cantante brasileña. El batería del grupo, Marcelo Soares, era quien atraía las atenciones de Svetlana. Su servicio secreto estaba al tanto de sus escauceos amorosos durante y después del concierto que ofreció el grupo en Moscú mes y medio antes. Entre todos pudieron mantener la discreción que requería el asunto.

–Es tu regalo de cumpleaños. Veinte años es una edad maravillosa.

–No sabes cómo te lo agradezco, papá.

–Espero que seas responsable en tu estancia, que te conozco.

Su hija puso cara de fingido asombro. Sabía que era el ojito derecho de su padre y se aprovechaba de ello cada vez que podía. Rudin lo confirmó acariciando el rubio pelo de la chica antes de hablar.

–Ahora, necesito hablar con mi secretario. Llámale y dile que venga, por favor.

Svetlana asintió y se levantó para buscar una butaca en el fondo del avión. Rudin miró a través de la ventanilla. «Por fin se ve tierra», observó para sí. Y es que el vuelo desde

Moscú, a pesar de la escala en Senegal, donde saludó a las autoridades locales en tiempo récord, había resultado excesivamente largo. A veces Rudin sentía que Moscú estaba demasiado lejos de cualquier parte del mundo. Era lo que exigía un país inmenso como el suyo. Inmenso y poderoso. «Y más poderoso que iba a ser en pocos días», pensó.

El aparato tenía previsto aterrizar en el otro aeropuerto de Río, el Santos Dumont, reservado a vuelos interiores, pero que por el hecho de estar situado en pleno centro, había sido el indicado por las autoridades brasileñas para que el avión de Rudin tomase tierra en él.

El Ilyushin realizó una trayectoria amplia de aproximación, lo que implicó dar un giro extenso sobre la ciudad ofreciendo al pasaje unas vistas espléndidas de las playas de Flamengo y Botafogo y de la ciudad de Niterói, al otro lado de la bahía. A continuación, el aparato enfiló hacia la pequeña península que ocupaba el aeropuerto y su pista de aterrizaje, que la atravesaba de lado a lado. Cualquier viajero se preguntaría si la longitud del asfalto sería suficiente para lograr frenar un trasto como aquel. «Debía de serlo», pensó Rudin no muy seguro, «todos los días aterrizan en él decenas de aviones como este».

Al fondo, la superficie del agua de la bahía de Guanabara resplandecía ante la luz del sol de la tarde como un espejo. A pesar de la altura, comenzaba a apreciarse que la ciudad hervía de vida, los automóviles se desplazaban de un lado a otro y miles de diminutas figuras poblaban, inquietas, las avenidas y las playas adyacentes. Los edificios del centro de Río, algunos de altura considerable, se alternaban aquí y allá con nichos de frondosa vegetación, como si la selva tropical reclamara cuotas de participación ante el cemento y el cristal.

Igor Stepanov, su secretario personal, un hombre delgado y casi calvo, con aspecto de sufrir problemas estomacales crónicos, se sentó en el asiento contiguo, consultó su ordenador portátil y se dispuso a repasar con el mandatario

la agenda de las próximas treinta horas.

–Al llegar, recepción a pie de pista con el nuevo presidente brasileño, Ademar da Costa, y revista de la Guardia de Honor. A continuación, una breve reunión de bienvenida con da Costa en el propio aeropuerto, para continuar con una recepción en nuestro consulado al personal diplomático destacado en el país. Media hora libre para dejar el equipaje en el palacio de Guanabara, nuestra residencia, y para cambiarse antes de dirigirnos al palacio de Laranjeiras, donde nos espera el presidente brasileño, para asistir a la recepción y la cena de gala oficial.

–Después de esta paliza de avión, no sé si podré mantenerme despierto, Igor –comentó el presidente ruso.

Stepanov ignoró el comentario, conocía a fondo la profesionalidad de su jefe, jamás se había quedado dormido, ni siquiera distraído, en un acto de Estado, por lo que continuó con la agenda.

–A primera hora de la mañana, encuentro empresarial en la Cámara de Comercio y reunión con la comisión de Asuntos Exteriores del Senado. Más tarde, recepción en el consulado a la colonia rusa residente en Brasil.

Terminaremos la mañana con la inauguración de la exposición de Kandinsky en un museo local.

–Espero que nos pongan un tentempié. Tengo ganas de probar las caipirinhas.

Stepanov miró a Rudin con leve irritación por encima de sus gafas de presbicia, sabía que le estaba tomando el pelo, y remató.

–Más tarde pasaremos a un almuerzo con personalidades brasileñas y un posterior café de despedida con el presidente en el palacio de Laranjeiras.

–Espero que la agenda no esté tan apretada cuando vayamos a Venecia la próxima semana. Me vas a matar.

–Ya le dije que era mejor dos días completos en vez de uno y medio, señor, pero nunca me hace caso.

–Tienes razón, Igor. No me gusta estar mucho tiempo

fuera de casa, ya lo sabes. Y no vas a poder hacer que cambie de opinión. Así aprovechamos la noche para dormir de regreso a Moscú.

Rudin echó un nuevo vistazo a través de la ventanilla. El avión estaba entrando en el perímetro del aeropuerto e instantes después las ruedas tocaron tierra en los primeros metros de la pista. El piloto no debía de fiarse demasiado de su longitud, ya que un frenazo continuo y ostensible se sintió en el pasaje durante unos segundos, hasta que la inercia del aparato perdió fuerza. Enseguida apareció Valentina, la peluquera y maquilladora, dispuesta a hacer invisibles los estragos que un viaje tan largo pudieran haber ocasionado en el aspecto de su jefe. Rudin se dejó hacer. Si algo habían aprendido los políticos rusos de Occidente en los últimos años era presentar una imagen siempre impecable. Por eso y porque el mandatario ruso, en el fondo, era un vanidoso. Aunque eso no lo reconocería jamás en público.

Cuando terminó, Rudin pidió unos minutos a solas. Los empleó en utilizar su teléfono móvil vía satélite. Llamó al vicepresidente Mendeleiev, que contestó en Moscú al segundo timbrado.

–¿Alguna noticia de nuestro hombre en Ucrania?

El vicepresidente no tardó ni una décima de segundo en responder.

–Debe de estar entrando en el país. Todo va según lo previsto.

Rudin asintió satisfecho y colgó. La visita a Brasil no le iba a distraer de sus planes. En una semana la Historia iba a cambiar, y Estados Unidos dejaría de comportarse como el dueño del planeta. Era el momento de Rusia, él lo sabía, y muy pronto el mundo entero también.

Río de Janeiro.

Mike Booth, el agregado cultural de la Embajada estadounidense en Brasil, contemplaba el aterrizaje del presidente ruso desde una azotea de acceso restringido de la terminal de pasajeros del aeropuerto Santos Dumond. Le flanqueaban sus hombres de confianza, Charles Quarry y Peter Rubio, ambos de la CIA, al igual que él. Sabía que su disfraz de diplomático engañaría a muy pocos entre los servicios de inteligencia, tanto locales como extranjeros, pero se lo habían dado todo hecho así, de modo que poco podía hacer por cambiarlo.

–Llega en hora –musitó Quarry, un hombre negro, ancho y alto como un armario, cuyos músculos parecían quejarse del encorsetamiento a que los condenaba el ceñido traje oscuro que vestía.

–Voy a por el coche –indicó Rubio, un agente enjuto de origen hispano con muchos años de batallas a sus espaldas en los países sudamericanos. Ambos, Quarry y Rubio, podían pasar por brasileños, y esa era una de las razones por las que estaban en Río.

–De acuerdo, espéranos en la salida –contestó Booth, cuyas facciones blancas delataban un origen más septentrional. Agente de la CIA desde hacía dos décadas, había cambiado el año anterior los despachos de Langley por una temporada en Brasil. A resultas del nuevo destino, había adelgazado diez kilos, algo que le hacía falta, a causa tanto del entrenamiento diario como del calor sofocante del país, que le provocaba sudar a todas horas.

Booth y Quarry aguzaron la vista a través de sus prismáticos para comprobar quiénes descendían del aparato,

detenido a una prudencial distancia de la terminal. Solo tenían acceso a las inmediaciones la Guardia de Honor, el presidente brasileño y con su séquito, y los periodistas acreditados. A pesar de la distancia, los estadounidenses tenían una buena perspectiva.

–Ya baja Rudin –comentó Quarry.

Booth asintió, era obvio. El primero en salir del avión siempre era el primer mandatario invitado. Al pie de la escalera de embarque le esperaban los políticos locales. Pero la atención de los norteamericanos no se centraba exclusivamente en los movimientos del jefe del Gobierno ruso. También miraban, expectantes, quién más bajaba del avión.

–No sale –comentó el agente negro.

–Espera un poco –respondió Booth, con un deje de irritación ante la impaciencia de su colega.

–¡Ah! ¡Ahí está!

Booth sonrió. Tal como se había planeado. Una calva más que incipiente brilló en los binoculares cuando salió al sol del mediodía carioca. Era su hombre. Uno de los miembros del gabinete del presidente ruso, infiltrado a sueldo de Estados Unidos. Lo habían reclutado hacía año y medio, y hasta ahora su funcionamiento venía siendo ejemplar y muy satisfactorio para los servicios secretos yanquis. Dinero les estaba costando, pero bien empleado. Booth ya había vencido las reticencias iniciales respecto a la posibilidad de que se tratase de un agente doble. Al profundizar en la psicología del personaje, sus usos y costumbres, sus fortalezas y debilidades, se había percatado de que solo servía a un señor: el dinero. Detalle perfecto para los intereses americanos.

Días atrás habían recibido un mensaje de Pegaso, su nombre en clave, instándoles a contactar en persona durante el viaje del presidente ruso a Brasil. Al parecer, tenía que entregarles un documento muy voluminoso que no podía ser enviado a través de los conductos de contacto utilizados

normalmente.

El lugar más apropiado, una vez revisada la agenda de la visita presidencial, resultó ser la inauguración de la exposición pictórica de Kandinsky, en un museo local. Allí los diplomáticos se mezclarían con el público que acudiría al evento. Las caipirinhas provocarían en los asistentes más de una visita a los servicios y, para cuando le tocara el turno a Pegaso, allí estaría Booth esperándole.

–¿Seguimos con el plan? –preguntó Quarry.

–Afirmativo. Hoy solo un seguimiento normal. Para comprobar que nadie se sale de los cauces establecidos. Mañana tendremos que estar preparados en Chácara do Céu, el museo de la exposición.

Ambos hombres se volvieron y buscaron la escalera de acceso al interior de la terminal. Cuando el presidente ruso terminara la revista de la guardia de honor, se entrevistaría brevemente con el presidente da Costa en el mismo aeropuerto y luego se subiría a una caravana de limusinas que le llevaría sin más preámbulos al centro de Río. Aunque la labor pudiera parecer innecesaria, Booth había insistido en seguir a la comitiva rusa. Sobre todo para comprobar que Pegaso no se salía un ápice del papel encomendado. Era parte de su método de trabajo comprobar esos detalles en persona. Tal vez una manía, pero que siempre le había funcionado bien en el pasado.

Los agentes de la CIA bajaron al área de pasajeros del aeropuerto y se encaminaron con rapidez a una de las puertas. Allí les estaba esperando Rubio en un anodino Fiat Palio, el automóvil más vendido en Brasil durante el año anterior. Entraron en la agradable atmósfera del aire acondicionado del coche y enfilaron hacia la salida del recinto. En el primer cruce esperarían al desfile de los representantes rusos. Luego, era solo una vigilancia rutinaria. Al menos hasta el día siguiente, en el museo. Entonces Pegaso enseñaría sus cartas. Un sexto sentido le decía a Booth que lo que tenía que contarles era muy

importante.

Y no se lo perdería por nada del mundo.

Kiev, Ucrania, el mismo día.

Pavel Gorki se encontraba en el aparcamiento del aeropuerto internacional de Boryspil, apoyado sobre la puerta de su Lada 110, un automóvil de diez años que no llamaba la atención, esperando a que llegara la persona que debía recoger. Miró su reloj, las once y cuarto de la noche. El avión que lo traía desde San Petersburgo debía de haber aterrizado ya.

A pesar de los kilos de grasa que rodeaban su cintura, notó que hacía un frío de mil demonios. Pensó que estaría mucho mejor dentro del automóvil que fuera. Comenzaba a notar la insensibilidad en los pies, a pesar de las gruesas botas de cuero que calzaba. Pero el sistema de encuentro acordado con el viajero que llegaba preveía que él estuviera de pie fuera del coche. La próxima vez propondría colocar un lazo rojo en la antena del automóvil.

Las instrucciones eran claras: acercarse a Boryspil, el principal de los tres aeropuertos que rodean Kiev, la capital de Ucrania, recoger a un hombre que llegaría con una maleta azul y que se identificaría como Baikal, y acto seguido llevarlo a una dirección en el barrio comercial de Podil. Debía abstenerse de hacer preguntas ni comentarios. Y olvidarse del rostro de su pasajero de modo inmediato. Por su parte, no había problema. Había hecho de chófer del grupo operativo cientos de veces y se había acostumbrado a prestar poca atención a las facciones de las personas que viajaban en su coche. Prácticamente no se acordaba de ninguna. Era lo mejor. El arte de olvidar estaba bien pagado en aquel empleo.

Gorki observó cómo un hombre de rasgos y complexión

comunes –«hay veces que es más fácil distinguir a dos chinos que a dos eslavos» se decía de continuo–, salía de la nueva terminal “D”, todo cristal y acero, y se dirigía con determinación hacia el aparcamiento. «¡Ya era hora!», pensó. No portaba una maleta, sino una mochila y un bolso azul, plano y alargado. Debía ser la funda de un ordenador portátil.

Esperó a que se aproximara y lo localizara entre los demás automóviles estacionados y se introdujo en el coche para encender el motor y poner la calefacción a tope. El hombre abrió la puerta trasera y soltó la mochila en el asiento. Dio la vuelta al coche, abrió la puerta del copiloto y se sentó junto al chófer.

–Buenas noches. Soy Baikal –afirmó en ruso.

Gorki asintió y arrancó el motor del coche.

–¿A Kiev? –preguntó.

–Demos una vuelta antes por la base aérea de Vasylkiv –respondió el pasajero–, lo más cerca que pueda sin levantar sospechas.

Gorki suspiró. Desviarse a Kiev Oblast, la provincia que rodeaba la capital, suponía una vuelta de más de una hora. La base de Vasylkiv se encontraba a unos treinta kilómetros. Un itinerario no previsto, por lo que llegaría a casa después de la medianoche. Y esas horas extras no se pagaban.

Pero no se le ocurrió refunfuñar. Metió la marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento donde estaba estacionado. Avanzó entre las líneas de coches hasta llegar al cajero automático. Se bajó y pagó en apenas quince segundos. En un minuto el automóvil ya se encontraba en la autovía de acceso al aeropuerto.

Conocía perfectamente la base de Vasylkiv. Sirvió en ella durante diez años en el 146 regimiento ruso de guardias de aviación de combate, adscrito al cuerpo de defensa 49 desde 1989. Gorki era uno de los mecánicos de mantenimiento de los cuarenta MIG25 destinados en la base. Aquellos aparatos eran muy buenos, capaces de llegar a Mach 3, tres veces la

velocidad del sonido, y Gorki se encargaba de la revisión de los motores. Por eso, después de la desbandada de junio de 1992, cuando el ejército ruso se replegó dentro de sus fronteras, al decidir quedarse en Kiev, lo pusieron a revisar los motores de los automóviles de la embajada y, más tarde, casi como un ascenso, al puesto de chófer.

Vasylkiv o Vasylkov, como también se escribía, era la base militar más cercana a Kiev, y había sido noticia en los últimos meses por ser el lugar donde se estaba instalando una base de la OTAN en suelo ucraniano, lo que había levantado airadas protestas en Moscú, con difíciles encuentros diplomáticos y anuncios de sanciones económicas mutuos por parte de Rusia y de Ucrania. Se decía que la base de Vasylkiv era el comienzo de una nueva guerra fría. Pero las obras estaban a punto de terminar, por mucho que Rudin gritara con el puño en alto delante de las cámaras. De hecho, los militares estadounidenses ya se habían establecido allí.

Gorki no quiso preguntarse la razón por la que su pasajero deseaba contemplar a distancia la base a aquella hora de la noche, con tan poca visibilidad. Mejor no saberlo. En su oficio, cuanto menos supiera, mucho mejor. Así que se concentró en la conducción, dejó la mente en blanco, y condujo con diligencia, dentro de los límites de velocidad, rumbo a la base aérea de Vasylkiv.

Río de Janeiro.

El taxi dejó la playa de Copacabana y la avenida Atlántica a su izquierda y entró en el estrecho carril semicircular de acceso rodado al Hotel Copacabana Palace. Detrás de unos frondosos árboles, bajo cuya sombra destacaba la estatua en bronce de un paseante, apareció la sobria e imponente mole de ocho plantas del hotel. «Un estilo hotelero de los de antes», pensó Ariosto cuando el automóvil se acercó a la puerta de cristal de la entrada.

Ariosto recordó lo que había leído en la guía turística mientras volaba: doscientas treinta y nueve habitaciones, de las cuales ciento cuarenta y seis eran suites, en el edificio principal sobre una superficie de once mil metros cuadrados. Construido entre 1919 y 1923 por los empresarios Octávio Guinle y Francisco Castro Silva, se inspiró en otros dos hoteles de la Riviera francesa que Ariosto conocía bien, el Negresco de Niza y el Carlton de Cannes, y siempre se le consideró como uno de los mejores hoteles del mundo. Aquel era el lugar elegido por Antoinette para el reencuentro. «No está nada mal», se dijo.

El taxi se detuvo y un solícito botones uniformado de gris y blanco se acercó para abrir la puerta del coche y para hacerse cargo de las maletas. Ariosto y Olegario bajaron del automóvil. El taxista abrió el maletero.

–Solo esta maleta, por favor –indicó Ariosto al botones.

–Bueno, señor –dijo Olegario–, deseo que pase unos días estupendos. Yo estaré pendiente del teléfono, por si me necesita.

–Gracias, Sebastián. En principio, como hemos quedado, nos reuniremos en un par de días para hacer una visita

guiada por sus amigos al barrio de Lapa.

–Será muy interesante. Les gustará. Dele recuerdos a madame Montparnasse, por favor.

–Le serán dados. Muy amable de su parte.

Tras un apretón de manos, Olegario volvió al taxi y le indicó al conductor la dirección de destino final. Cuando el automóvil arrancó, Ariosto se volvió hacia el edificio.

–Entremos –le dijo al botones.

Ariosto empujó la enorme puerta giratoria que daba acceso a la recepción del hotel. Se dirigió a su izquierda, donde un recepcionista le esperaba delante de un mural de la bahía de Guanabara que ocupaba toda la pared.

–Luis Ariosto –indicó–. Tengo una reserva.

El empleado del hotel asintió, sonriente.

–La señora Montparnasse nos avisó de su llegada –le dijo, en perfecto español–. Tienen la suite 801, octavo piso. Aquí tiene la llave. ¿Me permite el pasaporte un segundo?

Ariosto se lo entregó y el documento fue objeto de un rápido escaneo antes de volver al bolsillo de su americana.

Tras subir dos tramos de cinco escalones recubiertos de alfombra roja, el botones le indicó el camino de los ascensores. La suite se encontraba en el último piso y tras salir del elevador y recorrer un pasillo impecablemente alfombrado, con las paredes de color café con leche, llegaron a la puerta de la habitación. Ariosto abrió y el botones depositó la maleta en el interior. Tras la entrega de la correspondiente propina, Ariosto quedó solo. Se adentró en el habitáculo. Un saloncito con un tresillo era la antesala de un dormitorio amplio decorado con suntuosidad en tonos cremas y blancos con un enorme y brillante cuarto de baño incorporado. Se acercó a la ventana y corrió el visillo. Las vistas sobre la playa de Copacabana y sobre la entrada a la bahía eran espléndidas. Cientos de bañistas aprovechaban el verano austral para darse un chapuzón vespertino. Abrió la puerta del balcón y salió al calor del exterior. Observó a ambos lados. Bajo un cielo azul radiante, contempló a su

izquierda, la montaña verde de los morros de Leme y Urubu, cuya vegetación descendía hasta el agua color turquesa del final de la playa. A su derecha, la curva de Copacabana, que finalizaba en la pequeña península donde se encontraba el Forte, una fortaleza cubierta de hormigón que ofrecía un extraño perfil, a medias futurista, a medias surrealista, al final del paseo. Ariosto aspiró el húmedo aire caliente y asumió de golpe que se encontraba en Rio de Janeiro, la ciudad maravillosa.

Volvió al aire acondicionado de la habitación y se percató de que en una de las mesillas de noche reposaba un medio folio doblado. Lo tomó y lo abrió. Era una nota de Antoinette:

“No tardes, chéri”.

Ariosto sonrió. «A buen entendedor, pocas palabras bastan», recordó. Se dispuso a seguir las instrucciones y se aprestó a darse una ducha rápida, cambiarse de ropa y tomar un taxi rumbo al museo donde Antoinette –miró su reloj– iba a comenzar su conferencia. Tenía algo menos de treinta minutos. Le daría tiempo a llegar.

Pero antes descolgó el teléfono y llamó a recepción.

–Buenas tardes, le llamo de la 801. Quisiera hacer una reserva para dos personas en el Cipriani, el restaurante italiano del hotel.

El recepcionista le contestó de inmediato.

–Senhor Ariosto, la senhora Montparnasse ya previó que usted iba a hacer esa reserva. Y en caso de que la solicitara, nos pidió que le dijéramos que ella tiene preparado otro plan para esta noche.

Ariosto dio un respingo. «¡Cómo se me ha adelantado!», pensó. Se despidió y colgó el teléfono. Y, mientras abría la maleta, sonrió.

Antoinette era única en eso de prever las cosas.

Río de Janeiro.

Olegario se bajó el taxi en la rúa do Senado, en la esquina con la de do Lavradio, justo enfrente del popular local de comidas Cantinho do Senado, donde el giro a la izquierda es obligatorio para los automóviles. Pagó y, dando la espalda a un conjunto de manzanas de edificios ultramodernos, echó un vistazo al frente, donde comenzaba la parte antigua de la ciudad.

El barrio da Lapa había cambiado algo, pero no mucho. La imagen que llevaba impresa en la memoria, de treinta años atrás, cuando era un joven marino mercante, no se correspondía con la actual al cien por cien. El recuerdo de un barrio de caserones modernistas de principios del siglo XX de dos plantas, tres a lo sumo, con decoraciones exquisitas en las fachadas y en cuyas calles sobresalía de vez en cuando algún mamotreto de ocho plantas años setenta se mantenía tal cual, más o menos. Solo algún nuevo mastodonte años ochenta o noventa rompía aquí y allá la antigua homogeneidad arquitectónica del entorno. Seguían existiendo las casas de samba y los anticuarios, como antaño. Pero lo que le llamó la atención es que notaba muchos más coches y ciclomotores de lo que recordaba, en una aparente competición entre ellos, todos con prisa, lo que contrastaba con el tranquilo caminar de los peatones. Y es que Río, que ya era una gran ciudad años atrás, se había convertido en una urbe enorme, y algo de eso se dejaba sentir en las calles del barrio.

Caminó por do Senado en sentido Oeste, en busca del número sesenta y cuatro, la sede del botequim de Rogério sem Dentes, que se mantenía abierto al público, según le

habían referido. En efecto, en apenas cinco minutos llegó al boteco Bar do Rogério, un local de bebidas profundo y estrecho, provisto de una barra barnizada que se adentraba en su interior, y donde convivían taburetes de madera con cajas de cascos de botellas en perfecta armonía. Olegario se acomodó a mitad de la barra y esperó a que el encargado le preguntara para pedir una cervejinha.

Una de las características de aquel boteco era la sensación de abarrotamiento en todas sus paredes. Al otro lado de la barra, en estantes a distinta altura, Olegario repasó con la vista cientos de botellas con los contenidos más diversos, desde los clásicos rones y whiskies hasta bebidas con nombres desconocidos, cuya composición era más desconocida aún, como el refresco de Guaraná Antártica o los zumos de açaí, de bacerola o de bacuri. Al lado de las botellas, ocupando los espacios entre estantes, colgaban decenas de objetos de lo más variopinto: banderines del equipo de fútbol del Flamengo; instrumentos polvorientos de cuerda y de viento, estos últimos oxidados; radios antediluvianas; relojes parados; figurillas de budas sentados; sombreros de cestería y hasta el cuerno de un bóvido ignoto reconvertido en recipiente para líquidos. Con toda seguridad cada uno de aquellos objetos tendría significado para el propietario del local, mientras que para el visitante era un modo estupendo de distraer la vista mientras bebía.

En el boteco se encontraban otros tres clientes, cada cual consumiendo una bebida distinta, picando bolinhos de bacalhau y charlando entre sí. Le pareció distinguir una caipirinha y una cachaça, pero la tercera copa era un completo misterio.

Olegario llamó la atención del camarero que atendía tras la barra, un joven mulato de sonrisa fácil, que se acercó sin demasiada prisa.

–¿Está el senhor Rogério? –preguntó el chófer en portuñol, una mezcla de español y portugués.

El chico asintió.

–Sí que está. Detrás, en la oficina.

–Dile que está aquí el que le va a quitar los pocos dientes que le quedan.

El camarero quedó sorprendido de la frase, que entendió a la perfección.

–Díselo al senhor Rogério –insistió Olegario–. Que salga, que le espero.

El joven miró a los otros clientes, que no habían escuchado la conversación. Sopesó la posibilidad de que se fuera a montar una tangana en el boteco, y se preguntó qué debía hacer en un caso así. Decidió que fuera el jefe el que se enfrentara a la situación. Abandonó la barra y desapareció detrás de una puerta lateral, al fondo.

En unos instantes volvió acompañado de un hombre mayor, calvo y con un bigote ancho, que conservaba un cuerpo fornido y una cara de pocos amigos.

–El único hombre en la tierra capaz de tirarme algún diente está muy lejos de aquí –voceó al llegar a la barra. Los bebedores interrumpieron su charla.

Olegario se irguió antes de contestar. No aparentaba ninguna tensión, para asombro del camarero.

–Tal vez no esté tan lejos.

El dueño del local se acercó a Olegario. Se enfrentó a su rostro al otro lado de la barra y colocó ambas manos sobre la madera. Durante unos instantes las miradas mutuas parecieron echar fuego.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Rogério–. ¡Canario! ¡Maldita sea! ¡Eres tú!

Olegario esbozó una sonrisa. El camarero suspiró de alivio.

–Veo que sigues tan feo como siempre, Rogério.

–¡Canario! –replicó, correspondiendo a la sonrisa–.

¡Cuántos años! ¡Dónde diablos te has metido?

Rogério caminó por la barra hasta el final y accedió al espacio de los clientes. Se acercó a Olegario en cuatro pasos y ambos se fundieron en un fuerte abrazo. La atención de todos los ocupantes del local se centró en ellos.

–¡Eres un pedazo de cabrón, Canario!

–¡Y tú un viejo camorrista!

El propietario se volvió hacia los demás.

–¡Amigos! ¡Este hombre es un buen amigo mío, como mi hermano! ¡Ha vuelto a mi casa después de estar fuera muchos años! ¡Sé bienvenido!

–Gracias, Rogério. Estás más loco que antes.

–¡Esto hay que celebrarlo! ¡Bebida gratis para todos!

La decisión fue coreada con un aplauso y una ovación. Los demás clientes se acercaron y estrecharon la mano de Olegario, que correspondió a los saludos. Rogério se dirigió a todos.

–Sé que nunca me habéis preguntado por qué me llaman Rogério sem Dentes. Pues hoy os lo voy a contar. Pero primero una nueva ronda.

El camarero se aprestó a cumplir la orden y los usuarios apuraron con diligencia los tragos para rellenar los vasos.

–Hace muchos, muchos años, ya ni me acuerdo... ¿Cuántos, Canario?

–Unos treinta, Rogério –respondió Olegario.

–Fíjate, cómo pasa el tiempo. Pues eso, hace treinta años, las cosas eran distintas, mucho más difíciles. En este barrio andaba una banda de mafiosos que se dedicaba a extorsionar a los dueños de los negocios. El comando do Cajueiro los llamaban. Te ofrecían “protección” a cambio de dinero. Si no entrabas por el aro le ocurría algo desagradable a tu local, así de simple. Conmigo no se metieron, no se atrevían. Sabían cómo me las gastaba y me dejaron a un lado. Sin embargo, un día, aprovechando que había salido, vino una cuadrilla de aquellos malnacidos. Se había quedado en la barra, al frente del negocio, mi hermana pequeña Neusa, ¿os acordáis de Neusa?

Los clientes y el camarero contestaron afirmativamente al unísono. Olegario se mantuvo impávido, aunque un observador eficiente hubiera notado un rictus de tensión en su rostro.

–Lo que os decía, Neusa se las tuvo que ver con cuatro de aquellos pelanas. La amenazaron y, viendo su resistencia, se atrevieron a tocarla. A agarrarla de un brazo. ¡A mi hermana! Y eso no se podía consentir. ¿No creéis?

Los usuarios del local esta vez negaron de modo simultáneo.

–Cuando volví al boteco y Neusa me lo contó, monté en cólera y, acompañado de mi amigo el Canario, este que veis aquí, nos fuimos a buscar a los del comando do Cajueiro. Era gente del barrio y sabíamos dónde paraban. Con estos cuatro puños acabamos con todos ellos. ¡Buena paliza les dimos!

–Y buena paliza nos dieron también –añadió Olegario–. Aquella tarde te quedaste sin dientes.

–Y conservo el hueco a mucha honra. Para que ninguno de aquellos rufianes se olvidara. Gracias a mi amigo, el Canario, que sabía de boxeo un rato, y a estas dos manos, echamos a la mafia del barrio para siempre. Bien escaldados se fueron.

–Luego tuvimos que pasar la noche en comisaría, pero esa es otra historia –concluyó el chófer.

Rogério soltó una carcajada.

–¡Valió la pena!

Rogério levantó su vaso.

–¡Por los viejos tiempos!

Todos apuraron sus tragos.

–¡Otra ronda! –graznó el dueño del negocio.

La invitación fue coreada por la parroquia. Un par de vecinos acudieron atraídos por el escándalo, entraron en el bar y se unieron a la fiesta.

Rogério se calmó y se sentó al lado de Olegario. Le habló en un tono más bajo.

–Canario, ya ves que yo sigo en lo mismo, día tras día, año tras año. ¿Y tú?, ¿qué es de tu vida?

Olegario dio un sorbo a la tercera cerveza antes de contestar.

–He corrido mundo, Rogério. De aquí para allá. Después de estar embarcado trabajé en algunos puertos de Europa. Viajé

de un lado a otro, dando tumbos. Pero a gusto. No me arrepiento. Ahora vivo en mi tierra, en Canarias.

–¿Y qué haces por aquí? No creo que estés aquí de turismo.

–Trabajo para un caballero adinerado que tiene una cita con una bella dama en esta ciudad.

–¿Adinerado? ¿Eres su guardaespaldas?

–Algo así, además de conducir un Mercedes 300 del 60.

–Entonces es un tipo con buen gusto para los coches.

Tráemelo y le invito a la mejor caipirinha de Río. Ya sabes que es aquí donde mejor se prepara.

–Lo sé. Y también me acuerdo que la receta no era tuya.

Rogério adoptó una expresión de asombro.

–¿Cómo lo sabes?

Olegario sonrió. El dueño del establecimiento mudó su semblante a un gesto de comprensión.

–Claro. Es de aquella época. Sabes muy bien quién inventó nuestra especialidad.

–Neusa –convino Olegario–. ¿Qué es de ella?

Rogério sonrió, cómplice.

–Estás de suerte. Se divorció hace un año de su segundo marido. Ahora vive de las pensiones que le pasan los dos tontos que se casaron con ella. Está muy bien. ¿Te gustaría verla?

Rogério no tuvo que esperar por la respuesta. El brillo en los ojos del chófer fue muy elocuente.

Río de Janeiro, el mismo día.

Ariosto llegó al Museu de Arte Moderna y la conferencia había comenzado diez minutos antes. El tráfico a aquella hora de la tarde era más denso de lo que él esperaba y el retraso fue inevitable.

Además, se confundió de edificio, ya que se dirigió al museo, un rectángulo de cristal apoyado en decenas de uves de hormigón armado, muy moderno a todas luces. El museo proponía espacios diáfanos amplios, en los que paneles blancos delimitaban las obras expuestas, que resaltaban sobre el suelo de madera oscura. A pesar de las enormes cristalerías con vistas a los jardines adyacentes y algo más lejos, al Paõ de Açúcar, el interior aparecía iluminado con luces cenitales y laterales indirectas que aportaban un ambiente de vanguardia a todo el edificio.

Allí le indicaron que debía dirigirse a otra edificación del mismo estilo moderno que sobresalía en forma de ala de la principal. Era el Vivo Rio, el teatro anexo al museo, un lugar donde se alternaban todo tipo de espectáculos con eventos de carácter cultural.

Ariosto entró sin dificultad y se encontró con un recinto techado amplísimo, con paredes grises de hormigón visto y un suelo negro brillante sobre el que se hallaban, en perfecta colocación, unas treinta hileras de sillas metálicas negras con tapizado gris. Sobraba sitio por detrás. Se acercó a las filas delanteras y contempló el alto techo con seis rieles que lo atravesaban de lado a lado, a modo de soporte móvil para la correcta dirección de decenas de focos y luces. A un lado, en una mesa alargada lateral se encontraban termos de café, zumos de fruta tropicales y bandejas con galletas entre

adornos de orquídeas a disposición de los asistentes. Enfrente, en una tarima elevada, se alzaba el escenario.

El corazón le dio un vuelco. Allí, al fondo, estaba Antoinette en medio de su charla. Buscó con rapidez un lugar libre entre los asientos y lo encontró en la cuarta fila. Lo ocupó tratando de molestar lo mínimo posible y se dispuso a integrarse en la conferencia.

Ariosto contempló con interés a la francesa. Estaba igual de atractiva que unos meses atrás, cuando visitó Tenerife. Sin darse cuenta, sonrió. Le pareció que ella ya lo había localizado y le devolvía la sonrisa de modo fugaz. Era normal, estaba en lo que estaba.

Antoinette hablaba en portugués claro y fluido, incluso con acento brasileño, lo que hizo que a Ariosto, aunque no dominaba el idioma, no le costara seguir el hilo del discurso. La médium hablaba de distintas experiencias extrasensoriales en diversas partes del mundo. En un momento dado, habló de la Casa Lercaro en La Laguna y del fantasma de Catalina, nombre que sonó con un delicioso regusto brasileño. Sin embargo, se distrajo en algunos momentos, sobre todo cuando contemplaba la media melena de pelo negro que reposaba sobre sus hombros. Y sus ojos. Esos ojos oscuros sobre la tez clara, insondables, casi hipnóticos, que provocaban desasosiego en todo aquel en quien fijara su mirada más de cinco segundos. En todos menos en Ariosto, que le encantaba devolver la intensidad de su mirar como en un espejo. La francesa era alta, y eso se notaba a pesar de estar sentada tras una mesa. Su hablar era elegante, no miraba notas y se ayudaba con ademanes de las manos, en las que refulgían unas uñas pintadas, como siempre, de malva oscuro.

Los cuarenta minutos que tardó Antoinette en terminar su conferencia pasaron como un suspiro. El final, con el clásico muito obrigado, fue seguido de un aplauso unánime por parte de las más de trescientas personas, calculó Ariosto, que se encontraban en el Vivo Rio. Veinte minutos más de

preguntas por parte de los asistentes, muy activos, y de la presentadora, una señora mayor que le recordó a su tía Adela, y se dio por terminado el acto.

Ariosto esperó pacientemente a que Antoinette atendiera a muchas personas que se le acercaban a felicitarla, preguntar algo que no se atrevieron a hacer en público o, simplemente, que les firmase uno de sus libros. Se levantó cuando las efusiones llegaban a su fin y se dirigió a la salida del auditorio. La esperaba allí.

El grupo se fue disgregando y al final quedaron solo tres personas alrededor de la francesa. La escuchó excusándose de una invitación a cenar que la organizadora le proponía. Cuando estuvo a un par de metros, Antoinette levantó la vista y la posó en Ariosto. No hizo falta decir nada. Se desentendió de sus acompañantes y, tras dar tres pasos rápidos, se fundió en un abrazo con él.

Por unos instantes, todo el entorno desapareció para ambos. Los miembros de la organización sonrieron entre ellos, se despidieron rápidamente y salieron al exterior. Con la intimidad, los labios de ambos se buscaron y se encontraron. Ninguno supo si pasaron segundos o minutos.

–Chéri, ¡cómo te he echado de menos!

–Estás preciosa. El aire americano te sienta muy bien.

–¡Me encanta América! Lo sabes muy bien.

–Me encantas tú. ¿Lo sabes también?

–Lo sé. Y no necesito leerte el pensamiento para tener esa certeza.

Ambos rieron la ocurrencia. Entre las virtudes de Antoinette no se encontraba esa, precisamente.

–Salgamos –dijo Ariosto–. Anochecerá en unos minutos. ¿A dónde me quieres llevar?

Antoinette dirigió una mirada sensual a su acompañante.

–Sé muy bien a dónde te quiero llevar, pero antes cenaremos algo.

Ariosto sonrió ante la picardía.

–Tanto antes como después haremos lo que quieras.

Antoinette y Ariosto salieron al calor del exterior. El aparcamiento cercano estaba casi despoblado.

–Tenemos que encontrar un taxi –dijo la francesa.

–No hay por qué preocuparse –replicó Ariosto, que levantó una mano y un vehículo, el mismo en que había llegado, se acercó a recogerlos.

–¡Qué bien que has pensado en eso! –exclamó la mujer, encantada, cogiéndose de su brazo.

–No siempre puedes preverlo todo –contestó Ariosto.

Antoinette comprendió, recompensó la ironía con un beso, y entró en el taxi.

–¿A dónde vamos? –preguntó Ariosto.

–A un lugar maravilloso –respondió Antoinette.

Río de Janeiro, el mismo día.

Maxim Rudin estaba de buen humor. La cena en el palacio das Laranjeiras estaba siendo una delicia. Para sorpresa de Rudin, el palacio se encontraba en la cima de una colina que actualmente es parte de un parque público de la ciudad de Rio. El edificio, un palacete de estilo francés, parecía haber sido cortado por arte de magia de alguna región francesa y pegado acto seguido en lo alto del promontorio. Las modas del siglo XIX. La antigua residencia presidencial, ahora sede del gobernador, destacaba sobre el frondoso verde que la rodeaba con una decoración en blanco y gris, con tejados curvos de pizarra y ventanas altas, todo muy parisino.

Rudin halló el interior del palacio en consonancia con el exterior. Una magnífica escalera de mármol; muebles de maderas nobles; lámparas de araña y apliques suntuosos; suelos de parqué brillante; alfombras; tapices y cuadros con pinturas clásicas hicieron que el primer mandatario ruso se sintiera como en casa. «¿Hubo zares aquí también?», se preguntó. Y es que parecía que visitaba una estancia más del palacio del Hermitage, en San Petersburgo, su preferido.

Tras la bienvenida, llegó a sus manos la ansiada caipirinha, que despachó de un trago ante el asombro y regocijo del presidente brasileño, que, tras tomárselo de igual manera, a la rusa, pidió otro par de copas y le indicó al ruso que las cosas en Brasil había que tomárselas con más tranquilidad, disfrutándolas. A Rudin le pareció mejor su sistema ruso, pero no discutió.

La cena de gala se celebró en el comedor principal, una estancia de dos alturas con un hueco amplio en su centro que le recordó a Rudin el patio cubierto de una biblioteca de

lujo. Una alfombra gigantesca cubría casi todo el pavimento y las paredes forradas de madera clara se ocultaban tras consolas de mármol, cuadros, espejos, relojes rococó y cortinajes claros. En el centro del salón, una mesa alargada para diez comensales absorbía la atención de cualquier visitante. A la mesa se encontraban sentados cinco representantes de cada país. Como el presidente ruso, recién divorciado, no había traído a su esposa consigo y su hija se había marchado al concierto, el brasileño acudió también solo. El resto de invitados eran los ministros y secretarios de cada séquito.

Rudin había dado cuenta del primer plato, fettuccine con pupunha, que le pareció algo escaso y, a pesar de sentirse algo molesto en las piernas por un mantel pesado que llegaba hasta el suelo, se encontraba tan a gusto charlando con el presidente da Costa que no advirtió que ya llevaba tres copas de Pinto Bandeira, un vino blanco del sur brasileño.

–Camarada da Costa, nuestros países están llamados a liderar regiones estratégicas en el mundo.

Da Costa apenas bebía, lo que le permitía observar con objetividad como su invitado se volvía más abierto y dicharachero a medida que se le volvía a llenar la copa. Un camarero se encargaba exprofeso de ello.

–Brasil es el país más importante de Sudamérica –continuó el ruso–. Creo que está llamado a ser el contrapeso de Estados Unidos. Es necesario para todos que exista algo así en esta parte del globo. Los demás países no tienen la fuerza necesaria. Brasil, sí.

–Ese siempre ha sido el anhelo de nuestro país –respondió da Costa–. Pero nos falta mucho camino por andar para llegar a ese objetivo. Nos hace falta más desarrollo.

–Eso se puede acelerar con un poco de ayuda –replicó Rudin a su vez. El resto de comensales escuchaba con discreción–. Rusia puede colaborar en lograr que Brasil sea una potencia mundial política y económica. Creo

sinceramente que los pequeños estados de Europa tienen excesiva importancia en el concierto internacional. Y la Unión Europea es un club de mercaderes que nunca se pondrán de acuerdo para nada trascendente.

Rudin terminó de vaciar la copa y la dejó sobre la mesa. El camarero se preguntó si debía llenarla de nuevo. El segundo plato estaba por llegar. Preguntó con la mirada al maître, que le instó con un gesto a que esperase. En un segundo llegaron varios camareros con la siguiente entrada: churrasco de picanha con arroz de Paqui, típico del estado de Goiás. Entonces se cambió al vino tinto, un marselán de Casa Valduga.

–Brasil, la India y Rusia serán los líderes sectoriales que acabarán con el excesivo protagonismo de China y Estados Unidos. Para ello propongo una alianza entre nuestros países para coordinar los esfuerzos. ¡Brindo por eso!

Todos se levantaron y alzaron sus copas. Da Costa se mojó los labios con el vino tinto sin dejar de estudiar la expresión del premier ruso.

–¿En qué consistiría esa alianza? –preguntó apenas se sentaron.

–Estrategias comunes. Políticas y económicas, principalmente. Brasil debe imponer su criterio a los vecinos circundantes. Para ello debe dotarse de una fuerza armamentística de primer orden. Rusia se la puede facilitar. Incluyendo material atómico.

Da Costa dio un respingo. «¿Estaba hablando aquel hombre de dotar a Brasil de bombas atómicas? ¿Las necesitaban en realidad?». No llegó a pensar en una respuesta. Rudin no le dejó.

–Y el dominio económico de América del Sur –prosiguió el ruso–. Las débiles economías americanas serán los clientes naturales de los productos brasileños. Las bolsas de petróleo de la costa brasileña impulsarán la economía de este país hasta límites insospechados. Brasil pasará, con la ayuda técnica rusa, a ser uno de los principales productores de

petróleo del mundo. Se acabó el negocio de los países árabes.

Da Costa consideró todo aquello como una serie de bravatas típicas del carácter de Rudin, pero no estaba del todo seguro.

–¿Tiene Rusia planes para lograr ese predominio sobre los países de su entorno?

Si Rusia quería dictar lo que debía hacer Brasil, antes debía predicar con el ejemplo.

–No lo dude, amigo mío –replicó Rudin esbozando una leve sonrisa enigmática–. Muy pronto lo verá. Muy pronto. Y vació la copa de vino tinto de un trago.

Río de Janeiro.

Ariosto se encontraba extasiado con la vista que se abría ante sus ojos. Lo último que hubiera pensado era que Antoinette pidiera al chófer del taxi que les dejara en la entrada de un teleférico. La francesa se había llevado el índice a los labios y Ariosto no preguntó. El bondinho, el teleférico, poseía un diseño cercano a una nave espacial de una película de ciencia ficción y les llevó en pocos minutos, cuando ya estaba anocheciendo, desde el nivel del mar a unos doscientos metros de altura, a un lugar conocido como Morro da Urca. Se trataba de una de esas montañas que surgen como jorobas aquí y allá en la ciudad de Rio. En este caso, a su lado, como una protuberancia mayor, se encontraba el Paão de Açúcar, con una cima más alta. En el Morro da Urca había que cambiar de bondinho si se quería llegar a la cima de la famosa montaña. Pero no era necesario, el destino buscado era el final del primer tramo del funicular.

Desembarcaron en una espaciosa plaza donde hallaron un modelo del vagón original del teleférico que funcionó desde 1913 hasta 1976, más parecido a un antiguo tranvía amarillo sin ruedas que a otra cosa. Junto a él, una estatua de bronce conmemoraba al impulsor del proyecto, que tuvo su importancia: el bondinho del Morro da Urca fue el tercero del mundo.

–Ven, Luis, acerquémonos a la baranda.

Ariosto siguió a Antoinette y la sorpresa le llegó de golpe. Toda la ciudad de Rio aparecía iluminada ante su mirada. El brillo de millones de luces destacaba sobre la negrura de las zonas selváticas y se reflejaba en el agua de las playas de

Botafogo y Flamengo, justo enfrente de él. Decenas de embarcaciones se mecían en la encantadora bahía de Botafogo, a sus pies. Solo las cumbres aparecían perfiladas por el débil resplandor del sol en su ocaso. La noche caía sobre una ciudad rebosante de luz y de vida.

–Es absolutamente impresionante –musitó–. Bellísimo.

–Sabía que te gustaría. Por algo la llaman la cidade maravilhosa –dijo Antoinette. Señaló al frente–. Allí tienes el Corcovado y sobre su cima el Cristo Redentor.

La figura del Cristo con los brazos abiertos lucía iluminada sobre la cumbre lejana, como un faro de luz sobre la ciudad.

–Es grandioso, fabuloso, aunque me repita –insistió Ariosto.

–Ya es hora de cenar –indicó la francesa–, aquí se cena pronto.

Ariosto se dejó llevar por Antoinette en dirección a una edificación futurista que se encontraba a unos cincuenta metros. Unas paredes de cristal que permitían ver el interior aparentaban soportar un techo que asemejaba una inmensa lona blanca apoyada en pilares metálicos. A Ariosto le recordó la cubierta del estadio olímpico de Munich. La construcción albergaba un restaurante de vanguardia: el Cota 200.

Antoinette recordó al recepcionista la reserva que tenía y fueron conducidos a una de las mesas. Ariosto ayudó a sentarse a su acompañante y lo hizo a su vez. Miró a su alrededor. Un interior de paredes claras y algún perfil metálico bronce ofrecían un ambiente moderno y acogedor al mismo tiempo. Todas las mesas poseían adornos de flores, en las que predominaba el color amarillo. Proveniente de la barra del bar del fondo del restaurante, se acercó el maître con un par de cartas. Ariosto abrió la suya, la curiosidad podía con él. Le encantó el desfile de platos con nombres exóticos que se sucedían uno tras otro: Palmito Ecológico Assado na Casca; Moqueca de Filhote com camarões; Pirarucu Amazônia; Medalhões em Crosta...

–Yo pediré –anunció Antoinette. Ariosto sonrió y cerró su carta.

–Mejor así. Estoy totalmente deslumbrado con estos platos. Antoinette pidió de aperitivo pañ de queijo y aipim frito junto con una batida de côco.

–¿Qué es aipim? –preguntó Ariosto.

–Yuca, mandioca. Creo que la hay en Canarias.

–En efecto, así es. Aunque yo no la consumo en exceso.

–Te gustará. Y para después, Camarões na Moranga.

Ariosto la miró, expectante y confuso.

–Son gambones en crema de calabaza y leche de coco servidos en la propia calabaza.

–Tiene buena pinta –concluyó Ariosto.

–Y con este calor, tras la batida, beberemos cerveza, es lo más típico aquí.

Ariosto se rindió. Su pareja conocía mucho mejor que él el entorno y se desenvolvía a las mil maravillas.

–¿Viviste aquí, en Río, alguna vez? –preguntó.

–La embajada estaba en ese horror ultramoderno que es Brasilia, una mega urbe administrativa en medio de la nada. Pero mi padre se escapaba a Río con la familia cada vez que podía. Conozco bien la ciudad, aunque ha crecido muchísimo, todo hay que decirlo.

–¿Qué tal las giras de estos últimos meses?

La francesa esperó a que el camarero les sirviera los aperitivos. Los probó y asintió con deleite. Tal como esperaba.

–La verdad, Luis, es que apenas he parado de aquí para allá. Me llaman de todas partes. Parece como si hubiera un renacimiento del interés por la parapsicología en todo el mundo. Ni siquiera he podido amueblar mi nuevo apartamento de París.

Ariosto se sorprendió.

–¿Te has mudado? Vivías en la plaza Vendôme, ¿no?

–No te he dicho nada antes porque quería sorprenderte. El centro de París se vuelve cada día más caro. Me ofrecieron

una suma muy importante por mi piso y lo vendí. Con el dinero de la venta me he comprado otro más grande en la Avenue Montaigne y me ha sobrado un pellizco.

–¡También eres un lince inmobiliario! –rio Ariosto.

Antoinette se unió a las risas. Chocaron sus copas de batida. La francesa cesó de reír y se acercó a Ariosto.

–Te he echado de menos, chéri.

Ariosto sonrió.

–Yo también. Por eso estoy aquí.

–Me alegro de que hayas venido. A veces me siento sola, aunque esté rodeada de gente.

–Olvida eso ahora. Disfrutemos del momento.

Antoinette se acercó más y besó a Ariosto en los labios. Un beso rápido y cálido.

El plato principal llegó enseguida. Era más grande y contundente de lo que Ariosto esperaba.

–¿Sabes que ahora hay un concierto aquí al lado, en el auditorium del Morro da Urca? Canta María Rita.

–La conozco, una sambista de reconocimiento internacional.

–¿Qué prefieres? ¿María Rita en concierto o tomar algo en un lugar más tranquilo?

–Me encanta la cantante, pero prefiero lo de lugar más tranquilo.

–Lo sabía. Iremos al Jockey Club da Gâvea entonces.

Ariosto estuvo a punto de hacer un chiste sobre la afirmación de Antoinette. ¿Se habría valido de sus dotes para saberlo? Lo dejó estar.

–Pedimos el postre y nos vamos. ¿Qué tal un quimdin?

–Perfecto –replicó Ariosto–. Me encanta ese dulce pequeño de yema y coco, especiado con clavo.

Ahora fue Antoinette la sorprendida.

–¿Conoces el quimdin?

–Como dices tú, sabía que ibas a pedirlo.

La francesa se rio abiertamente. Lo miró con una sonrisa maliciosa

–¿Conoces el futuro tú también? ¿Sabes lo que va a pasar esta noche?

Ariosto respondió con la misma sonrisa.

–Esta noche va a ser cálida. Tórrida, más bien. Tengo esa premonición.

\*\*\*

Muy cerca del Cota 200, Svetlana Rudin disfrutaba como una loca del comienzo del concierto de Maria Rita, una cantante que fusionaba samba con todo tipo de ritmos modernos. Aunque le gustaba mucho la música, su interés se centraba en Marcelo Soares, el baterista, que lucía ese pelo negro rizado tan característico, tan brasileño, tan tropical. Estaba deseando enredar sus dedos en él. Tenía el pleno convencimiento de que iba a pasar una noche fabulosa. Con total seguridad. Buena era ella para eso.

Río de Janeiro.

Olegario recordaba los gritos de alegría de Neusa a través del teléfono cuando Rogério sem Dentes la llamó para comunicarle que “El Canario” estaba en Rio. Y eso que él no estaba al aparato. Al parecer, Neusa no había cambiado en cuanto a su forma de expresarse, siempre tan extrovertida y espontánea. Pidió a su hermano que le indicase su dirección y le ordenara que fuera inmediatamente a visitarla.

Olegario se despidió con un abrazo de Rogério y del resto de clientes, ya era uno más del grupo, y tomó un taxi que le llevó al barrio de Tijuca. Se bajó en la praça Comandante Xavier de Brito y se dirigió al domicilio indicado. Era un edificio de apartamentos de seis alturas en la rúa Oliveira da Silva. Tocó el portero eléctrico del sexto D.

–¿Ole? –se oyó en el altavoz, y antes de que respondiera el chasquido de la cerradura le indicó que ya estaba abierta.

–Sí, soy yo –dijo de todas maneras y entró.

Un ascensor con cien batallas encima le llevó al sexto. Olegario estaba nervioso, notaba que el corazón le palpitaba a más velocidad de la normal.

Neusa se encontraba en la puerta de su vivienda, apoyada en el umbral.

–No me lo puedo creer –dijo, con fuerte acento carioca–. “El Canario” vuelve a Río de Janeiro.

Olegario se acercó a la mujer y observó que mantenía su figura escultural a pesar de haber pasado los cincuenta. El pelo negro ensortijado lo llevaba recogido en una cola. Ojos oscuros, piel canela y labios carnosos destacaban en su rostro, en el que descubrió alguna arruguilla nueva. Llevaba puesta ropa deportiva ajustada, que evidenciaba todas y cada

una de sus sinuosas curvas corporales.

–¡Un abrazo, Olegario! Bemvindo!

Neusa se abalanzó sobre el corpachón del chófer y lo aferró entre sus brazos. «debe de hacer deporte», dedujo Olegario al notar sus músculos fibrosos. Dos sonoros besos en las mejillas le recordaron las demostraciones de afecto tan excesivas de otros tiempos. Él correspondió con ganas al abrazo. Tras unos instantes, Neusa se separó.

–Déjame verte –le dijo, echándole un vistazo–. ¡Estás más fuerte, más viejo y más guapo!

Olegario sonrió.

–Tú estás arrebatadora. Mucho mejor que la última vez que te vi.

Neusa frunció el ceño y le asestó una rápida y sonora bofetada. Olegario, a pesar de la sorpresa, no se inmutó.

–Esto por haberte largado de la forma en que lo hiciste –le dijo la mujer.

Y acto seguido se acercó y le besó con delicadeza en los labios.

–Y esto por volver.

Olegario respondió aceptando y devolviendo el beso.

–Me alegra ver que no has cambiado, garotinha.

Neusa lo hizo pasar al interior del conjugado, un apartamento de una pieza, salón cocina y baño.

–Todavía no tienes permiso para llamarme así –dijo Neusa–. No te he perdonado.

–Pero si ya han pasado más de veinte años.

–Por eso mismo. ¿Crees que Neusa dos Santos olvida tan fácilmente?

–Tenías a aquel militar colado por ti. No me gustaba competir con tipos que llevaban una pistola en el cinturón.

Neusa se sentó en un sofá de color claro cerca de la ventana y le indicó que se colocara a su lado.

–Al final me casé con él, ¿sabes? No sé si fue por amor verdadero o por despecho cuando te largaste.

Olegario se sentó y se perfiló hacia ella.

–Te ruego que me perdones. Entonces era un joven sin experiencia, no sabía lo que me convenía.

–¡Ja! ¡Que me lo voy a creer! ¡Sigues igual de canalla que entonces! Canalla, pero adorable.

–Ha pasado mucho tiempo, Neusa. Voy a estar unos días en Río y pensé que era buena idea hacerte una visita.

Neusa tomó las manos de Olegario, cambiando la expresión de fingido enojo a una más dulce.

–Es una maravillosa idea. ¡Vamos a celebrarlo! ¡Me apetece bailar! ¿Qué te parece un forró?

–Ya no me acuerdo de bailar esos sones del norte.

–Eso nunca se olvida –dijo, sonriente–. ¡Vamos!

–¿A dónde?

–¡A la feira de San Cristovão! ¿No la conoces?

Olegario se encogió de hombros.

–Te va a gustar, Ole. Allí podremos bailar apretaditos, como en los viejos tiempos.

Olegario volvió a sonreír. Estaba seguro de que le iba a encantar.

Río de Janeiro.

La comitiva del presidente ruso, tras la cena con su homólogo brasileño, se dirigió del palacio de Laranjeiras al de Guanabara, lugar de alojamiento de la expedición extranjera. El trayecto fue corto y sin problemas, a lo que ayudó la escolta de motocicletas y otros vehículos de la policía brasileña que abrieron paso en las calles de Río.

A Igor Stepanov, el secretario del presidente Rudin, alias Pegaso, el palacio de Guanabara le pareció un calco de aquel otro en el que había cenado. El edificio neoclásico de color crema con tejado de pizarra azul al que se acercaba su automóvil rezumaba el mismo estilo francés, aunque con algo más de refinamiento, más parisino tal vez. Hacía muchos años que había dejado de ser residencia presidencial para pasar a convertirse en la sede del Gobierno del Estado de Río de Janeiro, pero también se utilizaba para alojar a distintas personalidades que visitaban la ciudad.

Los rusos habían tomado el ala derecha del edificio con sus propios agentes de seguridad compitiendo con los brasileños, ya dispuestos sobre el terreno. El edificio se encontraba blindado con un cordón de vallas y de policías que rodeaba el recinto, con sus preciosos jardines incluidos, desde la calzada. Aunque las relaciones con Brasil se encontraban en su mejor momento, el presidente ruso sabía que no tenía seguidores incondicionales en todos los países que visitaba, de ahí las fuertes medidas de seguridad que añadió a las que le ofrecía el país anfitrión.

Stepanov esperó a que Rudin se instalase en sus habitaciones para preguntarle si necesitaba algo de él. El mandatario ruso le relevó del trabajo tras un repaso a la

jornada del día siguiente y se dirigió a la ducha.

El secretario departió unos momentos con los ministros y otros capitostes de segunda fila que formaban el séquito ruso y se retiró a su vez a la pequeña habitación que le habían asignado. Por su tamaño dedujo que debió de estar destinada a los servidores del palacio cuando estuvo habitado por la princesa Isabel, la hija y heredera del último emperador brasileño, que tuvo que salir del país cuando el advenimiento de la república en 1889.

Se cambió y se dispuso a hacer cola en el baño comunitario que tenía que compartir con los otros funcionarios que se alojaban en aquella parte del palacio. Le recordó a la etapa soviética, años atrás, en que había que hacer cola para todo. Fueron años de gloria, pero también, para qué engañarse, de escasez. Lo demostró la llegada de la democracia, o como quieran llamar al actual régimen ruso. Ahora eran años sin tanta gloria, pero con muchísimas menos restricciones.

Y ese cambio le gustaba a Stepanov.

Y no estaba dispuesto a que el pueblo ruso, en aras de una mayor grandeza del país, corriera el riesgo que suponía un posible boicot económico por parte del resto del mundo, sin pensar en algo tan descabellado, pero posible, como una guerra. Rudin estaba siguiendo un camino equivocado. Llevaba sirviendo al mandatario más de diez años, cuando saltó a la arena política proveniente, como tantos otros, de las lóbregas mazmorras del KGB en la plaza Lubianka. Sin embargo, a pesar de creer conocerlo bien, no supo adivinar cómo iba a desarrollarse su carrera política a lo largo de los años.

Calificado como moderado dentro de su partido al ir escalando sillones en la estructura de modo silencioso, se había radicalizado nada más llegar al poder. O es que, en realidad, había sido siempre así, aunque disimulado. Y él, Igor Stepanov, su secretario, no fue capaz de verlo.

Pero ahora sí que lo veía. El militarismo creciente de Rudin y de su vicepresidente no auguraba un futuro glorioso para

Rusia. Desde su punto de vista, corrían el riesgo de acabar de modo humillante. Y él debía desempeñar un papel clave para evitar esta segunda posibilidad.

Todo ocurrió por casualidad. Un mes atrás, durante una reunión con el presidente, este tuvo que ausentarse por una visita importante. Algo había ocurrido en Crimea y un par de generales se habían presentado con carácter urgente para recibir instrucciones. Stepanov se quedó solo en el despacho privado del presidente con el ordenador encendido. Casi sin quererlo, le echó un vistazo a la pantalla del ordenador. En la parte baja aparecía minimizado un solo archivo, de nombre críptico: «UK». Pensó que se trataba de algo referido a las relaciones con «United Kingdom», el Reino Unido, tema del que precisamente estaba hablando con Rudin cuando fueron interrumpidos. La curiosidad de Stepanov pudo más que su discreción y con el ratón amplió el archivo.

No se trataba de Gran Bretaña, sino de UKRAINE, Ucrania. Enseguida se percató de que se trataba de un documento de carácter militar calificado como de alto secreto. Algo que ni los ojos del secretario personal del presidente estaban autorizados a ver. En medio minuto se quedó helado. En breves párrafos se planificaba el envío de un agente ruso a Ucrania para que, a través de medios informáticos, accediera a la base de datos protegida de Estados Unidos en la nueva base de la OTAN en Kiev y hacer estallar, aparentando un accidente o error, una bomba atómica táctica.

Stepanov no podía creer que su jefe anduviera en esas intrigas. El peligro de reacción nuclear por parte de los aliados era pasmoso. El plan era una completa irresponsabilidad por su parte y la de sus asesores más próximos, entre los que no se encontraba él, que era una especie de mayordomo de su calendario.

Recordó los treinta segundos de angustia que vivió cuando decidió copiar el archivo a un pendrive que llevaba siempre en el bolsillo. Si lo descubrían haciendo aquello iba a ser difícil de explicar, por muy secretario que fuese. Todos

sabían que el ordenador del presidente era intocable. Pero no apareció nadie y pudo sacar el pequeño artefacto con un suspiro de alivio. Minimizó de nuevo el archivo y, viendo que el presidente tardaba más de lo usual, salió de su despacho cerrando la puerta tras de sí.

Notificar a los americanos que tenía algo muy importante que entregarles fue fácil. Ya tenía tratos con ellos desde un par de años atrás. Por la entrega periódica de unos datos de escasa relevancia poseía una cuenta corriente en Suiza que iba engordando paulatinamente. Pero ahora era distinto. No se trataba de información sobre las fábricas rusas o el destino del dinero público en inversiones. Lo que llevaba en su cartera, disimulado junto a otros cinco pendrive con diversa información, era pura dinamita.

Se rio mentalmente con el símil que se le había ocurrido de un producto explosivo. Era mil veces peor que la dinamita. Y le quemaba en los dedos. Tenía que quitárselo de encima lo antes posible, antes de que fuera demasiado tarde. Por eso había concertado la entrega allí, en Río de Janeiro, el mejor lugar y momento. Y solo quedaba un día. Esperaba que los americanos fueran capaces de manejar correctamente la información. Lo de Ucrania no debía pasar. Era impensable.

A Stepanov le tocó el turno de entrar en el baño y todos esos pensamientos se esfumaron por unos minutos. Pero no se hacía ilusiones, volverían durante la noche, impidiéndole dormir correctamente, al igual que en las últimas cuatro semanas.

\*\*\*

Vladimir Kriuchkov era el jefe de los escoltas de Maxim Rudin y había viajado con el premier ruso a Brasil. Alto, fornido y mal encarado, era el prototipo perfecto para el trabajo que desempeñaba. A esto se añadía una desconfianza congénita y una lealtad a toda prueba. Pero había diferentes tipos de lealtades en su vida. La primera, para aquellos que le ayudaron a llegar a dónde estaba. Y entre estas se encontraba la de su viejo profesor en la escuela militar, el general

Tereskov, hoy embajador Tereskov. Su mentor le había telefoneado apenas media hora antes de que saliese el avión con destino a Río de Janeiro. Recordaba perfectamente la advertencia de Tereskov.

–Vigila de cerca a Rudin y no dejes que haga nada inapropiado.

–¿Inapropiado? –había preguntado Kriuchkov, confuso.

–Lo sabrás si sucede. Tienes y tendrás todo mi apoyo. Sé un patriota.

Y a pesar de lo oscuro del mensaje, una cosa tenía clara: a patriota ruso no le ganaba nadie.

Río de Janeiro, el mismo día.

El bar del Jockey Club se encontraba en lo alto de un edificio destinado a grada cubierta en un gigantesco hipódromo situado en el centro de la ciudad, entre la playa de Leblon y la laguna Rodrigo de Freitas, frente al barrio de Gâvea. La fachada del edificio, de los años veinte del siglo pasado, le recordó a Ariosto en una primera impresión al casino de Montecarlo. «Los edificios antiguos de la ciudad evocan a Francia», pensó Ariosto. Era un lugar muy concurrido donde se celebraban carreras de caballos cuatro veces por semana, y un viernes por la noche el espectáculo terminaba tarde. A pesar de la hora, todavía permanecían en el recinto bastantes aficionados a las apuestas y Ariosto y Antoinette ocuparon una mesa al aire libre, con vistas a la gigantesca pista de hierba perfectamente iluminada por decenas de focos, que acababa de desocupar otra pareja. Antoinette pidió para Ariosto una Batida de fruta-do-conde, nombre críptico tras el que se escondía la chirimoya, y para ella otra de Alacaxi, que resultó ser la piña tropical. El calor invitaba a tomar algo fresco.

Desde su localización destacaba al frente y a gran altura, un poco a la derecha, la figura iluminada del Cristo Redentor, que parecía vigilar la ciudad desde la cumbre. Al otro lado del recinto se distinguían las luces que iluminaban el Jardim Botánico con su paseo de palmeras imperiales de treinta metros de altura. La luna, casi llena, ayudaba al paisaje dejándose ver por encima de las montañas.

El ambiente era informal y desenfadado, como casi todo en Río. Los clientes no tenían ningún problema para interrelacionarse entre sí, compartiendo mesas y risas. De

fondo, se escuchaba una grabación de la banda Bossacucanova, famosa porque fusionó hace años tendencias actuales de la bossanova.

–¿Cómo está mi querida Adela? –preguntó Antoinette.

–Estupendamente –Ariosto se hizo un esquema mental de su tía adoptiva de Tenerife, amiga de la francesa–. Tan vivaracha como siempre. A lo último que se apuntó fue a clases de taichi y de biodanza.

–De mayor me gustaría ser como ella –rio Antoinette.

–Yo con la mitad de su energía me conformo. Incluso ahora mismo, con mi edad.

–No eres tan viejo, Luis. Me gustas así.

–Me ves con buenos ojos, querida.

–Con esas canas tan interesantes. Estás para comerte.

–¿Todavía tienes hambre?

La mujer entrecerró los ojos, como un felino.

–No lo sabes bien –respondió en voz baja.

–Yo he terminado mi batida. ¿Y tú?

Antoinette bebió el contenido de su vaso, un poco menos de la mitad, de un trago.

–Podemos irnos.

Uno de los miles de taxis amarillos que pululan por Rio los llevó al Hotel Copacabana recorriendo, por expreso deseo de la francesa, la avenida Vieira Souto, el paseo de la playa de Ipanema, y conectó después con la avenida Atlántica, la vía anexa a la playa de Copacabana. Ariosto observó cómo en la arena había grupos de personas divirtiéndose. «Las playas en Brasil tienen vida a todas horas», pensó.

Durante el trayecto Antoinette recostó su cabeza sobre el hombro de Ariosto y buscó la mano de su acompañante.

–Quiero que vengas a París. ¿Cuándo lo harás?

–Muy pronto. Tengo que volver a Tenerife a resolver unos asuntos. No me llevará más que un par de semanas.

–Estupendo. ¿Sabes que mañana empieza el carnaval aquí? Tenemos que hacernos con algún disfraz.

–Como quieras –respondió, recordando que no se había

disfrazado en mucho tiempo—. Es bonita esta ciudad. Y la gente muy amable. Me gusta.

—Es uno de los mejores lugares del mundo —añadió ella.

El taxi llegó al hotel antes de que se dieran cuenta y sus pasajeros pagaron el recorrido y entraron en el edificio. Saludaron al personal de recepción y se dirigieron al ascensor. El trayecto hasta el octavo piso tardaba sus veinte segundos.

—¿No tienes calor con esa chaqueta?

Ariosto había sentido que le sobraba la prenda, pero podía aguantarla, sobre todo estando de cena con una mujer tan atractiva. Le gustaba sentirse elegante en público, aunque pudieran calificarlo de antiguo.

—Tal vez sea el momento de quitármela —respondió.

—Es el momento.

Antoinette deslizó sus manos por el cuello de la camisa y empujó hacia atrás la chaqueta mientras sus labios encontraban los de Ariosto. En dos segundos la chaqueta acabó en el suelo y la francesa se apretó contra el torso del hombre. Ariosto cerró el abrazo en torno a su cintura y notó la ropa interior de la mujer. «Encaje», descubrió, interesado.

El ascensor llegó al octavo y la puerta se abrió. Antoinette se separó de Ariosto pero mantuvo asido su brazo y le lanzó una mirada seductora. Salieron al pasillo, y en diez segundos abrieron la puerta de la habitación. Entraron y dejaron que se cerrara automáticamente. Antoinette lanzó su bolso a un sillón y se giró, enfrentándose a Ariosto, que estaba soltando la chaqueta.

—Cuánto tiempo —musitó ella, antes de volver a abrazarlo.

—Demasiado —susurró él antes de besarla.

—Prométeme que no volverás a dejar pasar tanto sin verme.

Ariosto sonrió entre beso y beso.

—Prometido.

Los siguientes fueron besos suaves, lentos, tiernos. La francesa sintió cómo Ariosto le revolvía el pelo, la rozaba con su mentón de un día sin afeitarse. Notaba su boca, que no

dejaba de moverse, y su respiración sobre su piel. Y su lengua, que buscaba la suya. Sus dedos buscaron su pecho, los botones de su camisa, y comenzaron a desabrocharlos. Necesitaba sentir en sus yemas la piel del pecho de Ariosto. Notó como él bajaba la cremallera trasera de su vestido hasta el final. Deseaba que lo hiciera. Terminó de desabrochar la camisa y se separó un segundo, el suficiente para que su vestido y la camisa cayeran juntas al suelo.

Comprobó el brillo de la mirada de Ariosto al contemplar el corpiño de encaje negro, con medias y braga a juego, que surgía ahora a su vista. Ella se arrodilló y, presa del ardor, comenzó a desatar el cinturón y los botones del pantalón. No tardó en notar la protuberancia que ocultaba tras ellos. Tras liberarlos tiró de ellos hacia abajo, bóxer incluido, en un arrebato de excitación. Sonrió cuando la masculinidad de Ariosto se desplegó ante sus ojos. Acarició su miembro con los dedos mientras él trataba de desembarazarse de sus prendas, enrolladas en los tobillos. Una vez libre, él la tomó por los brazos y la levantó, atrayéndola hacia sí. Antoinette se colgó en sus hombros y enrolló ambas piernas en la cintura de Ariosto al tiempo que lo besaba con mayor fogosidad. Tropezando con la ropa y los zapatos, Ariosto consiguió llegar a la cama. Dio media vuelta y se dejó caer de espaldas con suavidad. La francesa acompañó sus movimientos. Se retrepó en el lecho y ofreció su busto a Ariosto, bajándose el corpiño. Ariosto correspondió mientras ella comenzaba a suspirar.

Antoinette se colocó a horcajadas y abrió sus piernas mientras con un dedo retiraba a un lado la tela de las bragas. Su rostro estaba iluminado de deseo y la respiración de ambos aumentó en su cadencia. Estaba tan húmeda que Ariosto la penetró con facilidad y, a partir de ese momento, todo fue un vaivén de movimientos sincrónicos, como si de una experta coreografía se tratase, hasta que llegaron al final, en un éxtasis frenético, casi al mismo tiempo.

Ambos recuperaron el resuello, mientras continuaban

entrelazados, acariciándose. Antoinette fue la primera en hablar.

–¿Otra vez?

Ariosto respondió de inmediato.

–¡Otra vez!

Río de Janeiro, el mismo día.

El Centro Municipal Luiz Gonzaga de Tradições Nordestinas, o lo que es lo mismo, la feira de San Cristovão, es un lugar único en el mundo. Olegario llegó a esa conclusión en cuanto se introdujo en el recinto. Por fuera parecía una curiosa mezcla de estadio olímpico y de anfiteatro romano, pero dentro, sorprendiéndolo, se encontró con distintos espacios de música y unas setecientas barracas o locales de gastronomía y venta de toda clase de productos provenientes del nordeste del país. Muchísimas personas circulaban por aquella increíble construcción al son de distintos ritmos y al olor de diversas comidas típicas brasileñas. «Una orgía sensorial, como diría Ariosto», se dijo Olegario. La animación del ambiente cautivó de inmediato al chófer, llevado casi en volandas por una Neusa extasiada.

–Esto está abierto de viernes a domingo sin interrupción. ¡Vamos a comer algo en la barraca de mi amiga Rose Aparecida de Carvalho! –indicó, señalando uno de las decenas de puestos de comida.

Neusa y Olegario localizaron una mesa libre en la barraca da Chiquita y se sentaron. Los manteles rojos contrastaban con la decoración de flores amarillas y verdes de la festa junina. Mil conversaciones ayudaban a crear una atmósfera festiva. Todo invitaba a pasarlo bien.

–Para comer, pediremos carne seca con aipim y feijão tropeiro, y para beber, pinga –anunció Neusa.

–¿Pinga?

–Cachaça pura y cervejinha. Se nota que llevas tiempo fuera.

–Sí, y la verdad es que lamento no haber vuelto antes.

Neusa lo miró con una sonrisa de ternura.

–Nunca te lamentes. Disfruta de cada momento de la vida. Seguro que no habrás perdido el tiempo estos años. ¿Dónde has estado?

–Por aquí y por allá. Estuve embarcado unos cuantos años y di varias vueltas al mundo. Luego conseguí varios empleos en Europa. Volví a España y ahora vivo en Tenerife, en mi tierra.

–Estos canarios siempre quieren volver a su tierra. Algo bueno debe de tener.

–Tiene el cielo más azul del mundo. Todo es montaña y mar, con mil contrastes, y lo mejor, buen tiempo, buena comida y buena gente.

–Algún día visitaré esas islas. Si personas como tú vienen de allí, es que en realidad son afortunadas.

Llegó la comida y la bebida y brindaron por el encuentro.

–¿Y de mujeres? ¿Cómo te va? –preguntó Neusa.

–He conocido a una mujer, de la isla de La Palma, todo un encanto. Vivimos juntos y estoy contento con ella. No pido más –Olegario tomó un trago de su bebida–. Me comentó tu hermano que te casaste un par de veces.

–Lo mejor que he hecho. Con tíos con pasta que me quisieron como locos, pero el amor se fue. Aquí pasa a menudo. Brasil es la tierra de la pasión fogosa, aunque no siempre dure. Lo mejor de todo es que disfruto de dos pensiones y no necesito trabajar. Tengo dos hijos, ya mayores, que me han salido buenos. Ya tienen trabajo y se han independizado. Tal vez me hagan abuela pronto. De resto, tranquila, a vivir la vida. Rogério me tienta continuamente para que vuelva al boteco, pero estoy muy bien como estoy para plantearme nada.

–Me alegro de que te vaya bien, Neusa. Te lo mereces.

La mujer volvió a ofrecer su amplia sonrisa.

–Cuando acabemos de comer vamos a bailar un buen xaxado.

–¿No habías dicho un forró?

–Vamos a bailar xaxado, forró, xote, baião, repente, embolada, martelo, arrasta–pé y maracatu.

–Para, para, no sé si voy a ser capaz de seguirte.

–Seguro que sí –respondió, y pidió otra ronda de pinga.

En la feira de São Cristovão había al menos seis lugares distintos donde bailar, según contó Olegario, y seguir el ritmo de Neusa fue ardua tarea. Aquella mujer se movía como si fuera una chiquilla. Olegario se sintió transportado muchos años atrás y, por unas horas, volvió a ser el aventurero de su juventud.

Descansaron en otro local, Maria y Getúlio, donde había aire acondicionado, y pidieron unas caipirinhas.

–¿Te gustaría saber lo que nos depara el futuro, Ole? Conozco una Mãe–de–santo jogadora de búzios muy famosa. Mãe Santinha de Irajá que sabe echar los búzios, unos caracoles africanos que sirven para adivinar lo que va a acontecer.

–¿Caracoles?

–Se lanzan dieciséis caracoles sobre algo liso. Luego hay que contar cuántos han salido boca arriba. Según el número de combinaciones, hay una interpretación u otra. Es algo serio, hay que invocar al dios africano Xangô, así como dirigir las preguntas a cada uno de los Orixás del Umbanda.

–¿Umbanda?

–Es una religión sincrética afrobrasileña, entre católica y candomblé.

–Me mareas con tanto dato, Neusa. Para esas cosas ya tengo en Canarias a Emelina, que es muy aficionada. Dejémoslo para otro momento.

–De acuerdo, pero iremos mañana. Quiero preguntarle un par de cosas a la Santinha. Y ahora, ¿seguimos bailando o te apetece otra cosa?

Olegario miró a los ojos a la mujer. Neusa sacó su sonrisa seductora, la irresistible, la de veinte años atrás, y entornó los ojos.

–No habrás tomado una habitación en un hotel, ¿verdad? –

le preguntó ella—. Porque esta noche vas a dormir conmigo.  
Y Olegario, de nuevo el joven aventurero, se dejó llevar.

Kiev, al día siguiente.

A veinte kilómetros de la capital de Ucrania existe un pueblo pequeño llamado Kuibysheve. Solo tiene una cafetería, la Yaroslava, con una decoración discreta y funcional pero de otra época, a la soviética. Ese local fue el elegido por Iván Spassky, alias Baikal, para citar al hombre que le iba a abrir la puerta informática de la base militar de Vasylkiv.

Spassky, cuyo nombre era completamente desconocido en aquel país, cumplía órdenes directas del presidente ruso, Maxim Rudin. Pertenecía al sector de operaciones del KGB y, oficialmente, estaba de vacaciones en el Mar Negro. Solo el grupo operativo destacado en Kiev sabía de su llegada, aunque ninguno lo conocía. Desde su llegada la noche anterior solo había solicitado un coche con chófer para que lo llevase a este pueblo perdido en medio de la llanura ucraniana del otro lado del Dniéper. Prefería no conducir él mismo para evitar problemas si se topaba con un control de carretera. No dominaba fluidamente el ucraniano y tendría que presentar documentación rusa –falsa, por supuesto–, pero eso era lo último que deseaba: llamar la atención. Le habían asignado el mismo chófer y automóvil que le recogió en el aeropuerto, lo que no le agradó. Tendría que pedir que le cambiaran de conductor y de coche cada vez que lo necesitara. Toda precaución era poca.

Spassky era especialista en informática, una sección que hubo que incorporar al KGB pasando por encima de la opinión de la vieja guardia, renuente a las innovaciones extranjeras. Occidente podía comerse a Rusia en tecnología si no andaban listos, por lo que los programas de ordenador

y su seguridad pasaron a ser una prioridad en el mundo del contraespionaje ruso.

La persona que estaba esperando, Arseni Barna, era otro experto informático del ejército ucraniano. Los sueldos de los militares de aquel país llevaban varios años congelados, lo que siempre venía bien a la hora de reclutarlos para la causa rusa, simpática para algún que otro lugareño, pero no para todos, por descontado. Sin embargo, medio millón de euros en efectivo solía crear simpatías a lo largo y ancho del mundo.

Spassky trasegaba a duras penas aquel líquido que allí llamaban café. Lo hacía más por matar el tiempo que por necesidad de estar despierto. En realidad, siempre estaba despierto. Por eso se encontraba allí. Era de los más destacados en cuanto a actividad encubierta en el extranjero y el mejor del grupo selecto de agentes en cuestiones de informática. Su única norma: estar despierto. Para todo.

Un hombre de unos treinta años, con el pelo rubio cortado al estilo militar y vestido de paisano entró en la cafetería. Spassky supo al instante que era Barna. Le hizo una seña y el recién llegado se sentó al otro lado de la mesa. Fingieron un saludo de viejos amigos. Aunque había unos cuantos parroquianos en el bar desayunando, distraídos con sus conversaciones, convenía pasar desapercibidos en la medida de lo posible.

–Todavía no me han comentado qué es lo que quieren de mí en esta ocasión –dijo Barna en voz baja. Hablaba en ruso.

–Es muy simple –contestó Spassky–. Tengo entendido que usted está destinado en la base militar de Vasylkiv.

–Así es –asintió el ucraniano–. Sección de informática.

–Necesito que suspenda el cortafuegos del programa de protección de lanzamiento de misiles durante dos décimas de segundo. Solo eso.

Spassky no iba a decirle que ese lapso era el que necesitaba para alojar en el torrente informático de la OTAN en Ucrania un programa espía destinado a controlar las armas

de la base. Spassky esperaba que el ucraniano pensara que se trataba de desactivar los misiles que apuntaban a Rusia, no de hacer estallar uno de ellos.

–Eso es complicado –dijo Barna, tras pensar unos segundos–. Es un sistema con una protección muy poderosa.

–Imaginemos que se cae la fuente de alimentación eléctrica de la base.

–Saltarían como resortes los grupos electrógenos de emergencia. Apenas se notaría.

–De eso se trata –indicó el ruso–. De que ese apenas dure dos décimas de segundo.

–Llamaría mucho la atención. La activación de la energía suplementaria es casi instantánea. No creo que saliera bien. Seguro que lo investigan.

Spassky se mesó el espeso bigote negro, tratando de ser paciente.

–Dos décimas de segundo no es nada. Pasará inadvertido.

–No lo tengo claro.

Aquel tipo era complicado, pensó Spassky. Si no lo necesitara, ya lo habría desechado. Tal vez conviniera entrarle de otro modo. El ruso sonrió antes de hablar.

–¿Podría hacer la Federación Rusa algo por facilitarle las cosas?

Barna tardó en responder. Se estaba pensando la respuesta. Contestó en voz más baja todavía.

–Podría.

Spassky vio el final del túnel.

–¿Cuánto?

–Un millón. Con eso bastará.

Spassky se sintió fuera del túnel.

–De acuerdo.

–Y lo haremos de otro modo. A mi manera, mucho más sutil. Nada de apagones de luz.

–Como quiera, pero necesito que ocurra el próximo martes.

Barna adoptó una expresión desorientada.

–¿El martes? Es el Día de la Defensa de la Patria. La mitad del personal no trabaja.

–Precisamente por eso, camarada. Precisamente por eso. Y usted va a estar de guardia, ¿verdad?

Río de Janeiro.

Ariosto y Antoinette se habían levantado tarde, alrededor de las diez. Dieron un paseo por la playa de Copacabana hasta el final y desayunaron panes con mermeladas de frutas tropicales y mantequilla en la Confeitaria Colombo, la que está al lado del Forte de Copacabana. Cuando se dieron cuenta ya eran más de las once y debían estar en la inauguración de la exposición de Kandinsky a las doce. Tomaron un taxi hasta el hotel y se cambiaron para la ocasión.

Otro taxi les llevo al Chácara do Céu, un pequeño museo situado en lo alto del cerro del barrio de Santa Teresa, uno de los más populares de la ciudad. Si hubieran tenido tiempo, habrían tratado de tomar el pintoresco tranvía que ascendía al barrio. Tal vez lo hicieran a la vuelta, se dijeron.

El Chácara do Céu era un edificio de los años cincuenta, de líneas vanguardistas para la época, levantado sobre el solar que ocupaba un palacete del siglo XIX, derribado al efecto. Diseñado como vivienda, fue reconvertido por su propietario, Castro Maya, en un centro de exposición de arte brasileño e internacional. Ariosto y Antoinette se enfrentaron a líneas rectas y funcionales en su exterior, no demasiado llamativas, pero que no desentonaban con el conjunto de jardines tropicales que las rodeaban.

La francesa mostró las invitaciones dos veces en sendos controles de seguridad, en la entrada del recinto y en la del jardín anexo al museo. Habría congregadas allí unas doscientas personas, lo más selecto del mundillo cultural de Río, y todas parecían conocerse. «Tal vez fueran ellos los que se encontraban más fuera de lugar», pensó Ariosto.

Antoinette no tardó en localizar a la encantadora señora que había hecho el día anterior de presentadora en la conferencia, que era quien había facilitado las invitaciones.

–¡Antoinette! ¡Has venido! –dijo, abrazándola–. ¡Qué alegría! ¡Y con tu acompañante! ¿Senhor...?

La mujer echó un vistazo aprobador a la vestimenta de Ariosto, chaqueta azul oscuro, camisa blanca con corbata granate y pantalón color crema.

–Te presento a mi querido amigo Luis Ariosto –se volvió hacia él–. Luis, esta es Mârcia Kovalevski. Brasileña cien por cien, a pesar del apellido.

La mujer dejó que Ariosto le besara la mano, al estilo de la buena sociedad carioca, como cien años atrás.

–¡Qué maravilla que haya personas así, tan a nuestra moda! –dijo Mârcia, encantada, muchos estaban mirando–. ¿No es cierto, Luis?

–Hay cosas que nunca deben olvidarse –replicó Ariosto–. Una de ellas es cómo saludar correctamente a una dama tan deslumbrante. El tiempo se ha parado en este momento.

La mujer se volvió hacia Antoinette.

–¿De dónde lo has sacado? ¡Es perfecto! ¡Me gusta!

–De Canarias, aunque muy bien podría ser parisino –contestó la francesa, divertida.

–¡Ah, los canarios! ¡Tienen fama de buena gente!  
Bemvindo ao Brasil, senhor Ariosto.

–Muito obrigado –respondió Ariosto, con una reverencia.

–¡Ah! ¡Me encanta! ¡Me lo quedo!

El buen humor de la mujer hizo que la pareja se sintiera cómoda y Mârcia comenzó a presentarles a sus conocidos. Después de la séptima persona presentada, Ariosto decidió dejar de intentar retener los nombres. Allí estaba reunida la élite política, social y cultural de Río, incluyendo alcalde y gobernador, que también saludaron a la médium francesa y a su acompañante, el senhor canario, como acabó por ser conocido.

Como por arte de ensalmo, Ariosto se vio con una

caipirinha en la mano. Preguntó a Mônica si no era un poco temprano y esta le contestó que allí se acostumbraba a tomar la copa antes, durante y después de los eventos. ¡Se trataba de pasarlo bien! Ariosto decidió integrarse en el entorno y tomó un sorbo.

Pasados quince minutos de las doce, alguien de la organización anunció la llegada del presidente de la República y de su invitado, el premier ruso. Se hizo el silencio. La entrada de varios guardaespaldas en el recinto y su distribución estudiada en distintos lugares antecedió a la aparición de los políticos, recibidos con una salva de aplausos por los asistentes. El presidente brasileño estrechó varias manos, las justas, y ambos mandatarios entraron en el edificio.

El Chácara do Céu tenía tres plantas y la exposición se celebraba en el tercer piso. Tras los dignatarios, los invitados optaron en su gran mayoría por subir las escaleras. Dejaron la recepción de la planta baja, ascendieron a la primera, donde se había reconstruido, entre otras salas de exposición, un comedor y un salón de comienzos del siglo XX, y continuaron hasta la tercera. Allí se encontraban cincuenta pinturas de Kandinsky, unas cuantas conseguidas de museos americanos, y otras muchas prestadas exprofeso para el evento por parte de museos y colecciones particulares de Rusia y de Francia. Era la primera vez que se realizaba una exposición tan amplia del pintor ruso y constituía todo un acontecimiento en Río.

Ariosto, aunque no era un ferviente admirador de la pintura abstracta, reconoció un par de pinturas, Fuga y Cielo azul, que siempre le habían llamado la atención. Mientras otra ronda de camareros servía la segunda caipirinha, el director del museo tomó la palabra y esbozó una introducción del pintor y de los presentadores. A continuación le tocó al presidente ruso, que necesitó de un traductor, como se esperaba. Rudin se inflamó de orgullo patrio con los valores rusos y su esencial aportación a la

humanidad. Sonó demasiado grandilocuente, y eso que dio la impresión de que el traductor rebajó algo el entusiasmo del mandatario. Finalmente, habló el presidente da Costa, que recordó la vocación europeísta de Río y los lazos continuos que siempre había mantenido la ciudad con las vanguardias culturales de todo el mundo, en especial la rusa. Esto último no sonó muy creíble, pero todos los asistentes aplaudieron con cortesía.

De nuevo habló el director del museo, que anunció que los jefes de Gobierno saludarían a los invitados.

–¿Nosotros también? –preguntó Antoinette a Màrcia.

–¡Claro! Aquí todos saludamos a los políticos. La cercanía es una de nuestras virtudes.

Ariosto se encogió de hombros cuando lo miró Antoinette, se resignaron ante la costumbre local y se dispusieron en fila detrás de Màrcia.

«Tal vez sea interesante», pensó Ariosto, «no todos los días se le da la mano al presidente ruso».

Río de Janeiro.

Igor Stepanov, el secretario del presidente Rudin, consideró que había llegado el momento ideal. Rudin y da Costa comenzaban a saludar a los invitados que habían formado una larga cola para cumplimentarles. Los miembros del servicio secreto ruso tenían todas sus miradas puestas en cada una de las personas que estrechaban la mano a Rudin, prestos para intervenir en cualquier momento.

Stepanov dio varios pasos atrás y luego se deslizó despacio a la derecha del grupo principal. Haría como que estaba estudiando los cuadros de Kandinsky y luego bajaría al servicio de caballeros de la planta inferior. Se acercó a Composición X y pasó a Rojo, amarillo, azul, dos de sus pinturas estrella. Volvió la cabeza. Nadie parecía mirarlo. Siguió con su paseo particular y llegó a la puerta de acceso al distribuidor donde se encontraba la escalera. Bajó por ella.

\*\*\*

–Pegaso se mueve. Se dirige a la salida.

Booth escuchó el anuncio por el diminuto auricular inalámbrico que llevaba insertado en el oído. Buscó con la mirada a Rubio, que actuaba como uno más de los invitados, al igual que él. Rubio se percató y salió de la cola. Él también había escuchado el aviso de Quarry, que se encontraba al otro lado del salón, junto al ventanal. Booth casi se tropieza con Rubio a la salida del salón. Hicieron como si no se conocieran y Booth insistió con cortesía en que el otro hombre saliera primero.

–Mantenemos contacto visual –masculló en voz baja. Sus palabras fueron recogidas por el micrófono incorporado en el pequeño aparato de su oreja.

Ambos hombres siguieron al ruso.

\*\*\*

–Valentín, mira al frente –dijo el jefe de los escoltas de Rudin a un compañero que se hallaba a su lado.

El interpelado dejó de vigilar a los asistentes durante un segundo para mirar a Vladimir Kriuchkov, su superior inmediato de los servicios secretos.

–¿No es ese Booth? –repreguntó Kriuchkov señalando al fondo del salón. Su colega escrutó en la dirección indicada.

–Un mando intermedio de la CIA –respondió su subordinado–. Lo reconozco.

Los agentes rusos memorizaban los rostros de los agentes estadounidenses reconocidos oficial y oficiosamente desde siempre.

–¿No estaba en Langley? ¿Qué hace aquí?

–Fíjate, se mueve en dirección a la salida y se ha juntado con él otro que me suena mucho

–A mí también. Creo que es otro de la CIA, pero debe ser un agente simple.

Kriuchkov no trabajaba en el servicio secreto por casualidad. Tenía bien entrenado el olfato, y aquella situación se salía de los parámetros normales.

–Valentín, síguelos mientras estén dentro del edificio. Averigua qué están haciendo aquí.

El escolta no respondió y se aprestó a obedecer la orden.

\*\*\*

Stepanov entró en el lavabo de caballeros. Comprobó con alivio que nadie lo estaba utilizando y se dirigió a la tercera cabina, la indicada. Cerró la puerta tras él, y tras cerciorarse de que estaba limpia, se sentó en la taza, con la tapa puesta. Metió la mano en su pantalón y tocó el pendrive que llevaba allí. Miró su reloj. En menos de un minuto debían reunirse con él. Esperó, tratando de serenarse. Sentía su corazón latiendo a mil por hora.

\*\*\*

Booth y Rubio llegaron a la puerta del servicio de

caballeros diez segundos más tarde.

–Quédate aquí –le ordenó Booth a Rubio, y entró en el servicio.

Los lavabos estaban vacíos y el americano se centró en las cabinas. La tercera estaba cerrada. Booth silbó la tonada convenida. La puerta se abrió y la cara del secretario ruso apareció tras ella.

\*\*\*

Valentín Iliushkin vio cómo uno de los agentes de la CIA entraba en el servicio de caballeros. En la puerta se quedó el otro, simulando una llamada telefónica. «Estrategia de libro. Sospechoso», pensó. Bajó con rapidez las escaleras y se dirigió sin titubeos hacia los lavabos. Rubio lo vio venir y trató de interponerse con su cuerpo, sin mirarlo.

–Perdón –dijo el ruso en portugués. Era una de las diez palabras que había aprendido para aquel viaje.

Rodeó al americano con rapidez y abrió la puerta antes de que pudiera interceptarlo.

\*\*\*

Booth sintió más que oyó la señal de alarma en su oído. Se encaminaba a hablar con Pegaso cuando escuchó abrirse la puerta de los lavabos. Se giró y descubrió que se trataba de un hombre vestido de traje, uno de los escoltas rusos. Maldijo para sus adentros, se desvió de inmediato a la segunda cabina y entró en ella.

Stepanov se quedó blanco cuando reconoció al agente de la KGB en el servicio, un tal Valentín. Trató de superar su bloqueo y se obligó a continuar su movimiento de salida de la cabina. El americano acababa de encerrarse en la de al lado. Saludó con un arqueado de cejas al recién llegado, se dirigió al lavabo más cercano y comenzó a lavarse las manos.

–¿Todo bien, camarada? –preguntó Valentín en ruso.

Stepanov sintió que había pasado lo peor y le dirigió una mirada al escolta.

–Sí, ¿por qué? –preguntó, frotando las manos con fuerza para que no se notara que le temblaban.

–El saludo protocolario está terminando. Debemos estar juntos todos los de la legación para salir al mismo tiempo.

Stepanov terminó y se secó las manos con varias toallitas de papel que sacó de su expendedor. Valentín esperó, dejando claro que no iba a dejar a Stepanov solo.

–Muy bien, vamos –dijo el secretario.

Ambos hombres salieron del servicio de caballeros, el escolta el último.

Cuando la puerta se cerró. Booth salió de su cabina y no pudo reprimir la frustración que sentía.

–¡Maldita sea! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Río de Janeiro.

Olegario despertó y no supo dónde estaba en un primer momento. Luego, los recuerdos de la noche anterior le vinieron a la memoria. Se encontraba en una cama amplia en el dormitorio de la vivienda de Neusa. Se giró y la descubrió a su lado, acurrucada contra su espalda y vestida solo con la sábana. «¡Vaya noche!», pensó. Aquella mujer no había perdido ni un ápice de su fogosidad, tal como la recordaba. Incluso ahora era mejor, con más inteligencia y madurez, pero con la misma alegría. Se había entregado de una manera total, aun sabiendo que era una ficción retomar una relación que quedó atrás muchos años antes. Y él había respondido, no era cuestión de quedarse rezagado en el escarceo. Pero era eso, una ilusión momentánea. Cada uno tenía su vida y así seguirían las cosas. Pero vivir ese sueño, aunque fuera por una noche, valía la pena.

–¿Estás despierto?

–Hace rato. Suelo dormir poco.

Neusa se reclinó sobre la almohada.

–¿Nunca haces nada durante mucho tiempo?

Olegario se rio. No esperaba esa pregunta.

–Tal vez sea ese el mejor resumen de mi vida.

–¿Te vas a quedar en Canarias?

El chófer reflexionó unos segundos.

–Ahora estoy bien allí. No hay motivos para cambiar. Y ya estoy algo mayor.

–¿Sabes? Tengo un poco de envidia de esa mujer. Emelina.

–Estamos a gusto. Así seguiremos.

Neusa cerró el tema en su mente. No había nada más que hacer.

–¿Vamos a desayunar?

–La verdad es que estaba preguntándome si lo ibas a plantear en algún momento.

–Y luego iremos a ver a la Santinha.

Olegario miró al techo, resignado.

–Como quieras. Tú mandas.

La pareja se preparó en media hora y salieron a la calle. Se dirigieron a la Padaria Modelo, una panadería cafetería con mesas de madera situada en el corazón del barrio de Tijuca. Pidieron una Méia de Café, una tostada de pan con mantequilla y un café con leche para aplacar el hambre.

Terminado el desayuno, tomaron un taxi que les llevó por varias calles empinadas a una casa en lo alto del Morro da Formiga, un sector humilde del barrio de Tijuca. Las viviendas se encaramaban en la acusada pendiente del morro, una montaña verde en medio de la ciudad, y Olegario entendió por qué habían utilizado el automóvil. Ya hacía calor y de haber subido a pie habrían llegado agotados.

Neusa se dirigió a una casa de dos plantas con un muro a media altura que limitaba un pequeño patio frontal y tocó el timbre que daba a la calle. La cerradura de la puerta se abrió mediante un mecanismo eléctrico.

Olegario buscó pero no encontró ninguna cámara de seguridad que los estuviera observando. «Mãe Santinha debe saber quién es la persona que llama a su puerta sin necesidad de verla. Para eso es Mãe Santinha», se dijo, divertido.

Una vez en el antepatio, se dirigieron a la puerta principal de la edificación, que se encontraba abierta. Apartaron una cortina de canutillos de madera y se adentraron en la casa. La claridad exterior desapareció y se encontraron en una amplia estancia a la que no llegaba la luz solar apenas iluminada por varias velas. Olía levemente a incienso. Tardaron unos instantes en acostumbrar la vista a la penumbra. Unos bancos acolchados con respaldo aparecían adosados a unas paredes en la que destacaban estantes abarrotados con imágenes de santos, unos conocidos y otros

no, colocadas a distintos niveles. Un aire de misterio buscado ex profeso señoreaba todo el ambiente, convirtiendo la sala de espera en un lugar de reunión, tal vez incluso de invocación.

–Sentémonos –indicó Neusa–. Ella nos llamará. Sabe que estamos aquí.

Ambos se sentaron. Olegario observó las figuritas que atestaban las paredes. Aquello no era solo cristiano. Allí se reverenciaban otros cultos mezclados con el católico, pero no de modo tradicional, no de la manera a la que él estaba acostumbrado. Eso le dio un punto de intranquilidad. A Emelina no le gustaban demasiado esas cosas. Y a él tampoco.

Una voz de mujer mayor se escuchó amortiguada al fondo de la estancia.

–Pasa, hija mía.

Neusa le hizo una señal a Olegario y se levantaron. Se dirigieron a una puerta decorada con motivos florales, o eso le pareció a Olegario. Ya no estaba seguro de nada. La abrieron y entraron.

Mãe Santinha era una mujer más que mayor, vieja, y les esperaba sentada en un butacón en el centro de la estancia, con una mesa delante. Un círculo de velas muy efectista rodeaba su enjuta figura y mantenía las esquinas oscurecidas. El olor a incienso era más acusado allí dentro. Otras figuras, similares a las de los estantes de la sala anterior pero de mayor tamaño, aparecían desperdigadas a su alrededor, como escoltando a la mujer.

–Sentaos –dijo, con suavidad, señalando un par de sillas de mimbre colocadas enfrente de ella.

–A bênção, Mãe Santinha –Neusa pidió la bendición con gran respeto, una vez se sentaron.

–Que Dios te bendiga –respondió la mujer, complacida.

–¿Me puede echar los búzios?

–Esta es tu casa y yo tu Mãe de–santo. Has traído un hombre contigo. Miraré por él también.

Olegario sintió un escalofrío. Él no había pedido que le hicieran nada, y no sabía si quería que le echaran los búzios. Se sintió incómodo.

Mãe Santinha cogió de una mesa auxiliar un conjunto de conchas de caracol. Cerró los ojos y musitó una plegaria inaudible. A continuación arrojó con decisión los pequeños caparazones sobre el mullido mantel de la mesa redonda que tenía ante sí, que rodaron hasta detenerse.

Olegario observó el rostro de la Santinha y de Neusa de modo alternativo. No sabía a qué atenerse. La mujer frunció el entrecejo y Neusa se encogió. «Esto no pinta bien», pensó.

–Los búzios hablan –dijo la anciana, algo transfigurada, tras unos segundos de espera–. Tu vida seguirá en la felicidad en la que vives, mujer. No veo ningún cambio. Sin embargo, no ocurre lo mismo con este hombre...

Olegario volvió a sentir el escalofrío.

–¿Cómo dice? –preguntó.

Neusa le indicó por señas que no interviniera, que dejara hablar a la mujer.

–Este hombre no está solo. Se encuentra dentro de una esfera mágica con otro hombre y una mujer. Ella tiene un gran poder espiritual y visionario, aunque no lo conoce en toda su amplitud. Todos corren un peligro muy grande.

Olegario fue a preguntar y Neusa le agarró del brazo. La anciana prosiguió:

–Hay mucha gente a su alrededor. Unos les odian, otros les imploran. Deben escapar, no deben permitir que los atrapen. Sería muy malo para muchas personas, para cientos de miles, tal vez millones. Son su única esperanza.

Olegario se sintió inquieto y confundido. «¿De qué hablaba aquella mujer?».

–Ya está. No hay más.

–¿Ya está? –exclamó el chófer.

–Sí. Hasta aquí he llegado con los búzios. Para saber más tendrías que traerme a esa mujer, la mujer espiritual.

Olegario seguía confuso. «¿A quién se refería? ¿A Emelina?»

Había hablado de otro hombre y otra mujer ¿A Antoinette?».

–Hemos terminado –dijo Neusa–. Nos vamos. Gracias Mãe Santinha.

–Sí, creo que es buena idea –comentó Olegario.

Neusa le hizo una reverencia a la mujer y le dejó un pequeño paquete que había traído en el bolso. «Serán los honorarios», dedujo el chófer.

Ambos salieron de la casa a la claridad y al calor tropical del exterior. Comenzaron a bajar la cuesta que los llevaba a la parte llana de la ciudad.

–Ole, ¿sabes a qué se refería Mãe Santinha?

Olegario la miró y respondió de inmediato, tratando de no titubear.

–La verdad es que no tengo ni idea, Neusa. Ni la más remota idea.

Y Olegario sabía que era una verdad a medias.

Río de Janeiro.

Ariosto pudo seguir a duras penas la conversación que mantenían Antoinette y M̀arcia en la cola. La velocidad con la que hablaban el portugués brasileiro dificultaba entender todas las palabras. De cualquier manera, estaban charlando sobre personas conocidas por ambas en otro congreso anterior, lo que tampoco suscitaba su máximo interés.

A medida que la cola avanzaba, pudo ver a los mandatarios saludando a los invitados. El presidente ruso mantenía en todo momento un semblante serio e inexpresivo, muy ruso. Por el contrario, da Costa sonreía a diestro y siniestro y se le veía cómodo estrechando manos, muy brasileño.

Por fin le llegó el turno a M̀arcia, que caminaba por delante de Antoinette.

–Querida senhora Kovaleski, está tan magnífica como siempre –dijo el presidente al encontrarse con M̀arcia.

–Gracias, presidente. Usted también luce fantástico. Seguiré votándole, como siempre.

Da Costa se rio.

–¡Qué cosas tiene! ¡Encantadora!

El presidente brasileño se volvió hacia el ruso y la presentó a través del intérprete que siempre se mantenía unos centímetros a la espalda de ambos.

–M̀arcia Kovaleski, brasileña descendiente de rusos. Muy conocida, y querida por todos, en Río.

–Es un placer encontrar compatriotas tan lejos de la madre patria –comentó Rudin en ruso.

–El placer es encontrarlo a usted aquí –respondió la mujer en el mismo idioma–. Voto por que nuestros pueblos vivan siempre unidos por la amistad.

–Que así sea –concluyó el ruso.

Antoinette dio la mano al presidente brasileño, cuya sonrisa se amplió aún más cuando se enfrentó a la francesa.

–Bemvinda a Brasil, senhorita.

–Merci beaucoup –respondió Antoniette.

–¡Ah! ¡Me encanta Francia! –exclamó en francés macarrónico y, luego, en tono más bajo:– Y las francesas también.

–Y los brasileños son muy simpáticos también –añadió Antoinette en perfecto portugués con acento brasileño, para perplejidad del mandatario.

Antoinette se soltó de da Costa y se acercó al presidente ruso. Rudin, con el mismo semblante de jugador de póker, le ofreció la mano. Antoinette se la estrechó. Ariosto la miraba de refilón mientras se disponía a saludar al presidente brasileño. La francesa mantuvo el apretón de modo continuo. Parecía como si no quisiera soltar la mano. Ariosto comprobó que lo miraba con una mirada insistente, concentrada. Su expresión cambió a la de alarma, lo que le sorprendió.

–¡No! ¡No lo haga! –exclamó angustiada Antoinette en voz alta en portugués, casi en grito.

Las personas que rodeaban a Rudin, da Costa, el intérprete, los escoltas y los invitados más próximos dieron un respingo al escuchar la exclamación de la francesa. Todos la miraron extrañados. Seguía sin soltar la mano del presidente ruso.

–¡No apriete ese botón! ¡El botón rojo! ¡No lo haga! –esta vez la francesa lo dijo en ruso.

Ariosto no entendió la segunda frase, como la mayoría de los asistentes, salvo Mária y los rusos.

–No la entiendo, señora –acertó a decir Rudin, tras unos instantes atónito, y trató de desasirse.

Antoinette lo soltó y dio un paso atrás. Uno de los escoltas avanzó un paso hacia ella.

–No sabe lo que hace –añadió, con los ojos muy abiertos–. Va a ser fatal para todos.

Ariosto no había visto nunca así a la francesa. El séquito ruso la miraba con aire amenazador, Rudin incluido. La tomó del brazo.

–Vámonos, querida –dijo, llevándosela a un lado.

Antoinette no ofreció resistencia. Parecía encontrarse en una especie de trance, ajena a lo que le rodeaba. Los tres salieron de la sala y dejaron de ser objeto de la atención de los presentes.

–¿Qué te pasa, cariño? –preguntó Màrcia.

Antoinette volvió poco a poco en sí. Se apoyaba en los antebrazos de sus amigos.

–Dios mío. He tenido una visión –contestó en voz baja. Sólo Màrcia y Ariosto podían escucharla–. Ese hombre, el presidente ruso. Va a hacer algo abominable. Horroroso.

Ariosto y Màrcia intercambiaron una mirada de preocupación.

–Mejor es que salgamos a que te dé un poco el aire –invitó Ariosto.

Salieron del edificio, pero el calor y la humedad exterior pusieron en entredicho lo acertado de la idea. Ariosto se dirigió a Màrcia.

–Me la llevo al hotel. ¿Podríamos conseguir un taxi?

–Me acerco a recepción para que lo pidan –contestó la mujer, y se dirigió de vuelta al edificio.

–Ya me encuentro mejor –dijo Antoinette, caminando ya sola.

–Estupendo. En unos minutos nos vamos. Necesitas un poco de tranquilidad y aire acondicionado.

–De acuerdo, sí. Creo que es una buena idea.

\*\*\*

Rudin hizo un hueco en los saludos para hablar al oído a Vladimir Kriuchkov, el jefe de los escoltas.

–Esa mujer, la que gritó. Hay que saber quién es y donde está. Síganla.

–Muy bien. Así lo haremos. ¿Cree que es importante?

–Más que importante. No la pierda de vista e infórmeme

de inmediato.

Y Rudin pensó para sí: «¿Cuántos botones rojos puede pulsar el presidente de Rusia, Vladimir? Uno. Sólo uno».

Río de Janeiro.

Valentín Iliushkin se encontraba mal aparcado en la intersección de las rúas Dias de Barros y Joaquim Murtinho, al lado de unos bancos de piedra con vistas a la floresta que rodeaba el barrio de Santa Teresa. Al fondo aparecía distante la parte baja de la ciudad. El vehículo, un Fiat Palio propiedad del consulado, carente de distintivos, era ideal para pasar desapercibido como uno más de los cientos de miles que poblaban Río de Janeiro. Se había adelantado a que la pareja que le habían ordenado seguir tomara el taxi que estaban esperando. Valentín estaba detenido allí porque era el camino por donde debían pasar inexorablemente si querían descender hacia la costa.

El taxi pasó un minuto después. Iliushkin se aseguró de que dentro estuvieran el hombre y la mujer señalados. Arrancó el automóvil y les siguió a cierta distancia por las calles serpenteantes que llevaban al barrio de Catete, en el llano.

De lo que no se percató es de que, en el tercer cruce, otro automóvil tan anodino como el suyo se puso en movimiento en cuanto lo rebasó, siguiéndole a él.

\*\*\*

El agente de la CIA Rubio obedecía las órdenes que su jefe Booth le había transmitido apenas diez minutos antes. A los estadounidenses no les había pasado desapercibido el incidente de la señora francesa con el presidente ruso, las consultas de este con su jefe de escoltas y cómo uno de los agentes del KGB se había puesto en movimiento de inmediato. Si algo había activado la maquinaria de seguridad rusa es que era importante. Debían saber qué estaba pasando.

Rubio dedujo en un minuto que el Fiat Palio perseguía a un taxi que le llevaba unos cincuenta metros. Mantuvo la misma distancia respecto al coche del ruso, permitiendo incluso que un Volkswagen escarabajo antiquísimo se interpusiera entre ambos y le sirviera de escudo visual.

El taxi giró desde la rúa do Catete por la de Silveira Martins y siguió por ella hasta desembocar en la amplia avenida Praia do Flamengo, dejando atrás las calles estrechas de modo definitivo. Un par de kilómetros más allá pasaron junto a la playa de Botafogo y giraron en dirección a Copacabana. Tras varios cambios de dirección, el taxi se detuvo delante del hotel Copacabana Palace. Rubio encontró con muchísima suerte un estacionamiento a cierta distancia del hotel y sacó su móvil.

–Están en el hotel Copacabana Palace –dijo en cuanto se estableció la comunicación.

–Controla la entrada –la voz de Booth se escuchó clara en el auricular–. Esto aquí ya ha terminado y los rusos se han ido. Vamos para allá.

Rubio descendió del coche y se dirigió a la entrada del hotel. Esperaría en el bar, desde donde pudiera ver la puerta del establecimiento. Había perdido de vista al agente ruso, pero estaba seguro de que no se encontraría muy lejos.

\*\*\*

Ariosto se encontraba sentado al pie de la amplia cama king size de la habitación 801, contemplando a Antoinette, que descansaba tumbada sobre la colcha. Unos minutos de silencio y un aire a temperatura y humedad soportables estaban haciendo milagros en ella.

–Ya estoy bien, chéri –dijo, sonriendo.

–Tienes mejor cara, sin duda –respondió–. Descansa un ratito más.

–Estamos perdiéndonos el día.

–No te preocupes. Cuando tengas hambre, comemos aquí mismo, en el hotel. El Cipriani tiene buena fama.

–Como quieras. Pero esta tarde pensaba subir al

Corcovado.

–Muy bien, lo haremos. Tenemos tiempo de sobra.

–Y luego saldremos a ver el carnaval. Hoy comienza.

–Promete ser interesantísimo. Sabes que en Tenerife también se celebra a lo grande, ¿no?

–Eso he oído, pero a otra escala. El de Río es indescriptible. Ya lo verás.

Ariosto asintió sonriendo. Dejó que transcurrieran unos segundos de silencio, mirándola.

–Quiero contarte lo que vi –anunció la francesa.

–No es necesario. No es bueno que te alteres de nuevo.

–Quiero hacerlo. Estoy tranquila, no te preocupes. Vi a ese hombre, el presidente ruso.

–Maxim Rudin se llama.

–Estaba en un lugar en penumbra, con una sola ventana por la que entraba una luz tenue. Al otro lado del cristal se veía una torre estrecha y muy alta, acabada en una cúpula con una cruz encima. Miraba una especie de ordenador encastrado en un maletín. Un haz de luz iluminaba un teclado muy extraño. En medio destacaba un botón rojo protegido por una cubierta de plástico. El ruso levantó la tapa, miró al otro hombre y pulsó el botón. Y de repente...

Ariosto sintió que la respiración de Antoinette se agitaba.

–Déjalo, no hace falta que sigas –le dijo.

Antoinette negó con la cabeza.

–Y de repente, todo se hizo fuego. Y escuché miles de gritos a la vez. Fue algo horroroso.

Ariosto comprobó que el escaso vello de los brazos de Antoinette se había puesto de punta.

–Ya basta –dijo.

–Ya termino. Lo peor fue lo que ocurrió después, justo antes de que desapareciera la visión.

Ariosto se sintió sobrecogido por la angustia de la expresión de Antoinette.

–¿Qué ocurrió después?

–Que, una tras otra, decenas de olas de fuego se fueron

sucediendo sobre la faz de la tierra. Y ahí acabó todo.

Río de Janeiro.

Los agentes de la CIA Booth y Quarry se reunieron con Rubio en el bar del hotel Copacabana Palace. Un espacio amplio, en el que grupos de asientos semicirculares color crema colocados entre columnas iluminadas desde arriba dirigían al visitante, a modo de pasillo, hacia una barra de bar blanca, de diseño moderno, con sus taburetes metálicos enfrentados y lámparas que asemejaban soles en plena incandescencia. Un ambiente elegante con un toque original. O por lo menos trataba de serlo.

Rubio se hallaba sentado a una mesa desde donde controlaba el acceso desde la recepción.

–¿Qué tenemos? –preguntó Booth en voz baja en cuanto se sentó.

–La pareja está en su habitación –respondió Rubio–. No he querido moverme de aquí para estar seguro de que no salían. Ahora haré más indagaciones. No he visto al agente ruso. Debe haberse quedado fuera del hotel.

–Queremos saber por qué están tan interesados en esa mujer. Sé que habló en ruso con Rudin. Pero nos falta conocer qué le dijo.

–Tal vez nos pueda ayudar la mujer que la acompañaba, la señora brasileña del pelo blanco –indicó Quarry–. Estaba junto a ella y escuchó lo que decía. Si se acuerda, se dirigió a Rudin en ruso un poco antes.

–Es una posibilidad –respondió Booth–. Déjala de mi cuenta. Ahora se trata de saber qué pasa con la mujer. ¿Quién dijo que era francesa?

–Yo la escuché hablar francés –dijo Quarry–. Pero eso no significa que sea francesa.

Booth asintió.

–Rubio, sácale algo a los empleados del hotel. Yo me ocupo de la señora de la exposición. Quarry, vigila quién entra y quién sale del hotel. ¡Vamos!

\*\*\*

Valentín Iliushkin se había colado en el hotel por la puerta trasera. Su atuendo de chaqueta y corbata y su aplomo al entrar por la puerta de servicio logró que nadie le preguntara qué hacía allí. Aparentaba ser uno más de las decenas de empresarios que proveían de servicios al hotel. Siempre entraban por allí y se dirigían a Dirección por los pasillos destinados a uso del personal.

Valentín había puesto a trabajar a la secretaria del consulado y su búsqueda había dado un resultado. Uno de los trabajadores de mantenimiento del hotel era ruso. Boris Arkadyev figuraba en la lista de rusos nacionalizados brasileños que no querían perder la ciudadanía rusa. Debía ser, por tanto, un patriota. «Colaborará», pensó el agente de la Federálnaya sluzhba bezopásnosti Rossíyskoi Federatsii, el FSB, la agencia de seguridad contraespionaje rusa sucesora del KGB. La secretaria le había facilitado el número de móvil y Valentín se había citado con él en la puerta de las cocinas. No fue difícil dar con ellas. Un hombre de rasgos eslavos con un mono azul esperaba inquieto allí. Era él, sin duda.

–¿Señor Arkadyev? –preguntó en ruso.

–Sí –respondió el operario en el mismo idioma–. ¿Es usted quien me ha llamado?

–Así es. –Valentín mostró su placa del FSB. El hombre abrió los ojos de modo desmesurado, más inquieto todavía.

–Tengo todos los papeles en regla –musitó.

–Estoy seguro de ello, camarada. Rusia le necesita para un asunto patriótico. Su familia en Moscú será favorecida.

Arkadyev respiró, algo más tranquilo.

–¿En qué puedo servir a mi país?

–Necesito los datos de dos clientes del hotel. Una mujer y un hombre. Son extranjeros. Ella podría ser francesa. Han

entrado hace pocos minutos. También quiero el número de habitación. ¿Podrá hacerlo sin levantar sospechas?

–Hay muchos clientes en el hotel. Preguntaré en recepción. La fotocopidora a veces se atasca y tendré que revisarla.

–Perfecto. Le espero fuera, en el parking de servicio.

\*\*\*

El agente Rubio estudió a los recepcionistas. En aquel momento había tres detrás del mostrador de la entrada. El más alto, con chaqueta, debía ser el jefe de los otros dos, que trabajaban en camisa. Uno de ellos era bastante joven. Probaría con él.

Esperó a que algunos clientes se acercaran a recepción y mantuvieran ocupados a los otros dos para acercarse al tercero.

–Buenos días. Soy del consulado estadounidense –exhibió una credencial a toda velocidad– y estoy buscando a uno de sus clientes por un asunto familiar grave.

El recepcionista arqueó las cejas, invitando a seguir a Rubio.

–Es una mujer, francesa si no me equivoco, debió hacer su entrada ayer o anteayer.

–Es posible que así sea, señor. Pero deberá darme un nombre.

Rubio deslizó dos billetes de cien reais, el equivalente a cincuenta dólares entre sus dedos, dejándolo a la vista del conserje.

–Seguro que puede ayudarme –contestó.

–Comprendo –dijo el joven, y recogió los billetes con presteza–. Vamos a ver.

El recepcionista tecleó en una terminal de ordenador detrás del mostrador.

–En efecto. Hay una señora francesa que hizo su entrada anteayer.

–¿Está sola o con un caballero?

El conserje miró la pantalla.

–Con un señor, que llegó ayer, un día después.

Ese detalle no le dijo nada a Rubio, pero lo memorizó.

–Necesitaría sus datos, si es tan amable.

Rubio mostró otros dos billetes iguales entre sus dedos. El conserje lo miró a los ojos.

–Por el doble tendría fotocopia de los pasaportes.

Rubio enarcó una ceja de asombro. Aquello iba mejor de lo esperado. Información de primera mano por solo doscientos pavos.

–Comprendo –respondió y sacó cuatro billetes más.

El dinero desapareció en el bolsillo del recepcionista, y este se dirigió, muy digno e inocente, a un despacho interior.

Río de Janeiro.

El móvil de Ariosto comenzó a sonar encima de la mesa de la habitación. Su propietario lo cogió y miró la pantalla. Las llamadas telefónicas provenientes de España exigían un filtro en orden a su importancia. Las tarifas de la empresa suministradora del servicio eran astronómicas en las comunicaciones intercontinentales, así que había que andarse con tiento. Era Sebastián. Descolgó.

–Buenos días, Sebastián. ¿Qué tal le va?

–Buenos días, señor, estupendamente. He contactado con mis antiguos amigos y estamos recordando los viejos tiempos.

–No sabe cuánto me alegro. Tal vez mañana podamos vernos y nos los presenta. Antoinette tiene una agenda de visitas un tanto apretada, pero creo que encontraremos un rato para ello.

El chófer dejó pasar un par de segundos.

–¿Va todo bien, señor?

Ariosto no esperaba la pregunta. «¿Qué podía saber Sebastián?».

–Antoinette ha tenido un ligero mareo, pero ya está pasando. ¿Lo dice por algo?

–No sé si es procedente que se lo cuente. Sé que usted es bastante reacio a los temas sobrenaturales.

Ariosto se sintió escamado. Algo se traía entre manos el chófer.

–Es evidente que, estando cerca de Antoinette, esas cuestiones me van a tocar muy de cerca. ¿De qué se trata? ¿Algo relativo a Emelina?

–No, no. Nada de Emelina –repuso Olegario–. Es algo de

aquí. Una de mis amistades, Neusa, pronto la conocerá, me llevó a ver a una Mãe Santinha. Algo muy carioca.

–¡Ah, sí! Santería, ¿no?

–Más o menos. Aquí se veneran mucho esas creencias. Yo no soy muy creyente en esas cosas, pero aquella mujer, la Mãe Santinha, dijo algo que me dejó inquieto.

–Vaya, Sebastián, se pone usted misterioso. ¿Qué le dijo?

–Que dos hombres y una mujer con ciertos poderes estaban en peligro. Un peligro cercano e inmediato. Esa mujer solo puede ser madame Montparnasse.

Ariosto no contestó de inmediato. Estuvo unos instantes reflexionando sobre lo que Sebastián le había comentado. «Tal vez fuera procedente contarle a Sebastián lo ocurrido en el museo con el presidente ruso». Tras unos momentos de titubeo, decidió que no valía la pena.

–No sé a qué se puede referir, Sebastián. Pero no va a afectarnos para nada ese vaticinio. Sabe que no creo en ellos, así que pierda cuidado. Estamos de vacaciones, por lo que concentrémonos en disfrutar de estos días y de esta ciudad.

Sebastián siguió preocupado, a pesar de la seguridad de su jefe.

–De acuerdo, señor. Pero tenga el teléfono a mano y no dude en llamarme si necesita algo. Yo tampoco creo, pero estas Mães Santinhas son de cuidado. Yo no me las tomo a la ligera.

–De acuerdo, me mantendré ojo avizor, Sebastián. No se apure.

–Muy bien, señor, pásenlo bien, pero, como dijo Jean de la Fontaine: “Guárdate, mientras vivas, de juzgar a nadie por su apariencia”.

Ariosto se despidió y colgó sonriendo. «Este Sebastián sigue sorprendiéndome como el primer día», pensó.

\*\*\*

Maxim Rudin se encontraba en la sala de comunicaciones a prueba de escuchas del consulado ruso en Río de Janeiro. Faltaban doce minutos para comenzar la recepción a la

colonia rusa afincada en la ciudad. El tiempo suficiente para hacer la llamada telefónica que tenía en mente.

Una telefonista en Moscú tardó unos veinte segundos en localizar al destinatario de la conferencia y que este se pusiera al aparato.

–A sus órdenes, señor presidente.

–Pavlov, quiero que haga memoria –indicó Rudin, con cierta ansiedad–. ¿Se acuerda de aquel caso de la vidente británica de los años ochenta?

Anatoly Pavlov, un directivo veterano del KGB, ahora en el FSB, no tardó en hacer memoria. Rememoró aquel asunto de inmediato.

–Permítame recordarle, señor presidente, que sigue tratándose de un tema de alto secreto.

–Lo sé, Pavlov –replicó Rudin algo molesto, no hacía falta que le recordaran esas cosas–. Llamo por una línea de alta seguridad. Es importante que me conteste.

–Me acuerdo perfectamente, señor.

–Yo no tanto. Recuérdemelo, haga el favor.

Rudin escuchó a Pavlov tomar aire. El informe no sería corto.

–En 1987, nuestros submarinos destacados cerca de las costas estadounidenses fueron detectados por las autoridades americanas. Todos recibieron avisos al respecto y advertencias serias por parte del enemigo para que se retirasen a aguas internacionales. Esto ocurrió en tantas ocasiones que lo consideramos una emergencia nacional. Los yanquis parecían haber desarrollado una tecnología desconocida que era capaz de localizar nuestros submarinos más silenciosos. Todos nuestros avances técnicos en tal sentido se estaban revelando insuficientes. El factor sorpresa desaparecía por completo, lo que era un peligro para la Unión Soviética.

–En efecto, ya lo voy recordando, prosiga.

–Toda la maquinaria de inteligencia de nuestro país se puso en marcha en aquellos meses. Nuestros agentes en el

extranjero forzaron todos sus contactos, poniendo incluso a algunos de ellos en peligro. Tras mucho indagar, llegó la respuesta. El problema no se centraba en una cuestión de alta tecnología, ni provenía de los Estados Unidos. Se trataba de una mujer británica que, por increíble que parezca, tenía la facultad de localizar sobre un mapa nuestros barcos.

–En efecto, era británica.

–Dada la imposibilidad de acceder a ella para intentar reclutarla, el Soviet Supremo tomó la inevitable decisión de ordenar su neutralización. La orden se cumplió a finales de 1987. Según supimos, los británicos y los americanos se enfurecieron muchísimo pero, como era alto secreto, no trascendió.

–¿No pudo resolverse de otra manera?

–No, señor. Oficialmente, nadie sabía nada de las facultades de aquella mujer, por lo que era inútil andarse con protestas diplomáticas.

–¿Y no volvió a ocurrir nada similar en los años posteriores?

Pavlov tardó en responder.

–¿Se refiere a una amenaza para nuestra patria por personas con facultades extrasensoriales?

–Sí, Pavlov, de eso estamos hablando. No me haga hablar sin necesidad.

–Pues no, señor. No se ha vuelto a dar el caso, afortunadamente. A pesar de nuestros avances en psicología y psiquiatría, hay fenómenos que no tienen explicación fácil.

–Si no recuerdo mal, se creó un protocolo de emergencia para posibles casos similares, ¿no es cierto?

–Así es, señor. Pero nunca se ha activado.

–Pavlov, escuche bien. Actívelo de inmediato y póngase en contacto con mi jefe de seguridad, Vladimir Kriuchkov. Él le dará los detalles. Y procure que esto se mantenga en el mismo grado de alto secreto que aquel asunto de 1987.

La voz de Pavlov se notó inquieta y azorada.

–A sus órdenes, señor.

Rudin colgó el teléfono y negros pensamientos poblaron su mente. Si en 1987 no hubo más remedio que decidir la neutralización de aquella mujer, tal vez ahora no tendría otra alternativa.

Río de Janeiro.

El comandante João Antunes Pereira conocía a Màrcia Kovaleski desde hacía varios años. Habían coincidido en multitud de actos sociales, y no precisamente porque el militar fuese devoto de la parapsicología, sino porque a Màrcia le gustaba también la música clásica, y su asiento de abono en la platea del Theatro Municipal de Río, una joya ecléctica con aires neoclásicos que presidía la praça Floriano, inspirada, cómo no, en la Ópera de París de Charles Garnier, colindaba con el de Antunes.

El comandante, un sesentón que se mantenía delgado y con toda su cabellera intacta, aunque plateada, siempre notó que Màrcia se sentía predispuesta a reírle todas las gracias. Y hubiera intentando de buena gana hacerla reír en otro lugar más tranquilo y con menos luz si no fuera por la bruja de su esposa, que siempre le acompañaba y no le quitaba el ojo de encima.

Màrcia conocía su condición de militar cercano a la cúpula política, y por eso Antunes esperaba su colaboración en la pesquisa que tenía entre manos.

Había llamado por teléfono al domicilio de Màrcia y tuvo la suerte de encontrarla allí. «Acaba de llegar. Un momento que la aviso», había anunciado la doncella de servicio. Màrcia vivía en un caserón antiguo heredado de familia en la avenida Epitacio Pessoa, en el selecto barrio de Lagoa, junto a la laguna Rodrigo de Freitas.

–Querido João –dijo Màrcia en cuanto se puso al teléfono–. ¡Qué alegría escucharte! Espero con impaciencia el comienzo de la temporada musical.

–Yo también, Màrcia. Estos meses de sequía sinfónica son

insufribles. Menos mal que tenemos el carnaval para consolarnos unos días.

–¡Sí! ¡Qué bueno! Aunque, la verdad, ya estoy algo mayor para estar todo el día sambando en la calle. Los años no pasan en balde, querido João.

–A mí me ocurre lo mismo, y estos días parece que va a haber calor del bueno.

La introducción se había terminado, pensó Antunes. Era el momento de ir al grano.

–Querida Màrcia, como sabes, soy militar adjunto al Ministerio de Interior.

–¡Ah! ¿Sí? No sabía lo del ministerio.

–Es algo que no debe airearse, compréndelo. Seguridad Nacional.

Antunes conocía el nivel de cotilleo que desplegaba la mujer en los eventos sociales. Era conveniente trazar líneas rojas.

–¡Qué interesante! ¿Algo así como un espía?

–¡Por Dios! ¡Qué cosas dices! Trabajo para la defensa del país, pero nada más.

–Qué bien –la voz de Màrcia sonó algo desilusionada.

–Tengo un encargo directo del presidente y necesito tu colaboración.

La frase volvió a despertar el interés de Màrcia.

–¿Del presidente? ¿Sabes que lo he saludado hoy?

–Sí, me lo ha dicho personalmente. Por eso te llamo. Creo que ha habido un pequeño incidente con una señora que te acompañaba.

Màrcia no necesitó que le dijeran más para irse de la lengua.

–Así es, con mi querida amiga Antoinette de Montparnasse, que es señorita, para tu información. Aunque iba muy bien acompañada por un caballero español. No sé cuánto tiempo mantendrá la soltería. Hacen buena pareja. Él es de buena familia, según me han comentado.

–Màrcia –la cortó–. Creo que ocurrió algo con el

presidente ruso.

La señora aceptó a regañadientes la interrupción.

–En efecto. Intercambiaron un par de frases.

–El presidente me ha dicho que hablaron en ruso.

¿Escuchaste lo que dijeron?

–No está bien prestar oídos a conversaciones ajenas, pero es que estaba al lado.

–¿Me la podrías repetir, traducida, palabra por palabra, por favor?

–Mucho me pides. No tengo la memoria de antaño, pero fue más o menos así...

Antunes escuchó atentamente la reproducción exacta de la conversación entre Rudin y su amiga francesa, y posteriormente un informe exhaustivo de la vida privada y profesional de Antoinette de Montparnasse y de su acompañante, Luis Ariosto. De este último bastante más resumido, dada la carencia de datos. Pero en conjunto fue un caudal de información más que suficiente. Tras lograr despedirse de Màrcia, Antunes colgó, aliviado, y volvió a descolgar. Marcó un número que conocía de memoria.

–¿Senhor Booth? Ya tengo la información que me requirió. ¿Hace falta que le recuerde el número de mi cuenta en Suiza?

\*\*\*

–Camarada Kriuchkov –la voz de Valentín Iliushkin sonaba algo más metálica que de costumbre en el móvil–, las personas que nos interesan son una mujer francesa, Antoinette de Montparnasse y unos cuantos apellidos más y un tal Luis Ariosto, español. Tengo todos sus datos, incluso una fotocopia del pasaporte.

Vladimir Kriuchkov gruñó complacido. Aquel chico, Valentín, llegaría lejos.

–Buen trabajo. ¿Has tenido que utilizar la billetera?

–Nada de eso, señor. Lo he conseguido gracias a un patriota.

–Dios bendiga a Rusia y a los rusos –Kriuchkov lo dijo de

corazón-. ¿Has descubierto algo que nos aclare lo que pasó?

-Tal vez le interese saber que la mujer se dedica a lo paranormal. Eso de hablar con los muertos y otras degeneraciones propias del mundo occidental.

Kriuchkov meditó dos segundos sobre la noticia. Refunfuñó.

-¿Incluye eso lo de adivinar el futuro?

Valentín respondió de inmediato.

-Eso parece, señor. Aunque ya sabe que no creo en esas paparruchas decadentes.

-No eres tú quien tiene que creer o no -Kriuchkov dejó claro que las ideas políticas de su subordinado no le interesaban. Con ese nivel de fanatismo político, tal vez no llegaría tan lejos-. Así que esa mujer es vidente. Me harás un informe completo cuando vuelvas.

-¿Quiere que vuelva ahora?

-No. Quédate ahí y vigila los movimientos de la pareja. Voy a pedir instrucciones.

Kriuchkov colgó y, de manera inmediata, marcó el número personal del presidente Rudin. Tal vez le interesara la información.

Washington D.C.

Las cortinas de las ventanas del despacho oval, una horterada de diseño atribuida a Nancy Reagan, estaban corridas. El presidente de la nación más poderosa del mundo lo prefería así, no quería distraerse con las miles de miradas curiosas de los turistas que lo observaban desde detrás de la verja de la avenida Lafayette.

John Patrick Conrad, el nuevo presidente, se encontraba retrepado en el sillón enfrente a la mesa de trabajo, un escritorio fabricado con la madera proveniente de un barco, el *Resolute*, que acabó, por esas cosas del destino, en el corazón de la Casa Blanca. Conrad había vencido la tentación de colocar los pies cruzados sobre la mesa, al estilo Bush, ya que estaba seguro que la secretaria de Estado, Stephanie Denton, no lo aprobaría. Además, el tema que les congregaba allí no daba pie a semejante relajación de costumbres.

La señora Denton, circunspecta y elegante, como siempre, acababa de transmitir al presidente el informe del agente Booth, destacado en Río de Janeiro.

–No sabemos si tomárnoslo en serio o no, señor presidente. Que la FSB se haya movilizado por lo que dijera una vidente puede parecer fuera de toda lógica.

Conrad no comentó la opinión. Meditó sobre la información unos segundos y se irguió, terminando por apoyar los codos en la mesa.

–Como decía mi tío abuelo, el honorable senador Noah Julius Worhtington III, si hay humo es que hay fuego. Si los rusos se han alarmado es que existe una razón para ello.

–La historia del botón es descabellada. Sabemos que el

disparador nuclear ruso no se activa pulsando un botón rojo. Eso quedó en las novelas de espías de los años setenta. Ni siquiera nosotros lo usamos.

–Da igual el color del botón, Stephanie. Lo que importa es lo que sucede cuando se pulsa.

–¿No irá a dar usted el menor crédito a todo este asunto?

Conrad hizo un gesto con su rostro, como un rictus de desagrado. Lo hacía siempre que no sabía qué hacer.

–Conozco personalmente al agente Booth –replicó el presidente–. No es persona que se impresione fácilmente por una tontería.

–El agente Booth falló en la entrega de Pegaso. El sistema del cambiazo en el baño hace años que pasó de moda.

–Por eso mismo decidimos hacerlo así. Era tan obvio que saldría bien.

–Pero no ha salido bien. Y tal vez Pegaso esté bajo sospecha. Hemos corrido un peligro innecesario. Ha sido un error flagrante.

Conrad asintió. Aunque a veces su secretaria de Estado le caía como una patada en el estómago, siempre apreciaba que nombrara las cosas por su nombre, sin florituras. Y eso no era fácil ocupando un cargo en el que todos los que le rodeaban competían por adularlo.

–Pegaso trataba de comunicarnos algo importante. ¿Crees que estaría en conexión con el asunto botón rojo?

La señora Denton esbozó una ligera sonrisa al escuchar el modo en que Conrad había bautizado el tema.

–No lo creo, señor. Aunque no podemos descartar nada.

–Sería importante tratar de contactar de nuevo con Pegaso.

–Va a ser difícil. La agenda del presidente Rudin es muy apretada. Esta misma tarde partirá para Rusia con todo su séquito.

–Dígale a Booth que lo intente. Si Pegaso se sube al avión presidencial será mucho más difícil. Habría que retomarlo todo en Moscú. Y ya sabes lo complicado que es. ¿Cuándo vuelve a salir Rudin al extranjero?

–En unos días viene viaja a Italia. A Venecia, si no me equivoco. El Gobierno ruso va a firmar un convenio comercial con la Unión Europea y se ha decidido que se celebre el encuentro en esa ciudad.

–De cualquier manera, Stephanie. Si los rusos están detrás de la mujer francesa, nosotros tenemos que estar también allí. Tal vez sea importante lo que ella sabe. Más de lo que imaginamos.

–Nuestros agentes están haciendo el seguimiento. Daré orden de que se estreche la vigilancia.

Conrad se apoyó en sus manos y se levantó. Caminar alrededor de la mesa de trabajo era otra de sus manías cuando se ponía nervioso.

–Creo que hay que hacer algo más que eso. Quiero que hablen en persona con la francesa. Booth debe de saber de primera mano lo que vio, si es que vio algo.

–Tal vez no se muestre receptiva a hablar con nuestros hombres. Al fin y al cabo es francesa, gente algo especial, y no sabemos por dónde va a salir.

–Ese problema, si se plantea, debe resolverse allí mismo. De una manera u otra. Que la obliguen a hablar.

La afirmación tajante del presidente no dejó a Denton duda alguna.

–Es un país extranjero –acotó, en voz baja.

–¿Ha sido eso alguna vez un problema para nosotros?

Denton se había jurado al llegar a la Casa Blanca que no repetiría los errores de los Gobiernos estadounidenses anteriores. Y sin embargo, allí estaba, admitiendo una orden que podría vulnerar el derecho internacional.

–Podría serlo si se supiera.

Conrad amplió su paseo a lo largo de la estancia, inquieto, pisando la mullida alfombra con el logotipo del escudo nacional.

–¿Sabe lo que considero que podría ser el verdadero problema, Stephanie?

La mujer lo miró, curiosa.

- ¿Cuál?
- La fecha. El día y la hora en que esa vidente francesa vio a Rudin pulsando ese maldito botón rojo.
- ¿Por qué le preocupa tanto?
- Por si llegamos tarde, querida Stephanie, por si llegamos tarde.

Río de Janeiro.

–¿Se te ha pasado, querida?

Ariosto preguntó segundos después de que Antoinette se hubiera levantado de la cama y entrara al cuarto de baño.

–Sí, ya estoy bien –escuchó–. Deja que me arregle un poco. «Buena señal», pensó Ariosto. «Si una mujer se preocupa por su aspecto, es que nada demasiado malo le está sucediendo».

Ariosto se levantó y manipuló el mando a distancia del aire acondicionado. Comenzaba a sentir frío. Subió la temperatura a unos agradables veintitrés grados. Miró su reloj.

–Son las dos y cuarto. ¿Bajamos a comer?

Antoinette regresó al dormitorio, parecía totalmente repuesta. El colorete y otros secretos de maquillaje hacían maravillas.

–Por supuesto. No perdamos más tiempo de este día maravilloso.

La francesa se había cambiado de vestido y se había puesto uno más informal que el que llevaba puesto durante la inauguración de la exposición. Tomó una chaquetilla ligera de verano y el bolso. Ariosto se despojó de su corbata y se puso la chaqueta a su vez.

–Màrcia me ha hablado muy bien del Atún con Foie–gras del restaurante del hotel.

–Nos fiaremos de Màrcia –respondió Ariosto.

La pareja salió de la habitación y avanzó por el pasillo en dirección al ascensor. No prestaron atención a un hombre encorbatado que se cruzó con ellos, ensimismado con la moqueta del suelo. El elevador los bajó a la planta baja y

cruzaron el vestíbulo y pasillo que los llevó al Cipriani, el restaurante del hotel. Una decoración clásica en tonos amarillos los recibió amablemente, al igual que el solícito maître, que los condujo a una mesa con vistas a la piscina.

Ariosto notó con alegría que Antoinette se encontraba completamente repuesta, incluso sonriente. Les entregaron la carta del restaurante. Ariosto buscó en su chaqueta y se puso las gafas de cerca.

–Unos platos de cocina italiana con títulos sugerentes: Contra Filé de Wagyu com Espuma de Café o Filé de Cordeiro em Crosta de Pistache com Tagliolini de Cenoura.

–Y luego se quejan de la ornamentada fantasía del nombre de los platos en los restaurantes franceses –comentó Antoinette.

Ariosto hizo una seña al maître al tiempo que reían la gracia.

\*\*\*

Vladimir Kriuchkov mantenía una tensa conversación con Anatoly Pavlov. La distancia y las nueve horas de diferencia horaria entre Río y Moscú no eran obstáculos para que saltaran chispas del auricular.

–Es muy problemático llevar a cabo lo que usted pretende, camarada Pavlov.

–No creo que tengan otro remedio, camarada Kriuchkov. Nosotros nos vimos obligados a resolverlo de esa manera en el 87. Al final fue lo mejor que pudimos hacer. Solo hay una solución.

–No sabe lo que me pide. Pertenezco al cuerpo de seguridad personal del presidente. No soy un ejecutor del tres al cuarto. Esos tiempos ya pasaron.

–Dejar a esa mujer suelta es un peligro inadmisibile para los planes de nuestro presidente, según me ha comentado. Hay que neutralizarla.

–En eso estamos de acuerdo, camarada Pavlov. La cuestión es el grado de neutralización.

–Mi misión como asesor del presidente termina aquí,

ahora la responsabilidad es suya. Preste mucho cuidado en que todo salga bien.

Kriuchkov mostró una mueca de desagrado en su rostro. No soportaba al maldito Pavlov, una leyenda algo siniestra del KGB. Ni él ni ninguno de sus compañeros lo tragaba por su arrogancia y sus ínfulas permanentes de perdonavidas. Como nadie lo estaba mirando, no tuvo que reprimir su expresión.

–No se preocupe. Pero lo haremos a nuestra manera.

Pavlov dejó pasar un par de segundos antes de contestar y colgar.

–Si tengo que preocuparme, será porque ha fallado, y en ese caso, usted será quien se preocupe más que yo.

Kriuchkov tardó un minuto en sobreponerse a la tensión nerviosa que le había producido la conferencia telefónica. ¡Le habían indicado que asesinar a una civil extranjera en un país extranjero! ¿Estaban locos? Los tiempos del KGB soviético habían pasado a la historia. Ahora se hacía las cosas de otra manera. En Rusia había una democracia, ¿no?

Lo único que le había contenido para no enfrentarse a Pavlov era que el presidente Rudin insistió en que el hombre de Moscú era el más indicado para hacerse cargo de aquella pequeña crisis y que debía seguir sus indicaciones.

Pero Kriuchkov no estaba dispuesto a jugárselo todo por las órdenes, porque eran eso, órdenes, aunque encubiertas a modo de indicaciones, de un tipo de otra época que se encontraba a miles de kilómetros de allí.

Kriuchkov no entendía qué importancia podía tener aquella mujer para su presidente ni para su país. Y aunque había jurado fidelidad a la patria y a sus dirigentes, no era un peón sordo y ciego. Tenía sus propios criterios. Si no hubiera sido así, no habría llegado tan alto en su carrera profesional en el servicio secreto. Y un sexto sentido le decía que se encontraba ante algo muy turbio. Casi opaco. Y eso no le gustaba.

Refunfuñó y marcó un número en su teléfono. Habló en

cuanto descolgaron.

–Valentín, tenemos una orden presidencial urgente. Hay que secuestrar a la mujer francesa. Y tiene que ser ahora mismo.

Río de Janeiro.

El agente Quarry salió de su confusión en unos instantes.

–¿Interrogar a la señora francesa?

Booth se había reunido con él en uno de los sillones del vestíbulo existente entre la entrada y el restaurante del hotel, y le estaba transmitiendo las órdenes presidenciales.

–Por las buenas o por las malas. Acabo de hablar con Washington.

Quarry estaba por pellizcarse. ¿Cómo iban a abordar una misión así, en pleno centro de la ciudad? ¡Y en un lugar tan público como el Copacabana Palace!

–¿No sería mejor esperar a que salieran del hotel?

–Tiene que ser ahora. No sabemos el tiempo de que disponemos. Son las palabras exactas de nuestro presidente.

Quarry echó un vistazo en dirección al Cipriani. Podía ver las siluetas de sus objetivos departiendo en la mesa.

–¿Solo nos interesa ella? ¿Qué pasa con el hombre?

–Hay que quitarlo de en medio. Lo justo para que podamos hablar con ella a solas.

–Y de eso me encargo yo, ¿no?

Booth sonrió.

–¿Cómo lo has adivinado?

Quarry suspiró, resignado.

–Últimamente está de moda adivinar cosas, por lo que parece.

\*\*\*

–Una conferencia telefónica internacional para el señor Ariosto –anunció uno de los conserjes a la pareja de la mesa.

Ariosto miró al empleado del hotel, extrañado. Sacó su móvil y comprobó que no tenía ninguna llamada perdida.

–¿Internacional?

–Así es, señor. Me temo que tendrá que hablar desde la recepción. Siento la interrupción.

Ariosto miró a Antoinette y se encogió de hombros.

–Perdona. No sé quién puede ser.

La francesa sonrió, quitándole importancia al asunto.

–Vete. Puede ser algo importante. Y no tardes.

Ariosto acarició la mano de la mujer al levantarse y siguió al conserje fuera del restaurante.

\*\*\*

Antoinette, en lo que volvía Ariosto, volvió a prestar su atención a la carta del restaurante. Se notaba algo nerviosa, todavía no había superado por completo la crisis del museo. La sensación de intranquilidad se acentuó con la marcha de su pareja.

Estaba contemplando los postres, le había atraído un soufflé de chocolate negro con gotas de chocolate blanco, que prometía mucho, cuando la sombra de un hombre se interpuso entre su mesa y la claridad proveniente del ventanal que daba a la piscina. Antoinette levantó la vista hacia la silueta a contraluz. Entrevió a un tipo alto y delgado, de rasgos eslavos, que le habló en francés.

–Por favor, tiene que acompañarme.

Antoinette salió de su ensimismamiento, alertada. El hombre mantenía unos rasgos inexpresivos, pero de una dureza ostensible.

–¿Cómo dice? –preguntó, intrigada.

–Levántese y acompañeme a la salida –respondió el hombre, con un leve acento de los países del este de Europa.

Antoinette buscó su mirada, a pesar del contraluz.

–No le entiendo –replicó.

El hombre hizo un ademán con su brazo derecho, y Antoinette se fijó que, camuflada bajo una cubierta de varios periódicos, se escondía una mano que empuñaba una pistola con silenciador. Un escalofrío le recorrió la espalda. Miró a su alrededor, buscando alguien que los estuviera mirando.

No lo había.

–Si no se levanta ahora mismo le disparo.

Antoinette hizo un gesto rápido para coger su bolso y sacar su teléfono. El hombre apretó el gatillo y un leve silbido antecedió a un pequeño golpe en el bolso y en el respaldo de la butaca contigua. La francesa abrió los ojos de sorpresa y terror. No le hizo falta fijarse mucho para comprobar que un agujero aparecía en el lateral de su bolso de Louis Vuitton, uno de sus preferidos.

–No bromeo –dijo el hombre–. Ahora, levántese despacio y tome su chaqueta. Nos vamos.

Antoinette abandonó la idea de resistirse. Aquel tipo no estaba fingiendo. Echó despacio su asiento hacia atrás y se levantó. Notó que le temblaban las piernas y las manos. Cogió su chaqueta y se la acomodó sobre el antebrazo. El hombre se colocó de inmediato detrás de ella. En un instante notó la dureza del cañón del arma en la base de su espalda.

–A la calle –le dijo el pistolero.

Antoinette, casi paralizada por el temor, avanzó por el restaurante hacia la salida. Miró a su alrededor, ni los comensales ni los camareros se fijaron en ella ni en su captor. Buscó a Ariosto. ¿Dónde estaba?

Río de Janeiro.

–Cambio de planes –el agente Booth le hablaba al micrófono inserto en la manga de su chaqueta–. La mujer francesa se mueve.

Quarry y Rubio, ambos conectados por radio, escucharon el aviso.

–Todavía no me ha dado tiempo de iniciar la maniobra de distracción del hombre español –dijo Quarry a su micrófono.

–¿No has sido tú? –preguntó Booth–. Se levantó hace un minuto y se ha dirigido a recepción.

–Negativo, señor. Yo no lo he provocado.

Booth esperó, sentado en el vestíbulo hojeando un periódico, a que Antoinette llegara a su altura. Lo que había ocurrido en el restaurante no lo vio con claridad debido al vinilo de los cristales de las mamparas que lo separaban del resto del hotel. Una mirada de refilón le bastó para percatarse de que el acompañante de la francesa era uno de los miembros del séquito del presidente Rudin, el mismo de los lavabos del museo, a todas luces del servicio secreto. La posición del brazo derecho del ruso dejaba entrever que la apuntaba con un arma.

Booth esperó un par de segundos para no ser escuchado por la pareja, que ya se alejaba de él.

–¡Quarry! ¡Olvídate de que lo estás haciendo! ¡El servicio secreto ruso se la está llevando!

–¿Cómo dice, señor? –inquirió Quarry.

–¡Que la están secuestrando ante nuestras narices! ¡No los pierdas de vista! ¡Rubio, atento con el coche en la puerta, van a salir!

Booth se levantó de su butaca y comenzó a seguir a Antoinette y al ruso. Quarry, proveniente del pasillo del ascensor, se le unió al tiempo que Antoinette y su secuestrador empujaban la puerta giratoria de salida del hotel, ante la mirada distraída de uno de los botones, ajeno a todo.

\*\*\*

Valentín Iliushkin se sintió aliviado cuando vio que el automóvil del consulado ruso esperaba justo en la puerta del hotel. Al volante se encontraba el propio Kriuchkov, y en el asiento de detrás le aguardaba Vasily Berezutski, otro compañero del servicio secreto, que mantenía abierta la puerta trasera. Un leve empujón bastó para que la mujer francesa agachase la cabeza y entrase en el coche. Iliushkin se acomodó a su lado, dejándola aprisionada en el centro, entre ambos hombres.

–¿Quiénes son ustedes? –preguntó–. ¿Qué quieren?

Por toda respuesta, Berezutski le aplicó con fuerza al rostro un pañuelo húmedo que despedía un olor persistente. La francesa apenas tuvo tiempo de reaccionar y comenzó a perder el conocimiento mientras notaba que sus muñecas eran atadas con rapidez con una brida de plástico. Después, el color blanco del pañuelo se tornó en gris, y de inmediato, en negro. Y ya no sintió nada más.

\*\*\*

Ariosto regresaba malhumorado al restaurante. La llamada telefónica internacional había resultado fallida. Una operadora brasileña le había retenido casi cinco minutos al aparato pretextando que la comunicación tenía problemas puntuales en origen y que se restablecería en unos segundos. La musiquita que escuchó de continuo mientras tanto, una versión infame del Canon de Pachelbel, hizo que la melodía, bellísima de composición, se tornara insoportable. Cuando consideró que la espera era insufrible, colgó el teléfono y salió del estrecho locutorio a donde había sido conducido. Si alguien tenía que llamarlo, que lo hiciera al móvil, que estaba

operativo, pensó, muy irritado.

Una vez ingresó en el comedor, advirtió de inmediato que Antoinette no estaba en su asiento. Se acercó a la mesa y comprobó que su bolso permanecía en la butaca, donde ella lo había depositado al llegar.

«Habrà ido a los lavabos», pensó, y se sentó a esperarla.

El maître se acercó a Ariosto.

–¿Ya saben lo que van a pedir? –le preguntó en español–.  
¿La señora va a volver?

–Respecto a la primera pregunta, todavía no estoy seguro –respondió–. En lo que se refiere a la segunda, me parece que ha ido a los servicios.

El maître enarcó una ceja.

–Creo que no, señor. Ha salido del restaurante acompañada por un caballero.

Ariosto se sorprendió.

–¿Cómo dice? –preguntó, más para sí mismo que al empleado del hotel–. Pero si ha dejado aquí su bolso.

En ese momento Ariosto fijó su mirada en el bolso y reparó en algo extraño en su lateral. Lo levantó, nervioso, para verlo mejor y contempló con aprensión un pequeño orificio circular en su centro. Lo giró en el aire y contempló otro agujero gemelo al reverso.

–¡Dios mío! –dijo el maître al ver la perforación en la butaca, hasta ese momento oculta por el bolso–. Parece un disparo.

Ariosto se levantó con el bolso en la mano y giró sobre sí mismo, inspeccionando el restaurante.

–¿Por dónde salió? –preguntó al maître.

–Por esa puerta –indicó con la mano–. Hacia la recepción.

Ariosto apartó la silla y comenzó a caminar a toda velocidad por el restaurante. Cambió a la carrera en cuanto estuvo en el vestíbulo y llegó a la recepción en cinco segundos, bajó los escalones del hall de entrada y preguntó al botones que estaba junto a la puerta.

–¿Ha visto salir a una mujer ahora mismo? ¿Con un

hombre?

El botones, un joven tranquilo, habría mantenido la discreción profesional que esa pregunta vulneraba de no ser por la urgente insistencia del cliente.

–Han salido un señor y una señora, y después otros dos señores, todos con mucha prisa. Se han subido a dos coches y arrancado a toda velocidad. Algo que no entiendo.

Ariosto empujó la puerta giratoria y salió al calor húmedo del mediodía en Copacabana. Miró en todas direcciones y no vio a nadie cerca. Solo dos vehículos alejándose por la avenida Atlántica.

Volvió a entrar en el Hotel y se dirigió al botones.

–¿Por qué no entiende que salieran con prisa?

El botones sonrió, desconocedor de la situación.

–Es carnaval, señor, no podrán llegar muy lejos. Los desfiles lo ocupan todo y las calles están cortadas. Sobre todo la avenida Atlántica.

Río de Janeiro.

–¡Rubio, no los pierdas! –exclamó Booth en cuanto se subió al vehículo de la CIA. Quarry lo hizo al mismo tiempo en el asiento trasero.

El Hyundai I20 hizo chirriar sus ruedas al arrancar sobre el pavimento de piedra apisonada y se dirigió hacia la salida a creciente velocidad por el semicírculo estrecho que formaba el acceso al hotel.

Rubio comprobó con la mirada la situación del coche de los rusos, un Fiat Tipo con varios años de veteranía. No le llevaría de ventaja más de treinta metros. Con un automóvil así no los perdería.

El agente estadounidense apretó el acelerador a tope con su pie en cuanto salieron a la avenida Atlántica para tratar de acercarse a su objetivo. Una serie de árboles tropicales escondió al automóvil perseguido durante unos instantes. En cuanto Rubio giró noventa grados para incorporarse al tráfico se encontró con el Fiat perseguido detenido delante de él. Una muralla humana de gente bailando le había impedido el paso. Rubio se dio cuenta de que llevaba demasiada velocidad. No podría frenar a tiempo.

–¡Cuidado! –gritó Booth una décima de segundo antes de que su coche se empotrara con el de los rusos. El impacto fue brutal.

\*\*\*

Ariosto se acercó, visiblemente alterado, al jefe de recepción.

–¡Llame a la policía! ¡Acaban de secuestrar a mi mujer!

El recepcionista le dirigió una mirada de asombro.

–¿Está seguro?

–¡Hay un disparo de bala en un asiento del restaurante! ¡No pierda tiempo!

El empleado hotelero levantó el auricular del teléfono más cercano y se dispuso a obedecer la indicación. Ariosto salió del hotel de nuevo y sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta. A pesar de su nerviosismo, fue capaz de buscar y encontrar el número de su chófer. Lo marcó.

–¿Sebastián? ¡Ha ocurrido algo terrible! ¡Haga el favor de venir al Copacabana lo más rápido posible!

En ese instante, Ariosto escuchó el golpe. Un sonido inconfundible de dos automóviles al chocar entre ellos violentamente: metal y vidrios rotos.

–¡Cuanto antes! –gritó antes de cortar la comunicación y comenzar a correr en la dirección del impacto.

\*\*\*

Leandro Vieira era el carnavalesco, el director artístico de la escuela de samba Estação Primeira de Mangueira, una octogenaria institución que había trascendido su objetivo inicial festivo en toda una función de compromiso social en el humilde barrio de Morro da Mangueira. Los resultados en el concurso de escuelas de samba habían sido óptimos: ganaron el campeonato. El desfile en el sambódromo fue espectacular: siete carrozas gigantes y multicolores escoltadas por más de cuatro mil componentes, todos bailando las diferentes temáticas que giraban en torno a la alegoría carnavalesca de Mangueira, como popularmente se la conocía.

Y Leandro Vieira se encontraba festejando el triunfo con los suyos desfilando por la avenida Atlántica, dejando la refulgente playa de Copacabana a su izquierda, cuando la fiesta fue interrumpida de modo inesperado.

Desde lo alto de su carroza pudo observar cómo un automóvil grande, un Hyundai rojo, se empotraba contra la parte trasera de otro más pequeño, un Fiat amarillo, que se encontraba detenido delante, imposibilitado de avanzar debido a la marea humana congregada en la avenida

Atlántica.

Tras el golpe los coches quedaron inmóviles. Vieira comprobó que ninguno de los peatones había sido alcanzado por el deslizamiento de los vehículos y salió de inmediato de su estupor.

–¡Sáquenlos de los coches! –gritó a través de su micrófono. Su voz se escuchó por los potentes altavoces de la carroza y miles de miradas se dirigieron al lugar del accidente.

Los más atrevidos se acercaron al lugar del impacto. Nadie se movía dentro de los automóviles.

\*\*\*

Valentín Iliushkin se sentía como flotando en un sueño. Un golpe tremendo en la parte trasera del vehículo le lanzó contra la espalda del asiento del copiloto y su nariz se rompió con el choque. Hasta ahí recordaba lo que había pasado.

Ante sus ojos semicerrados, como a cámara lenta, vio pasar una serie de imágenes en blanco y negro. La puerta del coche se abría y varios brazos tiraban de él hacia afuera. Luego notó el asfalto recalentado por el sol del mediodía al ser depositado en él. Escuchaba decenas de voces en una lengua extranjera en la lejanía. Parecían referirse a él.

Por delante de sus ojos pasó en volandas el cuerpo de la mujer francesa. Se había despertado, no había duda. Se puso en pie. Parecía ilesa por el choque y hablaba con la gente que le rodeaba. Una navaja cortó la brida que atenazaba sus manos y ella se frotó las muñecas. Fue lo último que pudo ver con claridad. Después, todo se hizo difuso, borroso, y su consciencia escapó de su voluntad para descender al profundo pozo del desvanecimiento.

Río de Janeiro.

Antoinette se despertó de golpe. En un primer momento no supo dónde estaba. Se sentía amodorrada, con un sueño intenso que la invadía, ralentizando sus sentidos. Escuchó muchas voces y una extraña música a su alrededor, pero lejanas al mismo tiempo. Abrió los ojos. Se encontraba dentro de un coche, en el asiento trasero, con un hombre a cada lado.

Era extraño. El automóvil no se movía y sus acompañantes tampoco. La alarma de su cerebro la desperezó. ¿Estaban dormidos? Giró un poco la cabeza y movió los codos. Los hombres no reaccionaban. Debían encontrarse inconscientes o algo peor. Echó un vistazo a los asientos delanteros. Los dos ocupantes aparecían encastrados en sendos airbags gigantes de color gris claro. Olía a plástico quemado, a humo y a gasolina.

Antoinette se percató de que habían sufrido un accidente. Los hombres que la rodeaban estaban inconscientes y ella, por ese azar del destino, despierta, y cada vez más.

Rememoró de inmediato el secuestro a punta de pistola y su subida al automóvil. Hasta ahí logró recordar.

Se giró y observó cómo la parte trasera del coche se había deformado en pliegues, con el capó levantado. «Debió ser un golpe por alcance, y los dos hombres amortiguaron con sus cuerpos el impacto», pensó.

Estaba estudiando la forma de salir de allí cuando alguien consiguió abrir una de las puertas, la de la derecha. El sonido de la calle llegó con nitidez: gritos de alarma en portugués brasileño y, de fondo, una incongruente música festiva. Varios brazos sacaron al secuestrador sentado a su derecha,

el que había empuñado la pistola con silenciador. En cuanto tuvo espacio libre, giró su cuerpo hacia la puerta y los mismos brazos de los viandantes la ayudaron a salir del coche. Se puso en pie en el exterior y se tambaleó. Los efectos del pañuelo mojado en algún tipo de droga todavía se hacían sentir. Algo mareada, dio unos pasos. Uno de los hombres que la habían sacado, disfrazado de algo irreconocible, pura fantasía carnavalesca, se percató de la brida que aprisionaba las manos y se la cortó con una navaja que sacó de algún lugar de su disfraz.

–¿Se encuentra bien, senhora?

–Sí, muito obrigada –Antoinette giró sus muñecas recién liberadas, tratando de desentumecerlas–. Atienda a los demás, por favor.

El hombre asintió y ayudó a los otros a sacar a los ocupantes de los dos vehículos.

Antoinette contempló los coches. El destrozo era enorme. El automóvil de atrás se había llevado la peor parte. El morro aparecía desfigurado y sus ocupantes, también sin conocimiento, eran sacados por los voluntarios espontáneos.

Se hizo cargo de la situación. Habían intentado secuestrarla. Aquellos hombres que estaban siendo tendidos en el suelo no eran sus amigos, precisamente. «¿Por qué lo habían hecho?», se preguntó. La respuesta llegó de modo claro a su mente: su visión premonitoria del presidente ruso. Debió de acertar de pleno: el botón rojo. Por eso la perseguían.

Miró a su alrededor, buscando algún rostro conocido. No vio ninguno. Una sola idea ocupó su mente: había que huir de allí. Tal vez hubiera más personas persiguiéndola. No lo pensó más, se separó de los coches para zambullirse en la marea humana que bailaba al ritmo de los sones del carnaval, y se perdió de vista.

\*\*\*

Ariosto llegó al lugar del accidente cuando ya había cuatro ocupantes tendidos en el suelo. Decenas de personas se

arremolinaban en torno a los dos automóviles. Con el corazón en un puño, logró abrirse paso a codazos entre el gentío y asomarse al primer coche. Antoinette no estaba en él. Se desplazó como pudo al automóvil delantero. La confusión allí era mayor. Trataban de sacar a los ocupantes de la parte delantera. Los asientos se habían desplazado hacia adelante y los airbags no se desinflaron totalmente. Pudo ver que se trataba de dos hombres. Miró en derredor. Otros dos yacían en el suelo, rodeados de personas con disfraces que trataban de reanimarlos. Entre el maremágnum de voluntarios y curiosos, Ariosto localizó a un hombre que parecía dirigir a los demás. Al menos daba órdenes a gritos y alguno que otro las obedecía. Se acercó.

–¿Había una mujer en el coche? –le preguntó.

–¿Cómo? –el hombre no le escuchó bien, la alta música obligó a Ariosto a vociferar.

–¡Una mujer! –gritó y señaló al coche–. ¿Había una mujer?

Una expresión de comprensión apareció en la faz del hombre.

–¡Sí que la había!

Ariosto sintió que el corazón le daba varios vuelcos.

–¿Dónde? –exclamó– ¿Dónde está?

El hombre señaló a su izquierda.

–¡Está allí! –dijo, pero se detuvo de inmediato–. Estaba allí, hace un momento. Pero ya no la veo.

Ariosto miró al lugar señalado pero solo vio una multitud de personas arremolinadas en torno al accidente.

–¿Estaba herida?

–¡No! Podía caminar. Parecía estar bien.

Ariosto sintió cómo desaparecía un gran peso de encima. Un alivio indescriptible le invadió.

Antoinette no estaba. Había desaparecido.

Y otro temor, distinto, se apoderó de él.

Río de Janeiro.

Vladimir Kriuchkov volvió en sí y se encontró sobre el asfalto caliente rodeado de un número ingente de personas que le miraban de modo expectante e inquisitivo. Una de ellas estaba arrodillada a su lado, tomándole el pulso. No se detuvo a pensar en lo incoherente de que un arlequín le aplicara primeros auxilios.

Trató de desembotar su cerebro e incorporarse. Movi6 las extremidades y comprob6 que no tenía nada roto, pero le costaba respirar. Al sentarse sintió una punzada en el pecho. Tenía alguna costilla dañada. Tragó y no notó el sabor de la sangre en la garganta. «Nada serio entonces», se dijo.

A pesar de las indicaciones de la gente que trataba de atenderlo, Kriuchkov apoyó las manos en el suelo y se puso en pie. En quince segundos todo dejó de dar vueltas y volvió a su lugar, aunque el panorama era de total confusión. Los gritos de las personas que le rodeaban y la música excesivamente alta proveniente de una carroza cercana le impidieron concentrarse en un primer momento.

Se acercó al coche. Sus tres hombres estaban inconscientes, pero no aparentaban encontrarse malheridos. Un remolino de personas pululaba en torno a ellos.

–¿Se encuentra bien? –un hombre en camiseta y bañador le tocó el brazo.

–Sí, sí. Estoy bien –respondió el ruso en un mal portugués.

–Hemos llamado a una ambulancia.

Kriuchkov asintió y examinó el lugar del accidente. Ni rastro de la francesa. Se acercó al otro automóvil accidentado y buscó el rostro de sus ocupantes, también inconscientes. Reconoció a Booth de inmediato y una alarma

se disparó en su cerebro. El accidente lo había provocado la CIA. Aquel asunto de la mujer adivina era mucho más serio de lo que había sospechado. Volvió sobre sus pasos y se dirigió al hombre que le había informado instantes antes.

–¿No hay más pasajeros? ¿Una mujer?

El hombre sonrió y respondió en portugués fluido.

–No sé qué tiene esa mujer que trae de cabeza a tantos hombres.

Kriuchkov no entendió la frase.

–¿Dónde está la mujer?

El interpelado señaló hacia la multitud.

–Se fue por allí.

El ruso contempló el muro humano que tenía ante sí. Se introdujo en el gentío abriéndose paso a empujones, tratando de enfocar su vista. En un minuto se percató de que era imposible encontrar a la francesa. Una multitud lo rodeaba por completo.

Había que dar la alarma. Intentó salir del bullicio y buscar un espacio libre entre la gente. Logró avanzar hacia los edificios de la avenida, ya que en dirección a la playa era inviable. Tras muchos roces y empujones logró salir de la masa humana y caminar con más libertad.

Sacó su móvil y marcó un número. Sabía que todos los teléfonos de la misión rusa, incluso los del servicio secreto, podían estar intervenidos. Los americanos hacían maravillas con las escuchas de última generación. Cuando descolgaron, solo dijo una frase.

–La pieza ha volado y se ha perdido de vista.

\*\*\*

Mike Booth se despertó y se encontró con dos sanitarios tratando de reanimarle. Se encontraba en el interior de una ambulancia. Su visión se limitaba al techo del vehículo y a los rostros aliviados de los paramédicos, que hablaban entre sí en un portugués tan rápido que apenas captó alguna palabra. Notó que el vehículo estaba detenido.

Booth trató de incorporarse, pero los sanitarios se lo

impidieron.

–Tranquilo –le dijeron. En esta ocasión lo entendió.

–¿Mis compañeros? –consiguió preguntar en inglés.

Uno de los hombres le respondió en el mismo idioma, con fuerte acento brasileño.

–Están heridos. Van al hospital en otra ambulancia.

Booth desistió de levantarse. Se sentía cansado y desorientado. Alzó su muñeca y le echó un vistazo al reloj. Calculó que habían transcurrido unos treinta minutos desde el accidente. Debía informar de lo sucedido.

–Estoy bien –anunció–. Tengo que hacer una llamada.

–¿Seguro? –respondió el que hablaba inglés–. Ha recibido un fuerte golpe, pero parece que no tiene nada más allá de la conmoción. El airbag funcionó a la perfección.

–Sí, me encuentro bien, de verdad. ¿Me ayuda a incorporarme?

Entre los tres lograron que Booth quedara sentado en la camilla. El estadounidense trató de superar el sopor de su cerebro, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y lo accionó. Buscó el número que le interesaba y marcó. Cuando descolgaron, hizo un relato breve de lo ocurrido y recibió una sola orden: “Regrese al centro de operaciones en cuanto se encuentre bien y espere instrucciones. Otros se encargarán del asunto a partir de ahora”.

Booth colgó y se preguntó hasta qué punto había metido la pata.

Porque la había metido, de eso no le cabía la menor duda.

Río de Janeiro.

Antoinette llevaba caminando cuarenta minutos cuando llegó, por fin, al edificio donde Màrcia poseía su vivienda. Se acordaba de la dirección por la intensa correspondencia que ambas habían sostenido los últimos años. Incluso retenía el piso. Pulsó el portero eléctrico y, tras identificarse, se le franqueó la entrada en el portal.

El ascensor le llevó al ático y en la puerta de su casa le esperaba la propia Màrcia, en estado de máxima intriga.

–¡Querida Antoinette! –saludó–. ¿Qué ocurre para que te presentes así, sin avisar?

La francesa conocía al dedillo la debilidad de su amiga por la corrección y las buenas costumbres. Acudir a su domicilio sin aviso previo era de lo más irregular.

–¡Màrcia! –respondió, abrazándola–. Creo que estoy metida en un lío enorme.

La brasileña la invitó a pasar al interior de la vivienda. Un pasillo las llevó a una sala con vistas a las azoteas del barrio entero. Aquel era uno de los edificios más altos en varios kilómetros a la redonda y el panorama era espectacular. El sol iniciaba su caída desde lo más alto en dirección al interior del continente.

La sala de estar de Màrcia era muy amplia, casi con aires de loft. Varios tresillos enfrentados de telas estampadas formaban una U frente al ventanal. Detrás, espacios diáfanos resaltaban los enormes cuadros de temática abstracta que ocupaban las paredes de suelo a techo. Todo muy moderno y original. Antoinette se esperaba algo más clásico por la edad de su amiga. Fue una sorpresa agradable.

–Han intentado secuestrarme –dijo, una vez sentadas en

los amplios sillones.

–¿Cómo es posible? –La dueña de la casa estaba espantada–. ¿Quién?

Antoinette no dudó un momento en su respuesta.

–Creo que son rusos. Y tal vez haya alguien más.

–¿Rusos? ¿Crees que puede ser por lo de esta mañana?

–Estoy segura de ello. Al presidente ruso no le gustó nada mi visión.

Màrcia cayó en la cuenta de lo que decía su amiga. ¿Y si tuviera razón? Su formación parapsicológica la predisponía a aceptar ese tipo de una hipótesis.

–¿Crees que eso podría ocurrir? –dijo, con tiento–. Me refiero a lo del botón rojo, ya sabes.

–¿Cómo se explica si no es así? Me han sacado del Cipriani a punta de pistola. Incluso le han disparado a mi bolso de Louis Vuitton.

Màrcia alzó las cejas de asombro.

–Eso es inadmisibile. Tanto lo tuyo como lo del bolso. No sé qué es peor. ¿Y tu acompañante, el caballero español?

–El tipo que me encañonó aprovechó un momento de ausencia. Me da la impresión de que lo prepararon así. Le hicieron salir por una llamada telefónica internacional que estoy segura de que no existía.

–¿Y no le has avisado?

–No tengo teléfono y, por desgracia, no recuerdo su número.

Màrcia le dio la razón con un gesto de cabeza.

–Entonces iban a por ti, querida. No hay duda.

–Creo que estoy en peligro, Màrcia. Debo salir del país.

–¿Tú crees que es para tanto? ¿Y si nos ponemos en contacto con la policía? Tengo un amigo coronel en el cuerpo.

Antoinette iba a contestar cuando sonó el teléfono. Màrcia se levantó a coger el aparato.

–Carolina, mi doncella, libra esta tarde –aclaró la señora. No quería que su amiga pensara que tenía que levantarse a

responder las llamadas telefónicas—. Es sábado de carnaval, hay que comprenderlo.

Màrcia cogió un teléfono inalámbrico y se sentó en el sillón.

—¿Diga?

—Buenas tardes, querida Màrcia. Soy Manuel, el coronel, de nuevo.

—¡Ah! ¡Qué sorpresa! ¿Ocurre algo?

Màrcia dirigió una mirada de complicidad a Antoinette, tapó el micro del teléfono con una mano y le cuchicheó.

—Es el policía.

Antoinette abrió los ojos de asombro y una sombra de temor los cubrió.

—No estoy aquí —le replicó en voz igualmente baja, negando con el índice.

Màrcia asintió, sonriendo.

—Se trata de nuevo de tu amiga —prosiguió el coronel—, la señora Montparnasse. Según he sabido, ha desaparecido. Y tenemos orden de buscarla y detenerla.

Màrcia adoptó una pose de sorpresa.

—¿Qué me dices! ¿Cómo? ¿Por qué?

—No sé exactamente por qué, es alto secreto, de momento. Lo que es seguro es que han emitido una orden de búsqueda internacional contra ella.

—¿Quién?

—Nuestras autoridades, por descontado. Si no, no te estaría llamando. Algún problema diplomático se ha desatado con los rusos, no sé de qué se trata. Solo quiero prevenirte.

—¿Prevenirme? ¿De qué?

—La señora Montparnasse es íntima amiga tuya, eso no se le escapa a nadie. Y si se encontrara en apuros es muy posible que se pusiera en contacto contigo. En este caso, como te aprecio, te advierto que en este momento se la considera prófuga, por lo que cualquier ayuda que recibiera por tu parte sería mal vista por mis jefes.

—Entiendo —cortó Màrcia, disgustada—. Pero te aseguro que

no se ha puesto en contacto conmigo.

–Si lo hace, te rogaría que me lo indicases inmediatamente. Mejor que lo sepa yo que no cualquiera de mis colegas. A veces tienen poco tacto.

–En eso estoy de acuerdo contigo. Pierde cuidado. Te avisaré al instante, Manuel. Y gracias por llamar.

–Un coche patrulla va a vigilar tu casa. Te lo comento para que no te alarmes. Sabes que te tengo en muy alta consideración, Màrcia. Pienso en tu bienestar.

«!Vaya pájaro este Manuel!», pensó Màrcia. Se despidió y colgó. Antoinette estaba en ascuas.

–¿Qué ocurre? –preguntó la francesa.

–¡Te buscan! –exclamó Màrcia–. ¡Debe de ser algo grave!

–Esto se pone feo –contestó, cariacontecida.

–Hay que tomar medidas de inmediato –anunció la brasileña–. ¡Debes salir del país!

–Esa frase es mía –respondió la francesa–. Pero tengo un problema. Toda mi documentación está en el hotel.

–Y no puedes volver allí. ¡Ni pensarlo! Te estarán esperando.

–¿Qué puedo hacer?

Màrcia se levantó y comenzó a pasear por el amplio salón. Cruzó un brazo sobre el otro y posó su barbilla en la mano libre. Aparentaba una concentración profunda.

–Pensemos –dijo, más para sí que para su amiga. Se volvió hacia ella–. ¿Te acuerdas de que siempre he comentado el parecido físico que tienes con mi hija?

–¿Con Marcita? Sí que me lo has dicho. Aunque me parece algo exagerado. Yo soy algo mayor, y ella más guapa.

–Te voy a dejar su pasaporte. Con él podrás cruzar cualquier frontera. Y estoy segura de que este asunto lo solucionarás mejor estando en tu país que en uno extranjero, aunque sea el mío.

–¿Crees que funcionará? ¿Con el pasaporte de tu hija?

–Sin lugar a dudas. Tienes hasta el mismo peinado. Y los funcionarios de fronteras están más pendientes de

comprobar que no sea un pasaporte robado que de la foto que aparece en él.

Màrcia se dirigió a la salida del salón.

–Y también necesitas una tarjeta de crédito –añadió.

–¿Cómo lo voy a hacer?

–Se nota que no lees novelas de espías –respondió, esbozando una sonrisa cómplice–. Ya lo tengo todo pensado.

Antoinette se quedó pasmada.

–¿Todo pensado? Dios mío, ¿cómo podré corresponderte?

Màrcia sonrió malévolamente.

–¿No tienes un piso en el centro de París? Hace tiempo que tengo ganas de visitar Dior y Chanel.

Y Antoinette, a pesar de la tribulación que la embargaba, también sonrió.

Río de Janeiro.

Ariosto no escuchó el timbre de su móvil pero sintió la vibración en el bolsillo. El ruido de la música circundante seguía lo suficiente alto como para tener que elevar la voz.

–¿Diga? –contestó.

–Soy Sebastián. Estoy llegando al hotel.

La presencia cercana de su chófer le tranquilizó.

–Nos vemos en la entrada. Voy para allá.

Ariosto se dirigió a través del gentío hacia el Copacabana Palace. Le llamó la atención ver poca gente con disfraz. La mayoría bailaba con ropa ligera de verano, con algún que otro adorno en la cabeza, pero de ningún modo disfrazados en su totalidad. En Tenerife salir a la calle en carnaval sin disfraz llamaba poderosamente la atención. Los modos de interpretar la fiesta, salvo por el baile, eran completamente diferentes.

Llegó al hotel segundos antes de que lo hiciera Sebastián. Este apareció con una mujer atractiva. Algo madura, pero que conservaba ese encanto propio de las mulatas tropicales.

Olegario presentó a Neusa a Ariosto y a continuación este les explicó lo ocurrido. Tardó apenas un minuto.

–¿Y hay un agujero de bala en el bolso y en la silla del restaurante? –preguntó Olegario.

–Se aprecia claramente. Sin duda es un disparo. Aunque nadie lo escuchó.

–Peor todavía –respondió el chófer–. Eso solo puede significar la existencia de un silenciador. Mala cosa. Es un trabajo de profesionales.

–Sí, pero en esta ocasión les salió mal. El providencial accidente de tráfico ha provocado la fuga de Antoinette.

Olegario se rascó la nuca. Un indicativo claro de que su cerebro funcionaba a mil por hora.

–¿Qué opinas? –preguntó a Neusa.

–Si me lo permites, puedo hacer un par de llamadas a mis amigos de la policía.

–¿Tiene usted amigos en la policía? –preguntó Ariosto.

Olegario respondió por ella.

–Neusa conoce a todo el mundo en Río. Aunque tal vez sea mejor decir que todo el mundo en Río la conoce a ella.

Ariosto se sintió confuso, pero no se atrevió a preguntar la razón por la que aquella mujer era una celebridad en la ciudad. Su aspecto tan atractivo daba pie a numerosas conjeturas. Y algunas no muy elegantes.

Neusa sacó su móvil del bolso y marcó un número. Contestaron enseguida y comenzó a parlotear a toda velocidad en brasilero carioca. A Ariosto le fue imposible seguir la conversación.

Al cabo de medio minuto hizo su aparición un coche patrulla de la policía brasileña.

–Asombroso –comentó Ariosto–. Descuelga el teléfono y todos se ponen firmes. No había visto que la policía acudiera tan rápido en mi vida.

La salida con urgencia a la calle del recepcionista del hotel indicó a Olegario y a su jefe que la afirmación era equivocada.

–Ese coche patrulla llega por la llamada del hotel, hecha hace un cuarto de hora –replicó Olegario, sonriendo.

Ariosto se percató de su fallo. A pesar de su resbalón, se consoló al pensar que sus estereotipos volvían a su lugar.

Los policías entraron en el establecimiento. Ariosto sabía que tarde o temprano tendría que hablar con ellos. Miró a Neusa, que había cortado y vuelto a entablar otra conversación telefónica. Luego dirigió la mirada a Olegario, expectante.

–Creo que tiene algo –dijo el chófer.

–¿Entiende lo que dice? –preguntó Ariosto, maravillado.

–Alguna cosa. En mi juventud anduve por estos lares durante un tiempo. Ya sabe, cuando trabajaba en la Marina Mercante.

–Esa historia me la tiene que contar algún día, Sebastián.

Neusa colgó el teléfono, lo que atrajo la mirada de los hombres. La mujer les habló en ese español lleno de sabrosas florituras brasileñas.

–Hay una orden de búsqueda en toda la ciudad de una mujer francesa, morena, alta y con el pelo largo. Antoinette no sé qué más. Los apellidos son muy largos.

–Exacto, es ella –dijo Ariosto.

–¿Quién ha dado la orden? –inquirió Olegario.

–El coronel Antunes –respondió Neusa–. Un pez gordo. Todos saben que trabaja para los americanos.

–¿La CIA? –preguntó Ariosto, cada vez más confuso–. ¿Se sabe por qué la buscan?

–Los agentes no preguntan al jefe –contestó la mujer–. Pero creen que es un asunto de espionaje. Siempre es así cuando se habla de seguridad nacional.

Ariosto aprobó para sus adentros el hecho de que en aquel país, aunque nadie aseguraba nada en público, todo el mundo sabía de qué se trataba.

–Debe de ser un error –replicó–. Antoinette no tiene nada que ver con el espionaje. Es una médium profesional.

–Tal vez su poder de ver el futuro le pueda traer alguna complicación –replicó Olegario.

Ariosto se asombró una vez más con su chófer. Había dado en el clavo a la primera.

–Me pesa mucho decirles esto –añadió Neusa–. Pero, ¿tienen pensado estar mucho tiempo en el país?

–Íbamos a estar unos días. Lo que dura el carnaval.

–¿Qué cree usted que hará la señorita Montparnasse? –preguntó Olegario.

Ariosto meditó unos segundos.

–Me imagino que salir del país. Aquí no se sentirá segura.

–¿Volverá a París?

–Es lo más lógico. Allí tiene más amigos e influencia que en Brasil.

Neusa dio un paso adelante y se integró en la conversación.

–Eso que están pensando también lo harán quienes la persiguen. Si la policía comienza a interrogarle, señor Ariosto, tendrá que quedarse en el país una semana o más tiempo. Tal vez lo consideren sospechoso de algo. Creo que es conveniente que usted también se vaya de Brasil.

–En eso tiene razón, señor –añadió Olegario.

–¿Cree que sería aconsejable que volviéramos a Europa, Sebastián?

–Lo creo del todo punto necesario –contestó, circunspecto–. Y de modo inmediato.

Ariosto no se esperaba aquel discurrir de acontecimientos. Se encontraba indeciso, irritado y confuso, en ese orden.

–¿Cómo de inmediato?

–¿Lleva usted la cartera y el pasaporte encima?

–Claro, siempre lo hago.

Olegario no respondió. Tomó a su jefe con delicadeza del brazo y lo instó a dirigirse a la calle trasera del hotel, donde sí se permitía el tráfico.

–¿Vienes, Neusa? Hay que coger un taxi para el aeropuerto.

La mujer asintió, con cara de circunstancias. No había previsto una separación tan rápida de Olegario. Los tres caminaron aprisa y el chófer se dirigió a Ariosto al llegar a la esquina.

–¿Conoce usted la dirección de madame Montparnasse en París?

–Acaba de mudarse. Conozco la zona, aunque no la dirección exacta –respondió Ariosto, algo atribulado. Un destello de luz se hizo en su mente–. Aunque sé de una persona que tendrá esa información. Ahora mismo la llamo.

–Ahora no. Mejor en el taxi –indicó Olegario, y un vehículo amarillo con una banda azul oscuro horizontal se detuvo ante ellos a su señal–. ¡Vamos!

## Santa Cruz de Tenerife.

Adela Cambreleng entró en su vivienda de la esquina entre Veinticinco de Julio y Numancia, la que se encontraba enfrente de la Alianza Francesa, y encendió la luz del distribuidor. Todo estaba en silencio y a oscuras, la tarde tocaba a su fin.

Adela, una mujer septuagenaria pura energía, era conocida por la sociedad santacruzera por su elegancia distinguida y por apuntarse a cualquier acontecimiento cultural o festivo que se organizase en la ciudad y que no estuviera dirigido a la chiquillada tinerfeña. Sus amistades de toda la vida incluían a personas que se encontraban en la actualidad en la cúspide de los puestos de relevancia políticos, incluyendo a los alcaldes y miembros del gobierno local más señalados. Adela Cambreleng estaba en el centro del candelero de la vida isleña. Ella lo sabía, y le gustaba.

Satisfecha del orden y armonía de su mobiliario al primer vistazo, se quitó la chaqueta de su traje dos piezas de Carolina Herrera que se había puesto a causa del persistente fresco típico de febrero, y se dispuso a dirigirse a su dormitorio a cambiarse.

En ese momento sonó el teléfono.

Le llamó la atención el sonido del aparato tipo góndola, rojo vivo años setenta, que se había negado a cambiar. Le traía al recuerdo muchos años de conversaciones a la luz vespertina de la ventana que daba al paisaje exuberante del parque García Sanabria. Lo curioso es que ya nadie la llamaba al fijo. Sus amigas, y amigos, se habían sumergido por completo en el mundo de la telefonía móvil, y el pobre teléfono fijo se había convertido en una antigualla

prácticamente inútil.

Dejó la chaqueta en una silla de la sala de estar, una estancia decorada entre lo informal y lo clásico, como le gustaba definirse a sí misma, y descolgó.

–Adela Cambreleng al habla –respondió.

–Adela, soy Luis.

La mujer abrió los ojos con asombro desmesurado.

–¿Ya estás de vuelta? –preguntó en tono de alarma–. ¿Te has peleado con Antoinette?

–No y no –respondió Ariosto–. Sigo en Brasil.

–Menos mal –replicó con sinceridad–. Me has pillado de casualidad. Acabo de llegar de la farmacia de Caridad Mota, esa chiquita tan agradable, de comprar crema para las varices. Ya sabes que últimamente me están molestando y no sabes...

–¡Adela! –cortó Ariosto–. Ha ocurrido algo.

La señora quedó estupefacta por la súbita interrupción de su sobrino adoptivo. No eran sus modales. Algo extraño ocurría.

–¿Algo? ¿Cómo que algo?

–Antoinette ha desaparecido.

Adela sintió la noticia como un bofetón.

–¿Desaparecido? –preguntó con temor y confusión–. ¿No estaba contigo?

–No sé muy bien cómo, pero se ha metido en un lío. La persiguen unos hombres.

–Lo de los líos es típico de ella. Y lo de los hombres, también. No sabes la de pretendientes que ha tenido. No he querido decírtelo para que no tuvieras prejuicios hacia ella.

–Han tratado de secuestrarla, Adela.

La mujer calló. Cada detalle la sumía en un desconcierto mayor.

–Eso parece grave –dijo, despacio–. ¿Han tratado? Entonces no lo han conseguido, ¿no?

–Eso creo. Pero le he perdido la pista. Pudo escapar de ellos, pero el bolso con su móvil se ha quedado en el hotel.

–¿Has llamado a la policía? Dicen que es lo primero que hay que hacer.

–La policía está en connivencia con quienes la buscan y también está detrás de ella.

–¡Válgame Cristo! –Adela se persignó–. Entonces es un lío auténtico. ¿Y quiénes son esas personas?

–No lo sé con seguridad. Son gente poderosa con las autoridades de su lado. Tengo fundadas sospechas de que tratará de salir de Brasil en las próximas horas.

–¡Dios mío! ¡Antoinette, una fugitiva!

–Me comentó que tenía nueva dirección en París.

–¡Sí! ¡Se estaba mudando estos días! Me lo comentó a principios de semana.

–¿Sabrás la dirección exacta, por casualidad?

Adela hizo memoria durante un segundo.

–El cuarto piso, letra A, del número 51 de la Avenue Montaigne. Un lujazo de sitio. No tiene pérdida, justo encima de Chanel, la tienda de perfumes. Lo sé porque le envié por correo el otro día unas flores de Bach que hice en casa. Ya sabes lo buenos que son los tratamientos de flores de Bach. Son extraordinarios para...

–Sí, sí, perfecto –interrumpió Ariosto una vez más–. ¿Tenía ella algún despacho profesional en otro lugar? ¿Algún otro lugar donde acudiera a diario?

Esta vez la memoria de Adela no le ayudó como ella hubiera deseado.

–Espera, que tengo por aquí una tarjeta suya.

Ariosto esperó unos segundos. Adela volvió al aparato.

–Es en el 29 de la rue de Saint–Louis. Es curioso, nunca he estado allí. Y eso que he estado en París con ella varias veces. Ya sabes lo maravilloso que es París, con sus...

–Adela, tengo que cortar –la voz de Ariosto era tajante–. Te llamaré en cuanto tenga noticias.

La mujer volvió a la realidad y a la inquietud del mensaje de su sobrino.

–Hazlo, por favor. Y ten cuidado, por lo que más quieras. Y

encuéntrela.

–Eso voy a hacer, Adela. Eso voy a hacer.

Ariosto colgó y Adela se quedó desazonada, mirando el aparato góndola rojo, con una conversación interrumpida entre las manos que preferiría no recordar nunca en el futuro.

Cabo Frío, Brasil.

Antoinette respiró algo más tranquila cuando el Boeing 737 de Aerolíneas Argentinas despegó del aeropuerto de Cabo Frío en dirección al de Ezeiza Buenos Aires.

La francesa recordó cómo había seguido al pie de la letra las instrucciones de su amiga Mônica. Habían llegado a la conclusión de que los aeropuertos de Río serían los primeros en ser vigilados e, inmediatamente después, los otros principales: São Paulo, Brasilia y Recife. Convenía acceder a un aeropuerto cercano, pequeño, y que contara con vuelos internacionales.

Mônica había telefonado a su amiga Rosely, la titular de una agencia de viajes en el centro de la ciudad. La agente hizo bien su trabajo y, aprovechando la temporada de verano austral, reservó un asiento en el avión de la tarde desde Cabo Frío a Argentina, un vuelo que solo se hacía en temporada alta.

Partiendo de Buenos Aires, Rosely también consiguió introducir a Antoinette en el listado de pasajeros rumbo a Madrid en el vuelo de Iberia de las 22:45, ya que era imposible llegar al avión de París, el vuelo de Air France 393, que despegaba a las 17:55. El asunto era abandonar Brasil lo más pronto posible y no pasar la noche en Argentina, sino en el avión rumbo a Europa. Desde Madrid a París había muchos vuelos diarios, y Antoinette no tendría problemas en tomar el primero que despegara.

Mônica sacó a Antoinette de su casa en su Mercedes. En previsión de que existiera alguna vigilancia, la francesa se recostó en el asiento trasero con una manta encima, algo poco sofisticado pero que dio resultado. Nadie las detuvo.

Màrcia condujo con sumo cuidado obedeciendo todas y cada una de las indicaciones de tráfico, lo que no dejaba de ser sospechoso en una ciudad como Río, pero incluso así, llegaron a la estación de autobuses, la Terminal Rodoviaria Novo Rio, sin ningún contratiempo. Màrcia le entregó a su amiga un bolso con el pasaporte y una tarjeta de crédito de su hija.

–Ten mucho cuidado –le pidió Màrcia–. Y llama cuando llegues.

–Esto no hay forma de pagártelo, querida Màrcia.

–Claro que sí. Déjame un par de días sola en París con tu tarjeta y verás.

Ambas rieron a pesar de la tensión. Finalmente se despidieron y Antoinette se dirigió a la taquilla de billetes, donde compró uno de ida a Cabo Frío.

La elección del aeropuerto de Cabo Frío vino marcada por ser el más cercano a Río de Janeiro, tan solo 120 kilómetros, que realizó en autobús de línea de la empresa Autoviação 1001 en poco más de dos horas, demora provocada por una carretera con bastantes curvas. Se hizo de noche por el camino y Antoinette no pudo disfrutar del paisaje. Según le comentó Màrcia, aunque eclipsada por su vecina Río, la región de Cabo Frío poseía playas y calas que podrían figurar en cualquier selección de las mejores del mundo.

En la terminal de autobuses, la francesa se subió a un taxi que la llevó al aeropuerto. Llegó con el tiempo justo para entrar en la última llamada del vuelo de las 19:30 horas destino a Buenos Aires. Era el colofón a una tarde frenética de mirar el reloj continuamente con el corazón en un puño.

El trámite de abandonar el país, que la francesa temía, fue más simple de lo que esperaba: el policía de fronteras ni le miró el pasaporte cuando le mostró el escudo brasileño estampado en su portada.

El vuelo tardó tres horas en recorrer los 2.800 kilómetros de distancia. Antoinette tuvo tiempo de comer algo para reponer fuerzas y echar una cabezada que consiguió atenuar

su desasosiego.

Gracias al hecho de conectar con un vuelo internacional, la francesa no tuvo que volver a pasar por el control de pasaportes de entrada en Argentina, ya que se dirigió directamente a la sección aeroportuaria de tránsitos. Sólo tendría que exhibir el pasaporte de la hija de Màrcia a la llegada a Madrid. Y, por fortuna, no se exigía visado a los ciudadanos brasileños a su llegada a España como turistas.

La falta de equipaje fue clave para llegar con el tiempo justo a la llamada de embarque del vuelo de Madrid. Le parecía increíble, pero lo había conseguido gracias a Màrcia y a Rosely. No lo podían haber hecho mejor. Como si se hubieran pasado la vida sacando fugitivos del país. Les enviaría un regalo en cuanto llegase a París.

Le esperaba un largo vuelo de regreso a Europa, y no sabía si sería capaz de relajarse como para dormir después de tanta tensión e incertidumbre. Tenía que hacer muchas llamadas al desembarcar en España. Y la primera a Ariosto. «¿Qué estará haciendo?», se preguntó. «¿Se habrá visto complicado en mi persecución?»

Y haciéndose estas preguntas, al poco de despegar, casi sin darse cuenta, se durmió.

Y el Airbus A340 de Iberia la llevó, plácidamente, rumbo a Europa.

\*\*\*

Svetlana Rudin consiguió, tras muchos intentos, que su padre se pusiera al teléfono.

–Papá, ¿puedo quedarme otra noche más en Río?

–¿Otra noche? Sabes que yo salgo para Moscú dentro de nada.

Svetlana adoptó el tono de voz más lastimero, nunca le fallaba con su padre.

–Es que es casi un delito hacer un viaje tan largo para pasar solo una noche en esta ciudad. Tú tienes muchas obligaciones, pero yo no.

–Tú también tienes obligaciones, jovencita. Tienes una

universidad a la que acudir.

–Papá, por favor –la muchacha marcó más el acento rogatorio–. Pagaré el billete de vuelta con mi asignación. Por favor, por favor.

–De eso nada. Podrás quedarte, pero se quedarán dos escoltas contigo hasta que vuelvas.

–¿Me dejas entonces? –El tono se volvió risueño y alegre–, ¡Gracias! ¡Gracias!

–Una noche, ya lo sabes. No hagas que me enfade.

Svetlana sonrió para sí. Lo había conseguido una vez más. Sabía que era el ojito derecho de su padre. Tendría un ligero problema con los moscones asignados para vigilarla, pero sabía cómo darles el esquinazo. Era tan fácil.

Río de Janeiro.

Màrcia ya llegaba a su domicilio cuando un coche de policía la adelantó y le indicó que parase a un lado. Estaba casi en la puerta del garaje de su casa. Incómoda por la situación y algo temerosa –nunca se sabía con la policía de Río–, obedeció la orden al instante. Del coche patrulla bajaron dos agentes correctamente uniformados, lo que tranquilizó a la mujer, y se acercaron a la ventanilla del conductor.

–¿Senhora Kovalski? –preguntó el que parecía el jefe, aunque más que una pregunta era una confirmación de su identidad.

–¿Ocurre algo, agente?

–El coronel Antunes desea hablar con usted y le pide que le espere, llegará enseguida.

Màrcia se relajó, más extrañada que otra cosa. «¿Antunes? Si acabo de hablar con él hace menos de una hora», se preguntó.

–¿Y si lo espero en mi domicilio? –Màrcia sabía que estaba tensando la situación.

El policía no dudó un segundo en responder.

–Tenemos orden de no perderla de vista, senhora. Espere aquí.

Màrcia asintió con un gesto de irritación. No estaba acostumbrada a esas retenciones. No le gustaba la idea de que alguno de sus vecinos la viera en aquella situación. Paró el motor del Mercedes y sacó su móvil. Miró los mensajes de WhatsApp –más de quince–, y se dedicó a contestarlos.

Cuando terminó, unos diez minutos después, pensó a quién podía llamar. Alguien importante. Se acordó de

Sebastião Peixoto de Morais, aquel eterno pretendiente suyo que había hecho carrera en la política. Ahora era uno de los secretarios del presidente, nada menos. Tal vez él supiera por qué Antunes estaba tan interesado en hablar con ella.

Marcó su número y respondieron al segundo tono.

–¿Chaguinho? Soy Mância. ¿Cómo estás, querido?

La mujer visionó al hombre que acababa de descolgar. Un tipo flaco, con calva más que incipiente, piel blanquecina y ojeroso, lo más lejos posible de la imagen del saludable latin lover brasileño que se había convertido en un estereotipo en el extranjero. No obstante, su voz sonaba con cierta calidez. Lo único cálido que tenía.

–¡Querida Mância! –La sorpresa era auténtica–. ¡Estoy muy bien! Ya sabes, ocupado con la agenda presidencial, pero a gusto.

–Siempre trabajando, Chaguinho, ¿No descansas nunca?

La verdad es que llamar con un diminutivo a semejante adefesio era pura incoherencia, pero Mância disfrutaba tratando con cierto cariño a sus conocidos.

–¡Eso quisiera! ¡Pero es que este presidente no para! ¡Y en carnaval! ¡Siempre quiere estar haciendo cosas para salir en la prensa! No obstante, ahora que me acuerdo, el fin de semana de la próxima semana libre. ¿Te apetece venir conmigo a Punta del Este?

Mância optó por cambiar de tema rápidamente.

–Hoy estuve en la inauguración de Kandisky –cortó–. Todo Río estaba allí.

–Sí, lo sé. Yo no acompaño siempre al presidente en todos sus actos. En realidad, me encargo de preparar que los discursos estén impresos y que la seguridad funcione.

–¿Te han comentado algo de lo que pasó esta mañana?

Mância notó que había pillado a su amigo por sorpresa dada la tardanza en responder.

–¿Pasó algo? –preguntó el secretario–. No tengo noticias de que ocurriera nada extraño.

–¿No sabes nada de una conversación que tuvieron una

invitada francesa y el presidente ruso?

–Pues no. ¿Le hizo alguna proposición? Las francesas suelen ser descaradas. ¿Algún comentario inadecuado?

–Solo un intercambio de palabras. Nada más.

–Pues no ha trascendido, Màrcia, te lo aseguro. Me habría enterado.

–Entonces, ¿no hay ninguna orden del presidente relativa a esa ciudadana francesa?

–Por supuesto que no. ¿De qué me estás hablando? ¿No podrías ser más clara?

–El coronel Antunes está muy interesado en ella. Se llama Antoinette de Montparnasse y es una invitada de mi congreso de parapsicología. Me llama la atención la extrema diligencia que ha desplegado en este asunto. Antunes ha emitido orden de busca y captura contra mi amiga. Ahora estoy parada en el coche en la puerta de mi casa por orden suya, retenida por una patrulla policial.

–¿Qué me dices? ¡Qué raro! Déjame unos minutos, que voy a investigar.

–Claro, querido –La voz de Màrcia se volvió más sensual–. La verdad es que Punta del Este está muy bien por esta época.

–Enseguida te llamo –y colgó.

Màrcia sonrió. Todavía sabía manejar a algunos hombres. El destello de los faros de un coche se reflejó en el retrovisor. Reconoció a la persona que se apeó del automóvil. Era Antunes.

–¡Ya era hora! –comentó la mujer en cuanto el coronel llegó a su altura–. ¡Llevo aquí más de media hora!

–Mil perdones –la voz no sonó tan amable como de costumbre. El coronel se agachó frente a la ventanilla–. ¿Puedo preguntarte de dónde vienes?

Màrcia fingió a medias su indignación. En el fondo estaba indignada.

–Me parece una pregunta excesivamente indiscreta.

Antunes marcó una mueca de disgusto en el rostro. Había

perdido el aire encantador del compañero de asiento en la Ópera.

–Lo siento. Sabes que estamos buscando a tu amiga, la francesa. Creemos que tratará de ponerse en contacto contigo. No te vigilamos a ti, a la que la buscamos es a ella. ¿De dónde vienes?

Màrcia optó por no enfrentarse abiertamente al coronel. No las tenía todas consigo con la policía. Había escuchado muchas historias al respecto.

–De dar una vuelta. Quería ver el ambiente. Es sábado de carnaval.

El coronel adoptó una expresión de escepticismo.

–Espero que no estés tratando de ayudar a una fugitiva de la justicia. No quiero verte metida en líos.

Màrcia fue incapaz de mantener la tensa calma como pretendía. Habló en voz baja, de forma que sólo la escuchara el militar.

–João, no sé en qué lío te estás metiendo tú. Pero más vale que sea algo que valga la pena, porque te estás jugando el bigote.

El coronel se puso lívido. En ese momento sonó su móvil. Se echó atrás y lo sacó de su bolsillo, dispuesto a rechazar la llamada. Pero al comprobar el origen, respondió. No alcanzó a decir dos frases. Màrcia intuyó que al otro lado de la línea alguien hablaba enojado. Al cabo de veinte segundos colgó, con el rostro demudado, y se dirigió a los policías que le escoltaban.

–Queda abortado el operativo. Comuníqueno a la central.

–¿Por completo? –le preguntó el superior–. ¿Incluso la vigilancia en la frontera?

–Por completo –musitó Antunes.

Màrcia no esperó a que le dieran permiso. Arrancó el motor del Mercedes, metió la primera y, sonriendo, dirigió su automóvil hacia la entrada del garaje. No le importaba nada sacrificarse un fin de semana en Punta del Este.

Río de Janeiro.

Antonio Carlos Jobim era el jefe de seguridad de la policía en el aeropuerto de Galeão, y todos los días se acordaba de dos personas.

Por un lado, de su padre, Caetano Jobim, un buscavidas a quien no se le ocurrió otra cosa, aprovechando el apellido, que ponerle el mismo nombre que el del famoso músico creador de la bossanova, una moda corriente en los años sesenta que también sufrió el futbolista Roberto Carlos. El mote de bossinho le acompañó toda su infancia y adolescencia, en referencia al género musical desarrollado por su célebre tocayo. Antonio acabó odiando el apodo y el estilo musical y, consciente o no de si era esa la causa, acabó siendo un fan enloquecido del rock duro.

Y por otro lado, se acordaba todos los días del jefe de policía de Río, el coronel Jairo Ramalho Freire. Este tuvo la idea brillante de destinarlo al principal aeropuerto de la ciudad, Galeão, también conocido como Aeropuerto Internacional Antonio Carlos Jobim de Río de Janeiro, en claro homenaje al músico. Las chanzas y bromas de amigos y compañeros eran continuas cuando desplegaba su actividad policial en “su” aeropuerto. Eso provocó también que Antonio, de naturaleza alegre, acabara siendo un poco hosco y reservado a la hora de decir su nombre. Y nunca, nunca, permitía usar a sus subordinados el mote de bossinho.

El jefe de seguridad del aeropuerto Jobim, su forma preferida de que lo identificaran profesionalmente, recibió a través de uno de sus subalternos, el agente Argemiro de Lima do Patrocínio, un aviso de alarma en el control de

equipaje de mano a las 19:05 horas. Un pasajero incluido en la lista de buscados acababa de comprar un billete en el vuelo de Air France 445 a París de las 20.20 y estaba pasando sus pertenencias por el escáner.

–Aquí Jobim –comunicó por radio al policía que acompañaba a los miembros de la empresa de seguridad que trabajaban en el arco de control–. Retenga al pasajero hasta que yo llegue.

Jobim pidió a dos agentes, Nelson Mendes Sousa y Edson Carneiro Matos, que le acompañaran a comprobar el incidente señalado en el ordenador general de la policía brasileña.

–Se trata de una alerta muy reciente –comentó a sus ayudantes en el ascensor que lo llevaba al piso del control–, creada hace apenas una hora, sobre un ciudadano español. Se le busca en relación con una cuestión de Seguridad Nacional. Orden firmada por el mismísimo coronel Antunes, el adjunto al presidente.

–¿Seguridad Nacional? –preguntó Mendes Sousa–. ¿Eso qué significa? Aquí detenemos a presos fugados, narcotraficantes, asesinos y violadores en busca y captura, pero... ¿Seguridad Nacional?

–Sousa, te quedas con lo que te manden. Si a ese fulano lo buscan por esa razón, alguien que piensa por ti sabrá por qué. Nuestro trabajo es detenerlo hasta que la autoridad competente se haga cargo de él. Y punto.

Mendes Sousa miró de soslayo a su jefe y le entraron ganas de hacer uno de los comentarios burlones sobre sus apellidos que circulaban en los mentideros policiales, pero prefirió callarse. «Mejor tener la fiesta en paz», se dijo.

El ascensor llegó al nivel elegido y los tres policías se dirigieron con rapidez a la zona del arco de control de metales. Un pasajero elegante de aires distinguidos esperaba su llegada junto al agente Argemiro de Lima. Jobim refunfuñó para sus adentros, hubiera preferido una pinta más propia de un delincuente. Si ese hombre era alguien

importante y era detenido por error, podría meterse en un buen lío. No era la primera vez que había ocurrido. Los policías llegaron a la altura del retenido. Jobim miró sus papeles antes de hablar.

–¿Senhor Ariosto?

–En efecto –respondió el hombre.

La vista entrenada de Jobim captó que, a un par de metros, un hombre fornido no perdía detalle de lo que ocurría. Lo ignoró.

–Soy el jefe de seguridad Antonio Carlos Jobim y he de hacerle unas preguntas.

El interpelado iba a contestar, seguramente con una protesta, cuando el tercer hombre intervino sorpresivamente.

–¿Bossinho? ¿Eres tú? –le preguntó en portugués.

Los compañeros policías de Jobim intercambiaron miradas entre sí aguantando la carcajada. El jefe de seguridad quedó estupefacto. Lo último que se esperaba es que un pasajero internacional se dirigiera a él de aquella manera.

–¿Perdón? –acertó a responder, enviando al fortachón una mirada llena de chispas–. ¿Quién es usted?

–¡Bossinho! ¡Soy el tío Ole!

Jobim se quedó de piedra. ¡Por supuesto que conocía al tío Ole! ¡El mítico tío Olegario! El español de quien su padre contaba mil historias de aventuras en los años en que ambos navegaron juntos por los siete mares. Lo había visto dos veces en su vida, la última veinticinco años atrás, pero, sin duda, formaba parte de la suya.

–¿Olegario? –preguntó con voz trémula.

–¡El mismo! ¡Cómo has crecido! ¡Cómo están tus padres?

Jobim se sintió durante un instante en fuera de juego. Estaba a punto de detener a un sospechoso y de repente, había surgido un fantasma del pasado que le recordaba su infancia y juventud en el momento menos esperado. Y también el menos oportuno. Su mirada inquisitiva le dijo que Olegario acompañaba al caballero que iba a ser

detenido. Mal asunto. Se sobrepuso a la sorpresa como pudo.

–Mi padre murió hace dos años –respondió–. Y mi madre está bien, dentro de lo que cabe.

Los ojos del hombre perdieron brillo al escuchar la primera noticia y volvieron a alumbrarse con la segunda.

–Lo siento. No lo sabía. Me alegro de verte. ¿Eres el jefe de seguridad del aeropuerto?

–Así es, Olegario. ¿Vienes con este señor?

–Es mi jefe, don Luis Ariosto. Una persona importante en España.

Jobim notó que Olegario había pulsado la tecla clave de todo funcionario de seguridad: su miedo a meter la pata.

–Hay una orden de retenerlo –le comentó.

Olegario y el tal Ariosto adoptaron expresiones de asombro.

–¿Estás seguro? ¡Debe de ser un error!

Jobim se sintió atrapado en su interior. «¿Y si lo era?» Se volvió hacia Mendes Sousa.

–Mendes, ¿puedes comprobar la orden de búsqueda de este señor?

El tal Mendes se apartó un par de pasos y se puso en contacto con la oficina central de la Policía Nacional. Todos lo miraron unos segundos expectantes. Cuando acabó, se acercó, sonriendo.

–Acaban de retirar la orden. No hay razón para retener a este pasajero.

Jobim se sintió aliviado, casi tanto como lo notó en Olegario y en su jefe.

–Debió ser una confusión. Le presento mis disculpas.

–No te preocupes –dijo Olegario–. Nos sobra una hora. ¿Puedo invitarte a tomar algo?

–Estoy de servicio, así que tocará una batida –contestó, con el semblante alegre–. Esperadme en la cafetería.

Olegario y Ariosto asintieron y se encaminaron al lugar indicado.

–Oiga Sebastián, sus amistades nos han venido de perlas.

Pero no conozco la historia de sus singladuras con Jobim padre.

–Ya se la contaré algún día, señor. En este caso concreto, existe un detalle que la hace muy entrañable.

–¿Y eso?

–Aunque él no lo sabe, Bossinho es hijo mío.

Ariosto abrió los ojos con desmesura, atónito.

–¿De verdad? Entonces me la tiene que contar en el avión. Se lo imploro.

Río de Janeiro.

Tras quitarse la chaqueta, Rudin ocupó, fatigado, su asiento en el avión presidencial ruso.

–Lo conseguimos, Igor –comentó a su secretario–. Una visita en tiempo récord. Y todo ha salido bien. ¿Qué opinas?

El secretario se sentó a su lado, al otro lado del pasillo.

–La misión diplomática ha sido perfecta, sin duda. Las autoridades brasileñas están encantadas con los convenios firmados, sobre todo el energético.

–¡Sí! El presidente da Costa estaba radiante. Tenemos un buen papel que desempeñar en este país. Rusia cada vez es más grande.

El presidente ruso se quitó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa antes de continuar.

–Déjame descansar un poco, Igor. Llama a Kriuchkov, por favor, tengo que comentarle un detalle de seguridad.

El secretario asintió, se levantó del asiento y se dirigió al final del avión a buscar al escolta. En menos de treinta segundos Kriuchkov ocupó su lugar.

–Vladimir, quisiera saber qué ocurrió con esa mujer, la que nos interrumpió en el museo. ¿Ha ido todo bien?

El escolta miró al suelo y guardó unos segundos de silencio.

–Ese asunto no lo hemos controlado como hubiéramos deseado.

Rudin se abrochó el cinturón de seguridad y miró a su subordinado, muy serio.

–¿Qué quieres decir?

Kriuchkov suspiró y levantó la vista.

–Nuestros hombres no han podido neutralizarla de modo permanente.

–¿Qué ha pasado?

–La tuvimos en nuestro poder, pero ocurrió algo completamente imprevisto. Un accidente de tráfico.

–¿De tráfico?

–Nuestro coche, en el que llevábamos a la francesa, fue embestido por un vehículo de la CIA.

–¿La CIA? ¿Está la CIA también detrás de esa mujer? ¿Cómo es posible? ¿Qué es lo que saben?

–No estoy seguro. El hecho es que fuimos atacados por los americanos y, en la confusión del choque, la mujer escapó entre la multitud. Los festejos de carnaval contribuyeron de modo decisivo.

Rudin se mantuvo en silencio unos instantes, reflexionando.

–Esto no me gusta –dijo, al fin–. ¿Qué sabemos de la mujer?

–Nuestro consulado nos ha informado de que es una médium. Supuestamente habla con los muertos y cosas por el estilo.

–Ya sé lo que es una médium, Vladimir –cortó el presidente–. ¿Qué poderes tiene? ¿Puede adivinar el futuro? Stepanov se encogió de hombros.

–La señora Montparnasse es una celebridad en el mundillo de lo paranormal. Vino a Río como invitada especial de un congreso de esos temas. Parece alguien importante. Yo, personalmente, no creo en esas cosas, señor presidente. Pero ¿quién sabe?

–Y los americanos, ¿qué pueden saber?

–Tampoco puedo afirmar nada al respecto. Creo que no pueden estar al tanto de nuestros movimientos.

–No me fío. Ya sabes que tienen escuchas en todas partes. Hay que encontrar a esa mujer. Como sea. Despliega a todos nuestros agentes. Tal vez trate de salir de Brasil.

–Ya he dado la orden, señor. La localizaremos en veinticuatro horas.

–Estamos jugando con fuego, Vladimir. Y no nos podemos

quemar. ¿Me sigues?

Kriuchkov no contestó. No hacía falta. Le seguía perfectamente.

–Comunícame con Pavlov en Moscú –ordenó Rudin–. Tengo que encargarle algo al respecto.

–Son las cuatro de la madrugada en nuestro país, señor.

–Ahora mismo –replicó.

Fort Meade, Maryland, Estados Unidos, en la madrugada del día siguiente.

George Sanders tenía la mirada perdida en los árboles que rodeaban el complejo de edificios conocido como “El Fuerte”, la sede central de la Agencia Nacional de Seguridad, la NSA. Un tupido bosque de arces, encinas y hayas lo ocultaban por completo al tráfico de la carretera que conectaba con la autopista de Baltimore a Washington.

Sanders todavía se preguntaba por la razón de su ascenso. Así, de un día para otro, sin que hubiera hecho nada especial que lo explicase. El gran jefe se había presentado en su despacho de la planta séptima de la esquina oeste del edificio acristalado en que trabajaba y le había dirigido la palabra por primera vez en cinco años.

–Buen trabajo, Sanders. El presidente en persona le ha enviado una felicitación. Eso merece un ascenso.

Y eso fue todo.

El agente estuvo varios días dándole vueltas a qué habría hecho de especial para que el mismísimo presidente de los Estados Unidos le dirigiera una felicitación personal. Y no supo encontrar la razón.

Así que aparcó la preocupación y se dispuso a comprobar los frutos del ascenso en la siguiente nómina.

Sanders era un experto en búsqueda informática. Y su especialidad eran los pasaportes. Se encargaba de buscar la utilización fraudulenta de los documentos desaparecidos en cualquier lugar del mundo, y para ello contaba con un equipo de ordenadores que le facilitaba el trabajo. Las alarmas de los cientos de miles de pasaportes estadounidenses que no estaban en poder de sus legítimos

usuarios eran continuas. Al haber ascendido ya no tenía la función de comprobar personalmente cada uno de los avisos, solo aquellos que merecían un seguimiento especial, ya pertenecieran a ciudadanos norteamericanos o de otros países.

Sanders también era conocido por tener un sexto sentido que le avisaba de cuándo un pasaporte era utilizado para algo peligroso para la seguridad nacional, tanto de la de Estados Unidos como de la de otros países, ya fueran amigos o enemigos.

Y aquella noche había sentido otra de esas sensaciones.

Se trataba del pasaporte de una tal Nadia Kovaleski Soares, una mujer brasileña de unos cuarenta años, natural de Río de Janeiro y domiciliada en un barrio elegante de aquella ciudad. En Brasil el apellido de la madre figuraba en primer lugar, por lo que no había duda de por qué era objeto de la vigilancia.

La persona a seguir no era la tal Nadia, sino su madre, Mônica Kovalevski, hija del general Andrei Kovalevski, un héroe de guerra de la Unión Soviética fallecido en el frente de Berlín. Mônica había nacido en Ekaterinburgo y acompañaba a su madre cuando esta consiguió esquivar a los guardaespaldas y pedir asilo político en Brasil durante una misión comercial soviética a ese país en los años cincuenta.

Ser hija de un general y haber desertado de la URSS provocaba ser incluida en la lista de personas sospechosas, o al menos dignas de tener un seguimiento especial.

La paranoia de los servicios de inteligencia estadounidenses se mantenía a pesar de los años transcurridos. Aunque la señora Kovalevski no había dado la más mínima muestra de ser una espía soviética en toda su vida en Brasil, su nombre y el de su familia permanecían en la base de datos de la NSA. Y así seguirían. Allí no se borraba nada.

La alarma relativa a Nadia, la hija de Mônica había surgido casi por casualidad. Una coincidencia había surgido hacía cinco minutos. El pasaporte de Nadia había sido usado en la

frontera comunitaria del aeropuerto de Madrid-Barajas. Eso, en sí, no sería causa de alarma si no hubiera saltado una concurrencia de datos. La tal Nadia había cruzado la frontera de Brasil con Colombia con su cédula de identidad dos días antes. Al pertenecer ambos países a Mercosur no era necesario el pasaporte. Y, según los datos del superordenador, continuaba en Cartagena de Indias de vacaciones. Curioso el caso de una brasileña que huyera del carnaval.

Salvo que se tratara de la primera prueba en la historia de la bilocación de una persona, había algo que no cuadraba. Nadia no podía estar al mismo tiempo tomando el sol colombiano y sufriendo el frío invernal de Madrid.

Sanders miró el rostro que le miraba desde la fotografía del pasaporte. La mujer era bien parecida, había que reconocerlo. Su intuición profesional le impulsó a utilizar el programa FACE. Tal vez alguien hubiera utilizado el pasaporte de manera fraudulenta. Introdujo la imagen del documento en la base de datos y pulsó intro. El ordenador comenzó a buscar rostros similares entre los millones de caras que contenía en sus registros. Desde cualquier ciudadano anodino que hubiera entrado en los Estados Unidos, pasando por todos los estadounidenses poseedores de un pasaporte, hasta la comparación con cualquier otra persona contra quien se hubiera emitido una orden de busca y captura en los países amigos que eran espionados de modo continuo por Estados Unidos, que eran muchos.

La búsqueda terminó en treinta segundos. Hubo dos coincidencias. Una correspondía a una ciudadana canadiense buscada por tráfico de heroína. Imposible que fuera ella, se hallaba cumpliendo condena en California, y le quedaban unos cuantos años. Estudió la otra, una mujer francesa buscada en Brasil por un delito contra la seguridad nacional. ¿Seguridad nacional?

Aquello se ponía interesante.

Sin embargo, Sanders quedó perplejo al introducirse en el

caso. La orden de búsqueda había durado apenas un par de horas y había sido levantada por las autoridades brasileñas, sin que constara que la mujer hubiera sido detenida.

Algo raro había en todo aquello.

Decidió, como siempre, elaborar un pequeño informe sobre el caso y enviárselo a su superior, así como también a las Embajadas en Brasil y en España.

Antes de pasar al siguiente pasaporte de su lista de incidencias se preguntó por qué una mujer francesa se arriesgaría utilizando el pasaporte de una brasileña, cuando lo normal es que se llegara a pagar en el mercado de la inmigración ilegal por todo lo contrario, para poder entrar en la Unión Europea.

¿Serviría de algo el tiempo que había perdido siguiendo el rastro de aquel pasaporte? Lo dudaba. Ya lo había hecho en otras ocasiones, sin resultado positivo.

En fin, nunca se sabía.

Envió el mensaje y decidió olvidar el asunto pasando al siguiente número de pasaporte.

París, al día siguiente.

Ariosto pagó resignado la abusiva tarifa del taxi –ochenta euros– que les llevó del aeropuerto Charles de Gaulle al centro de París. Era el primer aviso de que la capital francesa era de todo menos barata.

La mañana era fría aunque el cielo, sorprendentemente azul para la época del año, prometía que la temperatura subiría después del mediodía.

–Un día espléndido. ¿No le parece, Sebastián?

–Es la primera vez que no me llueve en esta ciudad – comentó el chófer.

–¿Ha estado muchas veces en París? No me lo cuente, seguro que sí.

Olegario sonrió y no respondió. Le gustaba dejar a Ariosto que imaginase historias sobre su vida. Los episodios confesables se los iba administrando a cuentagotas. Los inconfesables se quedarían en el rincón oscuro de su mente donde había decidido guardarlos. A buen recaudo.

El taxi los había dejado en el número 51 de la avenue Montaigne, en pleno corazón del París de la moda. Ariosto echó un vistazo a la avenida. La nutrida hilera de árboles desnudos y fríos, a ambos lados de la calle, aparecía a tono con el final del invierno francés. Establecimientos míticos se sucedían uno tras otro a lo largo de la vía: Dior, Giorgio Armani, Jilsander, Prada, Loëwe, Yves Saint Laurent, Nina Ricci, Versace, Chloé, Fendi, Gucci, Dolce & Gabbana y otras muchas firmas más en las que el precio de las etiquetas de sus prendas en venta quitaba el hipo. Todos cerrados, era domingo. A pesar del ambiente de lujo selecto tan del gusto de Ariosto, a este solo le interesaba un edificio, el que tenía

enfrente, donde destacaba la sede de Chanel, y un poco más allá, la de Fendi. Una elegante fachada de cuatro pisos de altura rematada con buhardillas parisinas aparecía interrumpida por una altísima puerta de madera de cedro, en cuyo marco superior se encontraba encastrada una ventana. «Curioso el diseño de puerta y ventana en una pieza», pensó Ariosto. En lo alto, el busto de la diosa Fortuna escoltada por dos cabezas de Hércules y otras de leones, más pequeñas, lo miraban fijamente, como disuadiéndole de llamar a la puerta.

Ariosto se acercó al portero eléctrico, embutido en el hueco de piedra gris de la pared, a la izquierda. Ante él aparecía una lámina dorada con botones propios de los años veinte del siglo pasado. Ariosto siempre se preguntaba si aquel diseño arcaico era compatible con la seguridad que exigían los tiempos que corrían. Los botones, sin nombre ni indicación alguna, no le daban pista alguna. Se volvió a Olegario.

–No he traído mis herramientas –se anticipó este–. Lo siento, señor.

Ariosto sonrió, en varias ocasiones había echado mano de las dotes de Olegario para entrar en lugares provistos de cerraduras imposibles. En aquella ocasión no podría utilizar aquel recurso.

–Lo sé –replicó–. Me preguntaba cuál será el piso del portero. En un edificio como este seguro que hay un empleado que se encargue de la portería.

–Apuesto por el primero de todos –indicó Olegario.

Ariosto lo pulsó. Nada ocurrió en un primer momento.

–No debe de trabajar hoy. Es domingo.

–Insista –pidió Olegario a su espalda.

El timbre fue pulsado de nuevo. La puerta se abrió y un hombre de mediana edad, bien vestido y con su uniforme medio puesto, asomó tras ella.

–¿Deseaban algo? –preguntó en francés, con un acento extraño, como eslavo.

–Somos amigos de una nueva vecina, madame Montparnasse. Querriamos saber si ya ha vuelto de su viaje.

El portero los miró de arriba abajo.

–Lo siento. No puedo dar esa información. No les conozco.

–Es importante para mí –insistió Ariosto–. Y para ella.

–No puedo hacerlo –repuso el portero de nuevo.

–Déjeme un momento, señor –indicó Olegario, acercándose.

Ariosto se hizo un paso a un lado y el chófer comenzó a hablar al portero en un idioma desconocido. Ariosto, por mucho que lo intentó, no pudo entender ni una palabra. Lo que sí observó fue el cambio de color del rostro del empleado del edificio. Su semblante fue palideciendo en segundos. Respondió con una pregunta en ese extraño idioma, a lo que siguió otra afirmación de Olegario, más tajante aún.

Ariosto no sabía si sentirse divertido o alarmado, dada la tensión evidente entre ambos hombres. Por fin, el portero se derrumbó y comenzó a hablar a toda velocidad, con gesto de espanto. Olegario le escuchó mirándole fijamente hasta que terminó su última frase. Luego sacó del bolsillo de su chaqueta una tarjeta, se la entregó al portero y le dijo una última palabra que sonó a “gracias”, aunque sin agradecimiento en su tono. El chófer se giró y tomó a Ariosto del brazo, alejándolo de la puerta.

–Madame Montparnasse se mudó el pasado martes a las cuatro de la tarde. La empresa de mudanzas tardó el día entero en subir todos los muebles.

Ariosto abrió la boca y los ojos de asombro y no se atrevió a interrumpir a Olegario.

–Madame Montparnasse habitó su piso del cuarto dos días, en los que no recibió ninguna visita. Salió en ambas jornadas por la mañana y volvió al mediodía. Finalmente, el viernes llamó a un taxi temprano y subió a él con una maleta como equipaje. Le comunicó al portero que estaría unos días fuera del país y que le guardara el correo. No ha vuelto ni ha

dejado ningún recado. Nos llamará sin falta cuando aparezca.

Ariosto cerró la boca un instante antes de dejar fluir todas las preguntas que le pasaban por la cabeza. Luego se decidió por dos de ellas.

–Pero, ¿cómo ha conseguido que se lo cuente? ¿En qué idioma han hablado?

–El portero es albano–kosovar. En uno de esos episodios de mi juventud, entre embarque y embarque, una vez ayudé a una mujer de esa etnia a evitar el acoso de un par de matones serbios. El padre, a modo de agradecimiento, me acogió en su familia, en el clan. Estuve allí unos cuantos meses y aprendí algunas palabritas.

–¿Albano–kosovar? Se dice que su venganza es terrible.

–La ley del Kanun. Terrible es una palabra muy suave para definirla. Detecté el acento kosovar en el portero y sólo le recordé cuál era el clan al que pertenezco, y luego le pedí que nos hiciera el favor de informarnos.

Ariosto seguía en su disyuntiva entre el espanto y la hilaridad.

–Esa historia, Sebastián, por una vez, y sin que sirva de precedente, mejor no me la cuente.

París.

Antoinette recordó los momentos de tensión previos al paso por el control de pasaportes en el aeropuerto de Barajas. A pesar de lo temprano de la hora, coincidió en la terminal de llegadas con una multitud de pasajeros provenientes de todas partes del mundo. Las largas colas de viajeros somnolientos y fatigados impulsaron a los agentes de la Policía Nacional española a actuar con cierta celeridad. El pasaporte de Nadia Kovalevski que presentó en el mostrador no provocó ninguna alarma al ser pasado bajo el escáner policial. El funcionario de fronteras apenas le echó una mirada fugaz al rostro y no se detuvo en comprobar todos los rasgos faciales, como hacían en otros lugares. La elegancia con que iba vestida también ayudó a evitar sospechas. Le devolvió el pasaporte y le hizo una seña para que pasara al otro lado.

Salió a la terminal y se dirigió con rapidez a la oficina de venta de billetes. Allí compró con la tarjeta de Nadia un asiento para el vuelo a París que salía apenas hora y media después. Se hizo con la tarjeta de embarque y, al estar dentro de la zona de seguridad, no tuvo que pasar de nuevo el control. Una vez localizada la puerta por la que debía embarcar, se relajó algo y se entretuvo en una de las tiendas de ropa libre de impuestos del aeropuerto. No compró nada, no podía abusar de la amabilidad de las Kovalevski.

El vuelo a París transcurrió sin mayor novedad que unas turbulencias provocadas por el cruce de un frente lluvioso encima de los Pirineos, que se aclaró al momento del aterrizaje. Antoinette bajó del avión bajo un sol radiante, aunque la temperatura fuera baja.

Dado que se trataba de un vuelo interior dentro del espacio Schengen no hubo más trámites documentarios. La francesa cruzó la puerta de salida de la zona de recogida de equipajes y se dirigió a la parada de taxis. Tras comprobar que el taxista podía cobrar con tarjeta de crédito, le indicó una dirección en París.

–Es la del Ministerio del Interior –observó el chófer.

–Allí mismo vamos –recalcó Antoinette.

El conductor no trató de iniciar conversación, lo que la mujer agradeció en su fuero interno. Repasó mentalmente lo que había planeado. Su primera visita era, sin dudarlo, a Pascal, un subsecretario ministerial, un pez relativamente gordo, que podría aconsejarle en aquellos momentos tan tensos. Pascal Dubarry era, de modo bastante discreto, el presidente de una asociación de espiritistas ubicada en el barrio latino de París, cerca de la plaza de Saint Germain. Conocía a Pascal desde hacía varios años. Ella había acudido a la sede del grupo en varias ocasiones para celebrar sesiones conjuntas de invocación. No era su pasatiempo preferido, pero era requerida de modo continuo para aquellos actos y no podía negarse de manera sistemática.

Pero en aquellos momentos era el desempeño profesional de Pascal lo que en realidad le interesaba. Su función de jefe de jefes de policía. Necesitaba protección de algún tipo frente a los que quisieron secuestrarla en Río. Tenía la seguridad de que no se detendrían por el mero hecho de haber cambiado de ciudad.

En cuanto hablara con Pascal se haría con un teléfono y llamaría a Ariosto. «¿Cómo estaría?», se preguntó. «¿Habría entendido su desaparición tan súbita?». No recordaba el número de su móvil, por lo que tendría que buscar el de Adela y preguntárselo a ella. Trató de tranquilizarse. «Todo a su debido tiempo», se dijo.

El taxi, debido a la falta de tráfico propia del domingo, tardó la mitad de lo usual, unos veinte minutos en llegar a su destino. El conjunto de edificios del Ministerio del Interior,

al contrario que el resto de ministerios franceses, apenas se veía. Se encontraba escondido detrás de edificios corrientes, como los hay a miles en París, en la Place Beauvau, tras una inmensa puerta de hierro forjado, obstáculo que todo visitante debía traspasar para entrar en un recinto de un declarado regusto decimonónico. Antoinette pagó la carrera y se dirigió a los gendarmes de la entrada. No estaba segura de que Pascal estuviera en su despacho un día de fiesta. Al menos podrían ponerle en contacto con él. Dio el nombre del subsecretario y los agentes realizaron la consulta por comunicación interna. Tras pocos minutos de espera, para su sorpresa, llegó la confirmación. El señor Dubarry se encontraba en el ministerio. Le entregaron una acreditación de visitante y esperaron a que viniera la ordenanza que la llevaría al despacho de su amigo.

Entraron en el edificio de la derecha, cruzaron un vestíbulo y tomaron un ascensor que les llevó al tercer piso.

Avanzaron por un pasillo sin fin con vistas al gran patio interior cruzándose tan solo con un par de funcionarios de aspecto atareado. En la decimotercera puerta se detuvieron. La ordenanza acompañante tocó a la puerta y se escuchó un «entrez» al otro lado. Antoinette entró en un distribuidor amplio con varias mesas, todas vacías menos una, donde una secretaria, que se encontraba trabajando delante de su ordenador, le hizo una seña para que se acercara.

–¿Madame Montparnasse?

La recién llegada asintió.

–Monsieur Dubarry la atenderá enseguida.

El aviso de la secretaria se cumplió al instante, antes de que comenzar a buscar un lugar donde sentarse, la puerta que se hallaba detrás de la funcionaria se abrió y un hombre pequeño y delgado apareció, iniciando una sonrisa. Nada más verlo, la médium se sintió inquieta, sin saber por qué.

–¡Antoinette! ¡Qué agradable sorpresa!

El subsecretario la invitó a entrar en su despacho de inmediato y cerró la puerta en cuanto entraron.

–¿No estabas en el extranjero? ¿En algún sitio de América?  
Dubarry tomó la mano de Antoinette y se inclinó para besarla.

Y entonces, al contacto con la piel del subsecretario, volvió a ocurrir.

Tuvo otra visión.

Antoinette perdió por un instante la conciencia del tiempo. Se sintió transportada a otra dimensión, a otro momento. Se encontraba en ese mismo despacho, pero la luz había cambiado, era de noche, muy temprano, antes de amanecer. Vio a Pascal hablando por teléfono y escuchó lo que decía:

–De acuerdo. Sí, conozco muy bien a Antoinette de Montparnasse. Pierdan cuidado, la localizaremos desde que llegue a París y la retendremos para que ustedes puedan interrogarla. Será un placer. Tómelo como un favor, un gesto de buena voluntad y cooperación entre nuestros dos países.

Antoinette notó el fin de la presión en su mano y volvió en sí. Estaba de vuelta en su presente. Oyó a Pascal hablándole y mirándola con curiosidad.

–¿Estás bien? Te has quedado pálida de repente, como desorientada.

La médium se rehízo con rapidez a pesar de estar bajo el efecto del impacto de la visión. Estaba segura de que se había metido en la boca del lobo.

–Sí, gracias. Ha debido de ser el viaje. Ya sabes que se duerme mal en los aviones.

–Es cierto, yo lo paso fatal. Ni con pastillas consigo dormir. Pero, siéntate. ¿Qué te trae por aquí?

Antoinette se sentó lo más lentamente que pudo, maldiciéndose por confiar en Pascal y tratando de idear una manera de salir lo antes posible de allí.

–He perdido mi pasaporte y me he dejado el resto de la documentación en Brasil –Antoinette consiguió acabar la frase sin atropellarse. Estaba muy nerviosa. Debía tratar de serenarse.

Dubarry se sentó en su asiento, al otro lado de la mesa.

–¡Ah! ¡Bueno! ¿Solo es eso? –Una amplia sonrisa apareció en el rostro del subsecretario. A la francesa le recordó a una serpiente–. Un simple caso de indocumentación. Eso te lo arreglamos enseguida.

Dubarry descolgó el teléfono y marcó un número.

–¿Marie? ¿Puedes llamar a Dumont? Que traiga el equipo portátil de emisión de la documentación de identidad. Sí, los del pasaporte también, aquí, en mi despacho. ¡Ah! Otra cosa. Llama a Ferrand y dile que cese la operación de búsqueda, clave cero seis. Y una cosa más. Café para dos, por favor. Tardaremos un rato.

Dubarry colgó y miró a Antoinette y sacó de nuevo a relucir su sonrisa.

–Ahora, mientras vienen mis ayudantes, cuéntame tus experiencias en Brasil, por favor.

«¿Clave cero seis?», se preguntó la francesa. «Eso es por mí, sin duda». Y Antoinette, lejos de serenarse, se puso más nerviosa aún.

Langley, Virginia, Estados Unidos.

George W. Hightower, el subdirector de la CIA, permanecía en silencio mientras su principal ayudante, John Barrymore, hablaba por teléfono con París. Ambos se encontraban sentados en los sofás que ocupaban la mitad de su despacho oficial, alrededor de una mesa baja de centro donde humeaba una cafetera recién hecha. Hightower escuchaba lo que decía su colaborador, pero su mente estaba en otras cosas: en las dos razones por las cuales estaban en pie tan temprano, o tan tarde, ya que aún no había amanecido.

La primera, que el mismísimo presidente le había llamado la tarde anterior y le había encomendado la coordinación de todo el operativo del asunto Botón rojo, como él mismo lo había denominado. Jack Coltrane, el director de la CIA le llamó poco después para ratificar la orden y dar a entender que estaba al tanto de todo.

La segunda, que el agente Booth, uno de sus preferidos, el que se encontraba destinado en Brasil, había dado la voz de alarma. La mujer francesa había escapado de los rusos y logrado desaparecer.

Y la de Booth no era una alarma cualquiera. El interés presidencial estaba detrás de todo aquello. Sin embargo, Hightower no tenía la certeza de que la crisis fuera tan grave como se temía. En realidad, no sabía si existía siquiera una crisis. Solo tenían a unos agentes rusos detrás de una vidente. Algo ridículo, difícil de tomar en serio. Pero las órdenes de arriba había que obedecerlas. No era el mejor momento, a un año de las elecciones, para contradecir al presidente.

Barrymore colgó.

—A pesar de ser domingo, el subsecretario Dubarry estará

pendiente de la señora Montparnasse si aparece en París. Por lo visto, se conocen bien y apuesta por que le llamará en cuanto llegue a Francia.

–Espero que gane la apuesta –comentó Hightower–. ¿Le ha informado de que esa mujer ha viajado con pasaporte brasileño y que se dirige de Madrid a París?

Barrymore miró su reloj.

–Ese último detalle lo hemos sabido demasiado tarde, señor. Ya debe de haber llegado su avión. Los franceses no tienen tiempo de interceptar a la mujer en el aeropuerto. Ha sido muy audaz entrar en Europa con un pasaporte de otra persona. Así, sin preparación y por parte de alguien no profesional.

–No subestimemos a nadie. En realidad, no sabemos si la señora Montparnasse no es algo más de lo que aparenta. Se ha escurrido de dos servicios secretos con una facilidad endiablada, y eso no es tan fácil. Por cierto, nuestros hombres de la NSA han resultado sumamente útiles esta vez. Recuérdomelo, cuando esto haya pasado, hacer una mención del supervisor que la descubrió.

–Se llama Sanders, señor.

Hightower cambió de posición su corpulento cuerpo en la silla giratoria que sufría su peso. El zumbido del móvil de Barrymore sonó en el despacho. El subdirector descolgó y escuchó.

–Que pase –dijo, y colgó.

–¿Ha llegado nuestro hombre? –preguntó el subdirector.

–Ha llegado.

Uno de los secretarios de Hightower abrió la puerta y un hombre alto y de complexión atlética entró en la sala. Escrutó con una mirada fría a los directivos de la CIA y dio un par de pasos en dirección al director.

–Jim Rand, señor. A sus órdenes.

Hightower sabía que el recién llegado había servido en la Marina, con lo que sus ademanes tenían un cierto aire marcial. Conocía el historial de aquel hombre al dedillo.

Proveniente de la Infantería de Marina, Rand entró en la CIA tras revelarse como un excelente especialista. Además de dominar cinco idiomas, era un experto en armas de fuego, explosivos y técnicas de guerrilla, lo que lo hacía muy versátil. A pesar de llevar pocos años en nómina, ya se había convertido en toda una leyenda.

Había llevado a cabo con éxito en el extranjero durante el último año varias misiones calificadas de alto riesgo. Salió indemne del avispero sudanés tras eliminar a un jefezuelo de Darfur y rescatar a tres cooperantes europeos retenidos por sus acólitos. Sacó a un diplomático italiano de Libia de las garras de una de las facciones más radicales del sur del país provocando de paso un enfrentamiento tribal entre aliados que vino muy bien para evitar un frente islamista común contra a Occidente. Y, la última, quitar de la circulación a un ingeniero paquistaní y destruir unos comprometedores planos de una centrifugadora atómica. Rand servía para todo y en cualquier lugar.

Era su mejor agente.

Por ello, una misión como la de localizar a una mujer francesa y averiguar todo lo que sabía se le antojaba excesivamente fácil para él. Pero la premura del presidente le obligaba a desperdiciar su talento en algo como aquello.

–Siéntese, Rand –le indicó con el índice una de las butacas–. ¿Quiere un café?

–No, gracias, señor –contestó antes de sentarse.

Hightower era conocido por ir directamente el grano con sus colaboradores. Esta vez no iba a ser diferente.

–Quiero que vaya a París y localice a la mujer de este informe –le acercó un cuaderno a través de la superficie de la mesa–. Sáquele toda la información que tenga sobre el asunto Botón Rojo y, si es preciso, quítela de en medio. Pero no de modo definitivo, si es posible, ya me entiende. Los rusos la están buscando y nosotros debemos llegar antes.

–¿Cómo es de importante la misión, señor?

Hightower se echó hacia atrás en su sofá.

–El presidente exige estar informado al minuto. Hágase una idea de su prioridad.

–Entiendo –dijo el agente, y recogió el informe.

–Oiga, Rand. Es posible que todo este asunto no sea más que un fiasco. Pero tenemos que averiguarlo nosotros antes que nadie. ¿Necesita que sea más explícito?

–No, señor. ¿Qué cobertura tendré?

–Tendrá información y apoyo por parte de la policía francesa. Pero nada más. En todo lo demás actuará solo y con total discreción. Los franceses no saben de qué va esto y así deberá continuar. Les debe bastar con saber que nos hacen un favor.

–Un último detalle. ¿De cuánto tiempo dispongo?

–Esto tenía que estar resuelto ayer. ¿Respondo a su pregunta?

–Muy bien. Tomaré el primer avión a París.

–De eso nada, Rand. Afuera le está esperando un vehículo militar que le llevara a la base de Andrews. Viajará a Francia en un F15 Strike Eagle, el caza más rápido de que disponemos. Tiene que estar en París en un par de horas.

Rand enarcó levemente una ceja, asombrado. En realidad corría prisa.

Moscú, Rusia.

Grigori Pavlov esperaba impaciente en su amplio despacho de la Oficina S, el departamento responsable de la infiltración de agentes encubiertos en el extranjero, situada al final del ala oeste del cuartel general del FSB en Yasénevo, el distrito administrativo del sur de la capital. Aplastó la colilla entre los restos de cinco cigarrillos más que se apretujaban en el fondo del cenicero de cristal de su escritorio. Lo hizo con determinación, una forma de protesta particular frente a la estúpida prohibición de fumar dentro de los edificios ministeriales, algo importado de Occidente, una moda muy perniciosa para los nervios de los rusos. Lo siguiente sería prohibir el vodka, el colmo de la insensatez.

Alguien tocó a la puerta de su despacho.

–¡Entre! –respondió Pavlov en voz alta.

Una mujer abrió la puerta y se introdujo en la estancia. Vestía el uniforme del ejército ruso, grado de comandante. El pelo rubio recogido dentro de la gorra de plato no disminuía en nada su belleza y las piezas del uniforme, convenientemente entalladas, realzaban una silueta muy atractiva.

–Comandante Anya Amasova, a sus órdenes, mi general –dijo, antes de cuadrarse.

Pavlov contempló los ojos azul cobalto de su subordinada. Siempre se había preguntado por qué Anya Amasova había elegido la carrera militar en vez de las pasarelas de moda. Su carrera hubiera sido fulminante.

–Buenos días, comandante. Descanse. Y siéntese, haga el favor.

La mujer relajó la postura y se sentó enfrente de Pavlov.  
–Aquí no hay cámaras ni micrófonos –comentó el general–. ¿Cómo estás, Anya? Hacía tiempo que no te veía.

–Bien, Grigori –una leve sonrisa surgió en sus labios–. Ocupada con el horrible papeleo con que nos complican la vida a todos los agentes las últimas reformas. Ya parecemos una panda de decadentes burócratas occidentales.

Pavlov suspiró.

–No me hables. Me vas a hacer añorar aún más los tiempos de nuestra querida Unión Soviética, cuando esos problemas no existían.

Pavlov hablaba con total libertad, sabía que la agente Amasova era copartícipe de sus ideas conservadoras.

–Es lo que menos me gusta de nuestro presidente. Su obsesión por copiar las formas de nuestros enemigos occidentales.

El general sonrió y sacó otro cigarrillo de su pitillera.

–Acuérdate de que ya no son nuestros enemigos, Anya. Ya no hay guerra fría. La Unión Soviética se derrumbó y con ella el prestigio y la fuerza de este país.

–¡Nada de eso! –Los ojos de la mujer destellaron de ira– ¡Somos y seremos siempre una potencia mundial! ¡El mundo debe temernos!

Pavlov encendió el cigarro e inhaló con placer.

–Si algo me gusta de ti, además de tu físico, es lo claras que tienes las ideas. Te he llamado por una cuestión delicada.

La mujer tensó la espalda sobre la silla y esperó a que el general continuara.

–Durante su visita a Brasil, nuestro presidente tuvo un incidente con una mujer francesa. Una vidente, o médium, una cosa de esas.

–Cuando escucho esos términos me viene a la mente Rasputín, el embaucador que tenía hechizada a la estúpida familia del zar. Me asquean los charlatanes, Grigori, lo sabes muy bien.

–Esa mujer dijo algo comprometedor para nuestro

presidente. No te puedo dar detalles, es alto secreto. Te basta con saber que predijo algo que podría ocurrir y que no conviene que se divulgue. La seguridad y estabilidad de nuestro país estaría en peligro en caso contrario.

–Comprendo. ¿Qué quieres que haga?

–Busca a esa mujer, Antoinette de Montparnasse se llama y, cuando la localices, haz que mantenga la boca cerrada.

–¿De modo permanente?

Pavlov tuvo un instante de sobrecogimiento. Le maravillaba la frialdad con que aquella mujer era capaz de referirse al asesinato. Le constaba que ese método había sido usado por ella en varias ocasiones durante su carrera. Por eso estaba allí. Era su mejor agente.

–Hay que evitar llamar la atención. Tienes libertad de actuación, como siempre, pero esta vez debes ser más discreta que nunca.

–No te preocupes, Grigori. Esa mujer no hablará. ¿Dónde debo actuar y cuánto tiempo tengo?

–La señora Montparnasse fue vista por última vez en Río de Janeiro, pero vive en París. Kriuchkov está seguro de que ya habrá salido de Brasil.

–¿Kriuchkov? ¿El jefe de seguridad personal del presidente?

–El mismo.

–Es un incompetente. Lo conozco de la academia. El día menos pensado nos quedaremos sin presidente.

–De momento –replicó el general–, espero que eso no ocurra. De cualquier manera estoy de acuerdo con él. La mujer debe dirigirse a Francia, es lo lógico. Tienes que localizarla y hacerla callar lo antes posible. Te vas a París ahora mismo.

–¿Cómo estás tan seguro de que esté en París? ¿No has dicho que se perdió su pista?

–Tenemos un rastro fiable. Se encontraba en Río con un acompañante. Cuando desapareció, ese hombre tomó un vuelo nocturno a París, sin equipaje. Él nos llevará hasta ella.

Pavlov abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre. Se lo

acercó a la comandante.

–Tiene un nombre de los que se te quedan. Ariosto. Luis Ariosto.

Anya Amasova abrió el sobre y escrutó su contenido. Sacó la fotocopia de un pasaporte y observó la fotografía durante un par de segundos.

–¡Qué pena! –dijo, entre dientes–. Lo siento por él.

\*\*\*

A la misma hora, el jefe de escolta Kriuchkov, recién llegado a Moscú, mantenía otra conversación paralela con el general Tereskov.

–Entonces, ¿le dieron orden de eliminar a la mujer francesa?

–Así es, pero es muy escurridiza. Parece una profesional del servicio secreto.

–Vladimir, no pierda de vista lo verdaderamente importante, que es Rudin. Vigile sus movimientos y haga lo que tenga que hacer cuando llegue el momento.

–No sé muy bien a qué se refiere, mi general.

–Lo sabrá, Vladimir, lo sabrá.

Kiev, Ucrania.

Iván Spassky se encontraba en una de las habitaciones del piso franco donde lo habían alojado. Era mucho más discreto que un hotel, y mucho más difícil de vigilar. Estaba seguro de que nadie lo seguía, pero todas las precauciones eran pocas.

Spassky esperaba una llamada telefónica. Esperar era parte de su oficio, y lo tenía asumido. Las largas horas de no hacer nada las aprovechaba para meditar. Le desconcentraba leer o ver la televisión, por lo que prefería el silencio. Así estaba siempre listo para actuar. Sin distracciones.

Todo estaba preparado. A falta de dos días.

El programa que debía insertar en el flujo informático de la base militar era una maravilla de ingeniería, completamente indetectable. Una vez introducido en cualquiera de los ordenadores del complejo de la OTAN, se mantendría oculto y sin actividad hasta que una orden de radiofrecuencia –eso era lo mejor–, lo activara. Algo tan básico como una señal de radio pondría en marcha el procedimiento de carga y explosión de un arma nuclear táctica sin que desde dentro saltara ninguna alarma. Dado el nivel de destrucción previsto, las investigaciones posteriores no darían nunca con el origen del problema y, como era previsible, le echarían la culpa del desastre a algún error informático, tan propio de los norteamericanos. De avivar esa idea se encargarían los servicios de propaganda rusos y los de muchos lugares del mundo occidentales, convenientemente dirigidos por los primeros.

Era un plan audaz, lo reconocía. Y conllevaba sus riesgos políticos. Pero eso a él no debía importarle, era solo una

pieza más en el engranaje del plan, y serían otros los que tendrían que afrontar las consecuencias.

Lo único que no le gustaba del protocolo de actuación es que su ejecución dependiera de una orden enviada por radiofrecuencia. Prefería un simple reloj para determinar el momento de la detonación. Así nada interferiría en la secuencia de actuación. Sin embargo, a pesar de su renuencia, se había optado por el pulsado de un botón. El propio presidente Rudin había exigido que fuera así. Ese hombre era un maniático de controlar personalmente todo lo que le rodeaba. Lo entendía, era una de las causas de su éxito. Pero, en este caso, era una dificultad que se podía haber evitado.

El teléfono móvil sonó en su mano. Apretó con el pulgar de su mano derecha el botón verde.

–Baikal –respondió, dando su nombre en clave.

–¿Todo en orden?

Spassky se asombró al reconocer la voz que le hablaba. Era el propio Rudin. Esta vez no utilizaba a ninguno de sus ayudantes directos.

–Todo en orden. Los preparativos se han completado y la ayuda local está comprometida.

–Perfecto. Pues seguimos adelante con el proyecto. Estaremos en contacto.

–De acuerdo –contestó Spassky justo antes de notar que la conversación se había interrumpido. Rudin había colgado.

Breve, preciso y concreto. Tal como le gustaba ser a Rudin. Y tal como le gustaba ser a él mismo también. Si alguien hubiera estado escuchando la conversación, no habría sabido de qué hablaban.

Miró su reloj. Casi mediodía de domingo. Nada que hacer ni dónde ir. Le quedaban muchas horas de espera por delante. Spassky se acomodó mejor en el sillón en que estaba sentado y se dispuso a esperar.

Esperaría.

Sabía hacerlo.

París.

La rue de Saint-Louis, la segunda dirección que había proporcionado Adela a Ariosto, no parecía París. Se trataba de la calle que cruzaba a lo largo la isla del mismo nombre, en medio del Sena y justo al lado de la Île de la Cité, donde se encontraba la catedral de Notre Dame. El aspecto de la rue de Saint-Louis era el de una calle de cualquier pueblo de la Provenza: estrecha, llena de tiendas encantadoras y acogedora. Muy del Mediodía francés. A pesar de estar en pleno invierno, se podía ver algunas flores en las ventanas. Ariosto se sintió transportado a otro lugar. Era una burbuja de lavanda en medio de la ciudad.

Si la calle le llamó la atención, más lo hizo el número 31. En su planta baja destacaban las paredes recubiertas de madera de Berthillon, una de las heladerías-pastelerías más emblemáticas de París. Ariosto se sintió frente a un templo del paladar. Alguna vez había oído hablar de este lugar, y siempre muy bien, pero no se esperaba llegar a él de aquella manera.

–¿Ha visto la carta, señor? –preguntó Olegario, que estudiaba la oferta expuesta en el escaparate–. No hace tiempo de helados, pero esto dice cómeme. Fíjese, puede elegir entre un Sorbet Mélange Poire et Caramel o un Sorbet Mélange Abricot et Framboise.

–No conocía su debilidad por los helados, Sebastián.

Ariosto estaba encantado con su descubrimiento. Se acercó y echó un vistazo al reclamo.

–Pues yo me quedo con la Tarte tatin de mon enfance, un nombre muy sugestivo.

–Está abierto, ¿entramos, señor?

Sebastián abrió la puerta y ambos entraron al local.

Se encontraron con un mostrador corrido de madera con un expositor de cristal en su parte superior. Estaba lleno de dulces y pasteles de todas clases y colores. En la pared, varias estanterías de madera encastradas prometían maravillas en los frascos de mermeladas y confituras allí expuestos. Dos dependientas con uniforme de color rosa atendían a los visitantes. A su derecha, enfrente del mostrador y junto a la pared, aparecían varias mesas para dos, muy próximas, al estilo francés, donde los clientes se empleaban a fondo con las delicias del establecimiento.

–¿Preguntamos por madame Montparnasse, señor?

–Hagámonos al lugar, Sebastián. Monsieur Berthillon nos ofrece mucho y bueno. Desayunemos primero. No hemos tomado nada desde hace muchas horas.

Ariosto cumplió su promesa y pidió la Tarte, a la que acompañó con un Thé «mariages frères». Olegario optó por una taza de Chocolat con Viennoiseries, o lo que es lo mismo, una mezcla de cruasanes y bollos crujientes y calientes cuyo olor la hacía irresistible.

Se sentaron a unas mesas pequeñas de mármol verde grisáceo. Ariosto lo hizo en un asiento corrido tapizado de cuero granate que ocupaba todo el Salon de Thé, como era llamado aquel espacio. Olegario, frente a él, ocupaba una silla del mismo color desde donde podía observar el decorado de la pared, en la que se alternaban cuadros de pintura contemporánea con apliques de pantalla de tela que iluminaban láminas descriptoras de varios tipos de plantas, al estilo de la Enciclopedia. Todo muy francés, en suma.

–Preguntemos ahora –indicó Ariosto a Olegario en cuanto acabaron las viandas.

La empleada rubia de mayor edad y peso –todas eran rubias, aunque de distinta complejión– informó que, desafortunadamente no conocían a madame Montparnasse. Si era una cliente antigua, tal vez el propietario de local pudiera conocerla pero, más desgraciadamente aún, había

fallecido recientemente. Su hija no se encontraba en el negocio, ya que descansaba ese domingo. No obstante, como conocía a los vecinos del edificio, les invitó a que probasen fortuna tocando el portero eléctrico.

–Tocar no es entrar, como decía un viejo amigo mío – comentó Olegario cuando se enfrentaron, ya en la calle, con una puerta grande de color verde. A su izquierda, embutido en la piedra, aparecía un estrecho video portero–. No se pierde nada por preguntar.

–Para eso estamos aquí –replicó Ariosto, y pulsó el primer botón de la serie de cuatro.

–¿Oui? –respondió la voz de una anciana.

–Pregunto por madame Antoinette de Montparnasse, por favor –preguntó Ariosto, en francés.

Del aparato salió un torrente de palabras de un idioma extraño que no entendieron y se cortó la comunicación.

–Parecía ruso –indicó Olegario.

–París tiene una inmigración bárbara, no hay duda – comentó Ariosto.

Pulsó el segundo botón y repitió la pregunta cuando descolgaron.

–¿Quién la busca? –La voz en esta ocasión pertenecía a un hombre.

–Amigos –respondió Ariosto–. De España. Es importante.

Las tres breves frases hicieron su efecto. El portero eléctrico traqueteó y la puerta se abrió.

–Segundo piso –indicó el vecino.

El edificio no tenía ascensor y sí una escalera estrecha. Ariosto se preguntó cómo subirían muebles grandes por ella. En las ventanas debía de estar la respuesta.

Al llegar a la segunda planta les esperaba el ocupante de la vivienda con la puerta abierta. Era un hombre maduro, de unos sesenta años, con el pelo totalmente blanco y en aparente buena forma física, sin exceso de peso. Vestía con elegancia, tal vez demasiada para estar dentro de su domicilio. Un pañuelo al cuello le daba un aspecto serio y

algo informal al mismo tiempo. Parecía un tipo seguro de sí mismo.

Ariosto le ofreció la mano.

–Mi nombre es Luis Ariosto y soy amigo de Antoinette.

–Bernard Villiers –respondió el aludido, estrechándosela–. Lo lamento, tengo que comunicarles que está de viaje.

Villiers saludó a Sebastián también.

–Lo sabemos, estábamos con ella en Río de Janeiro.

Villiers asintió. Muy poca gente sabía en París el destino del viaje de Antoinette. Había sido muy discreta en ese sentido. Su expresión se relajó un poco.

–¿Ha vuelto entonces?

–Ahí está el problema, no lo sabemos con seguridad.

El francés arrugó el entrecejo.

–¿Les parece si me lo explican tomando un café?

Con un ademán les invitó a entrar en la casa. Los condujo a un salón amplio con ventanas a la calle. La decoración era sobria, pero elegante. Muebles de calidad de color cerezo, de estilo clásico, convivían con cortinas y telas pintadas en pared con tonos vivos. A indicación del anfitrión, se sentaron en los sillones que ocupaban la parte central de la estancia. Ariosto se fijó en uno de los cuadros del salón.

–Un Claudio Bravo, un pintor chileno excelente. Celebro su gusto por el arte. No conocía ese cuadro. ¿Es de su última época?

Villiers pareció encantado con la observación de Ariosto y bajó la guardia.

–En efecto, un año antes de morir, en 2011. Era amigo mío, ¿sabe?

La pregunta tenía un tono de orgullo.

–Cuánto celebro su amistad. Era un verdadero genio de la pintura realista. Debió ser todo un placer tratar con él.

–Sin duda lo fue –concluyó el francés, con un suspiro–. Voy a por el café.

Villiers tardó un par de minutos en volver de la cocina con una bandeja con una cafetera, azúcar y tres tazas. Sirvió los

café y los ofreció a sus invitados. Ariosto, una vez probado y aprobado el café, explicó que Antoinette había dado aquella dirección a su amiga Adela como un domicilio de contacto suyo en París.

–No me extraña. Soy su representante –dijo el anfitrión antes de sentarse–. Antoinette tiene una agenda muy cargada y yo la ayudo a ordenarla. Me dedico a la representación de artistas. Nuestra amiga lo es, a su modo. Concierto en su nombre los detalles de sus giras, actuaciones, conferencias, lo que necesite. Así se pueden dedicar a lo suyo, a crear o a trabajar.

–Deduzco que no ha tenido noticias de ella desde ayer –repuso Ariosto.

–Desde hace tres días, para ser exactos. ¿Puedo preguntarles la razón de la supuesta interrupción de su viaje a Río?

–¿Tiene tiempo?

–Es domingo, todo el que haga falta.

–¿Y la mente abierta? Lo digo porque le va a hacer falta para intentar comprender lo que ha pasado.

–Mientras no me cuente una historia de espías, soy capaz de creerme cualquier cosa.

París.

El agente de la CIA Jim Rand estiraba los brazos y sacudía los hombros para liberarlos del entumecimiento a que habían sido sometidos. Las carlingas de los F15 no estaban diseñadas para tipos de más de metro ochenta, y menos para un vuelo que durase más de dos horas. Aunque viajasen a una velocidad varias veces superior a la del sonido, dentro del avión no se notaba la celeridad del aparato, por lo que fue un viaje de lo más aburrido, sin nada que leer o que oír. Al volar tan rápido en la misma dirección a la rotación terrestre, el amanecer fue tan breve que no tuvo tiempo de disfrutarlo a gusto.

Aprendió que en estos aviones el equipaje de mano se limitaba a cero. Su chaqueta y el arma reglamentaria acabaron apretadas en algún compartimento del que hubo que sacar su contenido. Y además, encima de la ropa de calle que llevaba le hicieron colocarse un mono de vuelo que le comprimía y acaloraba. Pero lo peor de todo fueron las acuciantes ganas de orinar que sufrió en la última media hora. Tuvo que aguantarse, por supuesto.

Volvería a Estados Unidos en primera clase, se prometió.

Al menos no tuvo que pasar por los trámites fronterizos al aterrizar en la Base Aérienne 107 de Villacoublay, cerca de París. Un automóvil del servicio secreto francés con un chófer amigable lo recogió al pie del avión. Después de una necesaria parada técnica en uno de los lavabos de los hangares del aeropuerto militar, el automóvil salió del recinto y tomó la autopista A86 y luego la N118 en dirección a la capital.

–¿No le han dado ningún mensaje para mí? –preguntó

Rand en francés.

El chófer se encogió de hombros, ante el fastidio del americano.

–Llegaremos enseguida, hoy apenas hay tráfico. Justo a tiempo para la hora de comer.

«¿La hora de comer?», se preguntó Rand. A él lo que le hacía falta era un buen desayuno.

\*\*\*

–¡La hora de comer! –exclamó Dubarry mirando su reloj–. ¡Qué rápido pasa el tiempo!

Antoinette miró su reloj. El relato de lo ocurrido le había llevado más tiempo del que pensaba. Tal vez las minuciosas preguntas de todo tipo que le hizo Pascal de modo continuo –que incluían al carnaval de Río– alargaron más de la cuenta el informe verbal. Luego vino el paripé de las huellas y las fotos para el pasaporte y el documento de identidad. Lento no, lentísimo el funcionario que llevó a cabo los trámites. Estaba claro que el policía estaba alargando el tiempo a propósito. Antoinette se preguntaba por qué. «Está esperando a alguien», concluyó. «Tiene que ser alguno de los que me persiguen».

«¿Qué hacer?», se preguntó. «¿Hasta qué punto se podía fiar de Pascal, sobre todo después de su última visión?».

Dubarry se levantó de su asiento y el movimiento interrumpió sus cavilaciones.

–Podemos acercarnos a Le Griffonier, un bistró de los mejores de París, ¿lo conoces? Está muy cerca de aquí, en la rue des Saussaies.

–No, no he estado nunca.

–Pues es perfecto, tiene una ensalada de langosta y unos huevos escalfados con foie gras inmejorables. Y los borgoñas, ¿qué decir? Tenemos los mejores vinos del mundo. Y abren hoy, lo que es una excepción. Algo celebran, lo que nos viene muy bien.

Antoinette vio una oportunidad de salir del ministerio.

–Vayamos, Pascal. Ya tenía hambre, pero con lo que me

has dicho se me ha acentuado.

Dubarry volvió a comprobar la hora.

–Tal vez se nos una un amigo que espero. Daré instrucciones para que nos encuentre allí.

El subsecretario cogió su chaqueta y abrió la puerta de su despacho para que Antoinette saliera. Habló con su secretaria un segundo y condujo a su invitada por los pasillos del ministerio en dirección a la salida. Las alfombras, cortinas y decorados de escayola coloreada de las paredes hacían que el edificio no fuera tan frío como cabía esperar. El toque francés provocaba la impresión de que, más que un edificio administrativo, se trataba de un palacio del tiempo de los borbones.

Por fin salieron a la place Beauvau y Antoinette dejó atrás la sensación de encontrarse encerrada en un edificio oficial. Tal vez fuera la imagen mental que le producían los barrotes de la enorme verja de la entrada. Doblaron la primera esquina a la izquierda y a la mitad de la calle destacaba el cartel del local: Bistró a Vins, todo un reclamo.

Entraron y comprobaron que todavía no estaba lleno. Ocuparon una mesa para tres al otro extremo de la barra, justo delante de una fotografía de unos viñedos franceses que ocupaba toda la pared.

Una camarera les dejó sendas cartas y Antoinette observó que la lista de vinos era larga y que los precios de las botellas contenían muchas cifras, algo serio.

Pascal parecía entusiasmado en la contemplación de la oferta del local.

–Pediré pechuga de pollo fría con champiñones girolles de Sologne salteados. Te recomiendo el faux filet, un solomillo inmejorable con patatas en salsa remoulade.

–Muy bien, te haré caso –contestó Antoinette.

–Y para beber, un par de copas de Benigné Joliet's 2006 Clos de la Perrière lèr Cru. Las dietas del ministerio no dan para una botella.

Antoinette actuó lo mejor que pudo para reír el chiste.

–Tengo que ir al lavabo. ¿Pides tú, Pascal?

–Por supuesto. No tardes.

La mujer tomó su bolso y se dirigió al fondo del local. Dubarry la siguió con la mirada hasta que se perdió de vista. Echó a un lado las suspicacias. Controlaba desde donde estaba la salida a la calle. «No puede pasar nada extraño», pensó.

\*\*\*

Jim Rand hizo su entrada en el bistró y encontró a Dubarry sentado a una mesa a la izquierda, al fondo del local. Reconoció su rostro de las fotos que le habían mostrado en Langley. Se acercó.

–¿Monsieur Dubarry?

Pascal levantó la vista, algo sorprendido.

–Soy Jim Rand, acabo de llegar –dijo, en francés.

–¡Ah! ¡El señor Rand! Llega justo a tiempo. Siéntese, por favor. ¿Le apetece algo? Aquí la comida es sensacional.

Rand se sentó de espaldas a la pared después de echar un vistazo a su alrededor.

–¿Dónde está la mujer? –preguntó.

Pascal alzó las cejas sorprendido de la falta de cortesía de la frase. Lo achacó a la proverbial mala educación yanqui.

–Está en el lavabo. Volverá enseguida.

El americano se revolvió, intranquilo.

–¿Cuánto tiempo lleva?

–Pues ahora que lo dice, un rato. Se ve que no sabe usted cómo son las mujeres francesas.

Rand se levantó de su asiento y se dirigió al lavabo de señoras. No había nadie por fuera. Abrió la puerta y asomó la cabeza. Entró e inspeccionó los retretes. No había nadie.

Salió y abordó a una camarera en el pasillo de la cocina.

–¿Ha visto salir a una señora del lavabo?

La camarera miró de arriba abajo a Rand, antes de contestar.

–¿Madame Montparnasse? Es una cliente habitual, muy buena, deja magníficas propinas. Ha salido por la puerta

trasera, la de servicio. Lo hace siempre que se ve agobiada por sus seguidores. La pobre, tiene tantos...

París.

Anya Amasova llegó a París al filo del mediodía en el vuelo de Aeroflot 4456 procedente de Moscú. La rapidez exigida le impidió dirigirse a la capital francesa partiendo de otro aeropuerto, como los de Varsovia o Praga, sus favoritos. La prudencia siempre aconsejaba no mostrar su lugar de procedencia. A veces no convenía que la gente supiera que llegaba de Rusia, un país que no caía simpático a todo el mundo. Sin embargo, en este caso, prevalecía la celeridad por encima de la discreción. No obstante, mostró un pasaporte auténtico de nacionalidad eslovaca a nombre de una persona que no existía. Logró pasar el control sin la más mínima dificultad.

Un taxi la llevó al centro de la ciudad. Descendió en la plaza de la Concordia, al pie del obelisco egipcio traído por Napoleón y pagó escandalizada la carísima carrera que le cobró el conductor. Echó un vistazo a la amplia explanada que se abría ante ella, rodeada de jardines y edificios monumentales y desvió su atención al móvil. Le había llegado un mensaje. Debía llamar sin falta al agregado cultural, o sea, el contacto de los espías, de la Embajada rusa en París.

Anya hizo la llamada indicada. Contestaron a la primera.

–¿Amasova? El hombre que usted busca ha activado su teléfono móvil para hacer dos llamadas a España. No pregunte cómo sabemos su número.

Anya no pensaba hacerlo. Aquel tipo comenzaba a caerle mal. ¿Acaso pensaba que ella no estaba al tanto de los últimos satélites de interceptación de comunicaciones? Era un estúpido.

–Siga, por favor –dijo, tratando de no ser condescendiente.  
–Las llamadas han sido realizadas desde dos lugares distintos: la Avenue Montaigne y la rue de Saint Louis, en la isla del mismo nombre. ¿Conoce las localizaciones?

–Dígame el punto exacto de la segunda llamada –replicó la agente rusa.

–El número 31. Hay una heladería muy famosa en la planta baja. No tiene pérdida.

–¿Algún dato más? ¿Se sabe algo de la mujer francesa?

–De momento, nada más. Que tenga suerte.

Anya colgó sin responder. «Que tuviera suerte. Vaya imbécil», pensó. «La suerte no existe. Se es eficaz o no. Lo demás son excusas».

Decidió no dedicar un segundo más de sus pensamientos al agregado cultural y tomó el primer taxi que pasó por delante.

–A la isla de Saint Louis, por favor –dijo en francés–. Lo más rápido que pueda.

–No hay problema. Es domingo, no hay tráfico –respondió el taxista.

–Gracias.– A Anya todavía la escocía la factura del trayecto desde el aeropuerto, por lo que no mostró ninguna muestra de simpatía hacia el chófer. Solo unos ojos glaciales al cruce de miradas a través del retrovisor central del automóvil.

Al llegar, la rusa pidió al taxista que condujera, esta vez despacio, por la rue de Saint Louis. Quería inspeccionar la calle antes de plantarse delante de su objetivo. Sus ojos entrenados escrutaron los detalles que le interesaban: las intersecciones; los portones; posibles escaleras de incendios; luces de alarma; presencia policial; concurrencia de peatones y de vehículos; y, sobre todo, vías de escape. Cuando quedó satisfecha ordenó parar al conductor y desembarcó del automóvil cuando llegaba al final de la calle y de la isla.

Comenzó a deshacer el camino recorrido en el taxi, cruzándose con algunos vecinos que caminaban con las baguettes y el periódico bajo el brazo –también en París

algunos se levantaban tarde—; con turistas empeñados en examinar todos y cada uno de los encantadores escaparates de la calle; y con algún parisino que aprovechaba el magnífico día para pasear por su ciudad, con muy buen tino.

Anya llegó al número treinta y uno. Abrió la puerta del Berthillon y comprobó que el tal Ariosto no se encontraba dentro. Se aproximó a una camarera y le preguntó si lo había visto, describiendo su aspecto. Fue la otra dependienta quien le confirmó su presencia unos treinta minutos antes. También le informó de cómo lo había dirigido a tratar con los vecinos de los pisos superiores del inmueble. Anya se lo agradeció dos veces, una de palabra y otra de obra, comprando un pastelito tentador que la miraba desde el expositor. Se percató en ese momento de que llevaba muchas horas sin comer nada y consideró que era un deber profesional mantenerse en buenas condiciones físicas, por lo que no le pesó acabar con el dulce en dos bocados. «¿Por qué no hacían cosas así en Moscú?», se preguntó. Alguna cosilla se les podía perdonar a aquellos decadentes occidentales, y la repostería era una de ellas.

Salió del local a la calle y estudió el portero eléctrico adyacente. No lo vio claro. Pocos vecinos: delataría su presencia muy rápido.

Se volvió al otro lado de la calle, buscando una edificación más moderna, de las que tienen escalera con ventilación a la calle. No la encontró. Todas las casas eran condenadamente antiguas, cortadas por el mismo patrón. Optaría por acceder a algún lugar elevado, ya que no había azoteas.

Una de las casas, unos cinco metros a su izquierda, contenía en su planta baja una tienda de anticuario, cerrada por descanso dominical. La tienda tenía dos pisos por encima de su entrada y ninguno de ellos era vivienda. Estudió la cerradura. Una S.T. Bricard bastante antigua. Buscó evidencias de sensores de movimiento conectados a alguna alarma, pero no los vio. Resolvió arriesgarse. Echó un vistazo a la calle, en aquel momento inusualmente desierta, y sacó

de su bolso un cortaúñas con más láminas desplegadas de las normales. Introdujo una de ellas en la cerradura, que forcejeó unos segundos contra la intrusa, rindiéndose al cabo. La puerta se abrió y Anya se introdujo con rapidez en la tienda, cerrando tras de sí con celeridad.

Esperó unos segundos. No sonó ningún dispositivo. «El dueño del establecimiento confía mucho en el vecindario», pensó.

La tienda era presa de una penumbra provocada por estores bajados en los escaparates que impedían el paso de la luz solar. Se adentró entre mesas estilo imperio, espejos de marco dorado y lámparas de bronce hasta encontrar la escalera. Ascendió dos pisos y llegó al último. Aquel espacio, no abierto al público, servía de almacén y allí se amontonaba todo aquello que había dejado de ser expuesto a la clientela. Olía a polvo y a cerrado. Anya sorteó los muebles apilados sin concierto y llegó a la ventana que daba a la calle. Corrió la cortina que protegía las mercancías del sol y observó el exterior.

Sonrió de placer.

A su misma altura, a su izquierda, algo esquinado, podía ver el interior del salón de la vivienda del segundo piso de la casa que le interesaba. Dos hombres conversaban sentados en sendos sofás, tomando algo, con un tercero al que no podía ver. Reconoció al instante a uno de ellos. El llamado Ariosto.

Lo había encontrado. Sin duda alguna.

Anya buscó una silla y se puso cómoda. Tocaba esperar. Aquel hombre la llevaría a la médium francesa. Estaba segura. Solo era cuestión de paciencia.

Y ella era paciente.

París.

Antoinette dobló la esquina más cercana al bistró a paso ligero, y luego la siguiente. Miró hacia detrás un par de veces y comprobó, cada vez más aliviada, que nadie la seguía. Vio un taxi libre que paró con señales insistentes de su brazo. Montó en el automóvil y le indicó una dirección. Era la sede de la oficina bancaria del Credit Lyonnais de la Porte Saint Martin, en el boulevard Saint Denis, cuyo director era amigo. El banco se encontraba cerrado, pero sabía que el cajero automático aceptaba todo tipo de tarjetas. Abusó un poco más de la confianza de Màrcia y extrajo doscientos euros. El taxista la esperó con paciencia. Al menos su cliente tendría dinero para pagar la carrera.

Antoinette se subió de nuevo al taxi y dudó sobre su siguiente paso. Necesitaba un teléfono. Se dio cuenta, una vez más, de cómo dependía de los móviles, «¿Cómo era posible vivir antes de los noventa sin esos artilugios?». Los comercios cerrados limitaban sus movimientos. «Maldito domingo», se dijo. Debía pasar por su casa, pero la estarían vigilando, sin duda. Era cuestión de encontrar a alguien que la ocultara por unos días, hasta que todo se aclarase.

«¿Cómo era posible que Pascal se hubiera comportado así? ¿Qué le habrían contado acerca de ella?». No quería ni pensarlo.

No le dio más vueltas. El nombre de Bernard Villiers saltó de las lista de sus incondicionales. Dio la dirección al conductor de la rue de Saint Louis. Era lo más sensato. ¿O no? ¿Conocería Pascal sus relaciones profesionales con su representante? No lo sabía con certeza.

Se arriesgaría.

El crepitar de la emisora del taxi la sacó de su ensimismamiento unos minutos después. Se trataba de un anuncio a toda la flota. La policía había solicitado la ayuda de la ciudadanía, incluyendo a los profesionales del taxi, los mejores ojos de toda la ciudad. Estaban buscando a una mujer cuya descripción coincidía al cien por cien con la de Antoinette.

La francesa tragó saliva cuando su mirada se cruzó con la del taxista a través del retrovisor central.

–Me bajo aquí –indicó cuando el taxi se detuvo delante de un semáforo.

–Llegaremos enseguida, señora –repuso el taxista.

Sin pensar si el conductor trataba de retenerla, Antoinette abrió la puerta, depositó un billete de veinte euros en el asiento delantero y salió del coche sin esperar la vuelta.

Se apresuró a cruzar la calle en sentido contrario. Volvió la cabeza un segundo y comprobó que el taxista hablaba por el micrófono de su radio, sin duda informando sobre ella. «¡Qué prisa se ha dado Pascal!», se dijo. «Un tipo eficiente», pensó, al tiempo que se acordaba de toda su parentela. Al menos tenía la satisfacción de haberle fastidiado el almuerzo al policía.

Lo peor era que había indicado al taxista dónde pensaba ir. Tenía que descartar la casa de Bernard. Y debía llamarlo para avisarle. Cuando se giró tratando de buscar un teléfono público cayó en la cuenta de que solo portaba billetes en su monedero. Giró en dirección sur, por el boulevard de Sébastopol, buscando un quiosco de periódicos. Lo encontró tras caminar un par de manzanas, en el 97 de la calle. Compró dos revistas y recibió el cambio con ansiedad.

Ahora tocaba encontrar una cabina. Al fin encontró una en el cruce con la rue de Turbigo. «Cada vez quedan menos teléfonos públicos», se dijo. Descolgó el auricular y se percató, en un instante, de que no se acordaba, si es que alguna vez lo supo, del teléfono de Bernard. Lo que hacía la agenda de los móviles. Nadie memorizaba ya ningún

teléfono.

Lo pensó bien y se dio cuenta de que solo se acordaba de los teléfonos fijos de la familia, los de siempre, los de su madre y su hermana. «¿Estarían intervenidos?». No podía estar segura de nada. «¿Quién podría tener el número de Bernard sin que la policía sospechara de él?». Repasó mentalmente su listín imaginario y se paró en un nombre: Adela Cambreleng. Cuando Adela estuvo en París, un par de años atrás, congenió a las mil maravillas con Bernard. Y le constaba que ella y su representante intercambiaban mensajes y bromas de vez en cuando.

No lo pensó más y marcó el número de teléfono fijo de Adela en Tenerife que, por esos misterios de la naturaleza, sí era capaz de recordar.

Adela respondió al cuarto tono y una alarma se activó en Langley, Virginia, en la sede de la CIA.

\*\*\*

Jim Rand corría por las calles de París escuchando las indicaciones que recibía por el móvil. Estaba en contacto permanente con la central de la Agencia en París, que lo estaba a su vez con la casa matriz en Estados Unidos. Le habían informado del lugar donde la médium había utilizado una tarjeta de crédito vigilada y más tarde donde se había bajado de un taxi, apenas a dos kilómetros del restaurante donde la vidente francesa había desaparecido. En diez minutos a buen ritmo llegaría al lugar.

Acto seguido le llegó la noticia de que estaba usando una cabina telefónica por la misma zona haciendo una llamada a un número interceptado en el extranjero.

Mantuvo el ritmo de carrera con la ayuda del escaso tráfico, lo que hizo que no tuviera que detenerse en los semáforos de los pasos de peatones. En dos minutos llegaría a la dirección indicada por la central.

Rand cruzó corriendo la última esquina que le separaba de la calle donde Antoinette estaba utilizando el teléfono público. Giró y cambió su carrera a un paso ligero. Trató de

regular su sofocada respiración. Escudriñó entre los coches y los árboles del cruce del boulevard Sébastopol con la rue de Turbigo, intentando localizar su objetivo. Se acercó el móvil a los labios.

–¿Dónde está la cabina? –preguntó.

–Treinta metros al frente, en la acera de la izquierda.

Rand no necesitó aproximarse más. Desde donde estaba podía ver perfectamente el aparato telefónico con el auricular colgado. No había nadie a su alrededor.

Miró con ansia a ambos lados de la calle. La mujer no podía estar lejos. Tenía que decidirse por uno de los dos extremos de la calle. Optó por el de la derecha, en la prolongación de la dirección en que llegó. Si la francesa hubiera escapado por su izquierda, lo más probable es que la hubiera visto.

Comenzó a correr en esa dirección.

París.

Antoinette había colgado el aparato de modo inmediato en cuanto tuvo la visión, dejando a Adela con la palabra en la boca. Más que una visión, fue un aviso. Nítido. Alguien se acercaba a toda velocidad con un arma escondida entre sus ropas.

Miró hacia atrás y no vio a nadie, pero no se detuvo a esperar. Sabía que la estaban persiguiendo. Comenzó a caminar rápido hacia el cruce más cercano. Lo mejor era desaparecer cuanto antes de aquel lugar. Un súbito destello de entendimiento cruzó su mente. El teléfono. Debía de estar intervenido. No la cabina telefónica, por supuesto, sino los de todos sus allegados, incluyendo a Adela, a pesar de que vivía en un lugar tan lejano como Tenerife.

Cualquier artilugio que dejase rastro electrónico debía de estar controlado por sus perseguidores. Estaba claro. No se asombró de la tenacidad de quienes seguían su rastro. Se lo estaba poniendo muy fácil con el taxi, el cajero automático y el teléfono público.

Lo que sí la asombró era lo cerca que estaban.

Debía desaparecer. Pero, ¿cómo?

Giró en la esquina con la rue des Gravilliers, estrecha y desprovista de árboles y el cambio de calle la tranquilizó un poco. La imagen de la vía le recordó que unos cuantos portales más allá residía madame Blavatsky, una experta en visiones ectoplásmicas y en otras manifestaciones paranormales. Hacía muchos años que no la veía. ¿Estaría viva todavía?

Se acercó con rapidez al número 65 de la calle. Sabía que su vivienda se encontraba encima de una antigua fábrica de

piezas de paraguas, todavía lucía el decimonónico letrero encima del local, al lado de una tienda moderna de bolsos de señora. Miró en el portero eléctrico y trató de recordar cuál era el piso.

No hizo falta esforzarse. La puerta se abrió con un zumbido eléctrico. Antoinette tampoco se asombró en esta ocasión. Madame Blavatsky seguía viva y con toda seguridad sabía que ella iba a visitarla.

Por eso fue una de sus maestras.

Porque siempre sabía lo que iba a ocurrir.

Entró y cerró la puerta del portal tras ella. Antes de encarar la escalera se preguntó si no había sido la propia Blavatsky quien la había atraído hacia allí.

Para salvarla.

Le gustó el pensamiento y pulsó el botón de llamada del ascensor. No necesitó mirar en los buzones para averiguar el piso. Por alguna razón que escapaba a su comprensión, aunque tal vez fuera su memoria interna, en aquel momento estaba segura de que debía dirigirse al cuarto piso.

\*\*\*

En siete minutos, Jim Rand tuvo el perímetro controlado en torno a cinco manzanas alrededor del teléfono público. Si la francesa hubiera huido caminando no podría haber escapado a los controles de los coches de la Gendarmerie que coparon todos los cruces.

Otra cosa hubiera sido si hubiese montado en un vehículo. Pero, conociendo cómo se apeó del taxi, dudaba mucho de que hubiera tomado otro. Y por aquella calle no pasaban autobuses.

Debía de estar cerca. Sus años de entrenamiento se lo decían. Había que hacer dos cosas. Investigar si algún conocido de la mujer vivía en el vecindario. Y la otra, esperar.

\*\*\*

Ariosto y Olegario salieron a la rue de Saint Louis y cerraron la puerta de la calle. Un minuto antes se habían

despedido de Bernard tras intercambiar los teléfonos. El representante de Antoinette había prometido llamarles de inmediato en cuanto tuviera alguna noticia de ella.

–Este contacto ya está avisado –dijo Ariosto, más para sí que para Olegario–. ¿Qué cree que deberíamos hacer ahora, Sebastián?

El chófer se detuvo a meditar un segundo.

–Tengo unos conocidos que tal vez podrían ayudarnos a encontrar a madame Montparnasse.

–¿Unos conocidos?

–Gente que me debe favores. Aunque no son una compañía muy recomendable.

Olegario dejó pasar unos segundos tras la afirmación, tal vez para darle más énfasis. Ariosto entendió el mensaje.

–Separémonos y seremos más efectivos en la búsqueda – prosiguió el chófer–. Siga pensando en personas próximas a madame Montparnasse y visítelas. Alguna tendrá noticias tuyas.

–De acuerdo. A la primera pista que surja, nos llamamos.

Olegario se despidió de Ariosto y desapareció tras una esquina.

Ariosto pensó a quién llamar. Saltó a su mente el mismo nombre que una hora antes. Adela Cambreleng. Sacó su móvil y este comenzó a vibrar. Para su sorpresa, quien le llamaba era la propia Adela. Pulsó del botón verde de inicio de la comunicación.

–¡Luisito! –La voz de Adela invadió su saludo–. ¡Acabo de hablar con Antoinette!

La noticia hizo que el corazón de Ariosto latiera más deprisa.

–¿Está bien? –preguntó.

–No lo sé, porque me cortó la llamada en medio de una frase. Parecía algo agitada, como con prisa.

–¿Qué te dijo?

–Preguntó por tu número de teléfono y se lo di. Comentó que quería llamarte para quedar contigo esta noche.

–¿Quedar? ¿Dijo dónde?

–Habló de una cena en un lugar muy especial que te gustaría, pero no me lo concretó. ¿Ocurre algo malo? Todos estáis con tanto misterio que me estoy inquietando.

Ariosto suspiró. Dudó de si sería adecuado comentar a su tía adoptiva la situación real. Con toda probabilidad lo único que lograría sería dejarla intranquila y ansiosa. Y Adela ya tenía una edad.

–No ocurre nada, Adela. Nos hemos separado y ella ha perdido el móvil. Por eso nos cuesta localizarnos mutuamente.

–¡Y un jamón! –saltó la mujer–. No me creo nada. Estoy segura de que existe algún problema que no me queréis contar. A mí no me engañas.

Ariosto sabía que Adela era un hueso duro de roer, como su hermana Enriqueta, la que vivía en La Laguna, pero había decidido no ampliar más la información.

–Si vuelve a llamar, le dices que la espero en el lugar que te ha indicado. A las ocho.

–¿Sabes en realidad el lugar al que se refería?

Ariosto sonrió. Recordó una conversación mantenida con Antoinette meses atrás y respondió.

–Sí. Sin duda alguna.

París.

Una doncella de uniforme con rasgos sudamericanos abrió la puerta del domicilio de Marie Blavatsky antes de que Antoinette pulsara el timbre.

–Me esperan. Lo sé –le dijo a la sirvienta, algo divertida.

Si la empleada de la casa fue presa de algún tipo de perplejidad ante el anuncio, su hierático rostro andino no lo expresó en absoluto. «Debe de estar acostumbrada a gente que sabe lo que va a ocurrir», pensó Antoinette.

La francesa entró en la casa y tuvo que aguzar la vista. Al igual que en su última visita, varios años atrás, todas las estancias se hallaban en penumbra. Nunca supo si ese ambiente oscuro obedecía a una afección visual de la propietaria de la vivienda o a un intento de dar mayor efecto al halo de misterio que la rodeaba. Se inclinaba más por la segunda opción. Madame Blavatsky era única en las puestas en escena.

–Madame la espera en el gabinete –señaló la doncella.

Antoinette no encontró el acento extranjero que esperaba en la frase de la criada, pero resolvió no asombrarse de nada aquel día. No esperó a que le informase dónde se encontraba la estancia indicada y avanzó por el pasillo.

Dejó atrás dos aparadores revestidos de dorado que exhibían candelabros con velas a medio consumir y pasó por delante de un par de rostros adustos del siglo XIX que la miraron desde sendos retratos. Antoinette llegó al umbral de la segunda puerta a su derecha y se asomó al interior.

–Hace cinco años, tres meses y doce días que no vienes a verme, Antoinette.

Madame Blavatsky se encontraba sentada en una butaca de

respaldo alto de cara a la ventana y de espaldas a la puerta. La recién llegada dio varios pasos hasta que llegó a su altura y pudo contemplarla de frente.

La dueña de la casa ofrecía el mismo aspecto que en la última visita. El de una mujer que había sobrepasado los ochenta, delgada, casi enjuta, ataviada con un vestido largo negro ceñido al cuerpo y sobre el que destacaba un collar de eslabones de plata con una cruz egipcia de lapislázuli. Su rostro, severo y surcado por mil arrugas, no traslucía ninguna emoción.

–Veo que se encuentra estupendamente, madame –respondió Antoinette–. Los años no pasan por usted.

La señora levantó la vista hacia su ex alumna. Un brillo de reconocimiento destelló en sus pupilas.

–Por ti sí. Ya eres toda una mujer –replicó–. Dame un beso.

Antoinette se inclinó sobre la mujer y le obsequió con dos besos en las mejillas. A continuación se sentó en una silla bajo la ventana, enfrente de ella.

–Me alegro de verte –dijo madame Blavatsky–, aunque me tengas olvidada. Ya casi nadie se acuerda de esta pobre anciana.

Antoinette compuso una expresión de ligera indignación.

–Todo el mundo se acuerda de usted, madame. Su nombre es citado en todas partes donde quiera que vaya. Y todavía le queda mucho para que pueda considerársele una anciana.

La señora sonrió, o eso le pareció a Antoinette. La mueca dejaba lugar a dudas.

–Siempre has sido una mentirosilla, querida. Te conozco y sé cómo eres. Así que no te lo tengo en cuenta.

Antoinette abrió la boca para protestar, pero un gesto de la Blavatsky le hizo desistir.

–Tienes problemas –anunció.

Antoinette desechó de forma inmediata la pregunta que le surgió en el cerebro sobre cómo sabía aquella mujer que tenía problemas. La respuesta caía por su propio peso. Madame Blavatsky acostumbraba a adivinar lo que se

proponía.

–Sí. Me persiguen –contestó.

–Por algo que has presentido.

Antoinette trató de no sorprenderse. O al menos de no exteriorizar su asombro. Su maestra había acertado a la primera.

–Tuve una visión. Todavía no la entiendo por completo.

–Quienes te siguen tienen distintas intenciones. Unos buscan tu destrucción. Otros solo tienen curiosidad.

–Prefiero estar lejos de cualquiera que me persiga.

Madame Blavatsky cerró los ojos, como concentrándose. Su visita guardó silencio.

–La clave está en tu visión –dijo, al cabo de unos segundos–. ¿Serías capaz de contármela? Ya sabes cómo.

Antoinette abrió los ojos. De nuevo estaba sorprendida.

–¿Una regresión? –preguntó con voz trémula.

Madame Blavatsky asintió.

–Es lo mejor. Necesitamos profundizar en los detalles. Ahora mismo. No podemos perder tiempo.

Antoinette se puso en pie.

–Estoy dispuesta.

–Ya sabes cómo funciona, querida.

La mujer más joven dio cuatro pasos y se sentó en el sofá situado a la derecha de la anciana. Dispuso los cojines a su voluntad y se recostó sobre ellos, poniéndose cómoda. A continuación colocó los pies sobre los cojines y cerró los ojos. La dueña de la casa esperó medio minuto en completo silencio, respetando la concentración de su ex alumna.

–Retrocede al momento de la visión. ¿Dónde estás?

–En el museo Chácara do Céu, en Río –las palabras de Antoinette surgían con una cadencia lenta–. Estoy en la cola para saludar a los presidentes de Brasil y de Rusia.

Madame Blavatsky arqueó una ceja. Altos dignatarios implicados en el caso. Tal vez eso explicara la persecución. Siguió escuchando.

–Saludo al presidente brasileño. Parece muy afable. Me

comenta lo que le gusta París. Ahora me toca dar la mano al presidente ruso. Aparece serio y distante. Su mano está fría y dura. Entonces lo veo.

Antoinette se detuvo en su relato. Su maestra no esperó más de dos segundos.

–¿Qué ves?

Madame Blavatsky observó como Antoinette se enfrentaba a su aprensión interna y tragaba saliva.

–Veo a ese hombre. El presidente ruso. Está sentado en una habitación. Hay varias siluetas en torno a él, de pie. Le dicen cosas que no parecen afectarle. Delante de él, sobre una mesa se encuentra un aparato. Es como un ordenador, pero sin pantalla. En su centro hay un botón rojo, protegido por una cubierta de plástico.

Antoinette se detuvo de nuevo.

–Sigue, querida. ¿Qué ocurre ahora?

–El hombre levanta el protector del botón y lo pulsa sin dudar. Y entonces se produce...

–¿Qué se produce?

Antoinette se agitó, manteniendo los ojos cerrados.

–El horror. El fuego que lo consume todo. Mil incendios van surgiendo a lo largo del planeta. En todas partes. Y luego, nada. La oscuridad.

Antoinette, angustiada, dejó de hablar. Madame Blavatsky le dio un minuto para que se recuperara.

–¿Recuerdas algún detalle? ¿Algún reloj? ¿Algún lugar?

Antoinette pareció tratar de recordar.

–No hay relojes en la habitación. Sólo una ventana al fondo. La veo muy borrosa, desenfocada.

–¿Puedes concentrarte en la ventana? ¿Se ve algo a través de ella?

Antoinette pareció dudar antes de proseguir.

–Veo una especie de torre.

–¿Un castillo?

–No. Muy alta y alargada.

–¿Un alminar? ¿Un campanario?

- Me recuerda más a un campanario. Tiene algo extraño.
- ¿Qué te resulta extraño?
- Esa torre. Está inclinada, a punto de caer, pero no lo hace.
- ¿Algún otro detalle?
- No. No hay nada más.
- De acuerdo. Déjalo ya.

Antoinette respiró profundamente y abrió los ojos.  
Permaneció recostada.

- ¿Le dijiste algo al presidente ruso? –preguntó la señora.
- Antoinette se incorporó en el sofá.

- Sí. Que no apretara el botón rojo.

Madame Blavatsky sonrió. O eso le pareció de nuevo a su invitada.

–Me parece que te has metido en un buen lío –dijo con inquietud–. El presidente ruso es consciente de que tú sabes algo que puede ocurrir en un futuro próximo. Y no le interesa que se divulgue. Por eso te busca.

- Hasta ahí lo he deducido yo también. ¿Qué puedo hacer?
- Madame Blavatsky reflexionó antes de contestar.

- Solo puedes hacer una cosa.

- ¿Cuál?

- Impedírselo.

Antoinette dio un respingo y se envaró en su asiento.

- ¿Yo? ¿Cómo?

–A tu alrededor tienes amigos que te aconsejarán cómo hacerlo. No desdeñes ninguna ayuda. Toda la que puedas recabar será necesaria.

- Esto me supera. ¿Por dónde empiezo?

–Tienes un dato. Una torre inclinada. ¿Dónde hay torres inclinadas?

Antoinette abrió la boca de asombro.

–Madame, le puedo asegurar que la torre de la visión no era la torre inclinada de Pisa.

- Entonces, querida, tendrás que buscar otra.

París.

Olegario se plantó ante el número 32 de boulevard Voltaire, una ancha vía con árboles pelados en las aceras que, sin duda, aparecería muy atractiva en primavera, cuando florecieran. Delante de él se encontraba el club Eldorado, un cercle de jeux, una conocida sala de juego de la ciudad. El chófer echó un vistazo al entorno antes de entrar. La calle había cambiado algo desde la última vez que estuvo allí. Los automóviles aparcados a ambos lados de la calle eran otros; los negocios también, mucha moda, varias tiendas de artilugios telefónicos y alguna que otra boulangerie, con sus mesitas en la calle. Los antiguos comercios de víveres, sastres y cafés clásicos habían desaparecido.

Olegario trató de soslayar la añoranza de sus pensamientos y entró en el local. El cambio de luz en el recibidor le hizo abrir los ojos. Un hombre uniformado de negro con pajarita le miraba tras un mostrador.

–Quisiera hablar con monsieur Vincensini –indicó Olegario en francés.

El hombre le miró con cierto aire de extrañeza.

–¿Padre o hijo? –preguntó a su vez.

Olegario cayó en la cuenta de que el tiempo también había pasado por quienes había conocido en décadas anteriores.

–Padre, por favor.

–Su nombre.

–Pruebe con Oleg, le canarien.

El recepcionista descolgó un vetusto teléfono de baquelita y marcó dos números en el dial circular de retroceso, que hizo su característico ruido de matraquilla. «Ya no se ven aparatos como ese», pensó Olegario. El empleado del local

habló con alguien en voz baja y asintió al recibir la respuesta. Colgó.

–Pase al salón, por favor, monsieur Vincensini se reunirá con usted en unos minutos.

Olegario dio las gracias y se dirigió a una puerta semioculta por una pesada cortina de terciopelo granate. La apartó lo suficiente para poder pasar y entró en el salón de juego.

Una docena de mesas redondas invitaban a diversos juegos de naipes. A pesar de la hora, poco después del mediodía, la mitad de ellas estaban ocupadas. Trató de no mirar fijamente a los jugadores ni a sus manos. Sabía que no les gustaba nada. Al fondo se encontraban una barra y una ruleta. Un camarero secaba unos vasos largos con aire indiferente. La ruleta tenía solo horario de tarde–noche, con lo que aparecía vacía. Olegario se sentó en un taburete alto del bar y pidió un expreso.

No tuvo tiempo de esperar a que el café se enfriara. Un hombre mayor, canoso y algo encorvado, entró en el salón y se dirigió a él. El tiempo no había tratado bien a Vincensini, observó Olegario. Ya no era aquel tipo que apenas dos décadas atrás intimidaba tan solo con su presencia. El peso de su musculatura parecía obligarle a caminar como si estuviera jorobado.

–El último sinvergüenza a quien esperaba ver por aquí era a Oleg, le canarien –dijo el propietario del local en francés marsellés al llegar a la altura de Olegario.

El chófer bajó del taburete y sonrió antes de responder.

–Es increíble que todavía no te hayan cerrado el local, viejo mafioso.

Vincensini sonrió a su vez, se acercó y abrazó a Olegario, que devolvió el abrazo con intensidad.

–Me alegro de verte, petit brute, ¿sigues boxeando? –el anciano se separó un paso para observar al chófer de arriba abajo.

–Los años no pasan en balde, bon–papa. Dejé el ring hace muchos años.

–Entonces ya no podré seguir ganando dinero apostando por ti. ¡Me hiciste ganar buena pasta!

–Y era el único cuyos combates no estaban amañados.

–No hacía falta, siempre ganabas.

El dueño indicó una de las mesas y ambos se sentaron.

–¡Claude! –ordenó al camarero–. ¡Dos pastis!, hoy me salto la dieta.

Olegario olvidó el café ante la perspectiva del fuerte anís marsellés que estaba en camino.

–Veo que te sigue yendo bien, ¿cómo es que no has vuelto a Marsella?

Vincensini suspiró.

–En la costa la cosa está revuelta. Todo está colonizado por inmigrantes, de todos los colores imaginables. Aquí también hay, no lo dudes, pero podemos mantener nuestra esfera de influencia. El negocio va bien, a la gente le sigue gustando jugarse el dinero. Pero ojo, no te imagines nada raro. Ahora todo es legal.

Olegario esbozó una sonrisa de complicidad.

–¿Todo?

Vincensini echó un trago a la bebida que sirvió el camarero sobre la mesa.

–Todo. O casi todo. Ya sabes que quien tuvo, retuvo. Pero nada importante. Gian Luca, mi hijo, fue siempre un poco corto de entendederas y ha querido cambiar la forma de llevar el negocio. Ahora es amigo de la policía. ¡Lo nunca visto! ¡Un Vincensini!

Olegario se rio del comentario.

–Las cosas cambian. Es mejor adaptarse a los nuevos tiempos.

–Lo único bueno de los nuevos tiempos son los teléfonos móviles. De resto, me quedo como estaba hace veinte o treinta años.

–Por aquellos años –brindó Olegario, alzando el vaso.

Ambos bebieron un sorbo de la fuerte bebida blanquecina. Vincensini dejó el vaso con un golpe en la mesa y se echó

atrás en su silla.

–¿Qué te trae por aquí, Oleg? ¿Buscas trabajo? Sabes que siempre habrá un sitio para ti conmigo.

Olegario también depositó su vaso, sin tanto ruido, y volvió a sonreír.

–Esta vez no, bon–papa. Vivo en Tenerife y las cosas me van bien allá. Pero tengo un problemilla.

El marsellés se apoyó sobre la mesa.

–¿Qué problema? –preguntó, bajando la voz.

–A unos amigos y a mí nos están siguiendo –Olegario contestó en el mismo tono.

–¿Siguiendo? ¿Quién? ¿La policía?

–Eso es lo extraño. No es la policía. Nos hubieran parado en el aeropuerto cuando llegamos esta mañana. Es otra cosa.

–¿Algún tipo de mafia? ¿No te habrás metido en algo de drogas?

–Ni mafia ni drogas. Nunca he tocado eso. Es algo mucho más gordo. Política.

–¿Política? ¿El presidente tiene una nueva amante? Eso ya no es noticia.

–Servicios de inteligencia. Rusos, y tal vez americanos.

Vincensini silbó y apoyó su corpachón sobre el respaldo de la silla.

–¿Qué has hecho, Oleg? ¿Robar una bomba atómica?

–Sabes que siempre he sido legal. Es una cuestión de información. Una amiga ha descubierto algo que alguien de muy arriba no quiere que se sepa. El problema es que ni yo mismo sé qué es exactamente lo que sabe.

–¿Una historia de espías? ¿Eso no pasó de moda hace tiempo?

–Lo cierto es que nos siguen. Y van armados. Secuestraron a punta de pistola a mi amiga. Por fortuna logró escapar.

–Sabes que tienes mi apoyo. ¿Qué te hace falta?

–Mi amiga está huyendo. Nos ha dado el esquinazo tanto a otro amigo y a mí como a quienes nos siguen. Está en París y quiero localizarla.

–Pondré a los hermanos en marcha –contestó Vincensini–.  
Ya sabes que estamos en todas partes.

–También te pido un lugar donde pasar desapercibidos hasta que todo esto se aclare.

–Tengo un par de pisitos seguros. En el corazón de nuestro barrio.

–Y una última cosa.

–Dime.

–¿Tienes guardada todavía mi pipa?

Vincensini sonrió.

–Lleva en el mismo sitio más de veinte años. Pensé que nunca volverías a por ella. ¡Claude!

El camarero se acercó y su jefe le habló en voz baja.

–La Beretta del señor. Ya sabes dónde está. Y trae también los dos cargadores con sus balas correspondientes.

París.

Tras colgar con Adela, Ariosto decidió dar un paseo por la ribera del Sena. Dejó atrás la isla de Saint Louis a través del puente peatonal del mismo nombre en dirección a la Île de la Cité. Le apetecía contemplar de nuevo la fachada del edificio religioso más famoso de la ciudad. No se podía decir que se había visitado París sin haber visto Notre Dame.

Caminó por la rue de Clôître Notre Dame y echó un vistazo al jardín de la parte trasera de la catedral. Allí se disfrutaba del impresionante baile de esbeltos arbotantes y ventanas ojivales del presbiterio, en la parte trasera de la construcción. Continuó por la acera de la izquierda hasta llegar a la plaza de la catedral. Recordó la imagen de su última visita, en pleno verano, atestada de miles de turistas. Aquel día de febrero la cola para entrar en el interior de la catedral era exigua, y formada en su mayoría por curiosos japoneses.

Ariosto se detuvo un minuto para admirar la esbelta armonía de las torres gemelas que presidían la fachada. La monumentalidad gótica del frontis provocaba que el espectador perdiera de vista la infinidad de pequeños detalles escultóricos que la poblaban. Había que acercarse para descubrirlos. Allá arriba, a la altura del primer cuerpo de fachada, se adivinaban las más famosas gárgolas del mundo, mirándole con intensidad. O eso quiso creer. Siempre que estaba en París sentía sus miradas.

Ariosto notó algo de frío. La chaqueta de entretiempo que llevaba, que le había parecido calurosa para Río, no le abrigaba bien contra el invierno de la capital francesa, aunque estuviera soleado. Debía ponerse en movimiento.

Se apartó a la fuerza de la fascinación que le producía la catedral y volvió sobre sus pasos, hacia la bocacalle de la esquina izquierda de la catedral, donde comenzaba la rue d'Arcole, una de las salidas de la isla.

Se cruzó con una elegante mujer con abrigo largo y serena belleza que le mantuvo unas décimas de segundo la mirada a través de unas gafas de sol de Cazal Vintage. Ariosto aprobó mentalmente la belleza, el abrigo y las gafas de la parisina. Porque debía ser parisina, pocas mujeres desplegaban una elegancia así en otros lugares del mundo al pasear por la calle.

Cruzó el pont d'Arcole al tiempo que pasaba por debajo un barco turístico cuyos viajeros se afanaban por fotografiarlo todo. A su izquierda se desplegaba la vista del río, con sus puentes y las torres medievales de la Conciergerie. Llegó al otro lado y giró a su izquierda, por el quai des Gesvres. Apoyados en el murete que daba al río una serie de puestos de libros antiguos le alegró el paseo. Observó que se exponían ediciones antiguas y menos antiguas, en tapa dura y en rústica, de títulos y temas de tipología muy variada. También revistas viejas y láminas a color y en blanco y negro de todas las vistas imaginables de la ciudad.

Siguió adelante por el quai de la Mégisserie y los expositores de libros fueron dando paso a otros de igual formato, pero dedicados a la venta de suvenires. Miles de diminutas torres Eiffel brillaban en sus cajas a precios irrisorios. «Es lo único barato de París», pensó Ariosto. Se detuvo y compró un par de ellas para sus tías. Siempre era importante volver con un detalle, y en Río no le había dado tiempo de buscar nada. Cuando recibía el cambio vio de nuevo a la mujer elegante, que pasaba por detrás de él en la misma dirección que llevaba.

Ya era casualidad encontrársela dos veces. Aunque, pensándolo bien, era el camino más usual en dirección al centro de la ciudad. Ariosto la observó unos segundos, hasta que ella cruzó la calle y se perdió por la rue Bertin Poirée, a

su derecha.

Reanudó la caminata por la ribera del Sena y observó cambios en el pont des Arts, una pasarela peatonal que en la última ocasión en que estuvo en París aparecía completamente abarrotada de miles de candados prendidos en sus lados, refulgiendo bajo el sol. En aquella ocasión el brillo del metal confería al puente una curiosa amalgama de destellos y resplandores. Parecía un puente de oro. La moda de los jóvenes de cerrar los candados en los puentes como muestra de compromiso amoroso ponía a prueba la capacidad de carga del puente. Las decenas de miles de candados debían pesar varias toneladas, y se corría el riesgo de sobrepasar las expectativas de los ingenieros que lo construyeron.

Por ello, el Ayuntamiento había decidido recubrir las barandas metálicas donde se prendían los candados por láminas de un material similar a la madera. La imposibilidad física actual de colgar los candados había provocado que los jóvenes optaran por hacerlo en las vallas del quai, con lo que el problema se había desplazado de sitio, aunque ahora el puente ya no corría peligro.

Ariosto giró su mirada a la derecha. Ya se veía el inmenso edificio del Louvre, antiguo castillo y palacio reconvertido en uno de los mejores museos del planeta. Por el rabillo del ojo, en la acera opuesta, descubrió una silueta conocida. La misma mujer de las otras ocasiones miraba el tráfico, como esperando el paso de un taxi.

Ariosto desconfió.

Era muy posible que lo estuvieran siguiendo. El hecho de que fuera una mujer no debía hacer que se confiara. No podía adivinar cómo lo habían localizado y, si ese era el caso, por qué lo seguía una única persona y no una miríada de agentes de policía.

«Hay que esquivarla», pensó. «¿Dónde ocultarme?». Su experiencia le decía que la mejor forma de desaparecer era en medio de una multitud.

Volvió su mirada al frente y un enorme edificio le proporcionó la respuesta. El Louvre.

No se lo pensó dos veces y cruzó el quai François Mitterrand en dirección al gigantesco edificio. Sobrepasó en pocos pasos el acceso al conjunto de palacios que formaba el museo y se encontró, tras pasar por un arco porticado, en uno de los grandes patios del recinto.

Sin mirar atrás se encaminó a su izquierda y cruzó otro arco existente bajo el edificio. Salió a un gran patio abierto al oeste, donde destacaba en su centro, flanqueada por dos alas del edificio, la pirámide de cristal que daba acceso al museo.

En verano las colas para acceder a la pinacoteca podían ser larguísimas, de varias horas de espera. Sin embargo, aquel día de invierno apenas una docena de personas aguardaban para introducirse en el monumento acristalado. Ariosto rodeó la fuente baja de la izquierda y enfrentó la entrada. Pasó un arco de seguridad sin problemas y entró en la pirámide.

Se encontró en una plataforma que enseñoreaba un amplísimo distribuidor subterráneo blanco, iluminado por el sol a través del cristal. Bajó unas escaleras en espiral hasta el nivel inferior y se acercó a las taquillas. Adquirió una entrada y se dirigió al ala Richelieu, la primera a su izquierda. Echó un fugaz vistazo a su espalda y localizó a la mujer, que entraba en el recinto en aquel momento.

Ya no cabía duda, lo estaba siguiendo.

Ariosto se volvió y se adentró en los pasillos. Y rogó porque el as que tenía en la manga fuera bueno.

París.

El agente Jim Rand comenzaba a sentirse irritado. A pesar de la rapidez con que había actuado la policía francesa, el operativo de control del barrio no estaba sirviendo para nada.

–Monsieur Rand –dijo Pascal Dubarry, hablando despacio–, como comprenderá, no podemos ir casa por casa tocando en las puertas. La señora Montparnasse no está en la calle, eso es algo obvio.

–Hemos llegado demasiado tarde –respondió Rand entre dientes.

–Deberíamos plantearnos levantar toda esta parafernalia. Menos mal que es domingo. La que habríamos montado bloqueando estas calles del centro un día de diario.

Rand se rascó la nuca.

–Puede que esté en el vecindario. Abra al tráfico las calles, Dubarry, pero mantenga vigilancia en ellas.

Dubarry miró al estadounidense con algo de displicencia. No estaba acostumbrado a que le dieran órdenes de aquella manera. Si no fuera porque venía de donde venía, le habría explicado cómo se siente un francés cuando le interrumpen el almuerzo.

–Se quedarán varias patrullas en los cruces toda la noche –respondió, tratando de parecer amable–. Pero si no hay rastro de esa mujer, mañana volverán a la gendarmería.

Rand asintió. Sabía que no podía pedir más con lo poco que tenía. Esperaría. Su intuición seguía diciéndole que Antoinette de Montparnasse no estaba muy lejos.

\*\*\*

Antoinette corrió levemente los visillos de la sala de estar

de la vivienda de madame Blavatsky y miró al exterior.

–La calle está llena de policías –comentó en voz alta.

La dueña de la casa permanecía en su butaca, tranquila y sosegada.

–No se irán hasta mañana –replicó.

Antoinette no se atrevió a preguntar por qué estaba tan segura de su afirmación.

–Te puedes quedar a pasar la noche, querida –añadió la anfitriona.

Antoinette se volvió.

–Debo ver a Luis a las ocho. No puedo quedarme aquí. Podría ser peligroso incluso para usted.

La mujer rio por lo bajo.

–Ya quisiera yo tener el ajetreo que te rodea. No sabes cómo me aburro últimamente.

–Lo siento, madame. Debo irme.

Madame Blavatsky refunfuñó.

–Igual de cabezota que siempre –sentenció–. ¿Quieres salir de aquí sin que te vean? Tengo una idea. Siéntate y te la explico. Tengo dos preguntas que hacerte.

Antoinette se acercó y se sentó en el sofá, en su extremo derecho, el más cercano a la señora.

–La primera pregunta. ¿Te tomas un té? Todavía quedan unas cuantas horas para las ocho.

–Por supuesto –respondió la joven–. Usted siempre ha tenido una reserva de té esplendida.

Madame Blavatsky levantó una campanilla y la hizo sonar. A Antoinette le llamó la atención aquel método de llamada tan antiguo. En cinco segundos apareció la doncella.

–¿Nos preparas un té ayurveda, por favor? Con unas pastas.

La criada asintió y salió de la estancia. Antoinette se dio cuenta de que estaba hambrienta. No había probado bocado desde la cena del avión.

Madame Blavatsky hizo un gesto con la mano para llamar la atención de su huésped.

–Esta situación me recuerda cuando era muy jovencita.

París fue tomado por los nazis y yo, que era una niña, me ocupé durante un tiempo de llevar mensajes de aquí para allá. Parecía inofensiva.

–¿Me está hablando de la Resistencia? –preguntó Antoinette, asombrada.

–Eran tiempos difíciles y hubo que echar mano de todos los recursos que ofrecía la sociedad, incluyendo niños, y la propia ciudad.

–¿A qué se refiere?

–Que para trasladarse de un lugar a otro en París no hace falta siempre utilizar la calles...

La frase quedó en el aire un par de segundos. Antoinette tardó lo mismo en procesar la información.

–¿No se referirá a...?

Madame Blavatsky sonrió.

–Sí, a eso me refiero. Y ahí viene mi segunda pregunta.

–¿Cuál es?

–¿Te asusta la oscuridad?

París.

Ariosto paseó con la mayor parsimonia posible por las salas de la planta baja del ala Richelieu del museo del Louvre. La sucesión de esculturas de Oriente Próximo era la más importante del mundo, pero el visitante terminaba sobrepasado por la calidad y la cantidad, como con todo el museo. El examen de los ornamentos de palacios y templos, como el código de Hammurabi, de escrituras, de tablillas inscritas y de toda clase de objetos preciados le llevó cuarenta y cinco minutos.

Miró su reloj. Debía tener paciencia.

Pasó a las galerías de las antigüedades egipcias, en el mismo piso bajo. Un desfile intermitente de estatuas de Isis, Osiris y Anubis abrumaba con sus miradas amenazantes al visitante. Le agradó encontrarse con el Escriba sentado, una escultura de cuerpo entero que retrataba a un funcionario de hace cinco mil años, con su tablilla de cera sobre las rodillas. La última vez que había visitado el museo no había dado con él.

Media hora después pasó del ala Sully a la Denon para contemplar las antigüedades griegas. Deambuló entre centenares de estatuas y se contentó con ver de lejos la Venus de Milo. Imposible acercarse más debido al remolino de japoneses y chinos que copaban su entorno.

Caminó con mayor rapidez por las salas de las antigüedades itálicas y etruscas, de las artes del Islam y de la escultura francesa del siglo XVII.

Ya había pasado hora y media. Decidió tomarse un café antes de seguir con la visita. Le vino bien el descanso a sus piernas. La visita a una exposición tan grande siempre pasaba factura. Una vez sentado en una de las mesas que se

encontraban en la cafetería echó un vistazo alrededor para localizar a su perseguidora. No la vio, pero estaba seguro de que no andaba muy lejos. Durante la visita había tratado de pasar desapercibida, a lo lejos, un par de veces.

Por una vez no le importó que el servicio fuera lento, aunque volvió a sorprenderse de lo caro de los precios. En aquella ciudad todos se aprovechaban al máximo de la marca París, empezando por el Louvre.

Una vez descansado, se dirigió a la primera planta. Comenzaba la exposición de pintura, no menor que la de escultura. En el ala Richelieu se detuvo más de un rato ante las obras de los franceses de La Tour, Watteau e Ingres, y más adelante en las de los flamencos Rubens, Rembrandt o Vermeer, entre otros. Le gustaba sobremanera La Tour, con esa iluminación tenebrista. En algún sitio había leído que alguien se dedicaba a recorrer el mundo para contemplar todos los Vermeer que existían. Le gustaba la idea. Tal vez él hiciera lo mismo en un futuro con los del pintor francés.

Decididamente, la planta primera era su zona favorita del museo, aunque dejaba su principal debilidad para el final.

Se adentró por fin en el ala Denon después de saludar por tercera vez la estatua descabezada de la Victoria alada de Samotracia, con los pliegues de su toga eternamente mojados, y se metió en el ala de pintura italiana. La pintura española se encontraba al final del extenso pasillo al que se accedía después de haber dejado a su izquierda dos magníficos frescos de Botticelli prácticamente desconocidos. Pero esta vez no tocaba contemplar a los españoles, ya los conocía de otras visitas anteriores. Tocaba la pintura italiana.

Miró su reloj. Faltaban diez minutos para el cierre del museo. Ya llevaba allí más de cuatro horas.

Al entrar en la gran galería del primer piso del ala Denon se dirigió a su izquierda. Como siempre, le llamó la atención que la serie de cuadros de Leonardo da Vinci entre los que destacaban la Virgen de las Rocas, San Juan Bautista y la Virgen con El Niño no tuvieran delante el gentío de

admiradores que reclamaba. Solo dos chicas japonesas fotografiándolas; eso sí, sin flash.

Ariosto se demoró unos minutos ante esas obras del maestro italiano, su preferido. Por megafonía se escuchó el segundo aviso a los visitantes de que el museo cerraba sus puertas. Era el momento.

Se adentró en la primera gran sala a su derecha, un espacio muy amplio donde, en tres de sus paredes rivalizaban cuadros de todos los tamaños. Desde uno gigantesco que llegaba desde el suelo al techo a otros de tamaño reducido. Pero el que le interesaba estaba al fondo. Un cuadro pequeño, protegido tras un panel de cristal, al que se le dedicaba toda una pared: La Gioconda. La obra más famosa del Louvre. Y allí sí, arremolinados en torno al retrato, había cientos de personas empujándose entre sí por acercarse lo más posible a la pintura. Y no solo para observarla de cerca, sino para algo que parecía ser mucho más importante: hacerse una foto tipo selfie con el cuadro detrás.

Ariosto se zambulló en el grupo de personas y desapareció entre el gentío. Con dificultad fue deslizándose entre la muchedumbre por su lado izquierdo hasta llegar al fondo de la estancia. Allí existía una comunicación con la otra galería paralela del ala Denon, la que daba al patio de la pirámide. Una vez libre del muro humano, caminó con rapidez hacia los ascensores y llegó a tiempo de coger uno que se estaba cerrando. Saludó a dos parejas de turistas, una asiática y otra africana, y sonrió cuando las puertas del ascensor se cerraron delante de él.

El ascensor tardó algunos segundos en descender los dos pisos y parar en la planta cero. Ariosto salió el primero, echó un vistazo al hall central y se encaminó a paso ligero hacia la salida. Subió las blancas escaleras de dos en dos y llegó a la altura del patio exterior, bajo la pirámide de cristal.

Salió al exterior y comprobó una vez más que nadie le seguía. Satisfecho, se encaminó hacia uno de los arcos que comunicaban el ala Richelieu con el pasaje peatonal del

mismo nombre en dirección a la calle más próxima, la rue Rivoli.

Le había dado el esquinazo a su perseguidora y llegaba con tiempo a su cita.

\*\*\*

Anya Amasova localizó a Ariosto en cuanto salió de la pirámide acristalada. Llevaba más de cuatro horas esperando por él sentada en el borde de una de las fuentes del gran patio del Louvre. Se levantó de inmediato y comenzó a seguirlo. Al hacerlo le habló al micrófono oculto en la manga de su chaqueta.

–Objetivo localizado. Inicio el seguimiento. Feliciten a la camarada Tania Koskulkina por su paciencia. El objetivo ha bajado la guardia creyendo que la ha perdido dentro del museo.

París.

Después de obsequiar a Antoinette con una sesión de aseo, las dos mujeres salieron de la vivienda y Madame Blavatsky la llevó al sótano del edificio donde vivía. La estancia estaba oscura y la débil luz que arrojaba una bombilla antigua aportaba más sombras que luz en torno a las dos mujeres. La señora portaba en su mano una llave muy pesada, propia de otra época, que introdujo en la herrumbrosa cerradura de una puerta de hierro casi escondida en lo más profundo del subterráneo. La cerradura crujió y se resistió un segundo antes de girar a su izquierda. Hizo falta que madame Blavatsky empujara hacia adentro con su hombro para que el pasador diera la vuelta completa y la puerta se abriera.

Al otro lado solo vieron el comienzo de una escalera que se adentraba en las profundidades. Antoinette encendió la linterna que le había dado la anfitriona.

–Durante los años de la ocupación nazi la resistencia utilizó los túneles de París para comunicarse –dijo la señora–. Estos túneles tienen su origen en minas de piedra caliza destinada a la construcción de la ciudad. En el siglo XVI y en otros momentos posteriores fueron utilizadas sus galerías para albergar los osarios de los cementerios cuyos terrenos exigía la ampliación de la ciudad. Ahí abajo hay centenares de miles de huesos. Desde el París merovingio de la Edad Media hasta finales del siglo XIX. Espero que no te aturdan ni te influencien.

Antoinette sabía a qué se refería. Por eso se dedicaba a cuestiones paranormales.

–Intentaré aislarme, madame. Siempre oí hablar de las catacumbas de París, aunque nunca las tomé como algo

serio.

–Debes concentrarte en una sola cosa. Llegar al lugar donde te voy a indicar.

Madame Blavatsky tomó aire. Abrir la puerta le había supuesto un esfuerzo desacostumbrado. Esperó a que la respiración volviera a la normalidad antes de continuar.

–Esta escalera desemboca en una galería. Dirígete a tu derecha. Sigue recto y te encontrarás con varias salidas a ambos lados. Pasa de largo. Sigue adelante hasta que llegues a la novena. Entonces giras a la derecha. Avanza por el nuevo túnel. Deja atrás dos aperturas a ambos lados y en la tercera giras a la izquierda. Busca la cabeza roja, y detrás de ella encontrarás una escalera que te llevará a los bajos de un edificio a cuatro manzanas de distancia de aquí. Saldrás a la calle sin policías cerca.

Antoinette dudó de muchas cosas a la vez. ¿Sería capaz de llevar la cuenta de las salidas? ¿Se perdería por el camino?

–Esta puerta por la que voy a entrar está cerrada con llave –dijo–. ¿Estará abierta la otra por la que pretendo salir?

–La última vez que la usé tenía un cerrojo por dentro. Por lo que no hay problema. Se abre con facilidad.

La siguiente pregunta caía por su propio peso.

–¿Cuándo fue eso?

Madame Blavatsky fue a contestar de inmediato pero se detuvo. Tardó tres segundos en hacerlo.

–Eso no importa. Estoy segura de que los propietarios de ese edificio no bajan nunca a la puerta del sótano.

Las palabras de su maestra no la tranquilizaron en absoluto.

–De acuerdo –asintió–. Solo le pido una cosa. Deje esta puerta abierta. Solo por si acaso.

Madame Blavatsky sonrió.

–Se quedará abierta esta noche. Pero mañana se cerrará.

Antoinette la miró, algo sorprendida.

–¿Por qué esa obsesión con cerrar la puerta?

La señora pareció irritada con la pregunta.

–Concéntrate en llegar al lugar indicado. Solo necesitas eso.

Si la voz de la mujer había adoptado un tono tranquilizador, el contenido de sus palabras la había inquietado más aún. Desistió de insistir sobre la cuestión.

–Gracias, querida –contestó Antoinette, temblorosa–. Le haré saber que he llegado bien.

–Estoy segura de que todo va a salir perfecto. Yo, a mi edad, no puedo ni pensar en bajar y subir escalones. Lo sabes, ¿no?

Antoinette asintió. Estaba segura de que decía la verdad. Dio dos besos a la mujer y se adentró en la escalera.

Bajó los escalones sin contarlos, aunque si le hubieran preguntado, habría respondido que eran más de cien. O de mil. Aquella escalera no se terminaba nunca. Al fin llegó a su desembocadura y el espacio se amplió en una galería abovedada de dos metros de ancho por tres de altura. La luz de la linterna era suficiente para ver dónde pisaba, aunque su potencia no alcanzaba más allá de diez metros.

Comenzó su particular odisea y anduvo con el paso firme. El pasillo aparecía vacío y expedito, sin obstáculos, y sobre el suelo constató la existencia de una fina capa de polvo depositada a lo largo de los años. De algo estaba segura. Por allí no había pasado nadie en mucho tiempo.

Siguiendo los consejos de su mentora, se concentró en contar los huecos que se iban sucediendo a lo largo de la galería. No notó ninguna influencia paranormal. Nada de voces, ni sintió presencias a su alrededor.

Al llegar al séptimo descubrió las primeras huellas en el polvo del piso. No parecían recientes, pero el hallazgo la inquietó.

Siguió adelante. Pasó el octavo hueco y comenzó a esperar con ansiedad el siguiente.

Un sonido al frente le hizo detenerse.

Pasos. Tal vez lejos. Tal vez no.

Aguantó la respiración para escuchar mejor.

El sonido se repitió.

Antoinette se quedó quieta, presa de la aprensión. Veía ante

ella el noveno hueco, a su derecha.

De pronto, del espacio que enfocaba con su vista surgió un destello de luz. Y un segundo después una figura humana salió a la galería. Se volvió de frente a ella y la enfocó con una linterna más potente, cegándola.

Escuchó una voz masculina.

—¿Quién diablos eres?

París.

El agente Jim Rand daba vueltas sobre sí mismo, presa de la inquietud. Sentía que algo se le escapaba, que andaba fuera de control, pero no era capaz de adivinar en qué consistía.

El control de las calles, después de cuatro horas de operativo, se estaba revelando infructuoso. No se podía hacer más. Los gendarmes franceses ya no podían evitar la expresión de hastío y de aburrimiento. Y la de pérdida de su credibilidad, que era lo que más le fastidiaba.

Había que hacer algo. No podían quedarse allí toda la noche, quietos. Se volvió hacia Dubarry, el funcionario del ministerio.

–Oiga, Pascal. ¿Existe algún otro medio de salir del barrio que no sea por la calle?

El francés ya comenzaba a estar harto de haber perdido el domingo, su domingo que nadie le iba a pagar, persiguiendo a madame Montparnasse.

–Pues como no sea volando –respondió.

Rand desechó el concepto con un gesto de la mano, ensimismado en sus reflexiones.

–¿Y las alcantarillas? –preguntó, ansioso–. ¿Son grandes en este barrio?

Pascal Dubarry se quedó mudo.

–¿Qué ocurre?

–Precisamente en esta zona de París hay catacombes.

El americano abrió los ojos con expresión de sorpresa.

–¿Catacombes? ¿Qué es eso de catacombes?

–Túneles, galerías. Son muy antiguas. Se conocen desde tiempo inmemorial.

–¿Galerías? ¿Subterráneas? –Rand no pudo evitar un gesto

de indignación—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Los accesos están cegados desde la Segunda Guerra Mundial. Salvo en un lugar donde son atracción turística, el resto de las galerías son más leyenda que otra cosa.

—¿Se puede bajar por aquí cerca?

—No creo, monsieur Rand. Pero preguntaré.

Dubarry se dirigió al oficial de mayor graduación. La velocidad de la conversación en francés parisino entre ambos provocó que Rand no la pudiera seguir y que su nerviosismo aumentara.

—¿Qué? —increpó Rand a Dubarry en cuanto acabó de hablar.

—Hay un acceso ilegal en las alcantarillas, a una manzana de aquí.

—¿Acceso ilegal? ¿Qué significa eso?

—Que no está controlado por la policía. A pesar de haber sido tapiado en varias ocasiones, los cataphiles lo reabren continuamente.

—¿Los cataphiles? ¿Quién diablos son los cataphiles?

Dubarry tomó aire antes de contestar. Sabía que lo que iba a decir sería difícil de digerir para un agente estadounidense.

—Aficionados a lo subterráneo. Exploradores de las antiguas galerías de la ciudad, que actúan al margen de la ley. Bajan para huir de las reglas del mundo moderno. Hacen excursiones, reuniones, grafitis, un puro exceso. Cualquier expresión de rebeldía es válida. Es ilegal hacerlo desde 1955. Sin embargo, a pesar de que existen patrullas policiales para combatirlos, siguen haciéndolo.

—Lléveme a esa entrada —solicitó Rand—. Y que los gendarmes continúen con la vigilancia.

—Es preceptivo llamar a los ERIC, los patrulleros subterráneos. Ellos conocen los túneles. Nosotros nos perderíamos a los cinco minutos.

Rand se rebeló contra el rígido esquema burocrático francés.

—Solo necesito dos hombres, una linterna y una tiza. O un

espray de pintura.

Dubarry arqueó una ceja. ¿Aquel tipo estaba hablando de bajar? ¿Estaba más loco de lo que había supuesto?

–Le llevaré a la entrada. Pero también llamaré a los especialistas.

El americano se puso en movimiento.

–De acuerdo, pero yo no voy a esperarles. No podemos desechar la posibilidad de que esa mujer sea capaz de escapar por esos túneles.

Ambos hombres tomaron las linternas de un coche patrulla y caminaron acompañados por el oficial y dos gendarmes. Doblaron dos esquinas y rodearon una amplia manzana. A una señal del mando, los agentes levantaron una anodina tapa de alcantarilla. Un olor a humedad y agua sucia emanó del agujero.

–Aquí es –dijo Dubarry–. Yo me lo pensaría dos veces antes de bajar solo.

Rand se volvió hacia el funcionario francés.

–Si me lo pienso dos veces no bajo. Déjeme la tiza, por favor.

Dubarry entregó al estadounidense una barra de color blanco, la que utilizaban para marcar el contorno de los cadáveres y de aquellos objetos relacionados con asesinatos que la policía se encontraba en el suelo en el lugar de un crimen.

–¿Van a acompañarme? –preguntó Rand antes de quitarse la chaqueta.

Dubarry no dudó ni un segundo en su respuesta.

–El reglamento es el reglamento, mon ami. Hay que esperar a los especialistas y esperaremos a los especialistas.

Rand se sintió afortunado de no estar tan encorsetado como sus colegas europeos.

–Les esperaré abajo –dijo, se agachó e introdujo su cuerpo por la abertura de la alcantarilla.

Una escalera metálica le ayudó a salvar los dos metros y medio de desnivel hasta el piso del túnel. El olor a cloaca era

mucho más fuerte allí. Encendió la linterna y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la luz artificial. Un túnel de apenas metro y medio de ancho se extendía por delante. Las paredes aparecían enlucidas de un color que fue blanco en su origen, ahora con manchas marrones.

Caminó durante unos quince metros hasta que encontró una abertura a su izquierda. Alrededor del agujero aparecían varias decenas de ladrillos diseminados a su alrededor. Se notaba que se había tratado de cerrar el acceso y vuelto a abrir por quienes no estaban de acuerdo con dicha medida.

Rand descubrió al otro lado una escalera tallada en la piedra. Se introdujo por la abertura y comenzó a descender por ella. Los escalones hicieron dos requiebros en dirección contraria a las agujas del reloj y el hueco de escalera desembocó en otra galería más amplia. Ante sí tenía un pasillo amplio con techo abovedado con dos pasarelas laterales elevadas y en su centro, a un nivel más bajo, un canal por donde corría agua sucia. Varios tubos y canalizaciones recorrían la pared. El hedor era casi insoportable y el silencio se rompía por el rumor del agua en movimiento.

Rand decidió marchar a su derecha, tras hacer una marca en el suelo con la tiza en el lugar por donde había bajado desde la superficie. El túnel describía una curva hacia la izquierda, lo que impedía que la visión del fondo fuera mayor de unos treinta metros.

Al cabo de unos cien metros de galería divisó las primeras ratas de su paseo al otro lado de la pasarela, que se escabulleron rápidamente al paso de la luz de la linterna. Rand no les dedicó mayor atención. Continuó el camino hasta llegar a una bifurcación de galerías. Otro túnel se cruzaba con el que estaba siguiendo el americano. Primera duda. ¿Continuar recto o girar?

Un sonido decidió por él. Voces. A su derecha, dentro del nuevo corredor. Un destello de luz se deslizó por las paredes en esa dirección. Rand apagó su linterna. Marcó en el suelo

su posición con la tiza, sacó su pistola de la funda sobaquera, le quitó el seguro y se quedó muy quieto, con la espalda apoyada en la pared, a la espera.

París.

Antoinette consiguió sobreponerse a su sorpresa en un par de segundos. El corazón, que le latía desbocado, se ralentizó un poco cuando comprobó que tenía delante a cuatro jóvenes. Por su atuendo, moderno e informal, y por su expresión, más de sorpresa que de agresividad, no parecían amenazadores. Semejaban un grupo de skaters, lo que hacía el encuentro más incongruente. Levantó una mano a modo de pantalla para protegerse los ojos de la luz.

–Me llamo Antoinette. Estoy buscando la salida. Y me estáis deslumbrando.

Los chicos bajaron los focos al suelo. Uno de ellos se adelantó un paso.

–No hay salida por aquí. De hecho, este es uno de los sectores peor comunicados. Es muy extraño ver a alguien en estas galerías.

–Pues yo he llegado –replicó Antoinette–. Y me han indicado dónde hay una salida.

–Nos gustaría verla –intervino otro de los chicos del grupo–. ¿Por qué estás aquí? Nadie baja a los túneles sin una buena razón.

Antoinette vaciló acerca de la historia que podría contarles a aquellos jóvenes. ¿Quién se podría creer lo que le estaba sucediendo?

–Me persiguen –dijo.

–¿Te persiguen? –preguntó el primero–. ¿Quiénes? ¿La policía?

Antoinette dudó en responder.

–No tienes pinta de delincuente –prosiguió el joven–. La policía no es nuestra amiga. Si son los gendarmes quienes

están sobre tus pasos te ayudaremos.

Antoinette no daba crédito a lo que estaba oyendo.

–¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

–Somos cataphiles –respondió uno de ellos, el cuarto–. Hackers del inframundo. Exploramos los más de trescientos kilómetros de túneles de la ciudad y tomamos posesión de ellos.

–¿De qué me estáis hablando? –repreguntó Antoinette–  
¿Paseáis por aquí por gusto?

–Aquí no llegan las normas de la superficie, hacemos lo que nos viene en gana. Y la policía nos considera ilegales. Tratan de cogernos, pero no pueden. No conocen los túneles como nosotros.

–Este sector no es muy transitado –dijo el tercero–. Tiene poco interés. Apenas hay muertos.

Antoinette se sobresaltó.

–¿Muertos?

–Desde hace trescientos años las autoridades han depositado en los túneles los huesos de los ciudadanos enterrados en los cementerios de París. Hay millones.

Antoinette sabía que se mostraban como curiosidad turística catacumbas con restos óseos en la zona del boulevard Saint-Jacques, al sur de la ciudad, pero eso estaba bastante lejos de allí.

–¿Hay muertos por aquí? –preguntó.

–Justo en la dirección que estabas siguiendo –respondió el primero.

–Es la de mi salida –repuso ella.

–Pues te acompañamos, si te parece bien.

A Antoinette le parecía más que bien. Todavía no se creía la suerte que había tenido.

Comenzaron a caminar por la galería en la dirección indicada por la mujer. Las linternas de los chicos eran muy potentes y alumbraban bien el túnel delante de ellos.

Algunas ratas huyeron cuando el grupo se acercó. Antoinette observó que las paredes cambiaban de un recubrimiento de

yeso a muros de ladrillos grandes sin enlucir. Los corredores parecían más antiguos a medida que se acercaban al lugar indicado por madame Blavatsky.

Al llegar a otro cruce, uno de los jóvenes levantó una mano y sus seguidores se detuvieron.

–Hay alguien delante –dijo en voz baja.

Antoinette notó cómo todos se tensaron ante la noticia. Sin que se intercambiara ninguna instrucción, apagaron sus linternas. El mayor se volvió hacia Antoinette.

–Madame, quédese aquí. Volveremos a buscarla. Tenemos que saber quién está ahí.

Antoinette estuvo a punto de replicarle que si estaba loco al pretender dejarla sola allí, pero se lo pensó mejor. Aquellos muchachos parecían saber lo que se traían entre manos. Apretó la mano del joven en señal de asentimiento y sintió cómo se separaban de ella en silencio.

\*\*\*

Jim Rand se mantenía preparado en la esquina del cruce de galerías. El rumor del agua al correr bajo sus pies impedía el silencio absoluto, pero se percató de que las voces enmudecieron y el lejano resplandor también.

Eso hizo que su ritmo cardíaco aumentara, a su pesar. ¿Lo habrían visto?

La que sí era absoluta era la oscuridad. Por más que se esforzaba no lograba ver, ni siquiera adivinar, ningún movimiento. Debía haberle pedido a Dubarry un visor nocturno. Tal vez se hubiera precipitado al bajar sin el equipamiento adecuado.

De pronto sintió una presencia, un chapoteo en el agua. A unos dos metros a su derecha. Rand aprestó la pistola y la linterna y pulsó el botón de encendido.

Ante sus ojos apareció deslumbrado un muchacho con botas de agua que pasaba justo por delante de él.

–¡Quieto ahí! –le ordenó Rand.

El joven, con cara de susto, levantó los brazos de inmediato.

–¿Qué haces aquí? –preguntó el agente.

Antes de que el joven pudiera responder, Rand escuchó a su espalda un sonido inconfundible. Un revólver acababa de ser amartillado. Y luego dos más. Muy cerca. Tres potentes linternas se encendieron tras él, proyectando su sombra sobre el joven detenido. Se volvió y pudo observar a tres chicos apuntándole con sus armas. Estaban desplegados en formación: uno en la misma pasarela que él, otro de pie en el agua y el tercero, un poco más alejado, en el pasillo paralelo.

–Tire el arma –pidió con voz tranquila el joven más cercano. Rand los sopesó. Aparentaban estar familiarizados con los revólveres que portaban. No parecían nerviosos. Los brazos sostenían las armas con firmeza.

El joven sorprendido por Rand desapareció a un lado del túnel y el agente se quedó apuntando al vacío.

–Tire el arma –repitió quien había hablado antes.

Rand bajó el brazo y se volvió. Tenía que reconocerlo. Le habían sorprendido y su situación era de completa desventaja. Aquellos muchachos sabían deslizarse en la oscuridad. Se agachó y dejó el arma con cuidado en el suelo. Se levantó y alzó los brazos.

–Vosotros ganáis –dijo en mal francés–. Soy agente del orden de los Estados Unidos. Al apuntarme con esas armas estáis cometiendo un delito.

Los chicos se miraron sin dejar de apuntarle. El cuarto salió de las sombras y se apoderó de su pistola.

–¿Americano? –preguntó–. ¿Eres un policía americano?

–No soy policía –respondió–. Soy un agente en misión conjunta con la policía francesa. Estoy buscando a una mujer.

Los jóvenes sonrieron.

–En París es normal buscar una mujer –dijo el más alejado–. Pero no en las catacumbas.

Los demás rieron la ocurrencia.

–Dejad de apuntarme –solicitó Rand, algo más seguro. Los muchachos no parecían tener la intención de agredirle–. Los gendarmes vienen tras de mí. Estarán aquí en un minuto.

El joven que había tomado su arma pasó por delante de Rand y se colocó junto a sus compañeros.

–Entonces es el momento de irse –indicó–. Usted, primero, monsieur americain, le llevaremos con esa mujer que busca y aclararemos este asunto. Camine, por favor.

Moscú.

El presidente Rudin había terminado de resolver todos los asuntos que quedaron pendientes a causa de su viaje a Brasil. Miró el reloj de pared de su despacho del Kremlin. Las siete y media de la tarde. Todavía tendría tiempo de hacer algo de ejercicio en el gimnasio de su residencia oficial. Necesitaba descansar algo más aquella noche. En los aviones dormía muy mal, por muchas comodidades que trataran de facilitarle. Era su naturaleza. Otros miembros de su comitiva no tenían problema alguno para conciliar el sueño, para envidia suya. Y no podía permitirse tomar pastillas. Debía tener la mente despejada en todo momento.

Sobre todo en aquel momento.

–Hemos terminado, señor presidente –anunció Igor Stepanov, su secretario.

Rudin se levantó de su escritorio y estiró los brazos. Hacía poco ejercicio. Era un problema añadido de la presidencia. Añoraba el servicio militar, la tensión del mando, la sensación de poderío a cada orden que daba y el sonido de las botas de sus subordinados al cuadrarse. En el Kremlin disfrutaba de más poder, pero echaba de menos las formas de obediencia. Era lo malo de la democracia.

–Igor, voy a ordenar un cambio de planes.

El secretario levantó la vista, extrañado.

–¿Señor?

–El viaje a Venecia, lo vamos a adelantar un día. Nos vamos mañana.

–¿Mañana? Eso significa un cambio drástico en la agenda oficial. Habrá que anular dos recepciones y avisar a los italianos para que modifiquen su protocolo de seguridad.

–Me apetece hacer algo de turismo. Venecia es una ciudad preciosa. Nunca he tenido la oportunidad de conocerla a fondo.

–¿Turismo? –el secretario estaba pasmado–. Decenas de miles de personas visitan la ciudad todos los días. Será muy complicado.

Rudin comenzó a pasear por la estancia e hizo un ademán con la mano, quitándole importancia al asunto.

–Encárgate de todo. Hoy hemos despachado los asuntos importantes, no pasará nada porque me vaya un día antes a Venecia. Arregla lo de visitar San Marco por la tarde. Los actos oficiales los dejamos según la agenda prevista, para el día siguiente.

Stepanov no se atrevió a contradecir al presidente. Sería complicado, pero podría hacerse. Siempre podía hacerse. El poder de Rudin era enorme. Y cada vez lo era más. Pero el secretario vio en el cambio de planes una nueva oportunidad para que Pegaso, su alias, volviera a actuar y terminara la misión que no pudo cumplimentar en Río de Janeiro. Tendría que ponerse en contacto con su informante aquel mismo día.

Sí, el adelanto del viaje a Venecia le venía muy bien.

–De acuerdo, señor presidente. Nos vamos a Venecia mañana. Siempre me han dicho que es una ciudad fascinante.

Rudin miró a su secretario y le sonrió con aprobación.

–Bien. Gracias, Igor. Puedes retirarte.

Stepanov recogió sus papeles, los introdujo en su cartera de trabajo, se levantó y, tras saludar a su jefe con un gesto de cabeza, salió del despacho.

Rudin siguió dando vueltas a la habitación durante un minuto, reflexionando. Se detuvo y sacó su teléfono móvil. Buscó en la memoria el número de Aleksander Mendeleiev, su número dos, y lo marcó. Su subordinado contestó en pocos segundos.

–Aleksander, he decidido viajar a Venecia mañana mismo.

Al otro lado de la línea una voz contestó con extrañeza.

–¿Mañana? ¿Y eso por qué?

–Quiero comprobar por mí mismo que todo está preparado.

Mendeleiev tardó un segundo en replicar. Estaba dándole vueltas a la decisión.

–¿No despertará algún recelo, alguna alarma? No es normal un cambio así de la agenda presidencial.

–Mañana no tengo nada importante que hacer aquí, en Moscú. Hoy he adelantado todo el trabajo.

–¿Los italianos lo saben? ¿Han dado el visto bueno?

–Me dan igual los italianos. Stepanov se ocupará de todo. Nadie va a contradecir al presidente ruso. Si me apetece hacer turismo en Venecia, ellos tendrán que adecuarse. Seguro que le sacarán partido en publicidad, son maestros en eso.

–¿Crees que hay que comentarlo con nuestro hombre? Ya sabes.

Rudin aprobó la confidencialidad de Mendeleiev. Aunque estaba seguro que su móvil se encontraba libre de vigilancia, nunca se sabía lo que podían hacer los americanos con sus nuevos inventos de un día para otro. Mejor no nombrar al agente destacado en Ucrania.

–No. Que siga con su misión al pie de la letra.

–Muy bien, le dejaremos trabajar.

–¿Sabes algo de Pavlov y la mujer francesa?

Mendeleiev se avino al cambio de tema con rapidez.

–Su mejor agente ya está en París. Y por lo último que me ha informado, sigue una pista muy fiable. El problema se resolverá esta misma noche.

–Estupendo, Aleksander. Infórmame cuando el objetivo haya sido localizado y neutralizado.

–Así lo haré. ¿Alguna cosa más?

–Nada, Aleksander. Mantente vigilante, que todo vaya según lo previsto. Solo quedan dos días.

–Sí, Maxim. Dos días para que Rusia vuelva a ser el país

más respetado del mundo. Lo que se merece. Lo que nos merecemos todos.

París.

–¿Lo conoces?

Antoinette estudió bajo el resplandor de las linternas el rostro del hombre que volvía, a punta de pistola, con los cataphiles.

–Nunca lo he visto –respondió.

–Pues parece que él sí que te conoce a ti –replicó el cabecilla de los jóvenes.

Jim Rand se detuvo frente a Antoinette. Le habían permitido bajar los brazos durante el trayecto, aunque sabía que seguía encañonado por al menos tres de sus captores.

–¿Antoinette de Montparnasse? –preguntó al reconocerla.

–¿Y usted quién es? –repreguntó ella.

–Mi nombre es Rand, Jim Rand –respondió en inglés–. Soy agente del Gobierno de los Estados Unidos. La estamos buscando desde hace días.

–No crea que no me he dado cuenta de que me siguen –respondió la mujer en el mismo idioma–. Me han secuestrado y perseguido en esos días de los que usted habla.

–No hemos sido nosotros –respondió–. Fueron los rusos. El motivo es algo relacionado con lo que usted habló con el presidente Rudin en la exposición de Kandinsky.

Antoinette tuvo un escalofrío. Sus temores se vieron confirmados.

Su visión.

El presidente ruso quería capturarla, sabía demasiado.

–¿Estáis hablando de Rudin, el presidente ruso? –preguntó uno de los jóvenes en inglés–. Os entendemos perfectamente.

Ni Antoinette ni Rand respondieron, lo que era toda una

confirmación.

–¿Por qué me persigue usted? –preguntó la mujer a Rand.

–Queremos saber más detalles de lo que hablaron en el museo de Brasil.

Antoinette no se fiaba. Aquel hombre la perseguía con una pistola en la mano.

–Ni yo misma sé con certeza de qué se trata –respondió–. Es un peligro para todos. De alcance insospechado.

–Necesito saberlo –insistió Rand–. Solo así la podremos ayudar. No somos sus enemigos.

Antoinette se dio la vuelta, presa de sentimientos encontrados. Los jóvenes la miraban con expectación.

–¿Qué hacemos con este? –le preguntó el cataphile de la voz cantante.

–No me puedo fiar –contestó–. Necesito encontrar la salida y que él no me siga.

–¡Comete usted un error! –gritó Rand.

Uno de los jóvenes le acercó el revolver al rostro.

–¡A partir de ahora vas a estar callado! –le conminó–. A la primera palabra me va a temblar el dedo en el gatillo. Y soy muy nervioso.

Rand guardó silencio, sin dejar de mirar a Antoinette.

–Vamos en busca de tu salida, Antoinette –indicó el cataphile.

Los seis comenzaron a caminar de nuevo por la galería principal. Anduvieron unos minutos hasta que llegaron a una abertura que se abría a su izquierda.

–Me dijeron que era por aquí –dijo Antoinette.

–La gran cripta –comentó uno de los chicos. Los demás asintieron en silencio. Antoinette se percató de que mostraban un respeto reverencial.

El nuevo túnel era más estrecho y ascendía de modo patente. El sonido y el olor del agua fueron quedando atrás. El suelo estaba seco y los pasos levantaban finas capas de polvo. Dejaron atrás dos galerías que partían de la principal y se perdían en la oscuridad. Siguieron adelante y, tras dos

requiebros, el túnel desembocó en una amplia sala que quedó iluminada por las linternas.

Antoinette quedó muda de asombro. Ante ella, por todos sus lados, se levantaban muros de huesos y cráneos perfectamente alineados unos encima de otros hasta llegar al techo. Había miles. Cientos de miles de huesos. De repente, sintió una fuerte opresión en su mente.

–¡Dios mío! –musitó–. ¿Qué es esto?

–El resultado del traslado del contenido de dos cementerios de la superficie aquí abajo. ¿No es fantástico?

Antoinette dudó de que fantástico fuera el término apropiado. Era el espectáculo más macabro e irreverente con el que se había enfrentado en su vida. Delante de ella habría más de doscientos mil individuos desmembrados y apilados sin más orden que el de la tipología ósea. Cráneo con cráneo, fémur con fémur, pero nada más. Todos los vestigios de la personalidad de cada fallecido habían desaparecido.

–No se sabe quién era noble y quién plebeyo –dijo el cataphile–. Acabaron todos aquí, en un mundo subterráneo donde no llegan la ley ni el orden de la superficie.

Antoinette sentía que su cerebro era sometido a una presión muy fuerte. La sensación de una multitud de presencias a su alrededor la angustió. Cerró las puertas de su mente a las caóticas llamadas que recibía. Debía salir de allí.

–Debemos buscar la cabeza roja –indicó Antoinette, recordando las instrucciones de madame Blavatsky.

Dos de los cataphiles comenzaron a inspeccionar los muros de huesos. Los otros dos quedaron vigilando a Rand. Antoinette ayudó en la búsqueda.

No tardaron mucho en encontrar lo que buscaban.

–¡Aquí hay una calavera pintada de rojo! –dijo uno de los muchachos, señalando la parte alta de una de las paredes óseas.

–Debe de haber algo detrás.

Uno de los cataphiles dio un rodeo.

–Hay un pasillo entre los huesos –apuntó–. Nadie podría

haberlo adivinado.

–Pues por ahí está la salida.

–Comprobémoslo.

Los dos cataphiles y Antoinette se adentraron en el estrecho pasadizo, procurando no rozarse con los extremos óseos que lo conformaban. Los huesos terminaron a los tres metros y se abrió ante ellos un hueco con escalera ascendente.

–¡Asombroso! –exclamó uno de los jóvenes–. Hemos estado aquí mil veces y no habíamos visto esto.

Los tres subieron los cuatro tramos de escalones, que desembocaron en un descansillo que daba a una puerta.

–Espero que podamos abrirla –dijo la mujer.

El joven que iba delante examinó la puerta. Descorrió con dificultad un cerrojo metálico y giró el picaporte de la puerta. Se abrió hacia afuera. Notó que estaba atascada, por lo que aplicó la fuerza de su hombro sobre ella. Su compañero ayudó con otro empujón.

La puerta se abrió. Daba al habitáculo de la portería de un edificio de viviendas. Tras la puerta de cristal, al fondo, se veía la luz de las farolas del exterior. Ya era de noche.

–Estamos en la superficie –dijo Antoinette–. ¡Gracias a Dios!

Se giró hacia los cataphiles.

–Nosotros nos volvemos –le dijeron–. Gracias por enseñarnos este camino.

–Un último detalle. El americano. ¿Qué vais a hacer con él?

El joven más cercano sonrió.

–Nos lo llevamos de paseo. Le vendrá bien conocer un poco París la nuit. No te preocupes. Lo soltaremos, mañana, muy lejos de aquí. Somos cataphiles, no asesinos.

\*\*\*

Una vez Antoinette salió al exterior, los jóvenes indicaron a Rand que volviera a bajar por la escalera por donde habían subido, camino de las catacumbas. El americano sopesó la situación. Había tenido a la francesa al alcance de la mano,

bien es verdad que muy poco receptiva, pero todo era cuestión de convencerla. Tarde o temprano se vendría a razones. Con lo que había costado encontrarla, no podía permitir que se esfumara de nuevo.

El grupo descendía por la estrecha escalera, que solo permitía el paso en fila india. Rand iba escoltado por dos cataphiles por delante y otros dos por detrás. La suficiencia o inexperiencia de aquellos muchachos había provocado que no se les ocurriera atarle las manos, lo que el agente estadounidense consideró una oportunidad. Y Rand ya conocía el camino que pisaba.

Al llegar al segundo tramo de escaleras, Rand aminoró el paso, simulando un tropezón. Se detuvo un instante hasta que notó la mano del joven que se encontraba a su espalda, empujándolo levemente. Se giró a gran velocidad y asió el brazo que tocaba su hombro y tiró de él con toda la fuerza que pudo al tiempo que se agachaba. El cataphile, sorprendido, fue arrastrado por encima del cuerpo de Rand y voló por la escalera para estrellarse en la espalda del compañero que se encontraba por debajo. El americano se revolvió de inmediato y saltó sobre las piernas del último cataphile que se encontraba a su espalda. Este dudó una décima segundo sobre si debía disparar en un espacio tan reducido. Podría alcanzar a alguno de sus amigos. Esa indecisión permitió a Rand realizar un placaje de fútbol americano y provocar la caída del joven. Rand aprovechó la falta de equilibrio del cataphile para asestarle un directo a la mandíbula que lo dejó inconsciente. Dejó resbalar el cuerpo inerte del muchacho y le tomó el revólver. En el revuelo de luces y la confusión que se produjo en la escalera Rand buscó el seguro del arma, lo quitó y disparó tres veces al techo de la estrecha escalera. Los disparos sonaron como tres truenos ensordecedores y, junto con la caída del revoco superior, provocaron que los cataphiles que se encontraban delante de él se lanzaran al suelo. Sin perder un segundo, registró al cabecilla inanimado y encontró su pistola

reglamentaria. Volvió a disparar al aire de nuevo dos veces con el revólver, lo arrojó al fondo y salió corriendo hacia arriba. En cinco segundos se encontró en la puerta, la abrió con el correspondiente empujón y llegó a la portería del edificio. Salió a la calle como una exhalación y miró en ambas direcciones. No vio a nadie. Eligió una de las direcciones al azar, la de su derecha, y corrió hasta llegar al siguiente cruce. Allí había viandantes y automóviles discurriendo con normalidad. Pero por más que lo intentó, no divisó a la francesa. Rand se detuvo, metió el arma en su funda y soltó mil juramentos.

París.

Ariosto entretuvo los minutos que faltaban para que llegara la hora de su cita paseando por los jardines de las Tullerías. De vez en cuando se volvía para comprobar que nadie lo estaba siguiendo. Había perdido de vista definitivamente a la mujer del Louvre, con lo que pudo relajarse un poco.

A falta de un minuto se dirigió con paso firme por la calle Rivoli al hotel Le Meurice, el lugar del encuentro.

Recordó la conversación que mantuvo con Antoinette meses atrás, cuando ella estuvo en Tenerife. Fue una noche, después de cenar en el hotel en que se alojaba, en Santa Cruz. Mientras estaban tomando copas surgió el tema de París:

–¿Has estado en París? –había preguntado ella.

–Sí, varias veces. Aunque hace bastante tiempo que no he vuelto —había respondido Ariosto—. Un descuido imperdonable.

–¿Conoces Le Meurice? Estoy segura de que debe de ser tu restaurante favorito.

Ariosto había intentado recordar, pero no pudo.

–No lo he visitado aún. ¿Por qué debe de serlo?

–Todo es decoración del siglo XVIII. No desentonarías nada allí.

–¿Debo entenderlo como un cumplido?

–Quiero cenar allí contigo —había dicho Antoinette—. Los dos solos.

Ariosto volvió al presente. Aunque las circunstancias no fueran las deseables, Ariosto iba a visitar el famoso restaurante del hotel con Antoinette.

Saludó al portero, vestido de impecable uniforme gris, y

empujó con suavidad la puerta giratoria de cristal que daba acceso al hotel. Se encontró con un vestíbulo circular amplio con columnas de mármol azul que invitaba a elegir entre distintas direcciones dentro del hotel. Justo enfrente, detrás de la columnata, se encontraba la recepción. Uno de los conserjes, uniformado con chaqué, le indicó cómo llegar al restaurante Le Meurice Alain Ducasse.

Ariosto comprobó su aspecto al pasar por delante de un curioso espejo en el que se encontraban encastrados una serie de espejitos de mano, formando un conjunto singular. No llevaba el atuendo más apropiado para el momento, echaba de menos una chaqueta más oscura y al menos una corbata, pero el día había sido largo y no había tenido tiempo de cambiarse.

Enseguida descubrió que el restaurante era un dos estrellas Michelin, y que para ocupar mesa era necesario haber realizado una reserva previa. Preguntó a la recepcionista del comedor si existía una reserva a nombre de la señora Montparnasse. No era así, pero sí que la había para monsieur Luis Ariosto, entonado a la francesa. Una mesa para dos a las ocho quince. Él era el primero en llegar. La empleada le sugirió que aguardase en el bar la llegada de la persona que esperaba.

El bar 288, llamado así por ser el número de la calle donde se ubicaba el hotel, era conocido por ser el preferido en París de personajes tan relevantes como Dalí, gente de cine como Richard Burton, Elizabeth Taylor, Sofía Loren y Claudia Cardinale. El barman, William Olliveri, llevaba bien su fama de excelente coctelero, orgulloso de su variedad de creaciones inspiradas en sus ilustres visitantes.

El ambiente de club británico agradó a Ariosto, que se sentó en uno de los sillones capitoné de cuero marrón oscuro y pidió un cóctel Bellini. En algún sitio había leído que en aquel local se elaboraba el mejor Bellini de la ciudad. Ya que estaba allí, aprovecharía los minutos de espera para comprobarlo.

Un solícito camarero le trajo la bebida de color melocotón y la carta del restaurante, por si quería ir conociéndola. Ariosto le echó un vistazo. Las estrellas Michelin saltaron a la vista de inmediato en el margen derecho, lugar de los precios. Unas gambas de la bahía de Dublín a la plancha costaban ciento treinta y cinco euros, una nadería. Y un plato de carne de ave de corral con setas unos ciento sesenta y cinco euros. Otra bagatela.

Ariosto bebió un trago del cóctel para quitarse el susto de encima y se convenció de que el lugar y la compañía valían la pena, a pesar de la sensación de intranquilidad que le perturbaba.

A las ocho y trece minutos, apareció Antoinette. Una gran sonrisa se abrió en su rostro al verlo. Ariosto se levantó de inmediato y la abrazó con fuerza.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Ella mantuvo el abrazo unos segundos antes de separarse y contestar.

–Estoy bien, chéri –respondió–. Un poco inquieta por todo esto que está pasando.

Ariosto enfocó su vista en el rostro de la mujer. Su belleza se mantenía en toda su amplitud, aunque observó un trasfondo de angustia soterrada en su mirada.

–Tranquila. Lo solucionaremos muy pronto. Lo importante es que estamos juntos de nuevo.

Ella volvió a abrazarlo.

–¡Sí, Luis! ¡He pasado tanto miedo!

Ariosto notó que estaban llamando la atención de los clientes del bar.

–Vamos al restaurante –le comentó al oído.

Ariosto indicó al barman que le apuntara el cóctel a la cuenta del restaurante y la pareja salió del bar. Caminaron de la mano por el pasillo del hotel, entraron en el comedor y ocuparon su mesa, siguiendo las indicaciones de la recepcionista del restaurante.

La estancia no desmerecía en nada la descripción de

Antoinette. Era un salón del siglo XVIII. En realidad, como se decía en el menú, estaba inspirado en el salón de la Paz del palacio de Versalles. Daba la impresión de que, de un momento a otro, haría su aparición el rey Luis XV en toda su esplendorosa grandeza, acompañado de la Pompadour.

El ambiente era completamente barroco. El piso se encontraba revestido con una mullida alfombra ilustrada con laureles imperiales. Las paredes, recubiertas de relieves ornamentales de distintos vegetales, se alternaban con enormes ventanales y frescos ovoides con insulsos motivos pastorales. Cuatro enormes lámparas de araña, con miles de piezas de cristal, iluminaban las mesas redondas y obligaban a elevar la vista para contemplar cómo todo el techo era un inmenso fresco con imágenes de diosas del mundo clásico en actitud distante.

La mesa lucía aparejada con extremo cuidado. Todos y cada uno de los cubiertos, platos y copas, se encontraban en el lugar adecuado, milimétricamente escogido. El comensal más exigente no habría encontrado nada que objetar. Ariosto captó la esencia del conjunto, pero su mente estaba en la mujer que le acompañaba. Ayudó a sentarse a Antoinette acomodándole su réplica de silla Tulip de Eero Saarinen, uno de los elementos modernos introducidos en la última reforma, un toque lúdico que contrastaba con éxito con los espejos antiguos, candelabros de cristal y las pinturas elegantes.

Antoinette pidió de primero rodaballo con calamares y Ariosto bonito con berenjena. El segundo plato consistiría en pato con cerezas y ternera con acelgas suizas y algas, respectivamente. Todo ello, curiosamente, descrito con una brevedad y concreción completamente inusual en los restaurantes franceses, tan dados a la hipérbole descriptiva.

–Me ha seguido un agente de la CIA. Un tal Rand – comentó Antoinette en cuanto se marchó el maître con la comanda.

–A mí una mujer. La he perdido en el Louvre.

–Veo que no pierdes el tiempo –observó Antoinette, con una sonrisa–. Lo digo por el museo, no por la mujer.

Ariosto rio el chiste. Al menos la tensión no había disminuido el sentido del humor de la francesa.

–Habrá que acudir a la policía –indicó él, cambiando a una expresión preocupada.

–¡Ni se te ocurra! Ya lo he hecho, y también me persiguen. Estuve a punto de caer en sus manos.

Ariosto se quedó perplejo. «¿La policía la perseguía? ¿Allí, en París?», se preguntó.

–Entonces todo va a ser más complicado –dijo–. Tú eres de aquí. ¿A quién podemos recurrir? Hemos conocido a Bernard, tu agente. Me parece persona de fiar.

–Bernard podría ayudarnos, pero temo que le compliquemos la vida con este asunto.

Una sombra se interpuso entre la luz de las lámparas del techo y la pareja. Ariosto levantó los ojos. Una mujer con abrigo, con una mano dentro del bolsillo lateral derecho, se había acercado y se dirigió a ambos en francés.

–Monsieur Ariosto, madame Montparnasse. Llevo una pistola en el bolsillo que no dudaré en utilizar. Hagan el favor de levantarse y salir conmigo a la calle.

Ariosto y Antoinette quedaron estupefactos de la sorpresa y la mujer, para dar mayor énfasis a su discurso aplicó el cañón del arma a la tela del abrigo, demostrando con la silueta sobresaliente que no estaba bromeando.

París.

La recepcionista del restaurante se extrañó cuando vio salir del comedor a aquella pareja que acababa de sentarse, acompañados de otra mujer, y su extrañeza no disminuyó a pesar de la explicación que recibió por parte de esta última.

–Vamos a fumar fuera –le dijo.

Ariosto y Antoinette llegaron al hall circular y torcieron hacia la puerta giratoria. Salieron al frío de la acera de la rue Rivoli. La mujer que los encañonaba se detuvo, perpleja.

–¿Dónde está el coche? –se dijo.

En lugar del automóvil esperado se encontraban justo en la entrada del hotel dos vehículos negros con los cristales tintados. De su interior salieron varios hombres vestidos con trajes oscuros.

Antoinette pareció revivir la pesadilla de Río. Se volvió hacia su captora y, para su sorpresa, vio cómo el portero del hotel acababa de abrazarla con fuerza, inmovilizándola.

Ariosto también se percató de la situación.

–¡Por aquí! –escucharon ambos a su izquierda. Era una voz familiar.

Olegario salió del automóvil de detrás y abrió la puerta trasera derecha. Ariosto empujó a Antoinette con suavidad para que se moviera. En un segundo se introdujeron en el automóvil. El coche arrancó y apenas pudieron ver cómo la mujer del abrigo era desarmada por los tres ocupantes del primer coche y el portero. Allí se quedó, forcejeando, hasta que los ocupantes del coche la perdieron de vista cuando giró a la derecha por la rue de Castiglione.

–¡Sebastián! ¡Qué oportuno! –exclamó Antoinette.

El chófer, sentado en el asiento de copiloto, volvió la

cabeza hacia detrás y sonrió.

–¡Y qué inoportunos son todos! –insistió Ariosto–. ¡Era una cena en Le Meurice!

Olegario le siguió el juego al peculiar sentido del humor de su jefe.

–Llamaré para que les guarden la cena. Siempre se podrá recalentar.

Ariosto supo de inmediato que se trataba de una broma, pero incluso así sintió una punzada de indignación ¡Recalentar un plato de Le Meurice! ¡Una herejía culinaria!

–No se olvide de traer el tupperware –replicó Ariosto–. No están acostumbrados a que los clientes se lleven la comida a casa.

–Me alegro mucho de verle, Sebastián –intervino Antoinette.

–Igualmente, madame. No tuve la ocasión de saludarla en Río.

–¿Cómo sabía dónde estábamos? Ha llegado en el momento justo.

–Yo le dije dónde me habías citado –intervino Ariosto–. Lo que no me imaginaba es que tuviéramos un tercer comensal no invitado.

El automóvil giró de nuevo a la derecha por rue Saint-Honoré, en dirección este. El conductor, un hombre moreno, bajo y ancho de hombros permaneció callado.

–El portero, Claude, es de la familia –explicó Olegario–. Es hermano de Jean Pierre, nuestro chófer. Estábamos llegando cuando recibimos su llamada. Tuvimos que darnos prisa. Un primer coche que no han visto se encargó de quitar de en medio un automóvil que les esperaba en la puerta. Los tipos feos que lo ocupaban fueron los que alarmaron a Claude.

–No sabía que tuviera familia en París –dijo Antoinette. Ariosto sonrió.

–Sí, son todos hermanos –comentó.

Antoinette miró a Ariosto, sorprendida.

–Es como una hermandad, madame –aclaró Olegario.

–Es un clan –dijo el chófer. El acento marsellés se escuchó claramente.

–Entiendo –dijo Antoinette con expresión inteligente–. Pues me alegro.

La risa de la mujer fue contagiosa para Olegario y Ariosto. Jean Pierre se mantuvo inexpresivo.

–Menos mal que en esta ocasión hemos podido escapar juntos –terció Ariosto–. Está comenzando a ser peligroso cenar contigo.

–Ya me han interrumpido dos veces a punta de pistola. Se puede decir que ahora mismo ya es peligroso. Y mucho.

Olegario se volvió para hablar con los pasajeros.

–Lo importante es desaparecer unos cuantos días. A un lugar donde no puedan encontrarnos. La familia tiene varios sitios.

Antoinette se sintió desasosegada ante el anuncio.

–No. Tenemos que encontrar al presidente ruso y evitar que haga lo que piensa hacer.

La frase pilló por sorpresa a Ariosto y a Olegario. Se mantuvieron callados unos segundos, sopesando la afirmación.

–¿Te refieres a Maxim Rudin? –preguntó Ariosto–. ¿Ese que siempre va rodeado de guardaespaldas? ¿Uno que tiene a sus órdenes un servicio secreto legendario?

–Sí –respondió la mujer sin dudar–. Es muy importante para todos. Un gran peligro gira en torno a ese hombre. Hay que detenerlo.

Ariosto tragó saliva. La misión que se había impuesto Antoinette sonaba poco menos que imposible.

–Pero..., ¿sabes cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Antoinette se retrepó en el asiento.

–Sé dónde.

–Menos mal –suspiró Ariosto.

–Una ciudad donde existe una torre inclinada. Un campanario. Y no es la torre de Pisa.

La afirmación no tranquilizó para nada a Ariosto.

–¿Sabes el nombre de esa ciudad?

–No. Lo vi en una sesión de regresión. Sé que es un campanario alto y estrecho. Muy posiblemente italiano.

Ariosto volvió a suspirar, esta vez en sentido contrario. «¡Un campanario! ¡Encontrar una ciudad a través de un simple campanario!», se lamentó.

–¿Puedo hablar? –Jean Pierre, el chófer, les miró a través del retrovisor.

Todos le miraron, expectantes.

–Es Santo Stefano, en Venecia –dijo, con seguridad–. Su campanario parece que se va a caer de un día a otro. Me casé allí. Mi mujer es veneciana. Tuve problemas con la familia al principio por eso, pero ahora es más francesa que yo.

Ariosto no se lo podía creer. Lo último que podía esperar era que el chófer les ofreciera una clave que se le antojaba inalcanzable.

–La iglesia de San Esteban, en Venecia –concluyó.

–Venecia es el dónde –dijo Antoinette–. Vayamos a Venecia. Ahora.

De nuevo los ocupantes del automóvil se sobresaltaron.

–¿Ahora? –preguntaron al unísono.

–El tren nocturno a Venecia, el Thello, salió de la Gare de Lyon a las 19.11 –indicó Jean Pierre–. Ya es demasiado tarde. No hay nada que hacer en tren. Pero podemos ir en coche.

–¿En coche? –preguntó Ariosto en un nuevo asombro.

–Son mil cien kilómetros –respondió el chófer francés–. En once o doce horas estaremos en Venecia. ¿Vamos?

–Sí, por favor –pidió Antoinette–. Se lo ruego, Jean Pierre.

Ariosto se echó hacia atrás en el asiento. De pronto sintió que aquel asunto se le estaba escapando de las manos.

Lo pensó una vez más y concluyó que ya se le había escapado de las manos.

París, al día siguiente.

El agente de la CIA Mike Booth, con la cara de sueño propia del jet lag, asistió impertérrito a la bronca que el jefe Hightower le estaba echando a Jim Rand. Acababa de llegar a París procedente de Río de Janeiro para continuar con la misión de interceptar a la vidente francesa Antoinette de Montparnasse. A él ya le echaron el rapapolvo en suelo americano, por lo que, de momento, se libraba.

–¡Cómo es posible que un puñado de imberbes ratas de cloaca hayan sorprendido a uno de los supuestos mejores agentes de la Agencia! –gritó Hightower, seguro de que su alta voz no se escucharía más allá de los gruesos muros de la Embajada estadounidense–. ¡Rand! ¡Es para mandarle de vuelta a casa y suspenderle de empleo y sueldo un año!

Rand mantuvo el tipo. A Booth, a veces, el agente le parecía inglés. Le recordaba a alguien, aunque no sabía con certeza a quién. Tal vez de alguna película. Rand, a pesar de la bronca, adoptó un gesto sereno y esperó a que su jefe se desahogara.

–¡Me habéis hecho venir desde Washington porque allí nadie se cree que una aficionada haya dejado en ridículo dos veces a nuestros agentes!

El jefe Hightower miró a Rand y a Booth. Ninguno le devolvió la mirada.

–¿Me permite, señor? –preguntó Rand una vez comprobó que Hightower parecía más tranquilo.

–Diga, Rand –el jefe soltó un suspiro.

–Esa mujer parece tener un sexto sentido que la avisa del peligro. Esa es la causa de que escapara. Tanto en la cabina telefónica como en el restaurante. Y también en los túneles. Es algo extraordinario.

El jefe volvió a encrespase.

–¡Todo eso son paparruchas! –exclamó–. ¡No me creo una palabra de poderes sobrenaturales ni de historias semejantes! ¡No la habéis cogido porque llegáis tarde! ¡Es un problema de incompetencia! ¡A la vuelta a Estados Unidos hablaremos! ¡Y espero que este asunto termine lo antes posible!

–Tenemos a toda la policía francesa colaborando con nosotros –replicó Rand, con voz suave–. No tardarán en ser localizados.

–¡La policía francesa! ¡Otra panda de incompetentes! ¡Salid vosotros a buscarlos! ¡Si estáis esperando por los franceses más vale que nos volvamos a casa!

Booth no se lo pensó más. Era la ocasión de escapar de aquel chorro. Se dirigió a la puerta y la abrió. El jefe Hightower asintió con la cabeza dando por buena la idea y por terminada la reunión. Sin mediar palabra, ambos salieron de la sala. Rand esperaba a su colega en el pasillo.

–Booth –le dijo–. Tú viste a esa mujer hablando con el presidente ruso, ¿no?

–Vi la escena de lejos, y no les oí –respondió Booth–. La mujer dio la mano a Rudin y, de repente, como si se acordara de algo, le dijo un par de frases en ruso en un tono alterado. El presidente se puso blanco como la cera. Cuando pasó el turno de la mujer, el dirigente habló con sus escoltas y estos comenzaron a seguirla.

Rand meditó unos segundos.

–Esa mujer tiene dotes extraordinarias, se ponga como se ponga Hightower. Antes del contacto de la mano estaba tranquila y al estrecharla fue cuando se alteró. Ese contacto es la clave, Booth. De alguna manera, al tocar al presidente ruso, supo algo que le transmitió involuntariamente Rudin.

–¿Le transmitió?

–Sí –insistió Rand–. En el mundo de lo extrasensorial ocurren muchas cosas extrañas. Hay gente que toca a otra y sabe si está enferma, y de qué. También conocen por qué se encuentran de un determinado estado de ánimo o de otro.

Incluso algunas ven algo que va a ocurrir.

–¿Son capaces de tener premoniciones?

–En efecto. Premoniciones. Esa es la palabra.

–¿Crees que Rudin trama algo secreto y que ella lo descubrió?

–Estoy seguro.

–Pues debe de ser algo gordo, viendo cómo se han desplegado en su persecución.

Rand volvió a ensimismarse en sus pensamientos durante unos instantes.

–En Washington me comentaron que estaban preocupados por las últimas declaraciones de Rudin en contra de la presencia de la base de la OTAN en Ucrania. Su tono beligerante ha comenzado a ser desmesurado. Nuestros psicólogos creen que tiene desarrollado un plan que le puede dar mucho poder. Algo que puede perjudicar a Estados Unidos.

–Y me imagino que no sabemos cuál es ese plan, ¿no?

Rand admitió la ignorancia con un gesto de cabeza.

–No. Pero esa mujer sí que lo sabe. Y hay que encontrarla antes de que lo hagan los rusos.

–Sí, pero la tarea no parece nada fácil. Está claro que la auxilian grupos incontrolados de la ciudad.

–Si no lo sabemos nosotros, es muy posible que los rusos tengan más información. Tenemos que averiguar qué saben los rusos.

–¿Los rusos? ¿Cómo?

Rand miró directamente a Booth.

–Pegaso. Hay que contactar con él. Ahora mismo.

París.

–Madame, es la hora de que se vaya.

La voz despertó a Anya Amasova del letargo al que la habían sometido. Ya era de día. En un segundo recordó dónde estaba. La noche anterior aquellos energúmenos franceses la habían desarmado y obligado a punta de pistola a entrar en un coche, rodeada por ellos. Dieron muchas vueltas por las callejuelas de París. No conocía la ciudad tanto como para determinar el lugar a donde la habían llevado, pero se trataba de un barrio del extrarradio, a juzgar por las humildes construcciones, las paredes con grafitis y la suciedad en la calle. La subieron a una vivienda, sita en un tercer piso y la sentaron en una butaca, donde la ataron con cinta aislante adhesiva al asiento. Y bien sujeta. Habían usado casi el rollo entero. Le ofrecieron un zumo con pajita, todo un detalle, y allí la dejaron a que pasara la noche. Tras unos intentos inútiles de aflojar sus ataduras, se dejó vencer por la impotencia y aprovechó para echar una cabezada.

El francés cortó con habilidad la cinta con un cúter y liberó a la mujer. A su lado, otro compinche la apuntaba con una pistola, sin perder de vista ni uno solo de sus movimientos.

–¿Que me vaya? –preguntó Anya–. ¿Puedo irme?

–La acompañaremos a un lugar seguro –dijo el del cúter–, y entonces podrá irse. No tenemos nada contra usted.

La agente rusa estiró los brazos y el cuerpo, desentumeciéndolos. Se sintió aliviada. No estaba segura de las intenciones de aquellos tipos. No eran policías, de eso estaba segura. Tal vez mafiosos, lo más probable.

El tipo de la pistola le indicó que se girara y le ató las manos a la espalda con una brida de plástico.

–Solo será un momento –le dijo.

La rusa colaboró. Era normal que no se fiaran de ella. Dadas las circunstancias, aunque hubiera podido enfrentarse a sus captores, prefirió hacer lo que le pedían.

Bajaron las escaleras y en la calle les esperaba un automóvil negro, distinto del utilizado la noche anterior. Se sentó detrás con el de la pistola a su lado y el del cúter se sentó en el asiento del copiloto. El coche arrancó y el giro continuo en multitud de cruces que hizo que Anya se desorientara. Si aquellos hombres trataban de evitar que recordara el lugar dónde la había retenido estaban perdiendo el tiempo. A ella no le interesaba lo más mínimo. Estaba segura de que la mujer francesa no iba a estar allí. Su objetivo era encontrarla y no veía la hora de estar libre para retomar su misión.

A los veinticinco minutos de vueltas y revueltas, el chófer detuvo el vehículo.

–Aquí se baja usted –dijo su acompañante de asiento–. Espero que no nos volvamos a ver.

–Lo mismo digo –contestó Anya, y se giró para ofrecer sus muñecas. El del cúter se lo alargó al de la pistola, que cortó las ataduras. El chófer se había bajado y abierto la puerta trasera izquierda, por donde bajó la rusa.

–Su bolso –le dijo, ofreciéndoselo.

La agente lo tomó y notó que pesaba menos.

–Hemos decidido que su pistola y su teléfono sean donados a una buena causa. Una caridad cristiana. –dijo sonriendo el de la pistola, que había salido detrás de ella y se la guardaba en la trasera del cinturón.

Anya no contestó. Ya no estaba dentro del coche y tenía libertad de movimientos. Sonrió y con un movimiento rápido, asestó al marsellés una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. La había ensayado infinidad de veces en los entrenamientos y le encantaba utilizarla en los hombres. El francés se retrajo sobre sus rodillas aullando de dolor. Anya se giró sobre el desprevenido chófer y le golpeó con el puño en la nariz girando el brazo y la muñeca y aplicando

toda la fuerza de su hombro, de modo que el impacto tuviera más fuerza. Se escuchó el sonido de hueso fracturado y el hombre se echó hacia atrás, dolorido. Anya lo empujó, cerró la puerta trasera y se introdujo con rapidez en el automóvil. El motor continuaba encendido, con lo que solo tuvo que poner la primera marcha y acelerar para despegarse de la acera y de sus captores, que se apartaron para no verse atropellados. Aceleró por la avenida y pasó el siguiente semáforo en ámbar. Condujo durante diez minutos en el intenso tráfico parisino de un lunes por la mañana hasta que consideró que ya había dejado a suficiente distancia a sus secuestradores.

Tomó nota mentalmente del nombre de la calle donde se encontraba y buscó una cabina telefónica. Comprobó que no le habían quitado el monedero. Conservaba unos euros que le habían facilitado en la embajada. Cuando encontró una, estacionó el coche en segunda fila y lo abandonó. Llamó a la legación rusa para que le enviaran un coche y se dispuso a esperar.

Tras colgar, decidió hacer otra llamada. Esta vez internacional. Le quedaban suficientes monedas para ello. Tras los correspondientes minutos de espera para pasar los filtros de funcionarios y secretarias, su jefe, Grigori Pavlov, se puso al aparato.

–Estábamos inquietos por ti –comentó–. Tú y tu grupo de apoyo habéis desaparecido toda la noche.

–Es cosa de la mafia francesa –contestó Anya–. No sé por qué, pero la están protegiendo. Va a ser difícil dar con la señora Montparnasse si la esconden en los barrios controlados por ellos.

–Siempre hay recursos. Hay rusos por todas partes en París. Es solo cuestión de tiempo que demos con otra pista de su paradero.

–Ahora está aleccionada para no dejar rastro. Y va junto con ese español, el tal Ariosto. No creo que sea tan fácil.

–En nuestro trabajo la paciencia tiene un espacio

importante. Además, la presión sobre nosotros va a disminuir un poco.

–¿Disminuir? ¿Por qué dices eso?

–El presidente va a estar en el extranjero un par de días.

–Si acaba de llegar de Brasil.

–Tiene un encuentro con los representantes de la Unión Europea en un par de días, en Venecia. No obstante, ha decidido irse un día antes. De turismo, según me han comunicado.

Anya sopesó la información que Pavlov acababa de suministrarle.

–Grigori –dijo, pensativa–. Tú sabes mejor que yo que a Rudin le importan tres pimientos los atractivos turísticos de Venecia. Ni sabe de arte ni aprecia las ciudades con historia.

–Esa es su leyenda negra –contestó Pavlov, algo divertido–. Aunque algo de verdad hay en eso.

–No me creo lo del turismo. No me cuadra. En esa decisión hay algo más.

Transcurrieron un par de segundos de silencio en la conversación.

–No te toca a ti elucubrar sobre las decisiones del presidente, Anya. Tienes una misión que cumplir.

–Precisamente por eso. Estoy segura de que Rudin tiene un papel muy destacado en esta misión. Y tengo que saber cuál es.

–Tienes que encontrar a la mujer francesa. Y, por lo que sabemos, está en París. Así que búscala.

–A tus órdenes, Grigori. Cuenta con ello. Que pases un buen día.

Anya colgó. Le quedaban dos monedas. Llamó de nuevo a la embajada y le pusieron con su enlace.

–Pavel, haga el favor de reservarme un asiento en el primer vuelo que salga hacia Venecia. ¿Qué cuándo? Hoy mismo. No, mejor dicho, ahora mismo. Cuanto antes, mejor.

Moscú.

Igor Stepanov, alias Pegaso, se encontraba en la sala VIP del aeropuerto internacional Sheremétievo de la capital rusa. Se había adelantado a la comitiva presidencial para resolver los detalles de última hora y esperaba en ese momento a que le anunciaran la llegada de Rudin para reunirse con él en el avión de la fuerza aérea rusa que transportaba al primer mandatario.

Le había costado arreglar la agenda del presidente con el adelanto de su viaje a Italia, pero lo había conseguido. Había pospuesto los compromisos de Rudin para tres días después sin mayor contratiempo. Solo un general del ejército de tierra había protestado porque se le pasaba no sé qué plazo, algo que debía de ser muy importante para el general, pero que a Stepanov le importaba un bledo. Más duro fue tratar con los italianos, ya que trastocaba su plan de seguridad destinado a los dirigentes europeos que debían llegar a la ciudad un día después. Lo bueno de los italianos, al igual que los españoles, es que podían improvisar sobre la marcha, cambiar su logística de un momento para otro sin mayor problema. Con ello contaba, y funcionó. Menos mal que la reunión no era en Alemania.

Stepanov llevaba consigo un portátil en su funda del que nunca se separaba. Cuando tenía algún segundo libre, lo abría para contestar los miles de correos que le llegaban todos los días desde todos los puntos de Rusia y de muchos lugares del extranjero. La labor de secretario personal del presidente podía ser extenuante si no se la tomaba con cierta calma. Era todo un arte discernir entre lo verdaderamente urgente de lo urgente, que era todo lo demás.

El secretario había elegido una mesa cercana a la zona de restauración en lugar de los cómodos sillones y sofás del resto de la estancia. Estos últimos invitaban a la relajación y al sueño de una manera extraordinariamente peligrosa. El salón estaba decorado con estudiada funcionalidad, sin apenas adornos, muy del gusto de los ejecutivos que lo utilizaban. Un enorme ventanal de suelo a techo permitía observar las pistas del aeropuerto y el tráfico aéreo, a esas horas bastante intenso. Sacó el ordenador de su funda, lo colocó sobre la mesa y lo encendió. La camarera de la sala VIP se le acercó.

–¿Ya ha elegido lo que desea tomar?

Stepanov la miró, algo extrañado. La chica tenía un tipo fabuloso y unas facciones eslavas que encandilarían a cualquier europeo oriental, y occidental, por qué no. Le extrañó que le hubiera hecho la pregunta. Había estado decenas de veces en aquel salón y nunca se le habían dirigido de aquella manera. El servicio de comida era tipo self-service, no se servían platos en la mesa. Tal vez la camarera era nueva en el trabajo y deseaba destacar. Lo hacía, sin duda.

–No, gracias –respondió y esbozó una ligera sonrisa de simpatía.

–Le aconsejo especialmente hoy los cruasanes de chocolate, están recién hechos. Han llegado hace un minuto, casi como si hubieran venido de París.

Stepanov levantó una ceja. «Encima la muchacha es simpática», pensó. Negó con la cabeza.

–Gracias, no tengo hambre –respondió, y volvió su atención al ordenador. La camarera le devolvió la sonrisa y se alejó.

Stepanov esperó a que los programas del portátil fueran cargándose uno detrás de otro. Le vino a la mente que, dentro de la funda del ordenador, se encontraba en uno de sus múltiples bolsillos, el pendrive con la información comprometedoras que no pudo transferir en Río. Le

quemaba llevar encima ese pequeño artilugio de memoria informática. Imposible entregarlo en Moscú. La cita semanal con la papelería de la segunda mesa a la izquierda, entrando en el McDonald's de la plaza Púshkinskaya, se había perdido por el viaje a Brasil. Tendría que esperar a que fuese viernes de nuevo y, entonces, la información ya no tendría validez. Sabía que alguien, siempre una persona distinta, estaba pendiente de esa papelería todos los viernes a las siete de la tarde, cuando él abandonaba el lugar, con la intención de recoger lo que hubiera dejado en la cajita del Big Mac. Y para conocer los mensajes que le dejaban los americanos, se dirigía los sábados al mediodía a su apartado postal de correos de la oficina de la calle Tverskaya a recoger su ejemplar semanal de Maxim, la revista de entretenimiento para hombres más popular de Rusia, doblado con cuidado sobre sí mismo y sujeto con una banda de papel con el franqueo en la que, en su reverso, aparecía una frase escrita a lápiz sin sentido aparente. En realidad era un mensaje en clave, traducible de acuerdo a un sistema criptográfico que tenía como referencia las páginas 501 y 502 de una edición concreta de Guerra y Paz, de Dostoievsky. Una vez habituado, traducir la frase inocua a un mensaje con sentido era sencillo y rápido.

Por culpa del viaje a Brasil se encontraba incomunicado, precisamente cuando más importante era estar en contacto con sus enlaces yanquis.

La camarera le volvió a sacar de sus inquietos pensamientos.

–Estoy segura de que habrá probado los cruasanes en París. Sin embargo, estos de aquí no tienen nada que envidiarles. Compruebe el precio en la carta y verá cómo se convence. Mírelo, por favor.

La chica había tomado la carta, despreciada sobre la mesa, y se la exhibía ante sus ojos. Stepanov no supo cómo reaccionar ante la insistencia. Podía ser una expresión algo exagerada de celo profesional a la que no estaba

acostumbrado. Y el semblante risueño de la empleada invitaba a no ser brusco y descortés con ella.

El secretario tomó la carta y buscó los malditos cruasanes. La chica, satisfecha, se dio la vuelta y volvió a los mostradores de café, fruta y bollos que se encontraba en unos de los lados de la sala.

Hizo un rápido chequeo de la oferta del menú hasta llegar a los cruasanes de chocolate. Se quedó helado del asombro. Junto al precio, a la derecha, alguien había dibujado la M de McDonald's, tan característica, y escrito a mano una línea: SN, Venezia, 11. Aquello solo podía ser un mensaje. Un nuevo punto de encuentro propuesto por sus contactos. Y esas referencias a París. ¿Qué ocurría en París? Los servicios secretos estaban buscando allí a alguien, le había llegado el rumor.

Levantó la vista en busca de la camarera. Sin duda trabajaba para ellos. No la encontró. Había desaparecido.

Se levantó de la mesa y caminó los pasos suficientes para comprobar que la chica ya no estaba en la sala. Dudó en preguntar a la recepcionista del salón VIP, que admitía a los pasajeros con derecho a estar allí, por la nueva camarera. Pero, ¿qué conseguiría con eso? Debía ser discreto y no llamar la atención sobre sí mismo ni sobre los demás. Volvió a su mesa y se sentó.

Miró a su alrededor por si alguno de los otros tres usuarios de la sala se había percatado de su extraño proceder. Cuando comprobó que ninguno le hacía el menor caso, tomó el menú y lo guardó en la funda del portátil. Se desharía de él en cuanto pudiera.

El ordenador ya se había cargado. Entró en un buscador de internet y le preguntó por los McDonald's de Venecia. La respuesta llegó en un segundo. En el casco histórico de la ciudad solo existía un establecimiento de esa cadena. La dirección era Strada Nuova, 3885.

SN, Strada Nuova, Stepanov lo quiso entender así. Y el número 11 no era el de gobierno de la calle, sino una hora.

El secretario dejó escapar un suspiro que trató que pasara desapercibido por los otros usuarios.  
Ya había contactado.

Venecia.

Antoinette se encontraba destrozada cuando, a eso de las diez y media de la mañana, el chófer detuvo el vehículo en el gigantesco parking de Piazzale Roma, la entrada a la isla de Venecia. Había visitado la ciudad en un par de ocasiones hacia bastantes años, pero nunca había llegado en coche. La experiencia de pasar toda la noche en el automóvil del clan marsellés, a pesar de haber podido recostar la cabeza en el hombro de Ariosto, no había sido muy recomendable. Habían tomado la autopista A6, la más transitada del país, que terminaba en Marsella vía Lyon. En esta última ciudad se desviaron para dirigirse hacia el oeste, pasando Chamberí y entrando en Italia a la altura del parque nacional de la Vanoise. La ausencia de controles de fronteras en la Unión Europea jugó a favor del grupo. Una vez en suelo italiano, pasadas las tres de la madrugada, pararon a tomar un refrigerio en el primer autogrill que encontraron. Los restaurantes de autopista italianos eran de una calidad notable y la cocina estaba abierta las veinticuatro horas, con lo que pudieron calmar el hambre y la sed. Retomaron el camino, esta vez con Olegario como chófer haciendo el relevo a Jean Pierre, su “familiar” marsellés. Pasaron por Turín y llegaron a Milán sin mayor contratiempo que las obligadas paradas para pagar el peaje, tan caro como en Francia.

A partir de Milán, los incómodos tráileres de mercancías que agobiaban el tráfico nocturno en las autopistas de dos carriles dejaron de ser una molestia al introducirse el coche en la autopista del Adriático, de cuatro carriles en cada dirección, que seguía una línea recta sin fin.

Se les hizo de día llegando a Verona. Pararon a tomar un café y a reponer combustible y enfilaron el último tramo hasta Venecia.

Se desmerearon al bajar del automóvil. Jean Pierre insistió en acompañarles a la ciudad, quería descansar el resto del día en casa de su suegra. Se acercaron a pie hasta el embarcadero del vaporetto, el autobús acuático, y esperaron contemplando el ajetreo matutino de una mañana de lunes a que llegara el barco de la línea 1, el que hacía el recorrido por el Gran Canal.

–Compremos los billetes –indicó Jean Pierre.

–Un momento –replicó Ariosto–. Permítame hacer una llamada.

Ariosto marcó un número en su móvil, habló unos segundos en italiano y se volvió hacia sus amigos.

–En cinco minutos tendremos una lancha privada a nuestra disposición. Tengo un viejo amigo de la época en que estudié aquí, en Italia, que es propietario de un hotelito en Venecia. De jóvenes, juntos, resolvimos un misterio aquí. Él nos facilitará el transporte.

–Esa historia me la tiene que contar algún día, señor –pidió Olegario con una sonrisa.

La lancha apareció en el tiempo acordado al mando de un empleado del hotel y subieron a ella justo al lado del embarcadero de los vaporetti.

–¿A dónde vamos? –preguntó Antoinette.

–El hotel está al final del Gran Canal –contestó Ariosto–. El paseo será agradable.

La lancha, semidescubierta y forrada de madera brillante en su interior, se deslizó con facilidad en el maremágnum de embarcaciones que se cruzaban en el Gran Canal. Motoras, barcas, góndolas y vaporetti rivalizaban por ocupar el centro y los bordes de la vía acuática, con un sonido de fondo de motores y bocinas que zambullían al visitante en el ambiente veneciano.

La embarcación pasó bajo el nuevo puente della

Constituzione, dejó a su izquierda la estación de trenes Santa Lucía y llegó al puente Scalzi, otro de los cuatro que unían las diversas islas que componían la ciudad. A partir de ese momento desaparecieron los edificios del siglo XX y desfilaron ante sus ojos una serie interminable de palacios levantados entre los siglos XIV y XVIII. Todos ellos con sus enormes pilotes pintados en blanco y rojo en espiral, donde se amarraban las embarcaciones que se dirigían a las puertas de las casonas que daban directamente al canal. Cada palazzo contenía la historia de una familia y rivalizaban entre ellos en la decoración de sus fachadas y la grandiosidad de su volumen.

–Me encanta el Gran Canal –comentó Ariosto, que no perdía detalle de las antiguas edificaciones construidas prácticamente sobre el agua–. Cada vez que paso veo algo nuevo. ¿Sabes que un embajador francés dijo a finales del siglo XV que era la calle más bella del mundo?

–Es una ciudad muy bonita, única –asintió Antoinette–. Y el Gran Canal es espectacular. Lástima que no podamos disfrutar de todo esto como se merece.

Ariosto abrazó a la francesa en un intento de que se abstrajera de su angustia. Por delante de sus ojos pasó el reflejo edificatorio de los tiempos en que Venecia fue una potencia marítima, siglos atrás. Palacios con nombres tan sugerentes como Giovanelli, Quierini, Belloni Battaglia, Barbarigo, Foscarini y muchos más fueron quedando atrás a medida que la lancha se acercaba a la curva del ponte Rialto, la joya del Gran Canal.

La motora giró a su derecha y el puente, con sus arcos cubiertos tan característicos, apareció en todo su esplendor.

–¡Hay muchísima gente en torno al puente! –observó la francesa.

–Venecia es una ciudad turística todo el año –repuso Ariosto–. Y más en carnaval. Mañana es el día grande.

–Es verdad. Ya había olvidado el día en que estamos. Eso me recuerda que tenemos que darnos prisa. Algo me dice

que no tenemos mucho tiempo.

Ariosto asintió. Aunque fuera escéptico en todo lo concerniente a fenómenos paranormales, cuando Antoinette indicaba que había prisa, es que, sin duda, tenían poco tiempo.

El vehículo acuático pasó por debajo de la doble arcada del puente y sorteó la congestión de embarcaciones que se daban cita en aquel lugar pasando cerca de la riva dei Vini, el mejor lugar donde comer al borde del canal. Siguieron adelante en un caos aparente de tráfico de mil embarcaciones que nunca colisionaban hasta enfrentar la siguiente curva, la Volta, esta vez con giro pronunciado a la izquierda. Decenas de casas palacio con apellidos legendarios se mostraban una tras otra, cada cual más bella y ornamentada. Cruzaron por debajo del puente de la Accademia y enfrentaron la recta en que desembocaba el Gran Canal.

–Ya se ve el Campanile de la piazza San Marco –señaló Ariosto–. Estamos llegando.

La lancha se acercó a la ribera derecha, pasó muy cerca del palazzo Venier de Leoni, donde se exhibía la colección de pintura de Peggy Guggenheim, y se detuvo frente a un embarcadero de madera abarrotado de góndolas pertenecientes al siguiente edificio, un palazzo con ventanas y columnas góticas blancas sobre un fondo crema asalmonado.

–Hotel Centurion Palace –leyó Antoinette, que se fijó en el cartel de la entrada. Cinco estrellas gran lujo–. Tiene buena pinta.

–A mi amigo le han ido bien las cosas y, si tenemos que pasar unos días en Venecia, ¿por qué no estar cómodos?

Venecia.

El avión de Maxim Rudin llegó al aeropuerto Marco Polo de Venecia a las diez horas y dos minutos de la mañana. Las ruedas del Ilyushin Il-96-300PU tocaron tierra en la pista ante la mirada lejana e indiferente de un grupo de gaviotas que se mantuvieron a distancia conveniente del paso del ruidoso avión.

Tras girar al final de la zona de aterrizaje y seguir a la furgoneta aeroportuaria que fue a su encuentro, se dirigió a uno de los extremos de la terminal del aeropuerto. La llegada de Rudin un día antes de lo previsto confería a su visita un carácter privado, por lo que no se preparó un recibimiento de Estado, como habría ocurrido si hubiera llegado al día siguiente, tal como se programó inicialmente. No obstante, al pie de la escalerilla le esperaba el ministro de Asuntos Exteriores italiano para darle la bienvenida.

Rudin bajó del avión con agilidad, seguido de cerca por su séquito personal. Estrechó la mano del ministro, intercambiaron saludos, y quedaron en verse al día siguiente por la mañana, en la recepción oficial que el primer ministro italiano le ofrecería en persona.

A pesar del carácter especial de ese día de estancia privada del mandatario ruso en Venecia, una escolta de motoristas y otros vehículos de seguridad acompañaría a las limusinas con las que se desplazaría al embarcadero más próximo, donde los rusos subirían a un yate del Estado. Escoltado por una patrullera de la Marina italiana, llegarían a la isla en una travesía de apenas veinte minutos.

Las aguas de la laguna veneciana estaban tranquilas aquella fría mañana de febrero aunque el sol, que ya se elevaba de

modo notorio sobre el horizonte, prometía un aumento de la temperatura unas horas más tarde. Rudin prefirió comenzar la travesía en cubierta, aspirando el olor a salitre. Aunque le habían advertido de que el agua no desprendía buen olor, el ruso no notó nada de esto en su olfato, por lo que atribuyó esa leyenda a las habladurías producto de la envidia, las mismas de las que era víctima su país. En la prensa occidental Rusia era blanco de ataques cada vez más violentos. «Todo es por envidia», se dijo. Pero aquello iba a terminar en muy poco tiempo. A partir de ahora su patria sería respetada y temida gracias a su plan. Primero, el incidente de la base de la OTAN, que provocaría un terremoto de críticas a la política nuclear de los Estados Unidos. Y después, el llamamiento popular de los ucranianos a acogerse al paraguas ruso, un país amigo.

Rudin aspiró el frío aire que batía contra su rostro. Le gustaba el ambiente fresco. Para un ruso no existía nada tan estimulante como una brisa helada para animar sus sentidos a la hora de enfrentarse a una misión que cumplir. Y allí, en Venecia, comenzaría el desarrollo del programa concienzudamente planeado que llevaría a su país a convertirse de nuevo en una potencia mundial, una situación que deseaban él y su pueblo. A partir de ahora, cuando Rusia hablara, todos escucharían. Sin excepción.

\*\*\*

Igor Stepanov, tras notar que sus orejas y la punta de su nariz comenzaban a sufrir insensibilidad debido al frío intensificado por el viento y la velocidad del barco, se introdujo bajo cubierta al abrigo del compartimento con calefacción destinado a los pasajeros del yate propiedad del Gobierno italiano.

Sentado en un cómodo sillón de cuero negro, entró en calor en pocos minutos. Miró su reloj. No tenía nada claro que pudiera llegar a su cita de las once de la mañana. Maldijo para sus adentros. ¿Por qué no las doce? Las once era una hora demasiado temprana para alguien que viajara a Venecia

en horario matutino.

No obstante, lo intentaría.

Ya tenía pensada la excusa para separarse de la legación rusa. Debía dirigirse al palacio de la municipalidad para entrevistarse con los secretarios de la delegación de la Unión Europea para determinar la agenda del día siguiente. Daría un pequeño rodeo para llegar al lugar de la reunión, previo capricho de un cappuccino en el McDonald's del centro de la ciudad. Una demostración de debilidad perfectamente justificable, dado lo horroroso del café ruso.

Los actos protocolarios de la firma del convenio económico iban a realizarse en el Palacio Ducal, lo que obligaría a cerrarlo al público por un día. En la enorme sala del Maggior Consiglio, bajo la mirada de los severos retratos centenarios de los Dux de Venecia, se firmaría el acuerdo que permitiría a Rusia introducir sus productos en el mercado de la Unión sin pagar aranceles. Todo un triunfo económico, y ello a pesar de las inflamadas declaraciones de Rudin, que estuvieron a punto de torpedear el acuerdo que con tanto trabajo desarrollaron su ministro de economía y el resto de secretarios.

Rudin se estaba convirtiendo en un obstáculo para sus propios planes. Su carácter estaba cambiando, con caprichos impredecibles y explosiones de cólera innecesarias. La última rabieta había ocurrido cinco minutos antes, cuando se enteró de que el barco no iba a transitar por el Gran Canal, como era su deseo. «Cuestiones de seguridad», argumentaron los italianos en su negativa, lo que no dejaba de ser lógico y previsible. No creía que los venecianos aprobaran el paso por el centro de su ciudad de la patrullera militar escoltando al premier ruso. El itinerario se desviaría por el canale delle Fondamente Nuove, dejando las islas de San Michele y Murano a la izquierda. Las embarcaciones rodearían la ciudad por el norte, pasando junto al Arsenale y llegarían a la riva degli Schiavoni, el lugar previsto de desembarco, justo delante del hotel donde se alojaría la

representación rusa, el Danieli.

Stepanov miró de nuevo su reloj Zenith, una antigualla de la época soviética que seguía cumpliendo su función a la perfección treinta años después. Trató de disimular su ansiedad, apenas le quedaban doce minutos. ¿Le daría tiempo de llegar al lugar de contacto? Sabía que aquella cita era muy importante.

Más que eso, era trascendental.

Para todos.

Venecia.

El vuelo 3793 de EasyJet de París a Venecia tomó tierra en el aeropuerto Marco Polo de Venecia a las diez y diez, siete minutos después de que lo hiciera el avión presidencial ruso. La preferencia otorgada a la aeronave rusa a la hora de aterrizar ocasionó un ligero retraso en el avión francés, lo que no fue del agrado del pasaje cuando lo comunicó el comandante.

Anya Amasova se levantó de su asiento y pudo salir del avión la primera en cuanto estuvo enganchada la manga de desembarco gracias a haber viajado en clase business, un pequeño lujo dirigido a lograr mayor rapidez en el cumplimiento de su misión, o así se lo explicaría a su jefe si alguna vez le pedía explicaciones del sobregasto.

Anya salió de la terminal aeroportuaria en apenas cinco minutos. Sabía de antemano que no habría nadie del consulado esperándola. Todos estaban dedicados a la llegada de Rudin, por lo que tuvo que ir caminando los escasos diez minutos desde el edificio de llegadas al embarcadero de los vaporetti que hacían el servicio entre el aeropuerto y la isla de Venecia. Miró los distintos horarios de la compañía Alilaguna y ninguno le convenció, tendría que esperar más de treinta minutos a la salida del siguiente. Optó por estirar el presupuesto del ministerio y tomó un taxi acuático, con plena conciencia del abuso que iba a sufrir en la factura del trayecto. Le indicó al conductor que le llevase a la piazza San Marco. Aunque su destino final no era la plaza, prefería pasar por una turista más, y por ello había elegido el desembarcadero estrella de todos los taxis acuáticos de Venecia.

Anya se sentó dentro de la cabina con su escaso equipaje de mano, un simple bolso, y se dejó llevar. Debía pasar por el consulado ruso a que le proporcionaran una pistola. Cuando tuviera tiempo, ya le ajustaría las cuentas al tipo del clan marsellés que se quedó con la suya.

El trayecto, a una velocidad de casi cuarenta nudos, duró apenas un cuarto de hora, y el taxi, siguiendo el camino marcado por decenas de pilotes que sobresalían del agua, decidió llegar a San Marco por el sur, por el canal della Giudecca, rodeando el barrio de Dorsoduro. Tras sobrepasar la punta della Dogana, el taxi enfiló directamente al muelle de la plaza más famosa de Venecia.

La ribera estaba repleta de turistas que llegaban o esperaban para tomar los múltiples barcos que les transportarían al Gran Canal o a otros lugares de la ciudad. Anya se abrió paso entre el gentío de los embarcaderos y consiguió algo de espacio al cruzar entre las dos columnas, una con un león alado en su cúspide y otra con un santo, san Teodoro, que actuaban de pórtico al gigantesco campanile y la plaza. Evitó los puestos ambulantes en los que se vendían antifaces venecianos, camisetas, gorras, abanicos y toda clase de suvenires y tras rodear por su derecha la larga cola para subir al campanario, pasando por delante del imponente palacio Ducal, entró en la plaza. Como siempre, una parte del frontis de la basílica de San Marco estaba en obras de rehabilitación y los andamios ocultaban parte de la impresionante fachada. Al contrario que los turistas que la rodeaban, Anya no le prestó más que una mirada a los dorados mosaicos y a los caballos de bronce que coronaban el templo. Le interesaba cruzar la plaza y dirigirse a la oficina consular rusa lo antes posible.

Comprobó la dirección del consulado, Dorsoduro, 2545, y buscó el trayecto más directo, si es que podía hablarse de trayectos directos en Venecia, desde la piazza san Marco. Dudó sobre si sería interesante contratar una góndola, idea que desechó de inmediato, escandalizada, en cuanto

preguntó el precio del viaje. A pie era el mejor sistema para llegar a su destino.

Se introdujo en las sombrías calles peatonales del barrio, cruzando cada poco tiempo los puentes que salvaban los miles de canales que serpenteaban por toda la ciudad y la dividían en decenas de pequeñas islas.

A medida que se separaba de los principales lugares turísticos, sobre todo del camino entre San Marco y el puente de Rialto, los turistas comenzaron a disminuir y la verdadera ciudad de Venecia y sus habitantes venecianos comenzaron a dejarse ver. Se tropezó con imágenes de la vida cotidiana: una radio alta en exceso; señoras charlando en los portales; tiendas pequeñísimas que abrían tarde en los bajos; jóvenes repartiendo pan; ropa tendida en las ventanas; botes y lanchas particulares dormitando plácidamente en las puertas de las viviendas que daban a los canales. Mil detalles de la ciudad más original del mundo que a Anya no le pasaron desapercibidos, pero que no le interesaban en aquel momento.

Tras cruzar el puente de la Accademia, se introdujo en un dédalo de vueltas y revueltas y, tras un error de cruce de puentes en su haber, Anya llegó al consulado y pidió ver al secretario del cónsul, que la recibió de inmediato.

–Acaban de comunicarme que usted podría llegar en cualquier momento –le dijo el funcionario consular–, y así ha sido.

–¿Le han dado instrucciones? –preguntó la agente.

El secretario asintió.

–Tengo que entregarle un objeto de modo extraoficial, ya me comprende.

–No es un objeto, son cinco –replicó Anya.

El secretario pareció confundido.

–La pistola, el silenciador, y tres cargadores, con su munición correspondiente –aclaró la agente.

–Ahora que lo dice, tiene razón, aunque todo va en un solo paquete.

El secretario se acercó a un armario y extrajo una caja de madera que colocó encima de la mesa.

–¿Necesita algo más?

Anya tomó la caja.

–Sólo conocer un detalle. ¿Dónde se aloja el presidente?

Venecia.

Igor Stepanov aparentó ser el hombre más diligente de la delegación rusa. Apenas el séquito del primer ministro ruso puso el pie en el opulento hotel Danieli, dejó su maleta en recepción e indicó a Rudin que se marchaba sin tardar un minuto más a la reunión preparatoria de la firma del día siguiente.

Sin detenerse a despedirse de nadie más, salió del hotel con su cartera de mano y se dirigió de inmediato al muelle de taxis acuáticos que existía a la derecha del hotel, en la riva degli Schiavoni. Saltó a la nave e indicó al taxista el nombre de la calle.

–La Strada Nuova es peatonal –le dijo el taxista en italiano–. Tendré que dejarle a una manzana de distancia.

Los conocimientos de italiano de Stepanov no llegaban al nivel de entender lo que le había dicho el taxista, por lo que le indicó que arrancara.

–Prisa, prisa –acertó a contestar en inglés.

–¿Presto? –preguntó a su vez el taxista–. Qui va piano, va lontano. Va via presto, d'accordo –rumió el veneciano, pensando que la prisa mata más a los extranjeros que cualquier otro vicio.

Stepanov, una vez comprobó que el conductor de la lancha cumplía lo solicitado, se sentó dentro de la cabina, dándole vueltas a sus pensamientos y mirando su reloj a cada instante.

Le resultó indiferente el paso del taxi a una velocidad mayor de la usual por el Gran Canal, adelantando a otras embarcaciones pequeñas, vaporetti y alguna que otra góndola, de las que recibió más de un improperio por la ola

que levantó la estela de la lancha. El taxi tuvo que aminorar la marcha al pasar por debajo del puente Rialto, dada la aglomeración de barcos, y de nuevo aceleró tras doblar la curva a la izquierda.

–¿Dove vai? ¿McDonald's? –gritó el taxista.

Stepanov se mostró asombrado de que el conductor hubiera acertado el lugar de destino a la primera. Se imaginó que sería muy común entre los turistas.

–¿Disperato per un Big Mac?

Stepanov asintió de mala gana y le indicó que siguiera, dando a entender que no tenía interés en conversar. En un minuto el conductor le dejó en el muelle de Cà'Doro. Stepanov pagó resignado el elevadísimo importe de la factura, pensando que se quedaba sin gran parte de la provisión de euros de que disponía, pero la causa que lo motivaba era importante.

Caminó a paso ligero por la estrechísima calle Cà'Doro. Sus paredes lucían restos de carteles pegados en los tramos en que no se les había caído el revoco, dejando a la vista muros de ladrillos rojos. Al final de la callejuela desembocó en la Strada Nuova, la calle peatonal más larga, y más ancha, de la ciudad. El taxista lo había dejado en el lugar ideal ya que a su izquierda, a apenas quince metros, encontró el famoso restaurante americano. A pesar de lo temprano de la hora, casi todos los asientos estaban ocupados. No obstante, en lo que Stepanov se acercó al mostrador de pedidos y solicitó un cappuccino, se liberó uno de ellos.

El secretario ruso se sentó y esperó a que la bebida se enfriase un poco. Se sentía en completa tensión. Miró su reloj: Las once y diecisiete minutos. Había llegado tarde, pero confiaba en que los estadounidenses le estuvieran esperando.

El cappuccino tardó en enfriarse lo suficiente para no quemarse la lengua unos ocho minutos interminables en los que nadie pareció percatarse de la existencia de Stepanov, para su congoja. Nadie se acercó y nadie le hizo la menor

seña, a pesar de que estaba completamente receptivo para recibirla.

El ruso miró por última vez su reloj cuando las agujas llegaron a las once y cuarenta y cinco minutos. No podía perder más tiempo allí. Alguien del servicio secreto ruso podría comprobar el excesivo lapso de tiempo entre su salida del hotel y su llegada a Ca'Farseti, el palacio municipal donde le estaban esperando. Decidió que la cita había resultado fallida. Se levantó, dejó el vaso de cartón en el recipiente de basura y salió del establecimiento. Sacó su plano de la ciudad y estudió cómo llegar lo antes posible al lugar de la reunión con los representantes de la Unión Europea.

\*\*\*

El agente ruso Valentín Iliushkin obedeció la orden de su jefe del Servicio Secreto, Kriuchkov, de seguir a Stepanov en cuanto salió del hotel Danieli. Aquello de seguir al secretario se estaba convirtiendo en una rutina. Tomó el siguiente taxi que esperaba en el muelle y le indicó que siguiera al que había tomado Stepanov. La exhibición de tres billetes de cincuenta euros y una señal inequívoca de que no perdiera al taxi que ya estaba en movimiento estimularon al conductor a arrancar y acelerar en pocos segundos. Iliushkin se extrañó cuando el taxi acuático que perseguía pasó de largo Ca'Farseti, el palacio municipal, donde tenía concertada una reunión. Dejó atrás así mismo el puente Rialto y se detuvo en una parada en la ribera derecha del Gran Canal, un poco más allá de la curva.

Saltó a tierra con menos peso debido a los billetes que se quedó el taxista y comenzó a perseguir a Stepanov cuando este salía de Cà'Doro a la Strada Nuova. Caminó rápido para no perderlo y llegó a la esquina a tiempo de ver cómo entraba en un McDonald's. Se mantuvo en la esquina, haciendo como que miraba el escaparate de una óptica, sin dejar de atisbar la entrada del local. En un momento dado, Stepanov se sentó en uno de los asientos que daban a la calle,

perfectamente visible. Iliushkin se ocultó tras la esquina y esperó.

Comprobó que nadie salió y ni entró, salvo una pareja de turistas japoneses, durante el tiempo que estuvo dentro. Y también estaba seguro de que no había hablado con nadie en todo ese tiempo, salvo para pedir su café. Su objetivo se había dedicado únicamente a tomar a sorbos pequeños de un vaso enorme de cartón blanco. A las doce menos cuarto, Stepanov salió del McDonald's y se dirigió por la Strada Nuova en dirección al centro de la ciudad.

Iliushkin llegó a la conclusión de que las extravagancias del secretario de Rudin eran variadas. Le pareció que Stepanov estaba demasiado esclavizado por los productos de Occidente. Un desvío para tomar un café, por muy bueno que fuera, solo podía tratarse de una rareza estúpida.

\*\*\*

El agente de la CIA Mike Booth se encontraba esperando en la calle Fontana, un par de cruces al noroeste del McDonald's. Estaba en contacto por radio con un compañero de la agencia estadounidense en Italia, Giulio Fierri, que paseaba por la Strada Nuova. El secretario ruso había sido visto entrando en el local de comida rápida. Estaba a punto de salir de su escondite para encontrarse con él cuando escuchó la voz de Fierri.

–Acabo de ver a uno de los escoltas de Rudin. Está siguiendo a Pegaso, sin duda. Ahora se ha detenido en la esquina de Cà'Doro con la Strada Nuova.

–¿Estás seguro, Fierri? –Preguntó Booth.

–Afirmativo, señor. Lo he reconocido a partir de las fotografías que me facilitó esta mañana. No hay duda. Iliushkin, creo que se llama.

Booth maldijo para sus adentros. Los rusos no se fiaban de Pegaso y, al igual que había ocurrido en los lavabos del museo de Río, habían enviado a alguien para que lo siguiera.

–¿No hay duda de que vigila a Pegaso?

–Ninguna. Voy a cambiar de posición, ahora me está

mirando a mí.

–De acuerdo. Encuentro abortado. Esperemos tener más suerte en otra ocasión.

Y Booth, al igual que en Río, volvió a soltar, esta vez sin palabras, unos cuantos juramentos.

Venecia.

–¡Despierta, Luis! ¡Es hora de ponerse en camino!

Ariosto despertó y abrió un ojo al sentir el zarandeo. Era Antoinette quien le hablaba. Estaban en la suite del hotel de Venecia que les habían asignado apenas una hora antes, según el reloj de pared que aparecía detrás del rostro de la mujer. Ella llevaba puesto un albornoz blanco y una toalla en la cabeza.

–¿No piensas descansar algo, querida?

–La ducha me ha sentado de maravilla, pero si me recuesto como tú me voy a quedar dormida de inmediato, así que lo mejor es que salgamos cuanto antes. Ya tendremos tiempo de descansar.

La última frase quedó en el aire. A Ariosto le pareció que le faltó el “o no”, o “de descansar para siempre”. La idea de la visión apocalíptica relatada por la francesa le despertó por completo. Se levantó de la cama.

–Pero antes tenemos que pasar por una tienda de ropa. Me estoy congelando con lo que llevo puesto.

Antoinette entró en el baño

–Estoy de acuerdo –le dijo–. A mí me ocurre lo mismo. Ya casi estoy. Tardo un minuto.

Ariosto era plenamente consciente de lo que podía entrañar aquella frase viniendo de una mujer. No obstante, comenzó a vestirse. La ducha a él le había producido somnolencia, por lo que debía espabilarse. Se asomó a la ventana. Decenas de embarcaciones pasaban delante de sus ojos sin descanso. Venecia aparecía viva y vibrante aquella mañana. Al otro lado del Gran Canal, los palacios Gritti–Pisani, convertidos en hotel de lujo, y el Contarini–Fasari,

eran de los primeros en dar la bienvenida a quienes se adentraban por la magnífica vía acuática en busca del puente Rialto. El sol se acercaba a su cénit en un día sin nubes. Un día perfecto para hacer turismo. Pero no había tiempo para eso.

Antoinette terminó sus preparativos y ambos salieron de la suite de ornamentación ultramoderna, con combinaciones de colores clásicos entre los que destacaban los blancos y distintos tonos de marrones, al menos en aquella habitación. Todo el hotel aparecía decorado con diseños de vanguardia, algo que agradaba a medias a Ariosto, pero que entusiasmaba a Antoinette. En otras circunstancias lo hubieran disfrutado más.

Al llegar al hall, Ariosto llamó a Olegario, que había acompañado a Jean Pierre a casa de su familia veneciana, y le comunicó la intención de acudir a la iglesia de Santo Stefano de inmediato. Quedaron en reunirse en el campo Santo Stefano, la plaza adyacente a la iglesia.

Cruzaron el Gran Canal en una lancha particular del hotel, que les dejó enfrente, en el embarcadero de Santa Maria del Giglio. Se adentraron en los callejones de Venecia en busca de las calles comerciales. Pasaron por delante del teatro La Fenice, cuya fachada clásica de auténtico teatro aparece siempre de repente, como por sorpresa. Ariosto se sintió compungido cuando comprobó que estaba en cartel La Traviata, que fue estrenada más de cien años atrás en ese mismo escenario. Deseó que tuvieran tiempo para acudir a alguna representación.

Muy cerca del teatro encontraron la tienda de Mario Bevilacqua, donde Ariosto pudo cambiar el atuendo que llevaba hace dos días en Río por uno más apropiado al invierno europeo. Por su parte, Antoinette hizo lo mismo unas calles más allá, en Luisa Spagnoli.

Adaptados al entorno, tomaron el camino de la iglesia de Santo Stefano, que quedaba cerca. Llegaron a la plaza a través de muchas calles sinuosas, con la excepción de la

placeta de campo San Maurizio. En Santo Stefano les esperaban Olegario y Jean Pierre.

El campo de Santo Stefano –en Venecia todas las plazas se denominan campo salvo la piazza San Marco– era un espacio abierto de tamaño considerable para lo que era usual en la ciudad. En su extremo oeste se alzaba un palacio enorme de fachada amarilla, sede del Instituto de las Ciencias, Letras y Artes, que contrastaba con el opuesto palacio Pisani, dedicado a conservatorio de música, y a sus lados se sucedían casas de distintos tamaños y colores que otorgaban al campo ese aspecto antiguo tan característico de las construcciones venecianas. En el centro de la plaza se hacían preparativos, con guirnaldas y luces, para el baile de carnaval de aquella noche.

Señalando a su espalda, Jean Pierre, les introdujo al lugar.

–Esta es la iglesia de Santo Stefano. Como les dije, aquí me casé hace unos cuantos años.

–Se dice que el techo tiene forma de quilla de barco –terció Ariosto–. Y contiene frescos de Tintoretto. En su interior ocurrieron hechos violentos, incluso asesinatos, lo que obligó a que fuera consagrada seis veces a lo largo de los siglos.

Antoinette le lanzó una mirada expresiva de que los datos histórico–artísticos no eran muy relevantes en aquel momento.

–No veo el campanario desde aquí –observó la francesa.

–La iglesia es muy alta –comentó Jean Pierre–. Si nos acercamos a la próxima plaza, el campo Sant’Anzolo, veremos la torre.

Los cuatro se dirigieron por la estrecha calle dei Frati hasta la siguiente plaza, atravesando un pequeño puente y unas escaleras. De nuevo se abría ante ellos otra plaza pintoresca con varios palacios medievales, cafeterías con terraza y kioscos de suvenires. Caminaron hasta el centro del campo, desde donde pudieran tener perspectiva del campanario de Santo Stefano, y se giraron.

–Ahí la tiene –indicó Jean Pierre–. Es una torre inclinada como ninguna. ¿Qué le parece?

Todos miraron el campanario cuadrangular de planta románica, ancho, de ladrillo rojo visto, con alguna decoración en blanco. Las campanas se ocultaban en su parte superior tras unos ventanales góticos, una cella de tres arcos rematada con un tambor octogonal. La torre ofrecía una inclinación clara hacia el oeste y parecía a punto de caer sobre el canal que corría a sus pies.

Antoinette miró con perplejidad la alta construcción.

–¿Que qué me parece? Pues que este no es el campanario de mi visión.

–¿Cómo? –preguntó Ariosto, estupefacto– ¿Estás segura?

Antoinette se volvió hacia él.

–Más que segura, segurísima.

Venecia.

Maxim Rudin preguntó, una vez Kriuchkov, el jefe de su escolta, terminó su informe.

–¿Entonces nuestro Igor es un fan del cappuccino en secreto?

–Eso parece, señor. Tenemos la completa seguridad de que durante el camino no habló con nadie ni intercambió miradas ni objetos. Tan solo con el taxista y con el empleado de la hamburguesería, que están fuera de sospecha.

Rudin contempló el interior de la basílica de San Marco. Todo era dorado. Le recordaba mucho a los templos bizantinos y rusos. ¿De quién vendría la influencia? ¿De Venecia hacia Oriente o al revés? Solo se lo preguntó una vez. En el fondo le importaba muy poco.

Se encontraba en la nave principal del templo, tratando de pasar desapercibido con una gorra de béisbol y atuendo informal, al igual que los miembros de su escolta. Más atrás, unidades del servicio secreto italiano, también de incógnito, procuraban no perderlo de vista. De momento no había sido reconocido por los turistas que compartían visita.

El presidente ruso se volvió hacia Kriuchkov despreocupadamente, como si hablara de cosas triviales.

–¿Sospechas de él? –preguntó.

–No me fío ni de usted, señor –respondió el escolta.

Rudin rio la ocurrencia de su subordinado. Cuando terminó de reír le dio vueltas a la respuesta. Él tampoco se fiaba de nadie, incluyendo Kriuchkov.

–Mantenlo bajo vigilancia, pero que no se note. Y acompáñenlo cada vez que vaya al baño. Por si acaso.

–Muy bien, señor. Pero no me pida que le suba la bragueta.

Rudin volvió a reír. Le gustaba Kriuchkov por su naturalidad. Era capaz de hablar de igual manera con todo el mundo. Desde el presidente al ordenanza más insignificante del Gobierno ruso, y eso que había miles de ordenanzas.

A Rudin todas esas cúpulas con imágenes de santos le parecían iguales, y ya se estaba cansando. Su educación laica a ultranza, propia del régimen soviético, le había impedido acercarse a algunas tradiciones rusas, como la religión. Todo aquello se le antojaba un museo, más que una iglesia. Y los museos le agotaban.

Le habían agradado dos detalles de la basílica. La Pala d'Oro, un retablo rebosante de piedras preciosas y de pinturas incrustados en paneles de oro. Quedaría bien en su despacho del Kremlin y alegraría esa decoración tan austera para su gusto. Y el otro fueron los caballos de bronce, traídos como botín desde Constantinopla por los venecianos en mil doscientos y algo. Napoleón se los llevó a París cuando conquistó Venecia, al igual que hizo con la cuadriga de la puerta de Brandeburgo, en Berlín. Al francés le gustaba robar caballos. Total, para luego devolverlos. Un esfuerzo inútil. Napoleón era un perdedor. Todo lo contrario que él.

–¿Y si nos vamos? –preguntó a Kriuchkov.

–Tenemos prevista la visita al palacio ducal.

–¿No es mañana la firma del tratado allí?

–Así es.

–Pues lo veremos mañana. Vayamos a probar esa bebida tan típica aquí, que ya es hora. ¿Cómo se llamaba?

–Creo que spritz, señor.

–¿Y cómo se hacía?

–Tengo entendido que es un cóctel de vino blanco con agua con gas, Campari y Aperol, a lo que se añade una rodaja de naranja.

–Parece interesante. Vayamos a por el spritz. Pero antes, contéstame un par de cuestiones.

–Diga, señor.

Rudin bajó el tono de voz.

–¿Alguna noticia de París?

–Ninguna, señor. La agente Amasova aún no ha presentado su informe.

–Ya deberíamos tener resultados. Dile a Pavlov que me llame. Quiero que sienta algo de presión.

–Así lo haré, señor.

–¿Ha dejado a buen recaudo la maleta que me envió el vicepresidente?

–Está bien guardada, como ordenó.

–Bien, bien, Kriuchkov. Cuando llegemos al hotel yo me haré cargo de ella. Su contenido es muy importante para el evento de mañana. ¿Sabe, Kriuchkov?, en esta vida hay que tener prioridades. Y la patria está por encima de todas ellas.

El escolta puso cara de póker. No llegaba a entender el mensaje de su jefe.

–¿Significa eso que vayamos al hotel en primer lugar?

Rudin miró a Kriuchkov y sonrió.

–Primero el spritz, camarada. Hay prioridades y prioridades.

\*\*\*

Svetlana Rudin, la hija del primer ministro ruso, dormitaba en el asiento abatible del LearJet 45XR que su padre había fletado para traerla de vuelta desde Brasil a Rusia. El avión sobrevolaba la isla mediterránea de Cerdeña tras haber hecho una escala técnica en Las Palmas de Gran Canaria. Los excesos de la noche anterior se hacían sentir en el cuerpo de la joven, sobre todo un profundo dolor de cabeza que no remitía a pesar de los analgésicos que se habían tomado.

Un pitido se escuchó en el móvil. El avión poseía sistema wifi conectado a satélite. Svetlana cogió el aparato y examinó su pantalla. Era un mensaje de Johnny, el guitarrista del grupo de rock duro Exxon Mobile.

Lo leyó a duras penas: «Estoy en Kiev y voy a actuar tres días aquí. ¿Te vienes? Lo pasaremos mejor que la última vez».

Svetlana miró al techo del avión y reflexionó sobre la

invitación. No tardó mucho. Contestó con una sola palabra. Acto seguido se levantó de su asiento y se dirigió, con cierto tambaleo, hacia la cabina de mando.

–¿Egveny? –dijo, dirigiéndose al piloto–. ¿Podríamos hacer una escala en Kiev? Necesito descansar un poco en una cama de verdad.

El piloto se volvió hacia ella.

–Como quiera. El avión está pagado hasta pasado mañana. Avisaré a la torre de Kiev de que aterrizaremos en tres horas.

Venecia.

El agente de la CIA Jim Rand se bajó de nuevo del F15 y comenzó a quitarse el mono de aviación que llevaba encima del traje. Esta vez el vuelo había durado media hora escasa. La increíble velocidad de aquel avión no suponía mayor comodidad. Tras despojarse del atavío, se despidió del piloto, subió a un automóvil del Consulado norteamericano en Venecia que le esperaba y se dirigieron a la ciudad por el puente denominado via della Libertà.

Durante el trayecto, Rand rememoró la conversación que había mantenido con el jefe Hightower apenas hora y media antes.

–Rand, tenemos una información de última hora: sabemos que la señora Montparnasse fue objeto de un intento de secuestro por parte de agentes rusos en la noche de ayer. Más o menos a la misma hora en que usted estaba de turismo en las catacumbas.

Rand fue a protestar, pero un gesto con la mano de su jefe le indujo a mantener silencio. Hightower prosiguió.

–El secuestro fue abortado por la intervención de elementos pertenecientes a una mafia marsellesa, que retuvieron a los rusos y facilitaron la huida de la mujer francesa y de su acompañante español.

–Se lo dije, una mafia local –repuso Rand.

–No me venga con sandeces, Rand. Me he tenido que enterar de todo esto por un confidente que tenemos en los bajos fondos parisinos, no por usted.

Hightower tomó un papel de la mesa del despacho provisional que le habían asignado en la Embajada de Estados Unidos en Francia.

–Algo importante: los agentes rusos iban comandados por una mujer. Por la descripción que se nos ha facilitado se trata de la agente Anya Amasova, una especialista. Por supuesto, se mueve bajo una identidad falsa.

–La conozco –terció Rand–. Me la tropecé en la misión de Pakistán. Es buena. Y muy dura.

–Me da igual lo que sea. El hecho es que esta mujer sí averiguó el paradero de la vidente francesa y ha estado a punto de atraparla ante nuestras narices.

–Pero no lo logró.

–De momento. Sabemos que con la identidad ficticia con la que se desplaza ahora, esta mañana ha tomado un vuelo a Venecia. ¿Y sabe quién está en Venecia también? El señor Rudin. ¿No le parecen demasiadas coincidencias?

–Está claro que todo gira en torno al presidente ruso.

–Exactamente. Estoy seguro de que esa agente rusa tiene muchos más datos que nosotros en esta investigación. Si ha volado a Venecia, es porque la señora Montparnasse está allí. Y usted también tiene que estar. Siga a Amasova y llegará a ella.

–Tomaré el primer vuelo a Venecia.

–De eso nada. El F15 todavía está en París. Se subirá usted a ese cacharro en veinte minutos. Y espero que esta vez no me falle.

\*\*\*

Anya Amasova se sentía mejor con el peso de la pistola Glock 18C en el bolsillo de su abrigo. Era una buena arma: podía disparar en modo automático o semiautomático, lo que la hacía una de las mejores pistolas ametralladoras de tamaño reducido del mercado mundial. Se había encontrado con el problema de que con el silenciador acoplado la pistola no le cabía en el bolsillo del abrigo, por lo que lo llevaba desmontado en el bolso. Recordó con la ayuda de Internet que el hotel Danieli se encontraba muy cerca de la piazza San Marco, por lo que se dirigió a paso ligero por las callejas y puentes venecianos en dirección a aquel lugar,

deshaciendo el trayecto de la ida. A los quince minutos se encontraba delante de la fachada del establecimiento hotelero.

Había leído en la web consultada que se trataba de un palazzo con fachada color granate en la que destacaban dinteles trifoliados tan característicos del gótico, junto con nervios entrelazados de los arcos conopiales ojivales que formaban una tracería delicada con motivos cuadrifoliados en las elegantes ventanas. Aquello le sonaba excesivamente técnico. Se conformó con sentir que la fachada era armoniosa y atractiva. Muy veneciana, en suma.

Nada más entrar en el hotel se hizo cargo de que era un auténtico palacio medieval reconvertido a la hostelería moderna. A la derecha, entrando, se encontró con la recepción, un parapeto de madera clara muy barnizada en el que varios conserjes uniformados con chaqueta de faldón largo azul marino y chalecos grises sonreían forzosamente al huésped. Un par de metros más allá, dos columnas invitaban a entrar en un espléndido patio techado del que partía una escalera de piedra pulida más medieval todavía que todo lo que la circundaba. Arcos y más arcos; pavimentos y paredes de mármol pulimentado; alfombras enormes con dibujos geométricos; sillas y mesas de maderas nobles envejecidas de varios estilos; apliques en forma de velas; techos pintados con escenas de disputas divinas del mundo clásico; y maceteros de flores de color rosa que competían con bustos romanos y otras estatuillas por ocupar la parte superior de algunas columnas bajas.

Todo ello conformaba un ambiente de selecta exclusividad que provocaba en el visitante la sensación de entrar en un mundo distinto, ajeno y lejano. Daba respeto hasta sentarse en uno de los sillones de los salones adyacentes. Para Anya ese lujo era un síntoma más de la decadencia de Occidente, una tentación peligrosa de la que debían escapar los rusos actuales, demasiado condescendientes con todo lo que rodeaba a los zares, incluyendo sus palacios.

–Buenos días. Soy miembro del servicio de escolta del presidente Rudin –indicó a uno de los conserjes–. Acabo de llegar a Venecia.

–Buon giorno. El señor Rudin se encuentra fuera en este momento –respondió el recepcionista–. Tendrá que hablar con el señor Kriuchkov, que es quien supervisa todos los temas concernientes a la delegación rusa. Ha salido también.

–¿Sabe dónde están?

–Esa es una información que, aunque la supiera, no estaría autorizado a facilitársela. Si lo desea, puede esperarlos aquí.

Anya agradeció con mala cara la información y salió al exterior. Prefería esperar por los alrededores, confundida entre los turistas. Se sentó en un café de la riva degli Schiavoni con vista directa a la entrada del hotel y se dispuso a esperar. Su teléfono móvil recibió una llamada. Pulsó el botón de recibirla.

–¿Anya? –la agente reconoció la voz de Pavlov–. He recibido una llamada del presidente presionándome. ¿Algún progreso en tu misión?

–Acabo de llegar a Venecia y me dispongo a tomarme un café italiano. No he tenido tiempo de nada todavía. Rudin está fuera de su alojamiento.

–Te paso el número de Kriuhckov. Ponte en contacto con él. Y una cosa, Anya, tómate el café rápido, porque conviene que estés cerca del presidente. Si algo ocurre, va a ser en su entorno. Estoy seguro.

Kiev.

En la plaza Sportyvna se levanta un edificio de última generación de cristal y acero. Es el centro comercial Gulliver, una popular torre de ocho pisos llena de tiendas y que ofrece un restaurante de fusión asiática en una de las terrazas superiores. El Mr. Zuma funciona también como cafetería en las horas en que no se sirven comidas. Tiene fama de ser uno de los lugares más atractivos de Kiev, y fue el lugar elegido por el agente Spassky, alias Baikal, para citar a Arseni Barna, el informático militar ucraniano de la base de Vasylkiv.

Spassky ocupaba uno de los cómodos sofás blancos de la terraza con vistas a los complejos deportivos que rodeaban el centro comercial. Unas estufas altas anexas a cada grupo de mesas combatían el frío del febrero ucraniano, algo atemperado por la llegada del mediodía. El agente ruso dudó un instante a la hora de pedir su bebida: se planteó la elección entre un kvas, una bebida fría sin alcohol con la apariencia de la coca-cola pero con un sabor que recordaba a pan negro, o una buena cerveza Obolon, una de las mejores de Ucrania. Se decidió por algo intermedio, una Obolon sin alcohol, prefirió mantenerse despejado estando de servicio. Ya tendría tiempo más adelante de tomar todo el vodka que quisiera.

A las doce y media de la mañana Spassky vio llegar a Barna, que se encontraba visiblemente azorado. Llegó a su altura y se sentó en el sillón de enfrente, al otro lado de la mesa baja que los separaba.

–¿Está usted loco? –dijo en ruso en voz baja–. ¿Cómo se le ocurre citarme aquí? ¡Es un centro comercial! ¡Está lleno de

gente!

Spassky sonrió.

–Precisamente por eso. No hay mejor lugar donde pasar desapercibido que entre una muchedumbre. Benditos centros comerciales, llenos de gente, recovecos y salidas.

–Es un peligro innecesario –replicó Barna–. La elección del pueblo el otro día fue mejor idea.

–No se preocupe, nadie nos vigila, salvo mis ayudantes, claro.

Barna no pudo evitar girar la cabeza en torno a sí.

–¿Alguien nos vigila?

Spassky hizo un gesto tranquilizador con la mano.

–Olvídese de eso, es solo seguridad para todos. Le he citado para hacerle la entrega.

Barna, intranquilo, trató de aparentar sosiego y apoyó su espalda en el sillón.

–¿Y la transferencia? –preguntó.

–Ya está hecha. Puede comprobarlo si quiere.

–Prefiero hacerlo desde un ordenador. Los móviles no son de fiar.

–En eso estoy de acuerdo con usted –Spassky metió una mano en el bolsillo de la chaqueta–. Aquí tiene lo que debo entregarle.

Barna miró con consternación como Spassky depositaba en la mesa un pendrive. Lo recogió con un rápido movimiento de su mano.

–¿Cómo hace estas cosas, aquí, con toda esta gente? –preguntó el ucraniano.

–Nadie nos mira. En Ucrania, como en muchas otras partes hoy día, todo el mundo va a lo suyo.

Barna soltó un ligero bufido, no estaba de acuerdo con el método de trabajo de aquel hombre.

–El virus está dentro, me imagino. ¿Es de tipo troyano?

Spassky volvió a sonreír.

–Es una creación de ultimísima generación. Ni siquiera usted podría detectarla. No tiene nombre todavía y no, no es

un virus troyano. Se activa a distancia y lo único que usted debe hacer es introducir esta pequeña maravilla en el torrente informático de la base, tal como acordamos.

Barna se levantó. Se sentía muy incómodo en aquella terraza, a la vista de tantas personas.

–De acuerdo, tal como dijimos. Si no hay nada más que decirnos, prefiero marcharme.

Spassky levantó un brazo a modo de saludo.

–Las instrucciones están claras. Ahora todo depende de usted. A mis amigos, esos que usted no ve pero que le están vigilando ahora mismo, no les gustaría que fallara algo. ¿Me entiende?

–Perfectamente.

Sin más palabras, Barna se dirigió a la salida del restaurante y se perdió dentro del edificio.

Spassky se arrellanó en su sillón y tomó el vaso de Obolon sin alcohol para darle un buen trago. Estaba seguro de que Barna iba a cumplir su parte del trato. La pena era que no fuera a vivir lo suficiente para disfrutar de su dinero. La explosión le afectaría de cerca, como a todos los habitantes de Kiev. ¿Daños colaterales lo llamaban en Occidente?

Venecia.

Ariosto giró sobre sí mismo con el brazo extendido señalando el fantástico paisaje que se desplegaba ante sus ojos.

–Este es el mejor lugar para buscar nuestro campanario inclinado.

Se encontraba con Antoinette en el mirador superior del altísimo Campanile de la piazza San Marco, a cien metros de altura, y desde allí toda la ciudad se rendía a sus miradas.

–La vista es fabulosa –dijo la francesa, acercándose al murete protegido por cables de acero cruzados en diagonal.

Aquel era el mejor lugar para que el visitante se percatase de que Venecia era una isla. El mar de tejados rojizos marcaba el perímetro de la ciudad, salpicado aquí y allá por esbeltas torres y campanarios que sobresalían enhiestas, como buscando la luz. El sol estaba en su cénit y el día despejado ayudaba a que la contemplación del entorno fuera inmejorable.

Ariosto y Antoinette habían subido, tras esperar la oportuna cola, en el ascensor que les había llevado en pocos segundos a lo alto de la torre. Olegario y Jean Pierre habían alegado algo así como “mal de altura” y habían preferido esperarles abajo.

Antoinette comenzó el examen del panorama que se abría ante ella buscando por el sur. Divisó en la base de la torre las dos columnas que daban acceso al muelle desde la piazza de San Marco y más allá, al otro lado del canal, la punta de la Aduana y la fastuosa iglesia de Santa Maria della Salute, con su cúpula característica mil veces fotografiada. Siguió la vista por la isla de Giudecca, y la vecina del Lido, detrás de ella,

sin divisar nada que le recordara a la visión que tuvo en Río.

Caminó por la terraza en dirección oeste y sus ojos divisaron rápidamente el campanario de Santo Stefano, ya descartado. Continuó su paseo en torno a los cuatros lados del Campanile, echó un vistazo en dirección norte y descubrió siete u ocho torres, pero ninguna era la que recordaba. Miró hacia el este, donde llamaban la atención abajo, muy cerca, las cúpulas de la basílica de San Marco y los techos del palacio ducal. Más allá se extendía un sinfín de tejados que desembocaban en las instalaciones portuarias militares del Arsenale.

Entonces lo vio.

En dirección noreste. Un campanario blanco, estrecho y muy alto, con un reloj justo debajo de los arcos abiertos a las campanas, rematado por una cúpula pequeña con una cruz en la cúspide.

–¡Es esa! –exclamó Antoinette.

–¿Cuál? –preguntó Ariosto, buscando donde señalaba la mujer.

–Aquella, la de color blanco. ¡Fíjate lo inclinada que está!

Ariosto comprobó que, en efecto, la inclinación de la torre campanario era bastante acentuada. No le gustaría tener que subir a la parte alta.

–Tenemos que ir allí y subir a lo alto del campanario – indicó Antoinette.

Ariosto sintió un nudo en la garganta. ¿Sería posible que Antoinette fuera capaz de leerle el pensamiento?

–¿Por qué crees que es necesario, querida? –preguntó con voz trémula.

–Desde allí sabré dónde se encuentra el presidente ruso. Puedo reconocer la ventana de mi visión.

El argumento, dentro de lo irracional que podía ser todo aquel asunto de la premonición, era lógico y coherente.

Ariosto se rindió.

–De acuerdo, vayamos.

Miró el plano de la ciudad en la guía turística que llevaba

en mano y se orientó a través de él para localizar la iglesia a la que pertenecía el campanario.

–Es San Giorgio dei Greci, San Jorge de los Griegos –leyó–. A pesar de ser una iglesia pequeña, tiene el tratamiento de catedral, nada menos. Tras la caída de Constantinopla en 1453, una importante colonia griega se asentó en Venecia. El templo se construyó entre 1536 y 1577 y fue sufragado por la hermandad griega. En él se venera como reliquia la mano derecha de san Basilio, arzobispo de Cesarea, algo curioso, cuando menos. El campanario es posterior, construido entre 1587 y 1603.

–Todo eso da igual. Lo que me interesa es el lugar en sí.

–De acuerdo, pero hay un detalle sobre el que me gustaría llamar tu atención.

–¿Cuál?

–Esta iglesia tiene una cualidad especial.

Antoinette lo miró expectante mientras se dirigían hacia el ascensor.

–Pues que no es católica –explicó Ariosto–. Su rito es el ortodoxo.

–¿Ortodoxo? ¿Como la iglesia rusa?

–Más o menos lo mismo, querida. ¿Crees que puede ser una casualidad?

Antoinette apenas meditó la respuesta.

–Luis, ¿crees que hay algo casual en toda esta historia? Nada es casualidad.

Venecia.

Rudin se encontraba sentado en la terraza entoldada de un bar en campo de Santa Maria Formosa, junto a Kriuchkov. La iglesia del mismo nombre enseñoreaba una de las plazoletas más grandes y pintorescas de Venecia, en el barrio de Castello. El resto de su escolta, tres hombres más, estaban desplegados en un radio de treinta metros en torno a ellos, tratando de no llamar la atención. Los agentes italianos estaban tan bien camuflados en el ambiente que no se les veía.

–Es un poco flojo este spritz –comentó el presidente ruso, tras probar el combinado.

–Es un aperitivo, señor –Kriuchkov estaba tomando otro–. Para abrir el apetito.

–En eso sí que funciona, ya me está entrando algo de hambre.

El móvil de Kriuchkov comenzó a sonar. Su propietario lo tomó y apretó el botón verde. Mantuvo una breve conversación antes de colgar.

–Es Konev, el responsable de prensa. Dice que ha concertado una entrevista con el patriarca de la ciudad.

Rudin miró al cielo, exasperado.

–¿El patriarca? No tengo ganas de religiosos ahora. Ese Konev está resultando ser un latazo.

–Es solo un apretón de manos y una foto. Dice que quedará muy bien de cara a los feligreses ortodoxos. Imagínese: «El presidente ruso tiene tiempo para rezar por quienes profesan esa fe». La imagen, señor, es importante.

Rudin tomó otro trago largo del spritz antes de replicar.

–A veces no sé si entre todos quieren tomarme el pelo con

estos cuentos de la imagen y del márketing político.

–Es muy cerca de aquí, señor. No llega a diez minutos. Y nos pilla de camino al hotel.

–¿Y dices que es una iglesia ortodoxa? ¿Aquí? ¿En Venecia?

–San Giorgio dei Greci, una iglesia griega, muy antigua.

–Siempre me estáis complicando la vida. De acuerdo. Pero cuando terminemos el segundo spritz.

\*\*\*

Kiev.

El Learjet 80C aterrizó sin problemas en el aeropuerto de Kiev, y Svetlana Rudin bajó del avión con sus dos guardaespaldas. Un coche del aeropuerto que la esperaba la llevó a la terminal, donde pasó el trámite de presentación de pasaportes en un despacho privado de la policía. Se hacía así con los familiares directos de jefes de Estado que visitaban el país, para tratar de que pasaran desapercibidos. Svetlana agradeció el trato de favor.

Un automóvil de la embajada los llevó al hotel Intercontinental, un mamotreto rosa y cristal en el centro de Kiev. Bajo una imponente lámpara de araña gigante que dominaba la recepción se registraron en dos habitaciones contiguas, una para la joven y otra para sus vigilantes.

–Valeriy –dijo la chica a uno de sus escoltas en el ascensor–. Voy a darme una ducha y descansar un poco antes de comer.

–Muy bien, nosotros haremos lo mismo. Los viajes intercontinentales cansan bastante.

–Perfecto, ¿nos vemos en una hora?

El escolta miró su reloj.

–De acuerdo. En una hora tocamos a su puerta.

Salieron del elevador y encontraron las habitaciones. Svetlana abrió la suya y entró. Valeriy esperó a que se cerrase la puerta y abrió la de su habitación. Los dos agentes entraron a dejar sus cosas.

En cuanto se cerró la puerta del cuarto de los agentes, Svetlana, atenta, abrió la suya y salió rápidamente por el

pasillo en busca de la escalera de emergencia. Bajó dos pisos antes de sacar el móvil y hacer una llamada, que fue contestada de inmediato.

–¿Johnny? Ya les he dado esquinazo. Voy para allá. ¿Tienes preparado el jacuzzi?

Venecia.

–Está cerrada. El horario es de nueve y media a doce y media y por la tarde a partir de las dos y media –comentó Ariosto, afligido.

–No nos interesa la iglesia, sino la torre –indicó Antoinette.

Olegario y Jean Pierre también alcanzaron a leer el horario de la iglesia de San Giorgio dei Greci. Se accedía por un pasillo peatonal desde el rio dei Greci, más bien canal, a un perímetro ocupado por el museo griego, la iglesia en sí y el campanario. Habían obviado el museo, lo primero que el visitante se encontraba tras cruzar la puerta de piedra que daba acceso al recinto, y se habían acercado a la fachada de la iglesia, compuesta por tres puertas coronadas por frontones triangulares, con una imagen pintada en dorado de un Cristo encima del central. Dado que la iglesia estaba cerrada, eran los únicos visitantes del patio que comunicaba los tres edificios

–Acerquémonos al campanario.

Rodearon un pozo de mármol con la omnipresente figura de san Jorge tallada en uno de sus lados, dejaron a su derecha la escalera que descendía a la puerta de barrotes del embarcadero del canal, y se acercaron a otra puerta similar que impedía el acceso a la enorme torre.

–¿Puede usted hacer algo con esta cerradura, Sebastián? –preguntó Ariosto señalando la puerta.

–Sabe que no he traído mis herramientas, señor –contestó Olegario.

La expresión compungida de ambos no duró un segundo.

–Pero yo sí llevo encima las mías –añadió Jean Pierre.

Acto seguido, el francés sacó un juego de pequeñas ganzúas

y comenzó a trastear en la cerradura de la torre ante la atenta mirada de sus tres compañeros.

–Ahora entiendo de dónde le vienen a usted algunas de sus habilidades, Sebastián –dijo Ariosto de buen humor.

–Jean Pierre y yo tuvimos el mismo maestro –respondió Olegario en un tono similar.

La cerradura dio un leve chasquido y la puerta se abrió.

–Con su permiso, señor –dijo Olegario–. Jean Pierre y yo nos quedamos aquí abajo, vigilando. Hay un cartel que indica que no están permitidas las visitas al campanario por motivos de seguridad, dada su inclinación. Y ya sabe que no nos entusiasman las alturas.

–De acuerdo, mejor que no se acerque nadie mientras estemos dentro –asintió Ariosto–. Tendremos cuidado.

Antoinette y Ariosto penetraron en la torre. Tras un pequeño vestíbulo se enfrentaron a una escalera que parecía interminable. En la base, un rodillo grande contenía enrollada en varias vueltas la sogá gruesa que accionaba las campanas, unos treinta metros más arriba.

Comenzaron la ascensión y no notaron demasiado la inclinación del edificio hasta que llegaron a la mitad. Siguieron subiendo y se encontraron con el mecanismo del reloj: un conjunto de ruedas metálicas dentadas que actuaban como engranajes de una coreografía perfecta. Un poco más arriba la escalera terminaba en la terraza de las cuatro campanas de distinto tamaño que se superponían de dos en dos en niveles superior e inferior. Una malla metálica protegía la caída al exterior, algo perfectamente posible dado el ángulo acentuado del campanario.

El paisaje al que se enfrentaron Ariosto y Antoinette era similar, aunque a menor altura, que el que habían disfrutado en el Campanile de San Marco. Un horizonte de tejados rojos en los que sobresalían las cúpulas y torres de las iglesias venecianas. Los ojos de la francesa escrutaron el horizonte con ansiedad. Ariosto notó la intensidad de su mirada. Trataba de cuadrar el recuerdo de su visión con la realidad.

Buscaba una ventana entre un millón. Aquello podía durar horas, pensó.

–¡Allí! ¡Es aquella! –exclamó Antoinette, señalando con el dedo a la derecha de la basílica de San Marco.

Ariosto, repuesto de la sorpresa, miró en aquella dirección y luego buscó en su guía.

–Eso es la iglesia de San Zaccaria –comentó–. No me imagino a Rudin en una iglesia apretando botones rojos.

–¡No! ¡Detrás! Es un edificio rojo y blanco.

Ariosto miró y no vio más que edificios de color teja con detalles blancos. Todos en Venecia eran así. Se colocó detrás de ella para concretar el lugar que señalaba con el índice. Miró el plano de la guía para orientarse.

–Pues justo detrás de San Zaccaria, en esa línea solo puede ser el hotel Danieli.

–Ese es el lugar. El hotel –afirmó la francesa–. Sin duda.

Ariosto se rascó la nuca. Conocía el Danieli, uno de los mejores hoteles de la ciudad, y tal vez el que más historia poseía. Decenas de celebridades se habían alojado en él. Pensó en cómo acceder al mismo. Tal vez Massimo, el director de la agencia de viajes que siempre utilizaba cuando venía a Italia, pudiera ayudarle.

–Ya tenemos localizado el lugar donde estará Rudin. Pero, ¿cuándo será eso? ¿Lo sabes, Antoinette?

La francesa cerró los ojos y trató de recordar.

–En la imagen que recuerdo el sol no estaba en lo alto. Era más bien por la mañana. ¡Sí! A primera hora de la mañana.

Ariosto no necesitó mirar su reloj para saber la hora en que estaban.

–Son más de las dos –dijo–. Hoy ya no ha podido ser.

–Pues es muy posible que sea mañana.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Las dotes vaticinadoras de Antoinette no debían ser despreciadas. Iba a contestar cuando sonó su móvil. Lo cogió, comprobó que era Sebastián y pulsó el botón verde.

–Señor, tenemos visita. Acaban de abrir la puerta de la

iglesia y un grupo numeroso de personas ha entrado en el patio desde el canal. El sacerdote los está recibiendo en este momento. Creo que tendremos que movernos de aquí para no levantar sospechas.

–De acuerdo, Sebastián, pero no vayan muy lejos para poder dejar la puerta como estaba. Nosotros ya hemos terminado.

–Quédense dentro de la torre hasta que les avise –indicó el chófer–. ¡Un momento! Acabo de ver quién es el visitante que ha provocado la apertura de la iglesia fuera de hora. No se lo va a creer, señor.

–¿Creer? –preguntó Ariosto–. Hace tiempo que ya no sé qué creer en toda esta historia.

–La persona que ha llegado. Es el presidente Rudin. ¿No lo estaban buscando? Pues está aquí. ¿Hacemos algo?

Venecia.

Anya Amasova había conseguido el teléfono móvil de Kriuchkov a través de la central del KGB en Moscú. Al comentarle que estaba en Venecia recibió la orden de unirse al grupo que escoltaba al presidente.

Tardó apenas diez minutos desde el Danieli hasta la iglesia dei Greci. Cuando llegó, todos los miembros de la delegación rusa estaban dentro. Se cruzó con un par de turistas que salían del recinto formado por la iglesia, el museo y el campanario, a los que no dedicó mayor atención.

Entró en la iglesia y percibió un fuerte olor a incienso. La construcción era pequeña, de una sola nave, y en la entrada dos pilares cuadrados soportaban un techo destinado al lugar donde debían colocarse las mujeres durante los oficios litúrgicos, en una especie de palco elevado. Más allá aparecía un espacio diáfano interrumpido por una pequeña valla de madera, que lo separaba del altar y del iconostasio. Dos bancos de siales de madera oscura se enfrentaban a ambos lados del templo. Detrás del altar, el fondo resplandecía de oro, o de pinturas doradas, para ser más exactos. Una pequeña multitud de pinturas de estilo bizantino con santos en diversas poses llenaba por completo la pared, que parecía de oro, hasta el techo.

La recepción a Rudin era celebrada por dos sacerdotes con túnica blanca y estola y casulla negras superpuestas, luciendo el gorro cilíndrico del mismo color típico del rito ortodoxo griego. Un tercer oficiante, de mayor rango, vestía casulla dorada y mitra, casi una corona, en la cabeza. El jefe de prensa daba órdenes de modo discreto al fotógrafo oficial para que no perdiera detalle desde todos los ángulos.

El ojo entrenado de Anya sopesó los posibles peligros del templo. Tres puertas al fondo detrás del altar, que comunicaban con la sacristía. Un púlpito encastrado en la pared, lo que significaba que existía un pasillo oculto a un par de metros de altura, y la entrada principal. Los compañeros de la escolta se habían situado en las esquinas del edificio, y comprobó que uno de ellos se encontraba dentro de la sacristía. Al parecer, todo estaba bien cubierto.

Sin embargo, algo la intranquilizaba, y no sabía por qué. Dio una vuelta sobre sí misma, buscando una explicación y no la encontró. El motivo de su desasosiego debía de estar fuera de la iglesia y no dentro.

\*\*\*

Antoinette rompió el silencio que había mantenido mientras esperaban la llamada de Olegario. Se encontraban junto a la puerta de salida del campanario en su base, atisbando desde la sombra lo que ocurría en el exterior, en el patio que compartían con la iglesia.

–¡Es esa mujer! ¡La que intentó secuestrarnos en París!

Ariosto se asomó lo suficiente para ver cómo la rusa entraba en la iglesia.

–Creo que es una razón más para seguir las instrucciones de Sebastián de que no nos movamos de aquí.

–Esa mujer, es peligrosa. –La francesa bajó la voz.

–Desde luego –corroboró Ariosto–. Suele ir con una pistola en la mano.

–No es por eso. Tiene facultades, pero no lo sabe.

–¿Facultades? ¿Quieres decir... paranormales?

Antoinette asintió.

–Sabe presentir situaciones, y personas. En su vida la ha salvado de muchos peligros. Ella debe atribuirlo a la suerte, pero no. Tiene ese don.

–¿Es una especie de competidora tuya? ¿Es lo que quieres decir?

–No hay competición. Cada una tiene lo que tiene. Pero nos puede dificultar mucho nuestra intención de acercarnos

al presidente ruso.

–¿Más aún?

–En estos momentos me está presintiendo. No me gusta. No me gusta nada.

\*\*\*

Anya salió al exterior de la iglesia. No había nadie a la vista. A su derecha se encontraba la entrada desde el pasillo peatonal del canal, e inmediatamente enfrente, la puerta del museo griego. Al otro lado, tras un pozo, la base del campanario, cuya puerta de barrotes se encontraba cerrada. ¿Cerrada?

Algo le dijo que debía comprobarlo. Y comenzó a caminar en su dirección.

\*\*\*

–Se acerca –dijo Antoinette sin mirar al exterior.

Ariosto miró.

–En efecto. Viene hacia aquí. ¿Subimos?

–No. Espera un segundo.

Antoinette cerró los ojos y adoptó un gesto de profunda concentración. Ariosto dudó entre darle ese segundo que pedía o coger la mano de la francesa y salir corriendo escaleras arriba.

\*\*\*

Anya se encontraba a escasos pasos de la puerta cuando una punzada de dolor se abatió detrás del ojo, en el lado izquierdo de su cabeza. Nunca había sufrido un acceso tan agudo. Se detuvo. No sabía a qué podía obedecer aquel súbito daño. Oyó unos pasos detrás de sí y la voz conocida de Kriuchkov.

–¡Amasova! ¡Nos vamos!

Anya se volvió y el dolor remitió. Dio varios pasos en dirección al grupo del presidente, que salía de la iglesia, y su aflicción fue desapareciendo a medida que se alejaba del campanario. Ligeramente aturdida por lo que le había ocurrido, se volvió un instante hacia la puerta de barrotes de hierro. No vio a nadie, pero sintió algo. O a alguien.

–¡Vámonos! ¡No se separe del grupo! –instó el escolta presidencial.

Anya obedeció la orden.

Muy a su pesar, se sintió intranquila, desazonada, y turbada.

Venecia.

El agente de la CIA Jim Rand casi aplaudió cuando vio a Anya Amasova caminando en el grupo que escoltaba a Rudin a su llegada al hotel Danieli. Había apostado por que la agente rusa estaría cerca del presidente y había acertado a la primera.

Se encontraba en una de las terrazas de la riva dei Schiavoni, junto a la desembocadura del Gran Canal, con un café latte a medio tomar. Desde allí controlaba la puerta principal del Danieli. Existían puertas de servicios, pero estaba seguro de que el mandatario ruso nunca las utilizaría. Iba contra su sentido de la correcta exposición pública de un político, incluso yendo de incógnito.

Esperó a que el grupo entrara en el hotel, pagó el café y se levantó. Se había preguntado cómo abordar el seguimiento de la agente rusa para que le llevara a la vidente francesa y todavía no tenía un plan concreto. Avanzó hasta la puerta del establecimiento hotelero y entró.

Se sintió transportado a una época pasada en cuanto se adentró en el salón principal del hotel. La decoración y mobiliario rezumaban elegancia histórica, tal vez algo exagerada para su gusto. Barrió la sala con la vista y se detuvo a la mitad. Anya Amasova se encontraba sentada en uno de los sofás, mirando su móvil, sola.

«¿Qué hacer?», se preguntó. Tenía una oportunidad de oro de contactar con su némesis rusa. Terminó su inspección visual y localizó el bar. Se dirigió a la barra y llamó la atención del camarero.

–Dos Martinis con vodka, agitados, no mezclados.

Una vez servidas las bebidas, Rand las llevó al lugar donde

se encontraba Anya. Dejó una de las copas delante de ella y se sentó en la butaca de al lado con su bebida en la mano. La mujer levantó la vista con cierta sorpresa.

–Señor Rand –dijo, al reconocer al agente americano–. ¿Usted por aquí?

Anya dejó el teléfono y tomó la copa. Comprobó su contenido de un vistazo.

–Sigo pensando que ve usted demasiadas películas de James Bond. Pero le agradezco el detalle.

La mujer tomó un sorbo del combinado. Rand hizo lo mismo antes de responder.

–¿Cómo es posible que una belleza como tú no se dedique a otra cosa?

–Lo haré en cuanto ajuste las cuentas al tipo que me dejó tirada en Lahore.

Rand sonrió.

–¡Oh! ¡Pakistán! Ocurrió hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo. ¿No fue en otra vida, querida Anya?

–A otra vida te enviaré en cuanto pueda, cuida tu espalda.

–¿Cómo me puedes tener resentimiento? Solo dejé que la policía pakistaní hiciera su trabajo.

–¿Encerrada dentro de un cuarto con los cadáveres de cuatro jefes talibanes?

–Así te llevaste todos los honores. Nadie puso en duda quién los había despachado. Deberías estar agradecida. La información que te suministré era buena.

–Habíamos quedado en que podría salir de allí antes de avisar a los polis.

–Tuvo que ser un error. Me pasa muchas veces con esto de los cambios de hora de un continente a otro. Ahora mismo no sé ni qué hora es.

Anya lo miró de arriba abajo mientras sorbía su copa.

–¿Qué haces aquí, Jim?

–Busco a una persona. Y he pensado que tal vez podrías ayudarme.

–¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo?

–¿Por los viejos tiempos?

Anya rio con una mueca de amargura. Levantó su copa.

–Por los viejos tiempos. ¿Y en qué podría ayudarte?

–Sé que andas detrás de una mujer. Una francesa. Estoy al tanto de lo que ocurrió en el restaurante de París.

Anya se incorporó algo en su asiento.

–¡Vaya! ¡Sí que corren rápido las noticias! ¿Y qué quieres?

–Esa mujer es portadora de un secreto muy importante.

Creo que es un asunto que inquieta mucho a tu presidente. Y eso inquieta mucho más al mío. ¿Entiendes?

–No te esfuerces, Jim. Esta vez no hay trato.

–No me digas eso. Me encantaría trabajar de nuevo contigo, codo con codo. Todavía no la has encontrado, ¿me equivoco?

–Deja tu cinismo para otra ocasión. Lo que tenga que hacer es asunto mío. Te aconsejo que te mantengas lejos de mí. A mí también puede que se me olviden cosas, como tu rostro, y no te reconozca cuando tenga la pistola en la mano.

Rand arqueó una ceja. Era una de esas advertencias que no podían tomarse a la ligera. Le había llegado la descripción de cómo había acabado con cuatro de los terroristas más buscados del mundo en tres segundos, ni uno más.

–Tendré cuidado, Anya, gracias por tu preocupación.

Como la encontraré antes que tú, no habrá necesidad de que tengas que recordar nada.

Rand se levantó, se arregló la chaqueta y le hizo una leve reverencia a Anya. Esta levantó la mano, ofreciéndosela.

–Bond no se hubiera marchado sin una despedida correcta.

Y Rand tomó la mano de Anya y la besó.

Venecia.

Antoinette, Ariosto y Olegario estaban terminando de comer en el Da Raffaele, uno de los restaurantes más típicos de Venecia, con las mesas al borde de un pequeño canal cruzado por el ponte delle Ostreghe a unos veinte metros, muy cerca de la iglesia de Santa Maria del Giglio. El sol ya había sobrepasado su cénit y la temperatura había subido lo suficiente para que el grupo se aventurara a comer en la terraza exterior.

Los tres pidieron de primero spaghetti alle vongole, convencidos por el exclusivo toque de pepperoncino que prometió un camarero muy solemne ataviado con un delantal largo y negro. Y de segundo, Ariosto solicitó rombo a la parrilla, mientras que Antoinette y Olegario se decidieron por coda di rospo. Los platos estuvieron a la altura de las expectativas y tocó pedir postre. El camarero les aconsejó tres postres venecianos propios de la fiesta del carnaval: fritole, galano y castagnole, variantes de masa pastelera frita en aceite con distintos ingredientes y espolvoreadas con azúcar. Aceptaron la propuesta.

–Sabemos que Rudin se encuentra hospedado en el hotel Danieli, lo que cuadra con el lugar de la visión de madame – Olegario había seguido a la comitiva rusa desde la iglesia dei Greci hasta el establecimiento hotelero–. Está protegido por seis miembros de su escolta, y ello sin contar con los policías italianos, que se mantienen en un discreto segundo círculo de seguridad. No es fácil llegar a él.

Ariosto y Antoinette asintieron. Lo que informaba el chófer no era nada nuevo.

–Los periódicos dicen que mañana Rudin se reunirá con el

presidente de la Comisión Europea para firmar varios acuerdos económicos en el palacio municipal –explicó Ariosto–. Eso será en torno a las diez de la mañana.

–Tenemos que verle antes –dijo Antoinette con seguridad–. Pulsará el botón antes de salir del hotel.

–¿Y qué se te ocurre para convencerle de que no lo haga? –preguntó Ariosto, tratando de no parecer sarcástico–. No me lo imagino atendiendo a razones.

–Tendréis que dejarme a mí a solas con él –respondió la francesa–. Creo que podré hacer que cambie de parecer.

Ariosto se notaba nervioso, todo aquello le parecía descabellado por donde lo mirara. Acceder al presidente ruso le parecía una misión imposible, pero la rotundidad de las afirmaciones de Antoinette le desarmaba. Ya no sabía qué pensar. ¿En realidad ella podría influir en el dirigente hasta el punto de que no apretara el dichoso botón? Si ni siquiera sabían qué accionaba esa pulsación.

–Déjame hacer una llamada –dijo, y marcó un número en su móvil–. ¿Marco? Soy Luis Ariosto, ¿cómo estás? Yo muy bien, gracias. Verás, estoy en un apuro y necesito algo que puede sonarte irrealizable. Necesito una habitación en el Danieli, esta noche. Sí, sé que estamos en carnaval. Me imagino que sí, que los precios están por las nubes. ¿Vas a consultarlo? Espero.

Ariosto miró a sus compañeros de mesa y sonrió levemente.

–Dice que va a consultarlo –les dijo con voz confidencial mientras mantenía la comunicación abierta–. Que es difícil pero no imposible.

A los treinta segundos su comunicante volvió a la conversación.

–¿Queda algo? ¡Gracias a Dios! –Ariosto habló de forma que todos lo escucharan–. Ha habido una anulación de última hora, estupendo. ¿Es la suite real Doge Dandolo? Pues me parece bien. ¿Que cuesta cuánto?

Olegario sonrió con los ojos al notar el cambio de color en

el rostro de su jefe. La factura de la suite real debía de ascender a una cantidad astronómica.

–Resérvala, por favor –dijo Ariosto, tras tragar saliva discretamente–. La cargas a mi cuenta, como otras veces. Mil gracias, Marco. Llegaré esta tarde al hotel. Ciao, amico.

Ariosto cortó la comunicación.

–Ya está. Tenemos habitación en el palazzo Dandolo, o sea, en el Danieli. Está en el piso noble, el mismo donde está alojado Rudin.

Antoinette le tomó la mano.

–Te agradezco muchísimo todo lo que haces por mí, Luis. Te lo compensaré con creces.

Olegario volvió a sonreír con los ojos al notar que el color volvió al semblante de su jefe, tal vez demasiado en esta ocasión. La compensación prometía.

–Es un gran avance, señor –dijo el chófer–. Si estamos cerca es más factible que podamos contactar con él. Pero, ¿no será peligroso exponerse de esa manera?

–Tiene que ser esta noche, ¿no? –preguntó Ariosto a Antoinette.

–Sí. O Mañana a primera hora –respondió la mujer–. El miércoles Rudin estará ya en Moscú.

–Entonces el riesgo vale la pena –concluyó–. Nadie se atreverá a hacernos nada en un lugar tan conocido como ese hotel. Sería un escándalo que todos querrían evitar.

Olegario no quedó convencido del argumento. Ariosto se volvió hacia él.

–Solo siento una cosa por usted, Sebastián. Para ocupar la suite real hay que hacer un poco de teatro.

–¿Teatro? –preguntó Olegario.

–Una entrada propia de ese tipo de clientes –Ariosto sonrió–. Necesitaré un lacayo que lleve las maletas. Hay que dar el pego y justificar su presencia con nosotros.

–¿No será vestido de uniforme? –preguntó el chófer, casi temblando.

–Pues sí. No le importa, ¿verdad?

Venecia.

Anya Amasova trataba de evitar la somnolencia. Llevaba cinco horas sentada en el salón de la planta baja del hotel Danieli, controlando la puerta de entrada. Kriuchkov le había asegurado que la avisaría si surgía alguna novedad con respecto a la mujer francesa y a su acompañante, pero no había recibido ninguna llamada.

Comenzaba a dudar de su intuición. ¿Y si la vidente continuaba en París y ella estaba allí, en Venecia, perdiendo el tiempo? Su peregrina idea de que aquella mujer debía de estar cerca del presidente Rudin le parecía cada vez más desacertada a medida que pasaba el tiempo. La sensación del esfuerzo inútil la ponía nerviosa.

Cambió el cruce de piernas por decimonovena vez para tratar de estar cómoda, sin conseguirlo. Ya había anochecido y estaba por acercarse al bar a tomar algo, se sentía desfallecida.

Y entonces ocurrió.

Parpadeó varias veces para creerse lo que estaba viendo. La mujer que buscaba, madame Montparnasse, acababa de entrar en la recepción del hotel, junto con su acompañante español y un sirviente, y estaban hablando con el conserje. En un par de minutos se registraron y un botones les llevó al ascensor más próximo.

Anya elevó lo justo el periódico que usaba como pantalla. Estaba segura de que no iban a fijarse en ella, pero toda precaución era poca. No salía de su sorpresa. Una cosa era que la francesa pudiera aparecer por el hotel en un momento dado, algo previsible, pero ¡hospedarse en él! La situación no podía plantearse mejor. ¿O no?

¿Era bueno que la francesa estuviera tan cerca del presidente? ¿En un hotel tan conocido? Cualquier solución violenta despertaría mil alarmas. Aquella nueva situación podía convertirse en un problema con el que no había contado.

Anya se preguntó si debía informar a Kriuchkov de la noticia. A fin de cuentas, no trabajaba para él, su jefe era Pavlov. Si los escoltas se enteraban de la entrada de la francesa en el hotel desplegarían todos sus efectivos y no la dejarían trabajar. Incluso era posible que pidieran refuerzos. Ya estaba complicada la cosa como para tener a todos aquellos engreídos del servicio secreto apartándola de allí.

Se guardaría para ella la información. Al menos de momento.

Anya se levantó del asiento y se dirigió al bar. Antes debía reponer fuerzas. Luego decidiría.

\*\*\*

Jim Rand se dijo que aquel era su día de suerte. Ni en sus plegarias más fervientes se le hubiera ocurrido pedir que se juntaran los protagonistas del culebrón que estaba sufriendo por culpa de aquella médium francesa que estaba viendo entrar en el hotel. Todos juntos bajo el mismo techo. Más fácil así.

Miró su reloj desde el embarcadero de góndolas desde donde vigilaba el hotel. Pasaban las ocho de la tarde. Si pudiera apostar, se jugaría el sueldo de un mes a que la pareja cenaría en el restaurante de la terraza superior, sin salir del Danieli. Reservaría una mesa, le pasaría la cuenta a la CIA, y por fin tendría la oportunidad de hablar con aquella extraña mujer.

Esperaba que Anya no se entrometiera, era muy posible que la seguridad de la francesa fuera importante para Estados Unidos y, en tal caso, le tocaría intervenir con todas las armas de que pudiera disponer.

Deseó que no tuviera que llegar a ese extremo.

\*\*\*

Maxim Rudin se encontraba en su suite del hotel, con unas excelentes vistas a la iglesia de San Giorgio, al otro lado del canal, aunque en aquel momento no disfrutaba de ellas. Su mirada se centraba en el maletín que se encontraba abierto delante de él en la mesa clásica de caoba que ocupaba la sala anexa al dormitorio. Estaba solo, hablando por teléfono con Baikal, en Kiev, muy lejos de allí.

–Entonces, levanto el protector de plástico, meto la llave, la giro un cuarto de vuelta y ya está activado el mecanismo. ¿No es así?

–Así es –escuchó en el receptor. La voz sonaba algo distorsionada, fruto de los filtros que conseguían que la llamada fuera segura–. Solo quedará apretar el botón.

–Ya podíamos haber diseñado un botón que no fuera rojo –señaló Rudin–. No sabe los quebraderos de cabeza que me está ocasionando un color tan llamativo.

El comunicante no supo qué responder al comentario.

–Déjelo, son cosas mías –prosiguió Rudin–. A partir de que pulse el botón, ¿en cuánto tiempo se producirá la explosión?

–Exactamente a la hora, cuando usted esté reunido con los representantes de la Unión Europea.

–Perfecto. De modo que todo sigue según lo planeado. ¿Y cuándo introducirá usted el virus en el sistema?

–Esta noche. De eso no se preocupe. Será de madrugada. Una vez contaminado el sistema, permanecerá invisible e indetectable hasta que usted dé la orden.

–Muy bien, Baikal, será recompensado como se merece. Un héroe de la patria. Quiero tenerlo a mi lado cuando Rusia domine el mundo.

–A su servicio, señor. Nos veremos en Moscú.

–Nos veremos en Moscú. Buenas noches.

\*\*\*

–Sí, señor. Ha pedido la maleta pequeña que le dejó el vicepresidente.

Kriuchkov hablaba con Moscú. El general Tereskov escuchaba atentamente sus palabras.

–Extreme la vigilancia, Kriuchkov. Se acerca el momento. Trate de no dejar solo a Rudin ni un minuto. Puede ser justo el instante contra el que le he prevenido.

–Haré lo que pueda, señor.

Kriuchkov colgó y se quedó con una sensación amarga en la boca. ¿Cómo iba a controlar al presidente? Tereskov pedía demasiado y no era claro. El general no estaba allí, en medio de aquel fregado, y le era muy fácil dar órdenes a distancia. No quiso darle más vueltas. Haría exactamente lo que había prometido. Lo que pudiera.

Venecia.

La delegación rusa cenó en la sala Flamingo D, un comedor privado de la planta baja del hotel Danieli. Anya Amasova, al no pertenecer al séquito presidencial, no fue invitada. Su presencia habría despertado demasiados interrogantes y Kriuchkov decidió que se mantuviera al margen, en contacto únicamente con él.

La comida del hotel fue espléndida, un menú compuesto de tortellini alla gorgonzola con crema de nabos, acelgas y compota de cebolla roja de primero, y de segundo solomillo de ternera Fassona del Piamonte, con salsa de vino Amarone, repollo chino, crema de puerros y uva confitada.

A Rudin la descripción de los platos le pareció demasiado sofisticada. Mucha fantasía, pero la realidad es que se había quedado con algo de hambre. Preguntó con ansiedad qué había de postre.

\*\*\*

Olegario se encargó de estudiar la configuración del hotel. Se dividía en dos edificios: el palazzo Dandolo, del siglo XIV, y un anexo posterior. En la parte antigua, donde se encontraba la suite reservada por Ariosto, Olegario revisó los tres pisos, el último compartido con el servicio secreto ruso, que tenía apostados en los pasillos a dos agentes de manera continua.

El hotel se articulaba en torno a un patio techado central en el que destacaba una espectacular escalera gótica, todo un indicio de lo que reservaba el establecimiento a sus clientes. La opulencia del mobiliario y una decoración clásica con algún toque moderno provocaba en Olegario la contemplación del inmueble como si de un museo se tratase.

La suite de su jefe era de un lujo excesivo, casi indecoroso, opinión que no era compartida por Ariosto, que estaba encantado.

Los rusos no aparecieron por la terraza restaurante de la azotea del edificio anexo, lo que le decepcionó algo, aunque lo prefería así, para evitar situaciones tensas tan pronto. Olegario llamó a Ariosto y le indicó que podían acercarse a cenar.

\*\*\*

Antoinette era un manojo de nervios y no atendía a los comentarios de Ariosto sobre los pisos de terrazzo veneciano, ni sobre los sillones dorados de estilo barroco tapizados con telas adamascadas en verde y dorado, colores que se reflejaban en las espirales de polvo dorado de los candelabros de cristal de Murano, ni si el elaborado techo de estuco con fresco original incluido, había sido pintado por Iacopo Guarana en el siglo XVIII. Todo eso le daba igual. Su mente estaba en la conversación que pretendía mantener con Rudin en las próximas horas. Y en cómo añadir a su poder de convencimiento otras facultades, apenas usadas durante su vida, de influir en un cerebro ajeno. Eran de ese tipo de habilidad que siempre la había atemorizado. No sabía hasta qué punto podía hacer más daño que bien. Sin embargo, esa noche iba a rescatarlas de lo más profundo de su psique para destinarlas a un fin superior. O al menos de ello se había autoconvencido.

La llamada de Olegario la distrajo de su concentración y aceptó mitigar su angustia con una visita al restaurante.

La noche estaba fría, por lo que decidieron cenar en el interior del restaurante. Olegario permaneció a caballo entre la terraza descubierta y la entrada del restaurante, vigilante. A sugerencia del solícito chef, pidieron de primer plato maccheroncini caseros con alcachofas de Sant'Erasmus, recubiertos de crema de alcachofas de Jerusalén, y acompañados de crujiente beicon fresco y de rodajas de trufa negra. De segundo, Ariosto se decidió por un cordero

de Alpage con corazones de alcachofa, espárragos de Bassano, hierbas de primavera y helado de mostaza. Antoinette prefirió anguila de la laguna de Venecia glaseada con cerveza, salsa de anchoas, flores de calabacín y radicchio rojo.

Estaban a punto de pedir el postre cuando se les acercó un hombre que ocupaba una mesa lejana y se dirigió a Antoinette en francés.

–Madame Montparnasse, permítame que terminemos la conversación interrumpida en la tarde de ayer.

La francesa tardó unos segundos en reconocer al hombre con el que se había encontrado en las catacumbas de París, ¿la tarde anterior? Parecía que había pasado una semana de aquello. Ariosto miró a Antoinette, esperando un gesto de asentimiento o de rechazo. Igual hizo Olegario desde el otro lado del salón. Antoinette le puso a su compañero de cena una mano en el brazo, tranquilizándolo.

–Siéntese, señor...

El hombre sonrió levemente y apartó una de las sillas para sentarse a la mesa.

–Rand, Jim Rand.

–Le presento a Luis Ariosto, a quien le estoy complicando la vida con mis problemas.

–Mucho gusto, monsieur Ariosto.

Ariosto estrechó la mano del recién llegado, manteniendo una cierta tensión.

–Como le dije ayer, soy agente de seguridad de Estados Unidos –indicó Rand en voz baja–. En misión oficial.

–Me hago cargo –dijo Antoinette–. ¿Qué desea de mí, que me sigue por varios países?

–Entiendo que no quiera fiarse de nadie, y le ha ido bien hasta el momento, pero no siempre será así. Antes que nada, quiero advertirle de que no soy su enemigo. Al contrario, en cualquier caso, mi presidente está muy interesado en que a usted no le ocurra nada desagradable.

Antoinette asintió y esperó a que el americano continuara.

–Sabemos lo que ocurrió en el museo de Río de Janeiro. Creemos que usted está en posesión de una información confidencial y muy delicada, por llamarla de alguna manera. Le pido que la comparta conmigo.

–Me pide usted mucho, monsieur Rand. Cada vez que intento cenar aparece alguien con una pistola y me levanta de la mesa.

–Desde luego, ese no es mi caso. Esa falta de delicadeza es propia de otras gentes y de otros países.

–Al menos se ha presentado antes del postre –intervino Ariosto–. En París no llegamos a probar bocado.

Rand no supo qué responder al comentario. Miró a Antoinette.

–¿Qué más saben ustedes, los americanos? –preguntó la francesa.

–Sabemos que los rusos han puesto en movimiento a su mejor agente para interceptarla y silenciarla, madame – Rand había adoptado su semblante más convincente–. Y tal vez pretendan hacerlo de modo definitivo. Por eso le ruego que se ponga bajo nuestra protección.

–No es protección lo que necesito –la voz de Antoinette subió un semitono–. Hay que detener a ese hombre, Rudin. Necesito ayuda para eso.

–Y yo necesito saber lo que ocurre para ofrecerle la ayuda del Gobierno de Estados Unidos.

Pasaron dos segundos largos tras la última frase. Antoinette pareció luchar contra sí misma antes de responder.

–Déjeme su mano, monsieur Rand.

Si la petición le pareció extraña al estadounidense, lo disimuló muy bien. Le extendió el brazo y dejó que la mujer le tomase la mano. Se mantuvo otro largo par de segundos mirándole fijamente a los ojos.

–De acuerdo. Se lo contaré –dijo, por fin.

Ariosto puso su mano sobre la de ella, intentando decirle que se lo pensara mejor. La francesa le devolvió la mirada, serena y convencida.

Y Antoniette le contó a Rand su visión, incluyendo todos los detalles. El agente americano se fue poniendo pálido a medida que avanzaba en su relato. Cuando la mujer terminó su narración, Rand se dio cuenta de que, involuntariamente, había retenido la respiración. Tomó aire y se disculpó para hacer una llamada telefónica urgente a Washington.

La más urgente que iba a hacer en toda su vida.

Venecia.

Igor Stepanov, alias Pegaso, caminaba intranquilo por las calles peatonales de Venecia. Se había asegurado de que no lo seguía nadie, ya que ninguno de los miembros de la expedición rusa se había percatado de que había abandonado su habitación y el hotel por una salida de servicio de la parte nueva del establecimiento que daba al estrecho callejón de le Rasse. Nadie lo había visto abandonar su habitación. Vigiló la puerta por donde había salido durante cinco minutos, y no apareció ninguno de los miembros del servicio secreto. Más confiado, avanzó por la callejuela alejándose del Gran Canal y del bullicio que lo rodeaba. Las vías peatonales fueron despoblándose de turistas a medida que caminaba, hasta que llegó a una zona de la ciudad que solo los venecianos transitaban. Los ruidos de ambiente fueron atenuándose progresivamente hasta el punto de quedar reducidos al sonido de los programas de televisión de las viviendas y de alguna motora particular de alguien que llegaba tarde a casa.

Giró al noroeste y miró su reloj, las diez y media. Iba con tiempo suficiente para llegar al McDonald's a la cita de las once.

Si es que se mantenía el encuentro.

Y esa era una de sus inquietudes. ¿Estarían los americanos esperándole? Las otras preguntas que se hacía eran del tono de: ¿A qué hora cerraba el restaurante? ¿Habría mucha gente a esa hora? ¿Podría hablar con alguien de importancia que se diera cuenta del peligro de la situación?

Tras quince minutos de caminata, cruzó el puente sobre el río de Los Apóstoles y llegó a la Strada Nova. Giró a la

izquierda y se internó en la calle recta más larga y ancha de la ciudad. El número de turistas y paseantes había disminuido sensiblemente respecto a la mañana, pero todavía, a pesar del fresco de la noche, había un número considerable de ellos deambulando por allí.

Stepanov llegó al McDonald's y lo encontró abierto. Aliviado, comprobó que cerraba a medianoche. Por su reloj quedaban cinco minutos para las once. Hizo una breve cola delante de los mostradores y pidió de nuevo un cappuccino. Ninguno de los empleados del restaurante lo reconoció, todos eran del turno de tarde.

Stepanov se sentó en el mismo asiento en que lo hizo por la mañana y esperó a que el café se enfriara un poco. Sabía que si lo estaban observando los americanos necesitarían comprobar que nadie lo hubiera seguido. Él estaba prácticamente seguro de que así era, pero todas precauciones eran pocas.

A los diez minutos y una vez terminado el café, un hombre se sentó a un lado de Stepanov y abrió un periódico. El ruso advirtió el extraño movimiento. Nadie lee un periódico a las once de la noche.

–Pegaso –dijo en voz baja al ruso.

–Belerofonte –respondió.

Stepanov se sintió más tranquilo, aunque no pudo evitar pensar que el tipo que había inventado aquellas claves debía ser un fanático de la mitología griega y el caballo alado su héroe. El ruso reconoció el rostro del hombre sentado a su izquierda. Era el mismo que lo esperaba en los servicios del museo de Río de Janeiro.

–¿Qué tiene para nosotros? –el americano habló en inglés musitando al periódico–. Dijo que era urgente.

Stepanov miró el fondo de su vaso de cartón, como si esperase que rebrotase por milagro el café consumido.

–Era urgente la semana pasada. Ahora es vital.

Stepanov metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y sacó un pendrive.

–Aquí está todo –prosiguió–. El plan completo. Rudin se propone hacer explotar una bomba atómica en Kiev. Muy pronto. Tal vez mañana.

El agente americano Mike Booth se quedó estupefacto. Dejó caer el periódico hacia adelante y giró la cabeza hacia Stepanov, contraviniendo todas sus instrucciones.

–¿Cómo ha dicho? –le preguntó, pasmado.

–Ya lo ha oído. Nos queda esta noche para evitarlo. Yo poco puedo hacer, Rudin no confía en mí al cien por cien.

–¿Una bomba atómica? –repreguntó Booth, todavía bajo el efecto del shock de la noticia.

–Estrújense el cerebro, americanos, porque la bomba que va a explotar es de ustedes.

Booth soltó el periódico en la barra de bebidas que tenía delante, junto al vaso del cappuccino. Se levantó de un salto, tomó el pendrive y dejó sobre la tarima su móvil.

–Cójalo. Debemos tener un canal de comunicación directo. La situación lo requiere.

Stepanov cogió el teléfono y lo introdujo rápidamente en el bolsillo de su abrigo.

–¿Está seguro de que va a ser mañana? –inquirió Booth, rodeando a Stepanov camino de la salida.

–No lo estoy –respondió el ruso antes de levantarse a su vez para tirar el vaso al contenedor de residuos–. Pero, ¿vale la pena correr el riesgo?

Washington D. C.

John Patrick Conrad, el presidente de Estados Unidos, se miraba en el espejo del dormitorio de la Casa Blanca. ¿El esmoquin le estaba quedando pequeño? Debía cuidar más su dieta. Con tantas comidas y cenas era difícil mantener la línea. Su esposa ya se lo había advertido pero, como todas las esposas advierten de tantas cosas, no le había prestado excesiva atención. Hizo propósito de enmienda para comenzar a adelgazar al día siguiente y se colocó mejor la pajarita.

Se disponía a acudir a una cena para recaudar fondos organizada por la Asociación de Enemigos del Rifle, un grupito de millonarios contrarios a que los ciudadanos portaran armas de fuego sin la correspondiente licencia y control gubernamental. Como habían sido importantes en la aportación de fondos para su candidatura a la Presidencia, había que atenderlos bien. El grupo de técnicos del Departamento de Estado ya tenía redactado el primer borrador de la ley que obligaba a que los usuarios de armas de fuego pasaran por el aro. Sabía que los republicanos pondrían el grito en el cielo, pero ostentaba una mayoría en el Congreso, algo extraordinario en los últimos tiempos, que le iba a permitir conseguirlo.

Su mujer, Maggie, dio los últimos toques al rímel de sus pestañas en el cuarto de baño.

–Ya estoy preparada –anunció.

–Yo también –contestó Conrad.

–No quiero verte tomando vino esta noche. Lo pruebas en el brindis y lo dejas. No tienes ni idea de las calorías que contiene.

Conrad iba a replicar cuando sonó su teléfono móvil. Lo cogió de encima de la cama y descubrió en la pantalla que la llamada procedía de la oficina del director de la CIA. Extrañado, pulsó la tecla verde de establecimiento de comunicación.

–Conrad al habla.

–Buenas noches, señor presidente. Le habla Jack Coltrane, el director de la agencia.

–Hola Jack, ¿cómo estás? Me pillas saliendo para otra dichosa cena benéfica.

–Le ruego que se mantenga localizable en todo momento. Tenemos una crisis entre manos de alcance insospechado. Me permito sugerirle que convoque de inmediato el Consejo de Seguridad Nacional.

El presidente alzó una ceja, extrañado.

–¿Qué ocurre, Jack?

–Los rusos, señor. Tienen un plan para hacer estallar una bomba atómica en la base de la OTAN en Kiev. Y será una de nuestras armas.

–¿Qué me está diciendo? –Conrad pasó de la extrañeza a la alarma– ¿Tiene esto algo que ver con lo de Río de Janeiro?

–Afirmativo, señor. Nuestro hombre en el Kremlin, Pegaso, nos ha pasado información de primera mano del plan. En este momento los documentos están siendo transportados por avión a nuestra embajada en Roma para que sean enviados mediante cifrado seguro a Washington.

A Conrad le pasaron mil pensamientos por la cabeza. El primero, de incredulidad.

–¿Hasta qué punto es fiable ese Pegaso? ¿No será una treta de los rusos para hacernos caer en ridículo? Ya sabe, que los estadounidenses aparezcamos como una banda de histéricos alarmistas.

–Pegaso es nuestra mejor baza en el Gobierno ruso. Nunca nos ha fallado. Y además, la historia está confirmada por otro testimonio.

–¿Otro testimonio?

-Uno de nuestros hombres del servicio secreto nos ha informado en el mismo sentido. Su fuente es un testigo muy cualificado a la que estábamos siguiendo desde hace días.

-¿Se sabe quién está detrás de todo esto?

-Al parecer se trata del mismísimo Maxim Rudin.

Conrad tragó saliva.

-¿Cuándo tendremos la información completa, Jack?

-En una hora aproximadamente.

-Entonces anularé mi cena y convocaré al Consejo.

-Si me permite un consejo, señor, no sería inteligente crear ninguna alarma. La prensa espera que vaya usted a esa cena. Aproveche esa hora para hacer acto de presencia, déjese ver, sonría, y retírese en cuanto pueda.

Conrad pensó que el consejo del jefe de los espías americanos no era malo.

-Bien, Jack, llame a la secretaria de Estado, Stephanie Denton, y pídale de mi parte que convoque al vicepresidente y a los secretarios de Defensa y al consejero de Seguridad Nacional en la Casa Blanca en una hora. Quiero que todo el mundo esté en sus puestos en los departamentos correspondientes en el mismo tiempo. Y con discreción, Jack.

-De acuerdo, señor. Me pongo a ello.

-Gracias, nos vemos en una hora.

Conrad cortó la comunicación. Él mismo podría haber llamado a Stephanie, pero prefería que fuera Coltrane. Que trabajase un poco.

-¿Maggie? ¿Estamos? Vámonos a esa cena, pero te aviso de que tendré que irme antes del postre.

Su mujer sonrió desde el baño.

-Me alegro de que por fin te tomes en serio tu dieta, John.

Venecia.

–¿Crees que ha sido buena idea contarle a ese agente de la CIA tu visión? –preguntó Ariosto al tiempo que introducía la llave en la cerradura de la suite. En el Danieli todavía usaban llaves, con una llamativa borla roja al otro lado de la cadenilla, en vez de las omnipresentes tarjetas electrónicas.

–Los americanos tienen más medios que nosotros. Y ellos parecen muy interesados en este asunto. Si les conviene, nos ayudarán.

La puerta se abrió y Antoinette se adentró en la suite. Olegario, a indicación de Ariosto, que mantenía abierta la puerta con el brazo, entró tras ella.

–Si les conviene. Tú lo has dicho –concluyó Ariosto, cerrando la puerta tras él–. No sabemos hasta qué punto eso es así.

–Le daremos algo de tiempo –replicó Antoinette–. El señor Rand nos ha pedido que nos quedáramos en la habitación hasta que volviera y decidiéramos qué hacer. Y eso haremos. Al menos por un par de horas. No podemos presentarnos en la habitación de Rudin y exigirle que acceda a hablar con nosotros.

Ariosto miró a Olegario, inquisitivo, a propósito de la última frase de la francesa. El chófer se decidió a intervenir.

–La cerradura de la suite del presidente ruso no ofrece mayor dificultad, señor. Podría abrirla en un abrir y cerrar de ojos. Otra cosa son los dos escoltas del pasillo. Tengo la impresión de que no se van a mover de allí en toda la noche. Y no sabemos si Rudin está armado.

–Podríamos crear un conflicto internacional si lo forzamos a hacer algo que no quiere –añadió Ariosto–. No es mala

idea esperar un poco a ver si a los americanos se les ocurre algo.

Los tres se sentaron en los sofás estilo imperio del cuarto anexo al dormitorio. Ariosto se acercó al minibar del dormitorio en busca de un licor digestivo.

–Sebastián –dijo Antoinette cuando Ariosto salió de la estancia–, usted se está viendo involucrado en un asunto peligroso que no le concierne. Yo estaría más tranquila si se mantuviera al margen.

El chófer la miró como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo.

–Madame Montparnasse, hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Echaba de menos la acción. Tal vez me precipité en la decisión de convertirme en chófer, aunque con don Luis esa profesión es más entretenida de lo que había pensado. Le ruego que me permita estar cerca de ustedes.

–Como quiera. Siendo sincera con usted, no sé qué va a ocurrir en las próximas horas, ni a qué sorpresas nos vamos a enfrentar todavía.

En ese momento volvió Ariosto. En vez de traer en sus manos un vaso, las alzaba. Tras él, la pistola con silenciador de Anya Amasova apuntaba directamente a su espalda.

–Manténganse quietos y en calma –les dijo Anya en un francés con acento caribeño–, si no quieren que al señor Ariosto le pase nada malo.

Antoinette y Olegario se sobresaltaron ante la irrupción de la rusa encañonando a Ariosto.

–Usted –ordenó Anya a Olegario–, tire la pistola al otro lado de la habitación.

Olegario dudó un segundo. La agente rusa debía de haber notado el bulto debajo de la chaqueta de su uniforme. Obedeció con lentitud. La Beretta cayó en la mullida alfombra de la sala.

–Señor Ariosto –fue la siguiente orden–. Siéntese en la butaca libre. Todos con las manos donde pueda verlas.

Cuando los tres estuvieron en la posición ordenada por Anya, esta sonrió levemente de satisfacción.

–No se podrán quejar. Esta vez les he dejado cenar tranquilos.

Antoinette miró fijamente a Anya y se concentró en el mismo ejercicio que había desarrollado en la torre de la iglesia dei Greci. Si dio resultado una vez, volvería a hacerlo.

Anya sintió el mismo dolor de cabeza intenso y súbito de aquella mañana. Sintió la mirada directa de la francesa, que taladraba su cerebro. Anya se resistió al dolor y se concentró en expulsarlo de su mente sin dejar de vigilar a los tres retenidos.

–No sé qué intenta, señora, pero no le va a servir de nada

–dijo, y disparó.

Un silbido apagado salió de su arma y la bala se clavó en un cojín de encaje dorado que la francesa tenía a su derecha, en el sofá. Del agujero saltaron restos de plumas.

Antoinette perdió la concentración y cerró los ojos, dejándose caer sobre el respaldo del sofá. Sin ser consciente de ello, la rusa había sido capaz de resistirse al ataque y su fuerte oposición la había agotado.

Anya se sintió aliviada al remitir el dolor de inmediato. La crisis dentro de su cabeza desaparecía. Se notó algo extraña, como si hubiera descubierto algo insospechado dentro de ella.

–Ahora, nos quedaremos muy quietos durante unos minutos. Justo los necesarios para decidir qué voy a hacer con ustedes.

A Ariosto y a Olegario aquella frase les sonó mal. Muy mal.

Venecia.

Rand salió del ascensor y encaró el pasillo alfombrado de la tercera planta del hotel, tan ancho que parecía más un salón abierto al patio, dominado por una pesada mesa de aspecto medieval en el centro, y con un florero encima para darle menos gravidez. «Solo faltan las armaduras», pensó el americano.

La suite de Ariosto era la primera que se encontraba en su camino, por lo que no tuvo que pasar por delante de los escoltas rusos, apostados en las puertas de las suites del final del pasillo, elegidas expresamente por la delegación de Rudin por su situación estratégica.

Rand llegó a la puerta, asió el manillar y entró en la suite. Le recibió el inconfundible golpe sordo de un disparo con silenciador. Notó una fuerte quemazón en su brazo izquierdo y el instinto le hizo arrojarse al suelo y rodar sobre él tras un sofá al tiempo que trataba de sacar su arma de su funda en la axila. Un segundo disparo atenuado se escuchó y un jarrón que se hallaba encima de un aparador, a su espalda, saltó hecho añicos. En un movimiento mil veces repetidos en sus años de entrenamiento empuñó su arma, se levantó y disparó a su vez con su pistola Walther PPK, también provista de silenciador. En la décima de segundo en que tuvo campo de visión contempló a la francesa y sus dos acompañantes que se arrojaban al suelo y enfrente, al otro lado del salón, la silueta inconfundible de Anya moviéndose rápidamente a su derecha. Supo de inmediato que la bala no iba a dar en el blanco. Ajustó el arma y disparó de nuevo. El siguiente proyectil se incrustó en el marco de la puerta abierta que daba al dormitorio. La rusa había conseguido

protegerse tras él.

\*\*\*

Olegario no esperó a escuchar el segundo disparo de Rand, cogió la mano de Antoinette y tiró de ella mientras se levantaba. La francesa aprovechó el impulso y se puso en pie también, y ambos corrieron hacia la puerta de salida de la suite.

\*\*\*

Ariosto se vio envuelto en el fuego cruzado de los dos agentes y quedó en el suelo, inmóvil. Notó por el rabillo del ojo cómo sus dos acompañantes aprovechaban la confusión para tratar de escapar. Desde donde él estaba, en el punto más alejado de la puerta, no podía ni siquiera intentarlo sin riesgo de acabar acribillado.

\*\*\*

Anya sacó el brazo de detrás de la puerta y disparó al azar dos veces en dirección a Rand. El estadounidense, previendo el contraataque, se había desplazado a su izquierda. Los impactos se perdieron en un taquillón del siglo XVII, que crujió a modo de queja por aquel atentado. Observó que la vidente y el criado cruzaban el umbral de la suite hacia el pasillo exterior y disparó dos veces también hacia la puerta del dormitorio. Un ruido de cristales rotos se escuchó inmediatamente al fondo, fuera de su visión. Aprovechó el momento y salió corriendo hacia la puerta de salida, que alcanzó en cuatro pasos.

Se encontró fuera con Olegario y Antoinette, que se reponían de la tensión.

–¡Abajo! ¡Rápido! –les conminó en voz baja, pero urgente, empujándoles hacia las escaleras.

\*\*\*

Ariosto notó que el tiroteo había cesado y levantó la cabeza. No vio a nadie a su alrededor y comenzó a incorporarse. Cuando apoyó la rodilla en el suelo, notó la presión de un cilindro duro sobre su cabeza.

–Usted se queda conmigo, monsieur Ariosto –escuchó

detrás de él—. No se mueva.

Y Ariosto se quedó quieto. Muy quieto.

\*\*\*

Valentín Iliuskhin se mantenía vigilante al final del pasillo, por fuera de las puertas de las cuatro suites que había reservado la delegación rusa cuando vio salir de la suite del fondo del pasillo, con cierta prisa, a dos personas primero y a otra después que acababa de entrar.

No le pareció una actitud normal, por lo que se enderezó y comprobó que llevaba el arma bien colocada en su funda bajo el brazo. Avisó a su compañero, que se encontraba justo delante de la puerta de la suite del presidente, para que prestara atención.

Las tres personas salieron de su campo de visión rápidamente y no pudo verles el rostro, aunque una de ellas era una mujer. Como continuaron escaleras abajo y no volvieron en el siguiente minuto, relajó su vigilancia al nivel de antes de la extraña aparición de sus vecinos de piso. Su misión se limitaba a todo lo que pudiera ocurrir a cinco metros de la primera puerta de las suites ocupadas por los rusos. Lo que pasara más allá no era objeto de su incumbencia.

Washington D.C.

Jack Coltrane, el director de la CIA, expuso la situación en unos diez minutos, aportando todos los datos de que disponía su agencia, lo que era decir mucho, ya que siempre solía guardarse alguna carta en la manga.

A John Patrick Conrad, el recién electo presidente de Estados Unidos, los platos de la cena benéfica, trasegados a una velocidad mayor que la usual, le estaban empezando a sentar mal. Y no podía echarle la culpa al cocinero, la comida estaba deliciosa, pero las noticias del director de la CIA le habían revuelto el estómago.

Cuando Coltrane terminó y se sentó, unos segundos de silencio se pasearon a lo ancho y largo de la Situation Room, la sala donde el presidente estadounidense y sus ayudantes más cercanos se enfrentaban a sus peores problemas. Se encontraban presentes el presidente Conrad; Stephanie Denton, la secretaria de Estado; Gary Powers, el vicepresidente; el general Michael Faltoyano, secretario de Defensa; Walter Lanz, consejero de Seguridad Nacional; y Jean Simmons, jefa del Gabinete de la Casa Blanca. Todos se miraron con nerviosismo, esperando unos por los otros para intervenir en primer lugar.

La mirada de Conrad se encontraba perdida en los tres relojes digitales que destacaban en los paneles de madera que forraban la sala y ocultaban las múltiples pantallas y aparatos multimedia que existían detrás. Los relojes indicaban la hora local de Washington, la de Venecia y la de Moscú.

–Entonces –dijo el presidente–. ¿El peligro es real?

El director de la CIA se apoyó en los codos, como para dar

mayor énfasis a lo que iba a decir, antes de responder.

–Todos los informes de Pegaso han resultado buenos, señor. Se lo ratificó en persona a nuestro agente en Venecia. Y además tenemos un segundo testimonio. Es real.

–¿Qué opciones tenemos de contrarrestar ese virus informático de que ha hablado? –preguntó Conrad.

El director Coltrane no dudó un segundo en responder.

–Nuestros mejores especialistas están prevenidos, pero no conocen con exactitud a qué se enfrentan. Es un invento desconocido. Por una vez, los rusos se nos han adelantado en la carrera informática, aunque sospechamos que ha sido con la ayuda de expertos indios que colaboran con ellos.

–¿Qué hay de los cortafuegos y antivirus de última generación? –preguntó Lanz, el consejero de Seguridad Nacional–. Nos gastamos más de veinte millones de dólares en ellos.

–Son los mejores que existen en la actualidad –respondió Coltrane–. Nuestros mejores informáticos dudan de que el virus ruso sea capaz de esquivarlos. Sin embargo, la terminología del informe de Pegaso los ha dejado algo confusos. Al no conocer los detalles de su funcionamiento, no están seguros de poder contrarrestarlo en el caso, improbable según ellos, de que pueda entrar en el torrente informático de la base.

–Esa cuestión ha quedado clara –dijo el presidente–. ¿Qué hay de Rudin? ¿Podemos hacer algo con él?

Stephanie Denton se adelantó al director de la CIA en la respuesta.

–Si esto resulta una falsa alarma, se puede crear un conflicto diplomático de primer orden si acusamos al presidente ruso de urdir un plan tan descabellado como ese.

–Stephanie –replicó Conrad–, ¿crees que Rudin está tan loco como para llevar a cabo ese plan?

La secretaria de Estado meditó unos instantes la respuesta.

–No está loco en el sentido en que usted lo dice, señor. Es más bien un fanático, lo que puede interpretarse como un

cierto trastorno, pero sabe muy bien lo que hace. Está obsesionado con que Rusia vuelva a tener el protagonismo mundial que tenía hace treinta o cuarenta años, durante la Guerra Fría. Esa obsesión nos obliga a tomarnos en serio esta amenaza.

–¿Y si hablamos con él? –insistió el presidente–. Sabrá que le hemos descubierto. No podrá seguir adelante.

–Existen dos problemas en torno a eso. –El director de la CIA volvió a tomar la palabra–. El primero es que no sabemos con exactitud cuándo se producirá la explosión. Es posible que sea mañana, pero puede ser cualquier otro día. El segundo es que quiera hablar con nosotros. En estos momentos debe de estar durmiendo, y mañana a primera hora ya tiene ocupaciones oficiales. Puede aducir que no tiene tiempo para atenderle, señor presidente.

Conrad se arrellanó en su asiento. Sus colaboradores no le aportaban soluciones.

–Lo intentaremos de todos modos, Jack. Si no quiere hablar conmigo lo consideraremos un acto de hostilidad.

–Incluso eso es complicado –dijo Powers, el vicepresidente, que era juez del Tribunal Supremo en excedencia–. Las pruebas que tenemos no servirían ante un tribunal. Solo disponemos de un fichero informático en Word que puede haber sido escrito por cualquiera. No podemos demostrar que lo haya redactado alguien del entorno presidencial del Kremlin y, por supuesto, que lo haya hecho el presidente ruso. Y además de eso, solo disponemos del testimonio de Pegaso, que se limita a que lo copió y extrajo de modo ilegal del ordenador de Rudin. No existe acto alguno de hostilidad que podamos alegar.

Conrad se puso en pie, exasperado.

–Señores, quiero que dejen ya de decirme lo que no puedo hacer y empecemos a pensar en qué haremos. Nos encontramos ante una posible crisis de consecuencias impredecibles, tal vez catastróficas. Debemos poner todos los medios a nuestro alcance. Todos.

El presidente se dirigió al director de la CIA antes de proseguir.

–Nuestros hombres de la CIA en Venecia, ¿están preparados para actuar en cualquier momento?

–Por supuesto, señor –contestó Coltrane–, aunque no entiendo bien a qué se refiere. ¿Actuar?

–Lo que le pregunto es, si en caso de que lo consideremos necesario, podrían ser capaces de eliminar esa amenaza llamada Rudin.

Coltrane, atónito ante lo que proponía su presidente, no acertó a contestar. Stephanie Denton acudió en su ayuda.

–Señor presidente, estoy segura de que podremos resolver esta crisis por los cauces acostumbrados. Somos la primera democracia del mundo, y seguiremos siéndola.

Conrad asintió. Las palabras de la secretaria de Estado llevaban una carga simbólica enorme, pero no aportaban ninguna solución. No podían quedarse allí esperando a que la bomba explotase.

–Nadie duda de eso, Stephanie –replicó–. Pero tenemos la responsabilidad de evitar que suceda lo que cuenta el informe que Pegaso nos ha enviado. No sabemos cuánto tiempo tenemos. Quiero soluciones. Y las quiero ya. ¿Lo entienden?

Venecia.

–¿Qué hacemos? –preguntó Antoinette–. Tenemos que liberar a Luis.

Rand y la francesa se encontraban en el pasillo del piso segundo del hotel, Olegario se mantenía en la escalera, vigilando la puerta de la suite de donde habían salido un minuto antes.

–Mi misión es que usted no caiga en las manos de los rusos –respondió Rand–. Y estoy seguro de que esa mujer no le va a hacer daño a monsieur Ariosto. No le serviría de nada.

–¿Cómo que no? Elimina a un testigo –replicó.

–Hay tres testigos más. Conozco cómo trabaja esa agente, cualquier cosa que haga será práctica y no se meterá en problemas innecesarios. Creo que lo mejor será pedir refuerzos.

–Está usted herido –observó Antoinette. Un par de gotas de sangre había caído a la alfombra, aunque la herida se disimulaba por el traje negro del americano.

–Es solo un rasguño.

Rand sacó un pañuelo de su pantalón y se quitó la chaqueta. Antoinette hizo una improvisada venda sobre el brazo con la camisa puesta.

–¿A qué refuerzos se refería? –preguntó la francesa.

Rand pensó unos segundos. La CIA disponía de cuatro hombres en torno a este operativo, incluyéndolo a él. Eran muy pocos y no tenían ninguna jurisdicción en Italia. Una de sus órdenes era evitar situaciones incómodas desde el punto de vista diplomático. La mejor solución era acudir a las autoridades locales. Igual que ocurrió en Pakistán, la policía se encargaría de Anya.

– Llame a la policía de Venecia. La agente rusa no se atreverá a enfrentarse a los agentes italianos. Y no diga nada de mí. Yo trataré de ayudarles por otros medios.

\*\*\*

– Perdona, signora, ¿me está diciendo que una mujer con una pistola está reteniendo a su marido en la suite Royal Doge Dandolo?

El conserje de noche del hotel Danieli, un tipo delgado y circunspecto, no podía creerse lo que estaba oyendo. Nunca había ocurrido nada semejante en aquel respetable establecimiento.

– Exactamente, haga el favor de llamar a la policía – solicitó Antoinette.

– ¿Está segura? A la Polizia di Stato no les hace mucha gracia que los molesten sin motivo. Tienen malas pulgas, como se dice vulgarmente.

– ¿No me cree? ¿Qué tal si me acompaña y llama a la puerta? Tal vez a usted no le dispare.

El conserje abrió los ojos, pasmado.

– Los llamo inmediatamente, signora. Pero, por favor, no se mueva de aquí hasta que lleguen.

\*\*\*

El inspector Giulio Falcone, en efecto, tenía malas pulgas, o eso decían todos sus compañeros y sus detenidos, menos su mujer, que no se explicaba la fama de malhumor continuo que se le endosaba a su marido. «Si lo hace es para hacerse respetar, en casa es un encanto», comentaba a sus amigos.

Y el semblante de disgusto de Falcone aquella noche venía acrecentado por verse obligado a estar localizable de guardia en la víspera del martes de carnaval. Y todo porque el comisario, Guido Brunetti, estaba de vacaciones fuera de Italia. ¿A qué veneciano se le ocurría salir de la ciudad en Carnaval? Y no solo por eso, sino porque, además, lo habían levantado de la cama y hecho salir a una noche fría por un incidente que tenía todos los visos de ser una broma pesada. Y en el Danieli, nada menos.

La lancha de la policía que le transportaba desde la questura se deslizó suavemente en uno de los embarcaderos de la riva degli Schiavoni y Falcone saltó a tierra, acompañado de dos agentes de uniforme. Más que como escolta, los llevaba como testigos, por si le tocaba enfrentarse a algún cliente chiflado, de esos con mucho dinero y que sueltan rápidamente la frase «usted no sabe quién soy yo». Ya estaba escarmentado de esas historias.

El trío caminó a paso rápido los treinta metros escasos hasta la puerta del hotel, que se encontraba cerrada. El inspector tocó el timbre y una de las hojas se abrió con un chasquido.

Falcone se encontró con un conserje con expresión de disponerse a pedir disculpas y con una señora hecha un manojo de nervios. El empleado del hotel le presentó a madame Montparnasse, la clienta que ocupaba la mejor suite del hotel. «Ya empezamos», pensó Falcone.

La señora francesa le explicó que una mujer se había introducido en la habitación y había sorprendido a la pareja cuando volvían de cenar.

–¿Cree que es peligrosa? –preguntó el inspector.

–Ha disparado con una pistola con silenciador cuatro veces. Me da la impresión de que sí lo es.

A Falcone no le gustó el tono de la mujer, que le pareció algo sarcástico.

–¿Se lleva bien con su marido? –volvió a preguntar con toda su mala idea.

–¿Y si subimos? –replicó Antoinette, tratando de no perder tiempo en discusiones inútiles.

Falcone hizo una seña a los agentes.

–Indíqueme el camino, prego.

Antoinette se dirigió a la escalera.

–Es el tercer piso –indicó.

Falcone hizo un gesto de resignación. También tendría que hacer ejercicio esa noche.

La francesa y los tres policías italianos subieron los tramos

de escalera que les llevaron al último piso. Antoinette observó que Rand y Olegario habían desaparecido. Sabía que estarían ocultos en algún lugar, vigilándoles.

La mujer indicó cuál era la puerta y Falcone ordenó a uno de los policías que tocara en ella. Al segundo golpe de nudillos la puerta se abrió y Ariosto, con expresión de alivio, salió al pasillo.

–¡Gracias a Dios! –exclamó–. Esa mujer, la de la pistola, acaba de saltar al tejado por la ventana.

El semblante de Falcone se arrugó un tanto. Con un gesto ordenó a sus hombres que entraran en la suite para inspeccionarla.

–Entonces, signore, ¿ya no le apunta una mujer con una pistola?

–Se asomó a la ventana cuando llegaron ustedes en la lancha y ha escapado hace unos segundos.

Falcone gruñó y entró en la suite, más por curiosidad que por otra cosa. Se asombró de la recargada elegancia de las enormes estancias. «Hay que ver cómo viven estos ricachones», se dijo.

–¿Hay algo, sargento? –preguntó a uno de los policías.

–Nos hemos asomado al tejado y no hay nadie. En la habitación hay señales de violencia y de disparos en el mobiliario. Un espejo y un jarrón rotos, y además, esto.

El policía exhibió en alto una pistola Beretta.

–¿Esto es suyo, signore? –preguntó, volviéndose a Ariosto.

–Es de mi chófer –contestó.

–¿Y su chófer donde está, prego?

Ariosto miró a Antoinette, indeciso. Ella se encogió de hombros.

–Bene, bene. No hay mujer, no hay chófer, pero sí hay pistola y unos cuantos daños en el mobiliario. ¿Cree usted entonces que ya no corre peligro, signore? –preguntó a Ariosto.

–Desde luego, gracias a ustedes.

–Bene, entonces, vamos todos a la questura y me lo

explican mejor allí.

Venecia.

La questura, para sorpresa de Ariosto, estaba muy cerca del Danieli. La comisaría de San Marco se hallaba en la Fondamenta San Lorenzo, en el rio dei Greci, y reconoció la torre inclinada cuando la lancha pasó por delante. El trayecto finalizó en cinco minutos y los pasajeros saltaron fácilmente a los escalones que los elevaban al nivel del paseo peatonal.

Falcone les indicó que entraran en un edificio en el que ondeaban las banderas italiana y de la Unión Europea, y en el que en el portón de entrada lucía un rótulo con la leyenda Polizia di Stato. Ariosto encontró el interior de la comisaría decepcionante en comparación con el paisaje exterior, tan original. Dentro del centro policial, el mobiliario y la decoración eran exactamente iguales a los de otras miles de comisarías del mundo.

Ariosto y Antoinette fueron introducidos en un despacho en el que dos mesas con un ordenador en cada una de ellas les hizo deducir que era la sala de interrogatorios, o de toma de declaraciones, que eufemismos hay para todo.

Se sentaron en sillas de plástico negro con patas metálicas y esperaron a que Falcone volviera, como les ordenó.

–¿Estás bien? –preguntó Antoinette en cuanto se vieron solos.

–De una pieza –sonrió Ariosto–. A pesar de que lo intenté, la señora rusa no quiso intimar conmigo.

Antoinette sonrió a su vez. Le gustaba que no perdiera el buen humor.

–A ver cómo salimos de esta. Tenemos que volver al hotel.

–No sé si nos van a dejar entrar de nuevo, con el jaleo que

hemos montado. Y lo malo es que la habitación ya está pagada.

Antoinette no tuvo tiempo de sonreír al nuevo chiste de Ariosto. La puerta de la sala se abrió. Tras Falcone entró un hombre mayor vestido de traje y corbata que destilaba autoridad en sus movimientos. A continuación lo hizo Rand. Antoinette dio un respingo de esperanza.

–Parece que tienen buenos valedores –dijo Falcone–. El vicequestore en persona ha insistido en interrogarles. Todo un honor que haya venido a esta hora.

El vicequestore, dándose por aludido por la indirecta, le hizo una seña a Falcone para que se callara.

–Gracias, inspector. Yo me ocuparé ahora de esto. Puede marcharse.

Falcone echó un último vistazo a los dos detenidos, que Ariosto no supo descifrar si era de odio, enojo, o simplemente, porque miraba así siempre a la gente.

–Monsieur Rand –Antoinette habló en francés–. Menos mal que ha llegado. Ese inspector no se creyó una palabra de lo que le contamos.

–¿Va usted a interrogarnos, signore vicequestore? –preguntó Ariosto en italiano.

El policía italiano hizo un mohín de satisfacción, al menos podría hablar en su lengua. Se sentía más cómodo así.

–El señor ministro de Interior me ha llamado hace veinte minutos a mi casa, ya estaba acostado. –Enfatizó la frase, que quedara claro el esfuerzo que estaba realizando–. Y me ha pedido que me ocupe personalmente de su protección. No va a haber interrogatorio, el señor Rand ya me ha explicado lo que necesitaba oír.

A Ariosto la frase le sonó tan ambigua que estaba seguro de que el mando policial no tenía noticia completa de lo que estaba sucediendo.

–Gracias, vicequestore –Rand habló también en italiano, con un acento yanqui muy acusado–. Necesito protección especial para esta señora. Su vida corre serio peligro. Hay

una mujer con una pistola que tiene fijación por ella.

–Monsieur Rand –intervino Antoinette, que no tenía muy claro qué podía haberle contado el americano al vicequestore–. Tenemos que volver al hotel. Sabe que tenemos algo pendiente que hacer allí.

–Volveremos –le contestó–. Pero tenemos que esperar un poco. Mi jefe está de camino hacia aquí.

–¿Su jefe?

–Sí, el subdirector Hightower, comisionado especialmente por el Consejo de Seguridad Nacional de mi país para ejecutar aquí las decisiones que se tomen en Washington.

–Veo que por fin se lo han tomado en serio –comentó Ariosto.

–Hemos corroborado la información de madame Montparnasse con otra fuente muy importante. En efecto, esto va en serio. Por eso hay que esperar al subdirector.

–¿Y sabe a qué hora llegará?

–Como dicen en esta tierra, qui lo sa? Aprovechemos que en Italia saben hacer café. ¿Un espresso?

–Por cierto, señor Rand, ¿no estaba Sebastián con usted?

\*\*\*

Olegario se encontraba agazapado en el tejado del edificio anexo al palazzo Dandolo, el otro inmueble más moderno que formaba parte también del hotel Danieli. Había pasado de un edificio al otro a través de la cubierta de un pasadizo que lo comunicaba en la última planta, sobrevolando la estrecha calle de La Rasse.

Había llegado hasta allí siguiendo el camino recorrido por la agente rusa. Del balcón de la suite, con un poco de fuerza, valor y coordinación, podía subir al tejado izándose sobre el vacío. Le costó más de lo esperado, y se notó algo desentrenado, aunque se disculpó a sí mismo pensando que no todos los días se saltaba de un balcón a un tejado. Una vez en la cubierta, no alcanzó a ver a la agente que los había encañonado, pero sí el cierre súbito de una ventana en el edificio contiguo.

Caminando con sumo cuidado sobre el plano inclinado y rogando por que no se desprendiese ninguna teja, se acercó al lugar donde se había cerrado la ventana. Dedujo que no se trataba de una habitación del hotel, la ventana tenía una configuración distinta. Debía de ser un desván o almacén del establecimiento. Esperó unos minutos hasta estar seguro de que no había movimiento alguno y empujó la ventana hacia dentro. No se abrió. Lamentó no llevar consigo su juego de ganzúas y demás herramientas que lo abrían todo. Miro a su alrededor, nadie podía verlo, aunque sí oírlo. Sin pensarlo dos veces, dio una patada seca en la juntura central de las hojas de la ventana y esta se abrió tras un crujido indicador de que una pieza de carpintería ya no tendría arreglo.

De un salto se introdujo en la estancia. Como había deducido, en vez de una habitación, era un almacén de colchones apilados en vertical contra la pared y de ropa de cama ordenada en columnas. Al primer vistazo dedujo que no había nadie allí. Se dirigió a la puerta y la abrió. Al otro lado se encontró con el pasillo del hotel que comunicaba el ascensor con las distintas suites del edificio nuevo.

Olegario maldijo para sus adentros, la pista terminaba allí.

Decidió bajar por el ascensor del hotel, así que se volvió para tratar de arreglar algo el desaguisado de la ventana. Saliendo de la penumbra, apareció enfrente de él, oculta hasta ese momento tras unos colchones, la agente rusa, apuntándole con su pistola.

–Es usted un hombre muy curioso. Demasiado para ser un simple sirviente. Tal vez sea bueno que hablemos un rato.

Kiev.

Iván Spassky miró su reloj. Quedaban veinte segundos para llegar a las tres horas de la madrugada del martes que acababa de empezar. Se encontraba en la habitación del discreto apartamento que había tomado en Osokorky, uno de los barrios dormitorio de la periferia de Kiev, desechando el más céntrico que los agentes rusos en Ucrania habían elegido para él en Podil. Prefería llamar menos la atención y pasar desapercibido.

Tenía preparado el envío del virus informático, si es que se podía llamar virus, ya que no tenía nombre todavía. Un programa diseñado para manipular, sin control interno, la detonación de un misil crucero Tomahawk provisto de una cabeza atómica. Uno más de las decenas de misiles custodiados en la base de la OTAN en Vasylkiv. El programa se encontraba inserto en la maraña de órdenes informáticas de una aplicación para móvil que iba a enviar a través de un simple correo electrónico a las tres en punto, como se acordó.

Todas aquellas precauciones se adoptaban más para que el infiltrado ucraniano se tomara en serio la misión que por su necesidad práctica. La devastación producida por la explosión haría muy difícil cualquier investigación posterior, por no decir imposible, sobre todo porque a la zona cero no se podría acceder en años por la radioactividad. Pero eso, el ucraniano ni lo sabía, ni lo sospechaba.

El segundero pasó del cincuenta y nueve al cero y Spassky apretó el botón de envío de mensajes de su web de correo en su ordenador portátil. En un instante apareció en la pantalla que el correo había sido enviado, llevando consigo la orden

de notificación de recepción en cuanto el destinatario lo abriera. Esperó unos veinte segundos. No hizo falta más. El mensaje recién llegado le comunicó que Arseni Barna, el experto informático militar ucraniano destacado dentro de la base, a quien había enviado el correo, lo había abierto.

Spassky sonrió. Su misión había terminado. En unos minutos, cuando Barna cortara la corriente de datos durante dos décimas de segundo, al reanudarse el flujo se introduciría el programa dentro del circuito cerrado de los ordenadores de la base, sobre todo en uno de los programas más protegidos, el del lanzamiento y detonación de los misiles.

Spassky no se detuvo a celebrarlo. Apagó el ordenador y lo metió en su bolsa, junto con el resto de sus pertenencias. Comprobó que no se dejaba nada en el apartamento y salió a la calle. Esta vez no necesitaba ningún chófer. Había alquilado un automóvil en la estación de tren con la posibilidad de devolverlo en otro país y se disponía a poner tierra de por medio.

El coche permanecía donde lo había estacionado. Lo abrió y se introdujo en él. El motor arrancó a la primera, el frío no le había afectado, y Spassky se integró en el escaso tráfico de madrugada de la capital ucraniana. Se dirigiría al norte, a la frontera más cercana, la de Bielorrusia y, por ese azar del destino, pasaría muy cerca de Chernóbil. Los ucranianos estaban muy sensibilizados con los efectos de la radioactividad. Repetir la pesadilla iba a ser muy duro para ellos.

Tanto mejor.

\*\*\*

Arseni Barna estaba muy nervioso. Era uno de los dos informáticos que se encontraban de guardia aquella noche, víspera de fiesta, cuidando de que todos los circuitos, redes y conexiones funcionasen sin problemas en la base de la OTAN. El personal se había reducido al mínimo, dado que muchos habían aprovechado la cercanía del fin de semana

anterior para hacer puente, acogiéndose a su derecho, toda una conquista sindical, de tomarse un par de días libres al año sin dar explicaciones.

Barna había recibido el correo en su e-mail personal y lo había descargado en un pendrive. A continuación, siguiendo las instrucciones de Baikal, había buscado dentro de la aplicación un fichero concreto denominado BKL, sin duda en referencia al nombre en clave del agente ruso. Comprobó el peso informático del fichero. No llegaba a un mega, con lo que la transferencia tardaría una décima de segundo. Mejor así. Dos décimas de segundo era mucho tiempo para que, cuando se produjera el corte de datos, no saltase alguna alarma.

¿Qué pretenderían hacer los rusos con un fichero tan pequeño? Debía de ser un simple recopilador de datos, tal vez de órdenes, para luego reproducirlas. «Ese no es mi problema», se dijo, y se olvidó del asunto.

Se dirigió a su compañero, que se encontraba sentado dos consolas más allá en el control informático de la base.

–Boris, cuando vayas a tomar café, ¿me traes uno?

Su colega se volvió hacia él.

–Me has dado una gran idea, Arseni. La verdad es que ya me hace falta. ¿Lo quieres con azúcar?

–Sí, por favor.

El informático se levantó y abandonó su puesto en dirección a la máquina de café situada en el piso inferior del edificio central de la base.

Barna no perdió tiempo. Insertó el pendrive en una de las entradas del ordenador de Boris y colocó el programa en una pista de entrada de datos con una rutina de órdenes para que se integrara en el sistema cuando uno de los subprogramas más simples, el del reloj, se reiniciase. A continuación se levantó y se acercó a la caja de conmutadores de la red. Sabía que no existían cámaras en la sala donde trabajaba, por lo que no tenía necesidad de disimular sus movimientos. Buscó uno de los interruptores

que daban paso o cortaban el flujo de datos informáticos. Era un botón que se encontraba en la posición de encendido. Lo pulsó, y antes de que se retrajese unos milímetros lo volvió a pulsar. La luz del piloto apenas tuvo tiempo de apagarse, pero uno de los subsistemas se apagó y volvió a encenderse en una décima de segundo. El fichero BKL ya estaba dentro del sistema informático de la base.

Barna extrajo el pendrive del ordenador de su compañero y volvió a su asiento. Con un suspiro de alivio, se dijo que aquella iba a ser la última vez. El año próximo se retiraría y se marcharía muy lejos de allí. Tal vez a España, un país donde se vivía bien, a pesar de sus políticos.

Boris volvió en ese momento con dos cafés. Barna le agradeció el favor y se dispuso a tomárselo con calma. Ahora que todo estaba hecho, tenía toda la tranquilidad del mundo.

Venecia.

El subdirector Hightower hizo su entrada en uno de los despachos de la planta segunda de la questura de San Marco. Su imponente mole de jugador de fútbol americano destacaba al lado del delgado vicequestore, que le guiaba por el edificio, y su brillante piel negra acentuaba aún más las diferencias corporales entre ambos. Rand esperaba sentado en una silla la llegada de su jefe.

–Le agradezco su atención, vicequestore –dijo Hightower en un inglés lento y entendible–. Pero ahora necesito hablar con el señor Rand a solas.

–No hay problema –contestó el italiano en el mismo idioma. Era una de las pocas frases en inglés que le salían sin pensar–. Llámeme cuando me necesite.

Tras la salida del policía veneciano, Hightower cogió una silla y se sentó al lado de Rand.

–Buen trabajo al capturar a la francesa –dijo–. Una mujer muy escurridiza.

Rand sabía que Hightower no conocía los detalles de cómo Antoinette había ido a parar a la comisaría italiana, y prefería que continuara así.

–Gracias –respondió–. Ha costado, pero se ha conseguido. Ella insiste en que será capaz de convencer a Rudin si se encuentra cara a cara con él.

Hightower miró al suelo y movió la cabeza de un lado a otro.

–Nada de eso. Hay que descartarlo. En Washington llevan dos horas tratando de hablar con Rudin. Toda la burocracia rusa se ha puesto de acuerdo para que sea imposible que ese hombre se ponga al teléfono. Evidentemente, no podemos

decir a los telefonistas que atienden la llamada que sabemos lo que va a hacer en Kiev. Y ese es nuestro problema, siempre nos remiten al momento en que la agenda del presidente lo permita, o sea, cuando se haga de día.

–Entiendo. ¿Tendremos que esperar entonces?

El vicepresidente de la CIA levantó la vista con el ceño fruncido.

–¿Esperar dice? ¿Con el peligro que estamos corriendo? ¡Vamos a actuar! Y ahí es donde entra usted, Rand.

El agente enarcó las cejas por la alusión tan directa.

–¿Yo? ¿Quieren que haga algo?

Hightower asintió.

–Por eso estoy aquí. Para transmitirle las órdenes directamente. ¿Ha oído hablar de la Colt 1911 modificada?

Rand abrió los ojos asombrado.

–Es una leyenda. No existe desde 1975. Una pistola que lanzaba dardos minúsculos de toxina congelada que, al disolverse en la sangre, provocaba un ataque fulminante al corazón. Era perfecta porque apenas dejaba un punto rojo en la piel y la sustancia era indetectable en las autopsias. El Congreso armó tanto revuelo que se destruyeron todas las armas de ese tipo que se fabricaron.

–Y así es. Ya no existe ninguna Colt 1991. Pero sí un modelo mucho más perfeccionado. Tengo uno en mi maletín.

Rand, que había relajado su expresión, volvió a enarcar las cejas.

–No sé si le quiero entender, señor –dijo–. Si se ha molestado en traer consigo una pistola de esas es por algo.

–Rand, le voy a transmitir una orden directa del presidente de los Estados Unidos.

Rand se envaró en la silla. Hightower, satisfecho por la muestra de atención, prosiguió.

–Tiene la orden de coger esa pistola, entrar en la habitación de Rudin, y usarla contra él. Y después salir sin que nadie se dé cuenta.

Ahora Rand lo que abrió fue la boca.

–¿Así? ¿Sin más? –acertó a responder–. Entro, disparo y salgo.

–Lo ha comprendido perfectamente, le felicito.

Rand movió su trasero en la silla, inquieto.

–Me imagino que en Washington se dan cuenta de las posibles repercusiones de esta misión. Es un magnicidio.

–No me venga con prevenciones, Rand. He hablado con ellos hace diez minutos. Es una orden directa del presidente. Y desea que se ejecute lo antes posible. Esta misma noche.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rand. Aquella era casi una misión suicida.

–¿Y qué hacemos con la mujer francesa?

–Ella ya no es relevante. Pediremos a nuestros amigos italianos que la retengan aquí hasta mañana al mediodía, cuando todo haya terminado.

«No es mala idea», pensó. «Mejor dejarla fuera de todo lo que se avecina».

–No quisiera hacer esta pregunta, pero, ¿qué ocurrirá si me detienen antes de cumplir la misión o inmediatamente después de cumplirla?

Hightower esbozó algo parecido a una sonrisa.

–Usted es el mejor agente que tenemos. Está entrenado para ejecutar todo tipo de misiones. Y esta la cumplirá. Si algo sale mal, habrá que afrontar las consecuencias.

El tono de la frase de Hightower desdecía el mensaje de sus palabras.

Si algo salía mal, le iría muy mal a él, sin la menor duda.

Venecia.

–No me creo ni una palabra de lo que me ha contado –dijo Anya en francés, lengua en la que estaba hablando con Olegario.

–No tengo por qué mentirle. No gano nada con ello y usted sigue teniendo la pistola en la mano.

El chófer se encontraba sentado sobre dos colchones en el desván del hotel. La agente rusa se mantenía al otro lado de la estancia, de pie, a una distancia prudencial de tres metros. Los suficientes para que Olegario no pudiera saltar sobre ella sin haber recibido previamente un par de balazos en el intento. La penumbra se veía suavizada por la luz del exterior que entraba a través de la ventana rota.

Anya se sentía sobrecogida. La visión de la mujer francesa era terrible. Y todo apuntaba a su presidente. Sus ansias por volver a colocar a Rusia en el lugar en que él creía que debía estar en el concierto internacional, no podían basarse en algo tan terrible como una explosión nuclear. Y lo peor era lo que venía después, la espiral de represalias mutuas que llevarían al mundo a la destrucción.

«¿No sería todo un desvarío de una demente? Y en tal caso, ¿por qué la había llamado Pavlov y enviado a París con tanto secreto?»

Anya se convenció de que aquel hombre era en realidad el chófer del tal Ariosto, aunque se tomaba más competencias de las que le correspondían de acuerdo a su puesto de trabajo. Pero también pensó en su misión. La orden era clara, silenciar a la señora Montparnasse, y estando allí, con aquel hombre, no hacía sino perder el tiempo.

–Puede irse –dijo–. Y procure no cruzarse otra vez en mi

camino.

Olegario dio un respingo. Hubiera esperado cualquier respuesta de la agente rusa menos esa.

–¿Me puedo marchar?

–Sí, váyase. Espero que todo esto acabe bien. Salga por esa puerta.

Olegario se incorporó y se dirigió a la salida del desván. A pesar de notar que el cañón del arma lo seguía, trató de actuar con naturalidad, y abrió la puerta que daba al pasillo y salió.

Anya, atenta, siguió con la vista al chófer y esperó hasta que se perdió escaleras abajo. A continuación salió a su vez del desván y comenzó a seguirlo. Estaba segura de que le llevaría con la francesa. Y esta vez no fallaría.

\*\*\*

Jim Rand pensaba que estaba loco. Tras colocarse un pasamontañas en la cabeza –tal vez hubiera cámaras en algún lado–, había salido al tejado del edificio anexo al Hotel Danieli a través de la ventana de una especie de lavandería, o de tendedero, o de ambas cosas a la vez, que descubrió en el último piso del hotel. La inclinación de la techumbre hacia unas calles oscuras veinte metros más abajo obligaba a tener cuidado en dónde poner el pie. Por fortuna, las tejas aparentaban estar bien ancladas.

Eran las cinco de la madrugada, la hora en que, si había alguien a la intemperie era por obligación o por vicio. No vio a nadie, por lo que avanzó por el tejado hasta enfrentarse al pasadizo que unía los dos edificios sobre la calle Le Rasse. Era el momento más vulnerable, ya que el puente era una mera pasarela sin protecciones a los lados.

Acechó una vez más a su alrededor y, cuando estuvo seguro, cruzó con decisión sin mirar abajo, como ordenaban los cánones antivértigo. Llegó al edificio antiguo del hotel y recordó el plano del último piso. Las cuatro suites de la expedición rusa ocupaban la esquina suroeste del palazzo, orientadas al palacio ducal, y la más importante de ellas era

la última, que se asomaba en parte al Gran Canal y al callejón que acababa de cruzar.

Se detuvo al final de la pasarela. A su derecha existían dos tejadillos que antecedian al tejado extenso que coronaba el perfil del edificio, a modo de imaginaria escalera. Rand descendió por las tejas con suma precaución. Un resbalón y se vería abajo, en la estrecha calle, estrellado contra el suelo.

Las tejas aguantaron su peso y el agente americano llegó al borde. Se asomó lo suficiente para tener una visión de la habitación del último piso del hotel, que estaba justo debajo. Entre el primer y el segundo tejadillos existían tres ventanas pequeñas que coronaban la parte alta de la suite. Rand sacó un estuche con el instrumental oportuno para abrir aquel obstáculo. Se acordó de que, durante su instrucción en Langley, la clase de apertura de puertas con ganzúas fue impartida por un español, todo un personaje con cuatro condenas a sus espaldas. Aprovechando bien los conocimientos adquiridos, al cabo de unos segundos una de las ventanas se abrió hacia afuera tras aplicar la herramienta y la fuerza adecuada. «¿Cómo era aquello que decía aquel ilustre profesor?: más vale maña que fuerza». Y así era.

Rand se introdujo despacio en el interior del edificio. Esperó unos segundos para comprobar si su intrusión había sido detectada, pero no hubo ninguna reacción. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la suite, reconoció hallarse en el borde de una ventana alta que iluminaba una sala de estar contigua al dormitorio. Se dejó caer, casi deslizándose, hasta el suelo. Las suelas de goma amortiguaron el salto.

Una vez con los pies sobre el pavimento alfombrado se detuvo de nuevo a escuchar. Nada se movía. Su presencia no había sido detectada. Avanzó diez pasos hasta asomarse a la puerta abierta al dormitorio. Una enorme cama señoreaba la estancia y, en medio, se podía vislumbrar a pesar de la oscuridad una figura acostada sobre ella, cubierta parcialmente con manta y colcha.

Rand era más que consciente de que no tenía tiempo que perder. Metió la mano derecha en la abertura de la chaqueta y asió la pistola alojada en la funda de sobaquera. La sacó y, sin detenerse a contemplar su diseño futurista, le quitó el seguro y comprobó una vez más que el arma estaba cargada.

Se acercó con sigilo y rapidez a la cama. Apartó el cobertor con la mano izquierda y apuntó la pistola al cuello del durmiente. Sin pensarlo ni una sola vez, disparó el dardo que contenía el arma, conocedor de las consecuencias que iba a acarrearle a su objetivo. No tuvo la menor duda de que acertó en el blanco. El leve chasquido del percutor le pareció un estruendo gigante. La víctima emitió un ligero gruñido y siguió durmiendo. Rand miró hacia los lados, esperando que salieran de los armarios varios escoltas armados hasta los dientes. No ocurrió nada.

Con el corazón latiéndole a mil revoluciones, se guardó la pistola en su funda y rehízo el camino de vuelta. Le costó mucho izarse a la ventana alta de la sala adjunta al dormitorio, pero lo consiguió y, en segundos, se encontró de nuevo al aire frío, casi helado, de la noche veneciana.

Satisfecho de cómo habían marchado las cosas, cerró la ventana tras de sí y se dirigió por la pasarela de vuelta al edificio anexo y a la seguridad que ofrecía. Ya no hizo tanto caso a las tejas como a la ida, y llegó por fin a la ventana que había dejado abierta.

Cuando entró en la calidez de la calefacción del hotel y en la tranquilidad de la luz artificial de los pasillos, solo tuvo un pensamiento en su mente.

La que se iba a armar en cuanto amaneciera.

Venecia.

–Voy a pedir un vaso de agua.

Ariosto y Antoinette habían sido conducidos al despacho del vicequestore, el único que disponía de un sofá a fin de que la espera transcurriera de un modo más agradable, aunque fuera de capitoné oscuro, duro e incómodo como él solo. El policía italiano les había comunicado que su presencia en la comisaría era imprescindible hasta que se resolviera la crisis y, dado lo delicado del caso, les había pedido los móviles. Como dijo Ariosto, en otras palabras, que estaban retenidos allí, y además, incomunicados.

Habían pasado un par de horas encerrados en aquel despacho y, aunque se habían resistido a dormir, con el cansancio acumulado del día anterior habían dado alguna cabezada. Ariosto se había despertado a eso de las seis con la boca seca. Al levantarse despertó a Antoinette.

–Consigue una botella –le pidió la francesa.

Ariosto cruzó el despacho y abrió la puerta del mismo. Para su sorpresa, no había nadie al otro lado. Había supuesto que pondrían un policía para controlarles. Se volvió hacia Antoinette.

–¡No hay nadie en el pasillo!

–¿Nadie? –preguntó ella, incorporándose.

–¿Qué tal si damos una vuelta?

Antoinette cogió su bolso y se acercó a Ariosto. Sacó la cabeza fuera del despacho y comprobó la ausencia de vigilancia policial.

–Debe de ser que con tanto ajetreo se han olvidado de nosotros –aventuró Ariosto.

–Pues aprovechemos el momento. Vamos –dijo, y tiró del

brazo de Ariosto.

La pareja se dirigió a la escalera por la que habían subido horas antes. Se asomaron y tampoco detectaron movimiento. Se miraron y decidieron bajar los escalones con la mayor naturalidad posible. Llegaron a la planta baja. A su izquierda, a unos tres metros de la puerta de la calle, se encontraba un habitáculo con ventanas de cristal donde siempre montaba guardia un policía controlando las entradas de los visitantes al edificio.

«Las entradas. Pero ¿también las salidas?», se preguntó Ariosto. Solo había una forma de saberlo.

Cogido del brazo de Antoinette, con un paso muy digno, ambos desfilaron por delante del somnoliento policía. Ariosto le miró y le hizo un saludo con la cabeza sin detenerse. En un segundo se vieron en la calle. Tampoco había policías allí. Ariosto indicó que se dirigieran a su izquierda, al comienzo de una estrecha calle peatonal, la Borgolocco San Lorenzo.

En cuanto entraron en ella, fuera ya de la posible visión desde la puerta de la comisaría, comenzaron a correr.

\*\*\*

Olegario caminó por la riva degli Schiavoni que, pese a la hora, no estaba desierta, algún que otro turista se cruzó con él rumbo a su hotel. Había llamado al móvil de Ariosto varias veces, pero en todas saltó el contestador automático avisando de que el aparato se encontraba apagado o fuera de cobertura. No tardó mucho en percatarse de que la agente rusa, con mucha discreción, lo estaba siguiendo. Su liberación tenía ese objetivo, que él la llevase con Ariosto y Antoinette.

Se cruzó con dos parejas que estaban vestidas con trajes del siglo XVIII, el disfraz típico del carnaval veneciano. Les paró y preguntó de dónde venían. Le contestaron que del ballo della Contarini, una fiesta de carnaval en el palazzo Contarini della Porta di Ferro, no muy lejos de allí. Le indicaron cómo llegar y Olegario les agradeció la

información.

El chófer se apresuró en su caminar, provocando así que la rusa tuviera que dejarse ver con más frecuencia. Siguiendo las instrucciones, al llegar a la Foresteria dell'Essercito giró a su izquierda por una calle estrecha que le llevó a una plaza denominada campo Bandiera e Moro, dominada por la iglesia de san Giovanni Batista in Bragora. Una pequeña lápida recordaba que allí había sido bautizado Vivaldi. Olegario la cruzó y se metió en otra calleja que giraba levemente a su izquierda para tomar poco después a su derecha por la calle del Arco. Llegó al rielo dei Furlani y caminó por su ribera izquierda hasta llegar al Campiello delle Gatte, donde se tropezó con otras parejas disfrazadas que volvían de la fiesta.

Continuó por la Salizzata delle Gatte y empató con la Salizzata san Francesco, giró a la izquierda donde le habían indicado y llegó al palazzo Contarini.

La música anunció el lugar de la fiesta, un palacio enorme en una calle estrecha, con un gran jardín murado a su derecha. La puerta estaba abierta y a aquella hora ya no había vigilantes de seguridad controlando la entrada. Olegario se asomó y vio que un gran número de personas, la gran mayoría ataviadas de época, se divertían bailando la música actual que imponía un disc jockey disfrazado de polichinela. La incongruente visión no retrajo a Olegario, que se coló en la fiesta y fue sorteando a los invitados que llenaban la planta baja y el jardín. Llegó a una fantástica escalera medieval de piedra y ascendió por ella. Subió al primer piso y entró en el palazzo. Buscó la primera ventana y se ocultó tras un visillo, desde donde podía observar la entrada al recinto sin ser visto.

No tuvo que esperar mucho. Antes de cinco minutos vio a la agente rusa asomarse de la misma manera que lo había hecho él. Tras estudiar la planta baja, la mujer entró en la fiesta y se perdió entre las decenas de personas que bailaban en el patio.

Era el momento.

Olegario bajó la escalera a toda prisa y se deslizó rápidamente ente los bailarines. En menos de diez segundos salió a la calle y, entonces, tomó a su izquierda y comenzó a correr, sabedor de que la mujer que le perseguía tardaría varios minutos en comprender que se había esfumado.

Kiev.

Svetlana Rudin abrió a duras penas la puerta de la habitación de Johnny Duran en el hotel Hyatt Regency. Y lo hizo ella porque el joven guitarrista era incapaz de hacerlo. Y casi de tenerse en pie. La ingesta de alcohol y de otras pintorescas sustancias les había llevado a un estado de «colocón profundo», como lo había bautizado ella.

El concierto del grupo de Johnny congregó a más de diez mil enfervorizados seguidores en el estadio olímpico de Kiev. Terminó en torno a las doce y media y, tras dejar los bártulos a buen recaudo, los músicos y sus acompañantes se fueron a cenar comida americana, por eso de hacer siempre lo mismo, al Beef Meat & Wine. Svetlana mantuvo el incógnito sobre su identidad, quería que todo el mundo actuara con naturalidad con ella. A Johnny casi le gustó más así. Después de la cena se fueron de copas al b-hush Rooftop Lounge Bar, con unas vistas impresionantes sobre la ciudad, y acabaron a las cuatro en la discoteca 111. Era víspera de fiesta en Ucrania y los lugares a los que acudieron estaban muy animados. Cuando los echaron de la discoteca, un amable taxista los llevó al hotel del músico.

Svetlana envió un WhatsApp tranquilizador a los miembros de su escolta, prometiéndoles que al día siguiente al mediodía estaría con ellos. Así se aseguraba de que no llamarían a su padre.

Cuando consiguió encajar la tarjeta en la ranura y se encendió la luz verde, empujó la puerta con el hombro y ambos entraron en la habitación. La segunda ranura, la de conectar la luz, le costó algo menos, dada la práctica reciente con la tarjeta. Johnny se fue directamente a la cama y se

derrumbó sobre ella vestido como estaba. No tardó más de diez segundos en dormirse.

A Svetlana le pareció graciosa la escena. En momentos como aquel todo le parecía gracioso. Le hizo una foto al chico con su móvil y luego otra a sí misma, tipo selfie, con el muchacho detrás. Ya que estaba, decidió hacerse una tercera con un fondo neutro, para enviársela a su padre. Así vería que se encontraba bien. Miró el resultado de la tercera fotografía y no quedó demasiado satisfecha. Se hizo otra, retocándose el pelo y con una expresión más formal. Antes de enviarla por WhatsApp, le añadió un mensaje escrito: «Estoy pasando la noche en Kiev. Vuelvo mañana por la tarde a casa. Besos».

Y, tras enviar el mensaje y la foto, tal como estaba, se tiró en la cama e imitó a Johnny.

Se durmió en ocho segundos.

\*\*\*

Igor Spassky cruzó sin problemas la frontera con Bielorrusia. La época de tirantez entre Rusia y ese país había disminuido en los últimos años, al contrario que con los polacos y los ucranianos, que en los meses anteriores les había dado por no dejar transitar a los camiones rusos por su territorio.

Spassky deseaba llegar a la primera ciudad bielorrusa tras la frontera, Aliaksandrauka. Se detendría a descansar allí. Llevaba más de seis horas seguidas de conducción por un paisaje boscoso interminable. En aquella zona había millones de árboles, todos iguales, a ambos de la carretera, y así cientos y cientos de kilómetros.

Había tomado la P02, la carretera que se dirige desde Kiev al noroeste, y se mantuvo en ella, una recta sin fin, hasta llegar a la altura de la T1035, por donde se desvió para llegar lo antes posible a la frontera con Bielorrusia. Cruzó la frontera con su pasaporte falso y, una vez superados los trámites administrativos, siguió por la misma carretera, que en el nuevo país se denominaba P37 con destino a esa ciudad

de nombre tan largo. Una simpática población en la que estaban prohibidos los mendigos por decreto. Como debía ser.

Miró su reloj. Faltaba poco para el amanecer. Rudin se levantaría en pocas horas y utilizaría el aparato de ignición del misil americano. Se enteraría por las noticias cuando se despertase. Había comprobado a través de la wifi de un restaurante de carretera que el ingreso había llegado a su cuenta bancaria, así que se sintió feliz.

Tal vez tardara un poco en regresar a Rusia. Se tomaría unos días de descanso. Se lo merecía.

\*\*\*

Arseni Barna terminó su turno a las siete en punto de la mañana. Salió de la base con la mayor tranquilidad que pudo aparentar. Toda la noche estuvo vigilando a su compañero informático, pero este no se percató en ningún momento que había introducido el programa en la red interna de la base.

Todo había ido bien.

Ahora tocaba descansar y disfrutar del día de fiesta. Estaba seguro de que el programa introducido estaría inactivo durante semanas o meses, y que sería activado cuando les interesara a los rusos, mucho tiempo después, de forma que fuera imposible saber cuándo se había colado en el torrente informático.

Barna le daba vueltas a la finalidad del pequeño fichero. Debía pertenecer a una nueva generación de programas espía, capaz de retransmitir datos o de almacenarlos para que alguien pudiera rescatarlos en un futuro.

Información. Esa era la guerra, ya no del futuro, sino del presente. Estaba seguro de que los americanos también tenían sus infiltrados en el ejército ruso. Ese doble juego podría, en un momento dado, evitar alguna crisis entre los dos países.

Le gustó la idea de ser un peón en una grandiosa partida de ajedrez. Si no era él, lo sería otro. Con la conciencia más

tranquila, arrancó el coche y salió del aparcamiento de la base, sin mirar atrás en ningún momento.

Venecia.

–Menos mal que te acordabas de la dirección de la familia de Jean Pierre –dijo Antoinette mientras Ariosto tocaba el timbre de la vivienda.

Ambos se encontraban en las inmediaciones de Santo Stefano, en campo San Maurizio, una coqueta plazoleta en torno a un pozo que podía presumir de ofrecer toda la tipología arquitectónica de Venecia. Todavía era de noche, pero se adivinaba la primera claridad del alba. Ariosto sabía que la hora era excesivamente temprana para andar tocando timbres, pero la situación lo exigía. Debían tratar de encontrar a Sebastián lo antes posible, quedaba poco tiempo.

La suegra de Jean Pierre, donna Lucia, resultó ser una oronda señora simpática que ya estaba levantada haciendo la comida del día. Ariosto le explicó quiénes eran y la mujer fue a levantar a su yerno de la cama, no sin cierto gozo. Era una excusa inmejorable para que aquel dormilón que se había casado con su hija se pusiera en pie.

Jean Pierre, somnoliento, saludó a la pareja y ofreció su móvil para que pudieran contactar con Sebastián. Ariosto lo llamó y respondió al instante.

–Me preguntaba dónde estaban, señor –le dijo a Ariosto–. No estoy lejos, me dirijo hacia allí de inmediato.

En lo que llegaba el chófer, la donna les ofreció como desayuno café con leche, galletas de harina de chufa y unas tostadas de pan casero con aceite de oliva que restauraron completamente el cansancio de la noche anterior.

Olegario, en cuanto llegó, tras saludar, se integró vorazmente al desayuno. Unos y otros aprovecharon para contarse lo que había ocurrido en las horas anteriores.

–Estamos como ayer. Sin tener acceso a Rudin –comentó Antoinette–. Y es completamente necesario conseguirlo.

–Perdone que se lo pregunte, madame Montparnasse –intervino Olegario–, pero, ¿cómo está tan segura de que conseguirá convencer a Rudin de que no haga lo que quiere hacer?

Antoinette se mantuvo en silencio un par de segundos. Dudaba sobre si debía transmitir a sus compañeros el plan que tenía en mente.

–Una de mis facultades, la descubrí cuando era jovencita, era la de producir hipnosis.

–No sabía nada de eso –dijo Ariosto–. ¿Hipnosis?

–Es algo muy natural. Incluso se utiliza por los médicos en algunos tipos de terapias contra hábitos nocivos. No obstante, a mí no me gusta utilizarla. Siento que invado un territorio que no es mío. Por eso no la he cultivado. Pero sé hacer que una persona haga algo o deje de hacerlo aunque su voluntad sea la contraria.

–¿Cree que podrá con Rudin? Me da la impresión de que es un cabezota integral.

Antoinette sonrió con cierta tristeza.

–Sebastián, ¿le gustan los dulces de donna Lucia?

Olegario se asombró de la pregunta.

–Claro –respondió–. Son excelentes. Ya me he comido tres.

–Pues míreme un momento a los ojos.

Olegario, con cierto escepticismo, la obedeció. El contacto visual duró apenas un segundo.

–Pruebe ahora el dulce –indicó Antoinette.

Olegario se llevó a la boca el pastelito y lo probó. De inmediato su rostro adoptó una mueca de desagrado y repulsa.

–¡Está horrible! –dijo, asombrado– ¿Cómo lo ha hecho?

La francesa volvió a sonreír de la misma forma. No hizo falta que contestara.

–Es evidente que no has perdido esas facultades, querida

–opinó Ariosto.

Donna Lucia se acercó al grupo a reponer otra bandeja de dulces.

–Madame –dijo–, hágame el favor de volver a hipnotizarlo, porque no quiero que se me queden los dulces en la mesa.

Antoinette chasqueó los dedos ante Olegario.

–Ya está –anunció.

La señora quedó satisfecha.

–Perdonen que me meta en la conversación, pero soy vieja y no puedo evitarlo. Tal vez si hablaran con alguien que trabajara en el Danieli, podrían entrar en las habitaciones. ¿No es eso lo que quieren?

–Exactamente –respondió Ariosto–. El caso es que no conocemos a nadie.

–Pues para eso tenemos a Rosettina, una sobrina nieta mía, que es camarera de piso en ese hotel.

–Hábleme de Rosettina, haga el favor –pidió Ariosto, expectante.

–La pobre está divorciada. No se lo ocurrió otra cosa que casarse con un napolitano. Y mire que se lo dije. Le avisé: «Nena, no te fíes de ese hombre, que no me gusta un pelo». Y ella, ni caso. Así pasó lo que pasó. Esos hombres del sur no saben ser correctos ni educados, con todas esas mafias.

Ariosto dudó acerca de si la donna conocía los antecedentes de Jean Pierre, su yerno, pero viendo por dónde iba, decidió redirigirla.

–Su trabajo, donna Lucia. En el Danieli.

–¡Ah! ¡Sí! El trabajo de Rosettina. Ahora comienza su turno, si no me equivoco. Se encarga de atender el comedor y de subir las peticiones de cocina a las habitaciones.

Ariosto y Antoinette se miraron.

–¿Dice que sube los pedidos a las habitaciones?

–Así es. ¡Ah!, me da mucha pena la pobre, porque está falta de dinero y pasa muchas privaciones. Si cambiara su suerte por ese azar del destino.

Ariosto seguía a la señora por los vericuetos de su conversación.

–¿Nos podría hacer Rosettina un favor enorme, donna Lucia? ¿Nos puede ayudar usted con ella? Le aseguro que le estaríamos muy agradecidos a Rosettina y la recompensaríamos adecuadamente.

La señora miró a Ariosto un momento, como sopesándolo, y luego sonrió.

–¿Nadie le ha dicho que es usted todo un caballero? Estoy segura de que Rosettina se avendrá a un feliz acuerdo con una persona tan distinguida.

Ariosto le devolvió la sonrisa, pero por dentro estaba pensando que Venecia le estaba saliendo bastante cara.

Venecia.

–Despierte, señor. Despierte.

La voz de Kriuchkov sonó grave en la suite donde dormía Rudin. Lo zarandeó un poco, tenía la suficiente confianza para hacerlo. Insistió al ver que no se movía.

Rudin abrió un ojo.

–Ya estoy despierto, Vladimir –dijo el presidente ruso con voz pastosa–. ¿Qué pasa?

–Ha ocurrido algo terrible, señor. Debe levantarse.

–¿Algo terrible? ¿Ya?

Kriuchkov ignoró la última pregunta, aunque escamado.

–A Igor le ha dado un infarto durmiendo –anunció–. Creo que está muerto.

Rudin se incorporó como un resorte.

–¿Cómo? ¿Igor? ¿Igor Stepanov, mi secretario?

–El mismo, señor. Acabo de descubrirlo al comprobar que no se levantaba a su hora habitual.

–¿Y está muerto? ¿Estás seguro, Vladimir?

–No soy médico, pero sé notar cuando una persona no respira y está fría.

Rudin se sentó en la cama, buscó las zapatillas y un batín para colocárselo sobre el pijama.

–Vamos a verlo –dijo, consternado.

Los dos hombres salieron al pasillo y se dirigieron desde la tercera habitación hasta la cuarta y última, donde debía dormir Stepanov. Entraron en la habitación, custodiada por Iliushkin, que no dijo nada al verlo entrar,

Rudin se plantó ante el cuerpo de Stepanov. Parecía que dormía plácidamente. Lo tocó y, en efecto, estaba frío. Se asomó por encima del cadáver examinando la ropa de cama.

–¡Maldita sea! ¡Qué inoportuno! –exclamó–. Parece muerte natural. No hay signos de violencia.

–Valentin estuvo toda la noche en el pasillo y no vio ni escuchó nada –indicó Kriuchkov.

Rudin suspiró, se giró y caminó de vuelta a su habitación.

–Déjame pensar lo que vamos a hacer. Era Igor el que se ocupaba de estas cosas. Tengo que hacer su trabajo.

Rudin entró en su suite. Desde hacía varios años, por un motivo de seguridad que él mismo se había inventado, nunca dormía en la mejor suite del alojamiento elegido cuando se hospedaba en el extranjero. Siempre lo hacía en una de las habitaciones destinadas a su escolta y, generalmente, compartía la habitación con uno de sus guardaespaldas. La noche anterior lo había hecho con Kriuchkov. «Cómo roncaba, el condenado», recordó.

Rudin desconfiaba del ataque al corazón de Stepanov. Tal vez fuera su paranoia particular, pero la noche anterior le había dado la impresión de que gozaba de buena salud. Se encogió de hombros: con los infartos nunca se sabía.

–Escucha, Vladimir. Habla con el cónsul y explícale lo sucedido. Pídele que sea lo más discreto posible, porque me imagino que la policía hará acto de presencia. Y, dado que no tenemos a Igor, que sean ellos los que redacten una nota de prensa informando del luctuoso suceso. Avisa también al director del hotel.

–Muy bien, señor. De resto, ¿todo normal?

–Vamos a quedarnos en las habitaciones hasta el momento de salir a la reunión con la Unión Europea. No quiero fotos. Preparémonos para salir en media hora. Pide también que nos suban el desayuno. Y que no me molesten hasta que llegue el cónsul. Necesito un rato a solas.

–De acuerdo, señor. Lo dispondré así.

Rudin cerró la puerta de la suite. Se sentía agitado. La muerte de Stepanov era algo que no entraba en sus planes. ¿Cómo se le ocurría morirse aquel día tan importante? En realidad, pensándolo bien, era un hombre prescindible. Lo

malo es que tendría que formar desde cero a un nuevo secretario. ¿O mejor secretaria? Ya estaba divorciado. La bruja de su exmujer ya no estaba para exigirle que sus ayudantes cercanos fueran hombres. Lo decidiría más adelante.

Ahora tocaba lo que tocaba.

Rudin sacó su maletín personal de la maleta de seguridad que llevaba a los viajes. No se fiaba del personal del hotel en sus posibles ausencias. Se sentó en uno de los sofás estilo imperio y depositó el maletín sobre la mesa de centro. Lo abrió y sacó de su interior un estuche de madera. Apartó el maletín y ocupó su lugar la caja. Quitó los cierres y levantó la tapa. Miró los controles. El botón de inicio estaba en ruso, algún técnico patriota había evitado el on/off internacional. Lo pulsó. El aparato cobró vida con un leve zumbido y una luz verde se encendió. Rudin recordaba perfectamente las instrucciones, eran muy simples. Tal vez demasiado simples para el fin que encerraba.

Colocó su dedo índice en un lector digital. La lente reconoció la huella del presidente y otra luz verde se encendió. Tecleó una contraseña y una tercera luz del mismo color apareció ante sus ojos. Solo quedaba levantar la tapa de metacrilato que protegía el botón rojo y pulsarlo.

No lo pensó. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Levantó la tapa y se dispuso a pulsar el botón.

Venecia.

Valentin Iliushkin se mantenía de guardia delante de la puerta de la suite de Rudin, controlando lo que ocurría en el pasillo. El desgraciado acontecimiento de Stepanov no había trascendido en el hotel. El director no había llegado aún y el cónsul estaba en camino. En Italia se tomaban las cosas con cierta calma.

El ascensor se abrió y salió de él una camarera rubia y con gafas, uniformada en un estilo sobrio. Empujaba un carrito con el desayuno del presidente. Valentin esperó a que llegase a su altura y con un ademán le indicó que se detuviese. Su italiano era muy limitado. La mujer, un tanto tímida, evitó el contacto visual y esperó mirando al suelo. Valentín iba a decirle que le dejara el carro, que él mismo se encargaría de entrarlo en la suite del presidente, pero, en un instante, lo pensó mejor y cambió de idea. Que lo hiciera la camarera. Para eso estaba. No obstante, inspeccionó el contenido del carro y levantó la tapa semicircular de los huevos escalfados. No encontró objeción. Volvió a mirar a la empleada. Le parecía haberla visto antes, en algún sitio. «Tal vez en el bar», se dijo. No le dio más vueltas y tocó con los nudillos a la puerta de Rudin. Proveniente de su interior se escuchó una especie de gruñido y un par de segundos después se abrió la puerta.

–El desayuno, señor–anunció Iliushkin.

Rudin estaba a medio vestir, sin zapatos ni corbata, pero no dudó en abrir la puerta del todo.

–Pase, pase. Ha tardado un poco.

La camarera se introdujo en la habitación con el carro. Rudin la siguió, dejando que la puerta se cerrase tras él.

–¿Cómo quiere el café, señor presidente? –preguntó la doncella, en ruso– ¿Solo o con leche?

Rudin se volvió y arqueó las cejas de sorpresa.

–¿Es usted rusa?

Y la miró a los ojos.

\*\*\*

Ariosto había vuelto discretamente a su suite, tratando de permanecer en el pasillo lo menos posible. Olegario se había quedado en las cocinas con Rosettina, que se había prestado a ceder su uniforme de camarera a Antoinette para que pudiera acceder a la habitación de Rudin. A cambio de esa colaboración, además de una suculenta transferencia a la cuenta de aquella mujer tan necesitada según donna Lucia, Olegario representaba el papel ficticio de un secuestrador que la había obligado, a punta de cuchillo, a despojarse de su vestimenta profesional. Si el plan salía mal por alguna razón, Rosettina quedaría libre de responsabilidad. Al chófer no le agradaba en exceso tal actuación pero, como se lo había pedido su jefe como un gran favor, se había ofrecido sin mayor problema. «Ya se lo compensaré con más días de vacaciones, si es que salimos de esta», pensó. A Ariosto el plan le parecía tan previsible y anticuado que temía que no funcionara. Sin embargo, al pensarlo mejor, tal vez esa simplicidad fuera la clave de su éxito.

Antoinette, por fortuna, vestía la misma talla que Rosettina y, complementado el disfraz con una peluca rubia y unas gafas sin cristales, había modificado su aspecto lo suficiente, según ella, para poder pasar el examen de los escoltas de Rudin sin dificultad. Y si se presentaba algún problema, pues tendría que echar mano de esas dotes hipnóticas que tan poco le entusiasmaban.

Ariosto abrió la puerta y echó un vistazo fugaz al pasillo. Vio que Antoinette entraba en la suite de Rudin, con la aquiescencia del escolta.

Con asombro tuvo que reconocer que lo había conseguido. Ahora todo dependía de ella.

\*\*\*

Anya había vuelto al hotel tras dar mil vueltas por los recovecos de aquella maldita ciudad. Si existía un lugar donde era difícil seguir un rastro era Venecia. Existían diez mil callejuelas con quiebros y requiebros en los que seguir a una distancia de seguridad a una persona sin ser descubierta era poco menos que imposible. Se había tenido que rendir a la evidencia. El chófer español había desaparecido.

Cuando lo admitió, decidió volver al Danieli, a estar cerca del presidente que, en el fondo, era la pieza fundamental de todo aquel asunto. Si estaba en las proximidades, tal vez podría intervenir y disimular su fracaso.

Le extrañaba mucho que Rand no se hubiera dejado ver. Ya tenía que haber actuado. Su sentido de alerta se disparó al máximo. Si ocurría algo, tenía que ser en esas horas de la mañana. No estaba de más que ella también montara guardia cerca del presidente.

Se sentó en una butaca de madera que tenía toda la pinta de ser de un siglo «diecialgo», como le gustaba decir, que decoraba uno de los amplios pasillos de la segunda planta. Aunque se encontrara en un plano inferior, podía controlar el acceso de cualquier persona al piso tercero, el de la suite de Rudin.

\*\*\*

Valentín Iliuskhin miró su reloj. Rudin llevaba más de diez minutos en la habitación con la camarera dentro. Aunque el presidente tenía fama de casanova, no creía que hubiera aprovechado una ocasión tan poco propicia como aquella para desarrollar sus artes seductoras. Por mucho que la camarera fuera de buen ver, no era el momento. Decidió llamar a su superior, Kriuchkov, al móvil. Le informó de lo sucedido y de lo sospechoso de la situación, a su modo de ver.

–En un minuto estoy contigo –le respondió su jefe.

En veinte segundos estaba en la puerta de la suite, donde Valentín le repitió con más detalle sus reparos ante la

presencia de la camarera dentro de la habitación del presidente. Kriuhckov fue del mismo parecer y tocó a la puerta. Como su llamada fue ignorada en los siguientes treinta segundos, insistió en ello.

El silencio del interior alarmó al jefe de los escoltas. Sacó de su chaqueta un duplicado de la llave que abría la suite, ya que la compartía con su presidente, la insertó en la cerradura y abrió la puerta.

Los dos escoltas entraron rápidamente en la habitación, encontrándose con una escena difícil de comprender.

Rudin se encontraba de pie, delante del carrito de desayuno, con la mirada perdida en la pared que tenía enfrente, como aturdido. La camarera, al contrario, estaba derrumbada en el sofá, sollozando de angustia y desesperación.

–¿Qué ocurre? –preguntó Kriuchkov.

Antoinette levantó la vista hacia los recién llegados y musitó una frase en francés apenas audible, más para sí que para los demás.

–Hace rato que pulsó el botón rojo. Es demasiado tarde. Ya no hay nada que hacer.

Washington D. C.

–Señor, una noticia de última hora –anunció Jean Simmons, la jefa de Gabinete de la Casa Blanca.

El presidente Conrad salió de su ensimismamiento. Nunca llevaba bien lo de no dormir en toda la noche. En la última hora la tensión sobre la inminente noticia de la muerte de Rudin había dado paso al cansancio general, y más de uno en la mesa del Consejo de Seguridad Nacional se había amodorrado.

–¡Ya se va a anunciar! –avisó el presidente. Todos los asistentes se incorporaron y dirigieron su atención a la pantalla de video gigante que había aparecido tras retirarse uno de los paneles de madera que forraban la sala. El noticiario de la CNN comenzaba con los titulares.

«El Consulado de Rusia en Venecia acaba de comunicar la repentina muerte de Igor Stepanov, el secretario de la Presidencia, que se encontraba en la ciudad italiana acompañando al premier ruso. Maxim Rudin tiene prevista hoy una importante reunión con representantes de la Unión Europea. Al parecer, la causa de la muerte ha sido una súbita parada cardíaca mientras dormía...».

Conrad saltó de su silla.

–¿Cómo? ¿El secretario? –Miró a su alrededor. Todos esquivaron la mirada–. ¿Alguien puede explicarme esto?

La secretaria de Estado Denton levantó un teléfono y pidió que le comunicaran con Hightower en Venecia. La comunicación tardó en hacerse efectiva un interminable minuto.

–Yo estoy tan asombrado como usted, señora Denton –explicó el subdirector de la CIA, que también veía las

noticias-. Nuestro agente asegura que cumplió debidamente su misión.

-Pues le dieron gato por liebre -replicó Denton-. Rudin sigue vivo y coleando. Se equivocó de objetivo y, encima, ha destruido nuestra principal fuente de información en el Kremlin. Toda una desafortunada carambola.

Hightower estaba de acuerdo. Era un auténtico desacierto. Y de los grandes.

-¿Quieren que volvamos a intentarlo? -preguntó, inseguro.

-¿Está loco? ¿Con todos los focos de la prensa sobre él esta mañana? Se nos ha pasado el momento.

-Estábamos seguros de haber cumplido las órdenes, señora -el tono de Hightower sonaba a tratar de echar balones fuera. Se notaba que era buen político-. Ustedes mandan. Ya nos dirán qué hacemos.

-Manténganse a la espera mientras decidimos.

Denton pulsó el botón de silenciar la conversación y miró a sus compañeros de sala. El ambiente era taciturno.

-Tal vez debemos esperar lo peor -dijo el general Faltoyano, el secretario de Defensa. Propongo que pasemos a Defcon Uno.

-Nunca se ha autorizado -comentó Lanz, el consejero de Seguridad nacional-, ni siquiera con la crisis de los misiles de Cuba.

-¡Vamos a ser atacados! -exclamó el militar-. ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

Conrad levantó un brazo, pidiendo calma.

-No nos quedaremos de brazos cruzados -el tono del presidente era firme-. Pero hay que pensar bien la respuesta si se produce la explosión. No debemos precipitarnos.

-¿Lo duda, señor presidente? -Faltoyano estaba al borde de un ataque de nervios.

-¿Puedo proponer una idea? -preguntó Stephanie Denton. Todos la miraron.

-Claro -respondió Conrad-. Eso es precisamente lo que necesitamos: ideas.

–Aunque suene descabellado, ¿qué les parece si hacemos lo siguiente?

Denton explicó en pocas frases lo que se le había ocurrido. Sus compañeros de sala se miraron entre sí. Solo el presidente, al cabo de unos segundos de meditar la propuesta, habló.

–Si lo hacemos, tanto si sale bien como si sale mal, sin duda pasaremos a la Historia como una pandilla de locos.

\*\*\*

La señal del aparato de Rudin rebotó en el satélite europeo Galileo FOC M3, que orbitaba la Tierra tras ser puesto en órbita por los rusos, y se dirigió a una de las enormes antenas que destacaban en uno de los extremos de la base de Vasykiv, en Kiev. La minúscula emisión fue recogida por el receptor como si de una emisora de radio se tratase y los cortafuegos informáticos la ignoraron por inocua e inofensiva. Sin embargo, el programa inserto por Arseni Barna en la red interna de la base de la OTAN se activó al recibirla.

Y su cuenta atrás de una hora comenzó a avanzar.

Venecia.

Kriuchkov se hizo cargo de la situación. Se agachó enfrente de Antoinette, muy cerca, y le habló en voz baja. Rezaba porque la mujer supiera ruso. ¿No le había hablado a Rudin en ese idioma en Río?

–Devuélvanos al presidente, por favor –imploró–. Como estaba, si puede ser.

La francesa salió de su estado de shock. Miró al agente ruso, se lo pensó un segundo, y asintió.

Chasqueó los dedos sin levantar la mirada.

–Ya lo tiene –dijo, con acento pesaroso–. Todo suyo.

Kriuchkov miró a Rudin. Su expresión, ausente a medias, ya que parecía totalmente concentrado en el color de la tela pintada que recubría la pared de la suite, desapareció al instante. El presidente se volvió y se asombró de ver a tanta gente rodeándolo.

–¿Me van a dejar desayunar? –preguntó, algo arisco.

Kriuchkov se percató del cambio. Tocó el brazo de Antoinette y le habló en el mismo tono de voz.

–Gracias. Le debo una. Ahora váyase, por favor, antes de que descubran quién es.

\*\*\*

La llegada del cónsul de Rusia acompañado por la policía al hotel alertó a Anya. Algo extraño estaba ocurriendo. Subió al piso de las habitaciones de la delegación rusa y se quedó en un extremo, junto a la escalera. Desde allí vio cómo un detective de paisano entraba y salía de las habitaciones. Le seguían dos agentes de uniforme a todas partes. El cónsul se quedó en una de ellas. En una de esas entradas y salidas vio a Kriuchkov y se acercó.

–¿Qué ocurre? –le preguntó.

–Stepanov, el secretario. Ha fallecido mientras dormía. Parece muerte natural.

La noticia asombró a Anya.

–¿El presidente está bien?

–Le ha afectado, como a todos, pero parece que está repuesto. Por cierto, Amasova, ¿cómo va la búsqueda de la mujer francesa?

–Estoy segura de que aparecerá muy pronto. Sé que está muy cerca.

Kriuchkov sonrió con malicia.

–Y tan cerca. Ha estado aquí mismo –dijo, y señaló la puerta de una de las suites–. No ha hecho falta atraparla, ella misma ha venido a nosotros.

Anya se quedó blanca de estupor.

–¿Y ya está? Tengo órdenes de silenciarla, ya lo sabe.

–Ya ha hablado con el presidente. Fuera lo que tuvieran que decirse, ya lo han hecho. Y ya no hay peligro por ese lado. Le pedí que se fuera.

Kriuchkov hizo un alto en su discurso para que Anya le prestara mayor atención. Le indicó que entraran en una de las suites desocupadas. Anya le siguió. Tras entrar, el jefe de los escoltas cerró la puerta.

–Sí que hay peligro por otro lado –prosiguió, en voz baja–. Creo que usted sabe algo de lo que estaba preparando el presidente.

–Oficialmente no sé nada –dijo la mujer–. Sólo conozco la versión de la vidente, contada por su chófer.

–¿Y qué opina?

–A mí no me tocar opinar. Pero si quiere que le cuente lo que siento, creo que el presidente se ha extralimitado. Nos va a poner a todos en peligro. Dudo de su buen juicio.

–Eso mismo pienso yo.

–¿Y podemos hacer algo al respecto? –preguntó Anya.

\*\*\*

Rudin terminó el desayuno y, cuando se lavaba los dientes,

se fijó en que había dejado su móvil personal olvidado en el lavabo. Terminó de enjuagarse y se secó antes de tomar el aparato.

Tenía un mensaje de Svetlana. Ya debería estar en Moscú. Seguro que era para decirle que había llegado bien. Era un encanto de muchacha, pensó.

Abrió el mensaje y lo leyó. Su rostro se tornó lívido en unas décimas de segundo.

–Dios mío –acertó a decir–. Está en Kiev. No puede ser.

Rudin se tambaleó del shock y dio tres pasos para sentarse en la cama, abatido.

–¿Qué he hecho?

\*\*\*

Ariosto abrazaba a Antoniette, tratando de calmarla.

–Ya pasó todo –le dijo–. No has podido hacer más.

La francesa se tranquilizó un poco. Había llegado muy agitada, con su disfraz de camarera, repitiendo una y otra vez que el presidente ruso ya había pulsado el botón.

–Puedo hacer una última cosa –dijo. Se recompuso y se liberó con suavidad del abrazo de Ariosto–. Déjame que me siente un par de minutos –pidió.

Ariosto la observó cómo se sentaba en unos de los sofás y cerraba los ojos. Él se sentó también en otro sillón, pero mantuvo su mirada en ella. Al cabo de lo que le parecieron diez minutos, Antoinette abrió los ojos. Su expresión era serena.

–Es extraño.

A Ariosto todo aquello le parecía extraño desde un principio, pero no quiso comentar nada al respecto.

–¿El qué?

–He rememorado la situación del museo de Río. Cuando le di la mano al presidente ruso.

Ariosto se removió en su asiento, inquieto. Sabía que esos ejercicios influían de modo negativo en el ánimo de Antoinette.

–He vuelto a sentir la premonición –prosiguió ella–. Pero,

en esta ocasión, la visión se detiene en el momento en que pulsa el botón. El horror que venía después no aparece.

–¿Y eso qué puede significar?

Antoinette se encogió de hombros.

–La verdad, no lo sé.

En ese momento tocaron a la puerta. Ariosto pensó que debía ser Olegario y se levantó a abrir. Se encontró con Kriuchkov y Anya.

–No me cierre, por favor –pidió el escolta en mal inglés, levantando sus manos–. Venimos en son de paz.

Ariosto miró a Anya.

–¿Y ella también?

La agente rusa asintió, enseñando las palmas de sus manos.

–Queremos hablar con madame, por favor –dijo en francés.

–Déjalos entrar, Luis –pidió Antoinette.

Ariosto se echó a un lado y la pareja rusa entró en la suite. Antoinette se levantó para recibirlos.

–¿Qué desean?

Kriuchkov se adelantó un paso antes de hablar.

–Le dije que le debía una, pero me he quedado corto. Vengo a pedirle un enorme favor.

Ariosto se unió al grupo, completamente asombrado. «¡Cómo ha cambiado la situación!», pensó.

–No es para mí. Es para todos –insistió el ruso.

Antoinette no pareció afectada por la solicitud.

–¿Qué puedo hacer por todos nosotros?

–¿Puede hacer que cambie su forma de pensar? ¿Puede quitarle la agresividad? Solo tiene que acompañarme a la suite de mi presidente, mirarle a los ojos, y no chasquear los dedos después. No chasquearlos nunca.

–Déjeme su mano –pidió la francesa.

Kriuchkov se la ofreció y Antoinette la estrechó con la suya. Cerró los ojos dos segundos antes de hablar.

–Iré con usted a ver a su presidente. Y podemos hacer algo mejor que quitarle la agresividad.

\*\*\*

Kiev

El mayor Douglas T. Fairbanks, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos se presentó en el despacho del director de la base de la OTAN en Vasylkiv, general James Thompson.

–Señor, traigo órdenes directas del Mando General de la OTAN, refrendadas por la Casa Blanca, recibidas en cifrado a través de la embajada. Se dirigen a usted.

–¿A mí? –No era nada usual que el director de la base recibiera órdenes directas de los grandes jefes.

–Máxima prioridad. Y máximo secreto.

El mayor sacó un sobre lacrado de un maletín que llevaba encadenado a la muñeca y se lo entregó en mano. El general Thompson abrió el sobre y sacó dos folios, uno con el membrete de la OTAN y otro con el de la Casa Blanca. Se echó atrás en el respaldo de su butaca para leerlos. Al cabo de treinta segundos, se inclinó hacia delante y dejó caer los papeles sobre su escritorio.

–¿Está usted al tanto de lo que se me pide aquí?

El mayor se colocó en posición de firme, para dar mayor énfasis a lo que iba a decir.

–Sí, señor. Tengo órdenes de no salir de la base sin comprobar personalmente que la orden se ha llevado a cabo.

El mayor Fairbanks omitió que también tenía la orden de ejecutarla personalmente si encontraba resistencia, incluso a punta de pistola, si era necesario.

–Es una orden extraña y con poca lógica –la expresión del general era de estupefacción–. Una verdadera locura. Y podría tener consecuencias nefastas. Esto es una base de defensa de primer orden.

–Es una orden directa del Mando General de la OTAN y de su propio presidente, señor –insistió Fairbanks.

–El sistema informático es autónomo. Tiene sus propias fuentes de energía.

–¿Es posible su control manual? –Fairbanks ya conocía la respuesta de antemano.

–No se hace nunca, pero sí. Lo es.

–Entonces ya sabe lo que tiene que hacer.

El general resopló ante la orden que se le exigía. Aquello podía ser el fin de su carrera, pero no podía desobedecer una orden directa del presidente.

–De acuerdo –replicó a Fairbanks–. Me viene bien que usted sea testigo, por si hay repercusiones desagradables. Vayamos al centro de mando.

El general indicó al mayor la dirección a través de media docena de pasillos y el cambio de nivel de dos pisos en un ascensor. En menos de cinco minutos llegaron al centro de mando, una sala grande dotada con toda clase de paneles, pantallas y consolas, en la que trabajaban siete personas, aunque se veían bastantes asientos vacíos.

–Menos mal que es día de fiesta. En un día de diario esto no se podría hacer con la discreción que se exige en la orden.

–Me consta, pero órdenes son órdenes.

Thompson se dirigió al personal de las consolas.

–Señoras y señores, atiéndanme, por favor. Tómense unos minutos de descanso y salgan de la sala.

Los trabajadores lo miraron extrañados.

–Son órdenes del Mando General –añadió el general, a modo de justificación.

Una vez los empleados salieron de la sala, el general Thompson se acercó a un panel cubierto con una tapa de metacrilato y la abrió. Tras ella aparecieron diversos botones y conmutadores.

–¿Ve estos interruptores, mayor? Si los pulso, comenzará a cumplirse la orden.

–Pues proceda, señor.

El general accionó el primer interruptor y se cortó la energía eléctrica que alimentaba una zona de la base. Continuó con los demás. Con el quinto interruptor todo se quedó a oscuras, solo atenuado por la débil luz del comienzo del amanecer.

–Ahora, señor, apague los ordenadores. Y dé instrucciones

a su gente. No tiene que estar encendido ni un móvil.

Kiev.

Arseni Barna aparcó su coche cerca de su casa. Al ser festivo no había problemas de aparcamiento a pesar de residir en un barrio céntrico. Ya amanecía y las farolas de la calle se apagarían de un momento a otro. Hacía frío esa mañana, por lo que se ajustó bien el abrigo y el gorro, a pesar de que sólo tenía que caminar unos cincuenta metros.

Había caído aguanieve por la noche y vigiló sus pasos para evitar resbalones en la acera. Cuando llegó al portal de su edificio, se sorprendió al encontrar dentro dos hombres de la Milítsiya, la policía ucraniana, con su uniforme clásico.

–¿Arseni Barna? –preguntó el más fornido de ambos.

–Sí, soy yo –respondió el interpelado.

–Queda detenido por un delito de alta traición contra el Estado. ¿Necesita que le lea sus derechos?

\*\*\*

Venecia.

Rudin había terminado de colocarse la corbata y se estaba calzando los zapatos sentado en la cama cuando Kriuchkov irrumpió en la habitación. El mandatario ruso pensó que, a pesar de que compartieran la habitación, su escolta debería al menos tener la consideración de haber tocado a la puerta. Levantó la vista con el ceño fruncido y comprobó que llegaba acompañado. Tras él apareció una mujer, a la que reconoció como la del museo de Rio de Janeiro, y finalizaba la comitiva la agente especial de Pavlov, que cerró la puerta después de entrar.

Una sonrisa iluminó su rostro. Habían tenido éxito en su búsqueda al encontrar y capturar a la escurridiza francesa. Pero también se extrañó. ¿Por qué la habían llevado a su

habitación? No eran esas las órdenes que había dado.

Rudin se levantó y se encaró con los recién llegados.

–La señora que predice el futuro –dijo–. A veces puede resultar inconveniente tener dotes extraordinarias.

Kriuchkov se acercó un paso al premier ruso.

–Señor, estamos al tanto de sus planes referentes a la base de la OTAN en Kiev. Hay que detener este desatino.

Rudin le miró asombrado. ¿Cómo se atrevía un simple jefe de escoltas a hablarle así? Kriuchkov prosiguió.

–Le hablo no solo en nuestro nombre, sino también en el de los camaradas Tereskov y Pavlov. Usted se ha extralimitado en el mandato que recibió del pueblo ruso y lo está poniendo en peligro.

–¿Está loco, Kriuchkov? ¿Quién se cree que es? ¿Se trata de un golpe de estado? Aquí no tiene ninguna fuerza. Y esta insubordinación le va a costar cara.

–Usted va a dimitir, camarada Rudin –intervino Anya–. Lo hará por el bien de todos.

Rudin comenzó a ruborizarse. Estaba a punto de estallar de ira. Kriuchkov sacó su arma y apuntó al presidente.

–Escuche lo que tiene que decir esta mujer –ordenó.

Rudin miró a Antoinette un segundo a sus ojos. Fue suficiente.

–Escuche atentamente, Maxim Rudin –dijo la francesa en ruso de modo lento y entendible fijando en él su profunda mirada–. Esto es lo que va a hacer...

Aliaksandrauka, Bielorrusia.

Igor Spassky se levantó de la cama del hotel donde se había alojado. Miró su reloj. Pasaban las once de la mañana, había dormido unas cuatro horas, pero se sentía descansado. «Ya debe de haber pasado», pensó.

Encendió el televisor y buscó los canales de noticias. La televisión bielorrusa informaba del conflicto de los camiones rusos y su desvío forzado por culpa de Ucrania y de Polonia. Spassky se extrañó. La noticia que esperaba debía de ocupar todo el noticiario. Cambió de canales hasta encontrar la CNN internacional. Un locutor hablaba de la agenda para aquel día del presidente estadounidense. Un día de lo más normal.

Spassky sintió un escalofrío. No era lo que esperaba.

Buscó la televisión ucraniana. Una comentarista charlaba con invitados en un plató acerca de las posibilidades de exportación de la cerveza ucraniana. Un programa bastante aburrido.

«No se ha producido la explosión», se dijo. «Algo ha fallado».

Y Boris Spassky, alias Baikal, decidió cambiar de planes y dirigirse en primer lugar, y de forma urgente y permanente, a España. O más lejos. A un lugar donde no pudieran encontrarle jamás.

\*\*\*

Venecia

La cumbre entre Rusia y la Unión Europea se desarrolló con todo éxito. Se firmaron los acuerdos económicos y culturales preparados con tanta minuciosidad los meses anteriores, hubo apretones de manos entre todos los

miembros de ambas delegaciones, y los líderes se encaminaron a unos atriles donde se iba a desarrollar la rueda de prensa típica de este tipo de encuentros. El presidente de la Comisión Europea alabó el esfuerzo de entendimiento recíproco entre ambas partes firmantes y la apertura de un nuevo clima económico entre dos gigantes estratégicos que lograría un mundo más cercano y justo. Rudin tomó la palabra a continuación. Su aspecto era sereno, casi relajado, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Hasta sonrió por un instante.

–Quiero hacerles un anuncio importante. Una vez logrado este importante acuerdo con la Unión Europea que tanto nos va a beneficiar, siento que mi labor al frente de la Federación rusa llega a su fin.

Un rumor de sorpresa recorrió la sala, atestada de periodistas. Rudin prosiguió.

–Han sido muchos años de servicio a mi país, tengo problemas de salud y me siento cansado. Es hora de que una nueva generación de políticos, con ideas nuevas, tome el relevo en la dirección de Rusia. Les anuncio formalmente que en el día de hoy presentaré mi dimisión irrevocable al parlamento ruso y demás autoridades competentes. En un plazo de un mes se convocarán elecciones libres con la posibilidad de supervisión internacional de los comicios, para que todo el mundo compruebe que Rusia es una democracia fuerte y estable. ¿Alguna pregunta?

Todos los periodistas levantaron la mano de inmediato.

\*\*\*

Washington D.C.

El presidente Conrad salió del despacho oval y caminó por el pasillo del ala oeste de la Casa Blanca escuchando a la secretaria de Estado, Stephanie Denton, que le seguía muy cerca.

–Lo acaba de anunciar, señor.

–¿Rudin renuncia a la presidencia?

–Por motivos de salud. Eso acaba de decir. Lo he visto en la

NBC News, en directo desde Venecia. Convoca elecciones para dentro de un mes. Incluso va a permitir la supervisión internacional de los comicios.

Conrad se detuvo antes de entrar en su despacho. Al otro lado le esperaban varios congresistas.

–Es muy extraño. No es el proceder de Rudin. ¿Qué dice su vicepresidente? ¿Quiere sucederlo?

–Mendeleiev es un personaje muy impopular. Siempre fue el perro de presa de Rudin. No creo que tenga mucho futuro político.

–¿Quién puede sucederle entonces?

–Los rusos ven con simpatía al general Tereskov. Un militar sensato.

–¿No era el embajador en Ucrania?

–Así es, señor.

–¿Crees que esa dimisión tiene que ver algo con lo de la base de la OTAN?

–No le veo la relación directa, pero estoy segura de que así es.

–La verdad es que es la mejor decisión que puede tomar. Para todos. Entonces ya podemos volver a la situación normal, ¿no crees?

–Estoy de acuerdo, señor.

–Bien, pues da la orden, por favor.

Conrad abrió la puerta y entró en su despacho. Cuatro personas se levantaron al verle. El presidente cerró la puerta tras él.

Denton, en el pasillo, sacó su móvil y tecleó un número. No tardaron en responder.

–¿Fairbanks? Aquí Denton. ¿Sabe si han detenido ya al infiltrado de la base de Kiev?

–Sí, señora –una voz respondió al otro lado de la línea–. No tardó en derrumbarse. Ha confesado todo el asunto y gracias a sus indicaciones se ha localizado el programa que se introdujo en la red. Un curioso invento. Lo han extraído y ahora nuestros técnicos lo están estudiando.

–Perfecto. El presidente me ha ordenado que se restaure el suministro eléctrico y el sistema informático de la base, y yo te lo transmito.

–Muy bien, daré las instrucciones precisas.

–Y una cosa, Fairbanks, por favor. Con discreción. Que nadie sepa que una base de la OTAN se quedó sin protección durante seis horas al desactivar nosotros mismos, de modo voluntario, nuestras conexiones informáticas y la energía eléctrica. Los republicanos se nos echarían encima si supieran que nuestras armas nucleares estuvieron completamente desprotegidas durante ese periodo de tiempo.

–Cuenta con ello, señora Denton.

\*\*\*

Venecia.

Anya Amasova se encontraba sentada en una de las butacas del selecto bar del hotel Danieli. Su trabajo había terminado y decidió quedarse un par de días de Venecia, a descansar y a contemplar aquella extraña fiesta del carnaval veneciano, en que la gente se disfrazaba con esos trajes tan sofisticados del siglo XVIII. Le habían asegurado que valía la pena asistir al mediodía a la procesión acuática en el Gran Canal de centenares de góndolas con sus ocupantes ataviados a la antigua.

Estaba haciendo tiempo tras la partida de la delegación rusa al completo, que ya no volvería al hotel. Iba a pedir un espresso, allí los hacían bien, cuando apareció por la puerta de entrada del establecimiento la figura de Jim Rand. Anya le hizo un gesto al camarero del bar y le hizo una petición.

Rand localizó a Anya y se acercó a ella. La rusa le indicó que se sentara con un gesto de la mano y una sonrisa.

–Tienes aspecto de no haber dormido bien, Rand –le dijo.

Rand se sentó en otra butaca cercana.

–En tu caso, Anya, veo que el maquillaje hace su trabajo a la perfección. Creo que fue una noche movida aquí. ¿No es cierto?

El camarero llegó y sirvió dos copas.

–Martini con vodka, agitado no mezclado –anunció Anya–. Lo mejor de Occidente y de Rusia. Bond sabía lo que se hacía.

–Da la impresión de que la muerte del secretario Stepanov ha influido decisivamente en tu presidente. ¿Te has enterado de sus declaraciones?

–Sí, son extremadamente sorprendentes. Me imagino que los estadounidenses las habrán recibido con satisfacción.

–Parece que tú también estás complacida con la nueva situación.

–Bueno, tal vez se creen mejores relaciones entre nuestros países.

Rand no reconocía a Anya Amasova. ¿Hablabas de entendimiento?

–Prefiero trabajar contigo que contra ti –dijo Rand, y alzó su copa–. ¿Brindamos por eso?

Anya tomó la suya.

–Por supuesto.

Ambos bebieron un sorbo y se sonrieron.

–Aunque antes de que nos convirtamos en amigos para siempre, creo que tendrás que atender un asuntillo que entra por la puerta.

Rand se giró y vio al inspector Falcone, que se dirigía directamente hacia él. Se levantó para saludarlo.

–Signore Rand –le dijo el policía–. Lamento interrumpirle en día de fiesta, pero me temo que va a tener que acompañarme a la questura. Ha sido presentada una denuncia contra usted por intromisión ilegítima. Unas cámaras ha grabado su acceso a una de las habitaciones del hotel desde el tejado, antes y después de que se colocara un pasamontañas.

Rand quedó petrificado del asombro. Se giró y miró a Anya con una mirada aviesa.

–¿No tendrás algo que ver con esto?

Anya adoptó la expresión más inocente que pudo.

–¿Yo? No tengo la menor idea de lo que está hablando este señor.

Y a continuación le guiñó un ojo antes de concluir:

–Atienda a las autoridades, señor Rand. Ya nos volveremos a encontrar. No hay prisa.

París, al día siguiente.

Antoinette pidió de primero rodaballo con calamares y Ariosto bonito con berenjena. El segundo plato consistió en pato con cerezas y ternera con acelgas suizas y algas, respectivamente.

Se encontraban en una de las mesas del comedor del restaurante del Hotel Meurice, disfrutando de una cena apacible.

–Me había quedado con las ganas de probar estos platos – comentó Ariosto, satisfecho– Y el vino, Château d’Yquem. Un inmejorable Sauternes Burdeos.

–Esta vez hemos podido cenar sin sobresaltos –contestó la francesa–. Por un momento, temí que fuera a aparecer de nuevo la agente rusa pistola en mano.

Ariosto rio la ocurrencia.

–Ni lo pienses, no sea que vaya a ocurrir solo por tenerlo en tu cabeza. Ya estoy escarmentado de tus premoniciones.

Ahora rio Antoinette. Le tomó la mano a Ariosto.

–No sabes lo que te agradezco que pudieras venir a Rio. Aunque luego la estancia haya sido algo accidentada.

–Tu invitación era irresistible, querida. Y un poco de aventura la hizo más apasionante. Yo, por mi parte, te agradezco que me hubieras hablado de este lugar. Me encanta. Volveremos.

–Le Meurice es como tú, Luis. Un tanto antiguo, pero interesante.

–Lo de antiguo no creas que lo hago a propósito, es mi naturaleza. No tengo remedio.

El móvil de Antoinette comenzó a sonar. Se había olvidado de apagarlo. Lo cogió y miró en la pantalla preguntándose

quién podía estar llamándola a esa hora. Era Màrcia Kovalski.

–¡Querida Màrcia! ¿Cómo estás?

–Como ya no eres la mujer más buscada del mundo he pensado que sería buena idea venir a París a hacer alguna comprilla. Estoy en el aeropuerto. ¿Nos vemos mañana?

Antoinette miró a su acompañante antes de contestar.

–Querida Màrcia. Esta noche y mañana voy a estar muy, pero que muy ocupada. Dejémoslo para pasado.

Y le lanzó a Ariosto un beso volado.

## NOTA DEL AUTOR

Espero que lo hayan pasado bien viajando con Ariosto, Antoinette y Olegario por tres ciudades consideradas como de las más interesantes del mundo. La labor de documentación en esta ocasión ha sido profusa.

Todos los escenarios de superficie son reales, y los subterráneos, casi. Los nombres de las calles, hoteles y locales de restauración y ocio que se nombran en la novela existen, o al menos existían en el momento de su redacción, salvo el boteco de Rogério sem Dentes, que es imaginario. Los platos que en ellos se sirven son auténticos en un noventa y nueve por ciento de los casos. Si tienen la ocasión, pruebe el lector a pedirlos.

El carnaval de Río es una fiesta de día en la calle, en pleno verano austral, en la que el disfraz es algo secundario, todo lo contrario que en Venecia, donde las celebraciones se producen en locales cerrados por la tarde noche y en las que no se puede entrar sin traje de época.

El museo Chácara do Céu y el Museo de Arte Moderna son como se describen, y poseen una oferta artística de primer orden. Son lugares que no hay que perderse en Río.

La Feira de San Cristovão es un lugar singular y original que podría ser imitado en muchas ciudades. Es un todo-en-uno muy atractivo tanto para el visitante como para el vecino de la ciudad. Deberíamos tomar nota.

Las calles de París, las galerías del Louvre y las impresiones de Ariosto sobre esa ciudad están descritas según los recuerdos del autor, que estuvo recorriéndolas uno de estos últimos veranos.

La descripción de las calles y canales de Venecia provienen de sensaciones fruto también de un viaje reciente, y tratan de plasmar una riqueza visual tan impresionante que es casi imposible retratarlas con palabras. Cada esquina es una postal. Es una ciudad única. No hay nada que se le parezca. Es tan sugerente para un escritor que forzosamente tiene que volver a ella en un futuro relato.

Por otra parte, el programa informático que se introduce en la base de la OTAN, aun siendo imaginario, es perfectamente posible, según varios expertos informáticos consultados. Le ahorro al lector detalles técnicos excesivamente profusos. Si quieren, quédense con que las autoridades me han rogado un silencio prudente.

El lector avezado habrá descubierto varios guiños a Donna Leon, Ian Fleming y Larry Collins. Es un pequeño tributo a la obra de estos grandes escritores.

Las referencias a madame Blavatsky, para quienes sepan quién fue, son únicamente un recordatorio de su figura para aquellos aficionados

al tipo de manifestaciones que ella experimentaba. El personaje de esta novela no es el histórico.

Un viaje con Ariosto por las tres ciudades no se entendería sin visitar los tres hoteles de lujo que aparecen en la novela: el Copacabana Palace, el Meurice y el Danieli. Están descritos tal cual los he visto, aunque a la hora de recomendar alojarse en ellos, que el lector esté avisado que ello le va a exigir un dispendio en su bolsillo fuera de lo normal.

La historia de la relación entre Antoinette y Ariosto, lo digo antes de que me pregunten, no acaba aquí. Algo les ocurrirá en el futuro. No tengan la menor duda.

## AGRADECIMIENTOS.

Agradecimientos.

Como siempre, agradezco a mi familia la benevolencia con que tratan el hecho de que yo dedique mucho tiempo a las novelas. Saben que soy más sufrible así.

A mi padre, Eusebio, por esperar atento la llegada de los capítulos y ser el primero en criticarlos, algo que en muchas ocasiones se merecían.

A Carlos Castro Brunetto, con quien estuve varias tardes en Río de Janeiro, disfrutando de la ciudad y de sus magníficas caipirinhas.

A Dulce Gutiérrez, Maloli Sánchez, Gabriela Cabrera, Ana López y Doris Martínez, que han dedicado su tiempo a la lectura del borrador de la novela y a sugerir cambios, siempre bienvenidos. Cualquier error es responsabilidad mía, ya que me habré empeñado en mantenerlo.

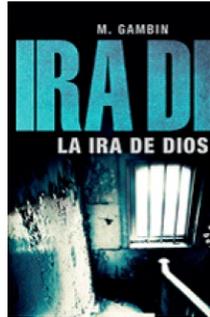
Por supuesto, a todos los amigos que de alguna manera han empujado para que mis novelas vieran la luz, en especial a Jesús Pedreira, Baudilio Marichal, Raquel Gutiérrez, Madi Ramos, Victoria Martínez Lojendio, Luis Adern, Mar Oropesa y Ciro Guerra.

Y también a los profesores y libreros que siguen recomendando mis novelas entre la gente joven y sus clientes, respectivamente.

Y a todos mis cómplices de Facebook y de Tusantacruz.

Sigue al autor en [www.marianogambin.com](http://www.marianogambin.com)

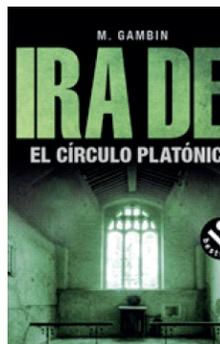
## Otras novelas del autor



La Laguna, Tenerife. Hace 250 años un asesino en serie aterrorizó la ciudad.

Hoy... ha vuelto.

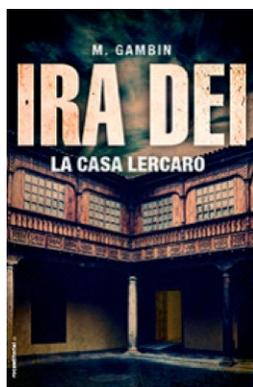
Los trabajos de excavación de una obra dejan al descubierto, accidentalmente, una cripta subterránea. En ella se amontona un grupo de cadáveres que presentan una mutilación especial, pertenecen a personas desaparecidas en el siglo XVIII. La policía sigue la pista de otro asesinato ocurrido días antes. El inspector Galán constata que la víctima ha sufrido la misma mutilación que los cadáveres de la cripta. ¿Casualidad?



Una crisis internacional se desata en La Laguna con el secuestro del embajador vaticano. Las negociaciones han llegado a un punto muerto y el plazo se acaba. Sólo una persona tiene la clave para liberarlo.

Luis Ariosto se enfrenta a un intrincado enigma que únicamente podrá resolver contrarreloj con la ayuda de sus colaboradores cercanos.

La arqueóloga Marta Herrero, el inspector Antonio Galán y la periodista Sandra Clavijo aunarán esfuerzos para descifrar un problema insoluble, indagando en los misterios ocultos de la vieja ciudad.

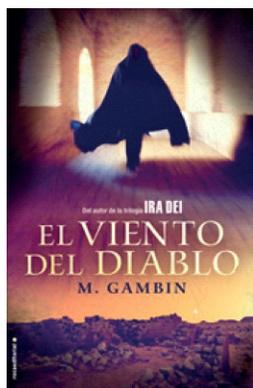


Cuentan que en la casa Lercaro suceden fenómenos inexplicables.

Algunos aseguran haber visto la figura de una mujer joven, de otra época, vagar por los pasillos de la antigua mansión.

Esta leyenda no ha sido obstáculo para que en el caserón se haya instalado recientemente un museo de historia. Ni para que se organice en él una exposición cultural internacional. Ni para que los miembros más selectos de la sociedad sean invitados a la inauguración.

No se imaginan la experiencia que van a vivir.

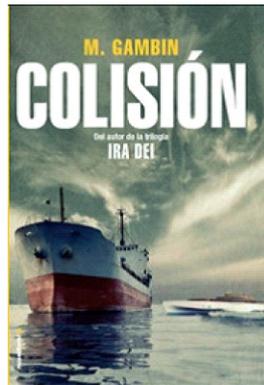


Una expedición arqueológica internacional en la costa africana del sur de Marruecos se ve sorprendida por un desconcertante hallazgo. Se precisa un especialista en la población canaria prehispanica y la arqueóloga Marta Herrero acude en ayuda de sus colegas.

Ella descubrirá que el misterio que envuelve unos restos humanos de hace quinientos años se mantiene hasta la actualidad, y que la finalidad de la excavación es otra muy distinta de la planeada.

Pendiente del resultado de los trabajos acecha uno de los terroristas más buscados del mundo, con una misión muy concreta, y un comando

de marines recibe la orden de eliminarlo, cueste lo que cueste.



El mayor superpetrolero del mundo, el Rossia, propiedad de la compañía rusa Rosfnet, realiza su viaje inaugural desde los astilleros de Shanghái, tras cargar sus tanques en Irán. Tras una parada en Durban, el siguiente puerto de escala es Santa Cruz de Tenerife.

Ese mismo día, un grupo de terroristas chechenos que ha embarcado dos tráileres cargados de nitrato de amonio provenientes de Marruecos en el ferri rápido que une Gran Canaria con Tenerife, tienen previsto secuestrar el barco a mitad de la travesía, lanzarlo a toda velocidad contra el superpetrolero y hacer que la carga de los camiones explote en el momento del impacto.



Un desgraciado incidente provoca la contratación de dos peligrosos asesinos para atentar contra los reyes de España en un plazo prefijado. Ambos decidirán que el lugar adecuado es la ciudad de Santa Cruz de Tenerife.

Un antiguo legado lleva al inspector Galán y a sus amigos Sandra Clavijo y Luis Ariosto a investigar una trama de espionaje de la

Guerra Fría que les guiará por caminos insospechados.

La aparición de un pasadizo subterráneo en el centro de la ciudad conducirá a la arqueóloga Marta Herrero a afrontar un enigmático y amenazador secreto. Para ello deberá enfrentarse a sus propios miedos.



Desde hace más de cien años, un misterio habita en la mansión de los Fitz-Stuart en La Laguna. Tras un incendio devastador, una nueva construcción se superpuso a la antigua, pero no desterró la huella inquietante de quienes vivieron en ella, que vuelve con más fuerza que nunca.

El inspector Galán investiga las circunstancias que rodean la muerte del último propietario, en apariencia natural. Sin embargo, no tarda en descubrir que en torno a él surgen una serie de interrogantes misteriosos que indican que las cosas no son como parecían en un inicio.

Luis Ariosto acompaña a su tía Enriqueta a la lectura de un testamento envenenado. Los herederos deben enfrentarse a un reto complicado de solventar, un quebradero de cabeza con nombre de vino a partir de una variedad muy especial de uva canaria.

La periodista Sandra Clavijo y la arqueóloga Marta Herrero se ven inmersas en la búsqueda de unas joyas desaparecidas a finales del siglo XIX que las lleva de un enigma a otro, en una espiral que les conduce a un secreto oculto en lo más profundo de la vieja ciudad.

# Contents

1. [1](#)
2. [2](#)
3. [3](#)
4. [4](#)
5. [5](#)
6. [6](#)
7. [7](#)
8. [8](#)
9. [9](#)
10. [10](#)
11. [11](#)
12. [12](#)
13. [13](#)
14. [14](#)
15. [15](#)
16. [16](#)
17. [17](#)
18. [18](#)
19. [19](#)
20. [20](#)
21. [21](#)
22. [22](#)
23. [23](#)
24. [24](#)
25. [25](#)
26. [26](#)
27. [27](#)
28. [28](#)
29. [29](#)
30. [30](#)
31. [31](#)
32. [32](#)
33. [33](#)
34. [34](#)
35. [35](#)
36. [36](#)
37. [37](#)
38. [38](#)

39. [39](#)
40. [40](#)
41. [41](#)
42. [42](#)
43. [43](#)
44. [44](#)
45. [45](#)
46. [46](#)
47. [47](#)
48. [48](#)
49. [49](#)
50. [50](#)
51. [51](#)
52. [52](#)
53. [53](#)
54. [54](#)
55. [55](#)
56. [56](#)
57. [57](#)
58. [58](#)
59. [59](#)
60. [60](#)
61. [61](#)
62. [62](#)
63. [63](#)
64. [64](#)
65. [65](#)
66. [66](#)
67. [67](#)
68. [68](#)
69. [69](#)
70. [70](#)
71. [71](#)
72. [72](#)
73. [73](#)
74. [74](#)
75. [75](#)
76. [76](#)
77. [77](#)
78. [78](#)
79. [79](#)
80. [80](#)
81. [81](#)

82. [82](#)
83. [83](#)
84. [84](#)
85. [85](#)
86. [86](#)
87. [87](#)
88. [88](#)
89. [89](#)
90. [90](#)
91. [91](#)
92. [92](#)
93. [93](#)
94. [94](#)
95. [95](#)
96. [96](#)
97. [97](#)
98. [98](#)
99. [99](#)
100. [100](#)
101. [101](#)
102. [NOTA DEL AUTOR](#)
103. [AGRADECIMIENTOS.](#)